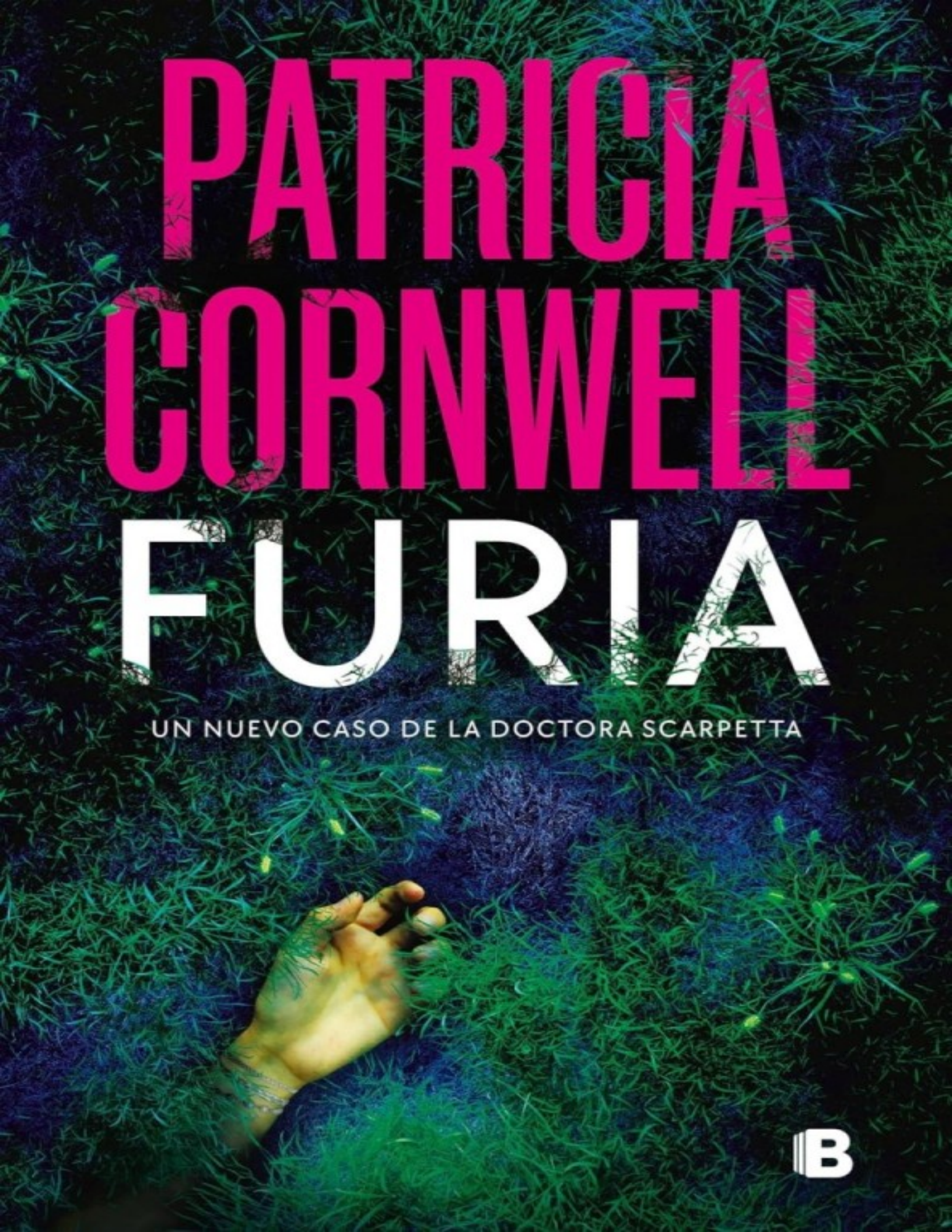
PATRICIA CORNWELL

FURIA

UN NUEVO CASO DE LA DOCTORA SCARPETTA



Furia

Patricia Cornwell

Traducción de Eduardo Iriarte

A Staci

Desarrolla los sentidos; especialmente, aprende a ver.
Date cuenta de que todo está relacionado con todo lo demás.

LEONARDO DA VINCI (1452-1519)

LÍVIDO

Decoloración amoratada de la piel después de la muerte.
En inglés, tiene la acepción de estar furioso.

1

Después de tres días en el océano Atlántico durante una ola de calor, April Tupelo no era reconocible para su familia.

La exreina de la belleza estaba de color verde marmóreo y abotargada de gases por efecto de la descomposición; era eso que los polis llaman un «cadáver flotante». La capa exterior de la piel y la larga melena rubia se habían desprendido. Los ojos, las orejas, los labios y otras partes delicadas del cuerpo habían desaparecido hasta el punto de que las imágenes que se mostraban en el interior de la sala de justicia abarrotada parecían salidas de la película *Tiburón*.

Yo no trabajaba en Virginia cuando sus restos fueron arrastrados hasta la orilla de Wallops Island hace veintiún meses. No acudí al lugar de los hechos ni realicé la autopsia. El patólogo forense que la hizo ya no está vivo para enmendar sus atroces errores. Para cuando me vi involucrada, el prometido de April Tupelo estaba acusado de asesinato premeditado y mutilación de un cadáver.

Estaba en la cárcel pendiente de juicio, en régimen de aislamiento sin posibilidad de salir bajo fianza; la historia había sido noticia de primera plana a nivel internacional. La fiscalía era como un perro con un hueso: no soltaba su presa. No importaba lo que yo dijera.

—Una vez más, permítanme hacer hincapié en cuánto lamento la necesidad de mostrar estas imágenes tan truculentas. —Bose Flagler, el fiscal de la mancomunidad de Alexandria sigue hablando

en su melódico y cansino acento sureño, y si este caso hubiera estado en mis manos desde el inicio, ya no estaríamos aquí—. Ver cosas así puede herirle a uno en lo más hondo del alma y la psique, ¿no cree usted, señora?

—No sé muy bien qué está preguntando —contesto.

Sigue desplazándose ante el estrado, haciendo todo lo posible para que yo no vea bien al jurado. Flagler, maestro de la coreografía, tiene en cuenta hasta el último movimiento, nunca se aleja mucho de las cámaras fijas que emiten en directo por el canal de juicios Court TV.

—Por muy difícil que resulte, tenemos que mirarlas impávidos. ¿No le parece a usted, señora, que le debemos a April Tupelo ver en toda su magnitud lo que le hicieron al final de su brevísima vida? —Flagler se pasea con estudiada lentitud de aquí para allá delante de mí—. Tenemos la obligación moral de hacerlo, ¿no es así, señora?

Que me llame incesantemente «señora» es cualquier cosa menos amable. Me desdeña como si fuera una estúpida detective de salón con las hormonas y la intuición como única guía. He estado ante un tribunal con él en varias ocasiones desde que me nombraron médica forense en jefe el año pasado. Siempre se ha mostrado obsequiosamente amable, a veces incluso flirtea. Hasta este caso, yo no era el enemigo.

—No tengo claro cuál es la pregunta —insisto, y salta a la vista que tiene cautivados a los miembros del jurado.

Siempre los tiene así. Carismático e inteligente, el soltero de treinta y cuatro años recuerda a las esculturas de Miguel Ángel de David o de Juliano de Médici —pero con trajes de los caros—. Saca

del bolsillo una pequeña tableta táctil con la que controla la macabra exposición de diapositivas que nos rodea.

—Lamento la necesidad de someter a todos a estas imágenes tan gráficas —dice Flagler con sinceridad fingida mientras los monitores de la sala se llenan de intensos colores.

Pasa haciendo clic un sinfín de fotografías del cadáver de la víctima boca abajo sobre la mesa de autopsias del depósito de cadáveres de Norfolk. Los primeros planos de la espalda y las nalgas despellejadas muestran cuatro profundos tajos muy juntos, ampliamente abiertos y de un rojo negruzco.

—Usted ya ha visto estas fotografías, ¿correcto? —me pregunta Flagler.

—Esas y muchas más.

—Y lo que estamos viendo son los restos en descomposición de la víctima y las salvajes cuchilladas que recibió en la espalda cuando el acusado intentaba convertirla en cebo para peces…

—¡Protesto!

—¿Qué ocurre ahora, señor Gallo? —pregunta la juez Annie Chilton desde el sillón de cuero negro flanqueado por las banderas del estado y de Estados Unidos, el sello de bronce de Virginia detrás de ella.

—Las fotos son incendiarias y perjudiciales. ¡Está prestando testimonio, señoría! ¡Otra vez!

—No ha lugar. Otra vez. Haga el favor de decirlo con otras palabras y sigamos adelante.

Con poco más de cincuenta años, rostro atractivo y pelo negro corto, Annie es alta y desgarbada, más apuesta que bonita. Si nos basáramos en su actitud hacia mí mientras he estado testificando

esta tarde, nadie diría que nos conocemos desde los tiempos en los que estudiábamos Derecho en Georgetown. Nadie supondría que fuimos compañeras de piso durante un tiempo ni que me alentó a regresar a Virginia el año pasado.

De hecho, fue un factor decisivo, ya que influyó en la gobernadora Roxane Dare a favor de mi nombramiento. Todo iba bien hasta el mes pasado, cuando Annie empezó a eludirme sin razón aparente.

—Gracias, señoría. Voy a probar de otro modo —dice Flagler con su irresistible voz de barítono mientras la gente a nuestro alrededor murmura con rabia contenida y solloza—. Lo que vemos son graves heridas infligidas *post mortem*. O en otras palabras, después de muerta, ¿correcto, señora?

—Es correcto —respondo.

—¿Este es el aspecto que tenía April Tupelo la mañana del sábado diecisiete de octubre del dos mil veinte, después de tres días en el mar? —pregunta mientras se oyen más muestras de disgusto alrededor.

—En estas fotografías el cadáver se ha limpiado, como pueden ver —respondo—. Y la descomposición continúa a un ritmo rápido. Así pues, no va a tener exactamente el mismo aspecto que cuando lo encontraron…

—Señora, ¿coincide conmigo en que esto, que para usted es mera rutina, resultaría traumático para una persona normal?

—Una vez más, no sé muy bien qué…

—Adonde quiero ir a parar es a que usted está acostumbrada a esta clase de pesadillas. Las espantosas imágenes que hemos estado viendo desde que ha subido a declarar forman parte de su rutina, su pan de cada día. Va con el sueldo, ¿no es así?

—No creo que nadie se acostumbre nunca a…

—Un cadáver detrás de otro. Un fiambre más en la mesa de autopsias. Día tras día, no se acaba nunca, a decir verdad. Vamos a llamar a las cosas por su nombre. La muerte es una porquería. No tiene nada de bonito. ¿Cómo era esa canción infantil? *Los gusanos entran, los gusanos salen…*

—¡Protesto! —Sal Gallo se ha puesto en pie.

—*… en tus napias juegan a las cartas.* O algo por el estilo, ¿no, señora? —Flagler sigue retratándome como el estereotipo antisocial y mórbidamente peculiar sin dejarme apenas decir palabra—. Entiendo que no le pagan precisamente por mostrar *empatía*…

—¡Señoría, voy a seguir protestando si el abogado del estado no deja de acosar a la testigo! —El rostro enrojecido de Gallo descuella de su arrugado traje de milrayas azul y su pajarita torcida—. La única razón para despotricar y hostigar tanto es predisponer al jurado.

—Se rechaza.

—Quiero que mis insistentes protestas consten en acta.

—Queda constancia.

—Una vez más, solicito la anulación del juicio. —Gallo vuelve a tomar asiento, asqueado.

—Se rechaza.

Es evidente lo que está haciendo Bose Flagler. Sus estrategias han estado astuta y minuciosamente planeadas desde el inicio. Tiene la intención de que yo cause la peor impresión imaginable a los

miembros del jurado. Por eso me ha dejado como último testigo antes de acabar de presentar el caso.

El único motivo por el que me ha llamado a declarar es ese objetivo concreto: desarmarme. Poner en tela de juicio mi credibilidad e integridad, de manera que los miembros del jurado tengan bien presentes sus impresiones negativas. Si Flagler no plantea una duda razonable en torno a mi testimonio, no puede ganar.

—¿Señoría? —continúa cortésmente, imperturbable—. Creo que es de justicia que el jurado sepa por qué servicios recibe compensación la testigo como jefa de Medicina forense de nuestra querida mancomunidad. Ya sabe, en qué consiste su trabajo para que reciba a cambio un generoso sueldo de seis cifras a costa de nuestros impuestos.

—¡Protesto! ¡Ya estamos otra vez, señoría! —estalla Gallo—. ¡Creo que el señor Flagler también recibe una magnífica remuneración de esos mismos contribuyentes!

—No crea usted que tan magnífica —replica, y hay quien ríe.

—Señor Gallo, su protesta se rechaza.

El barullo inquieto en el interior de la abarrotada sala se intensifica a medida que las extravagantes payasadas de Flagler para difamarme continúan *in crescendo*. Annie sigue permitiéndoselo. Ya he estado ante un tribunal presidido por ella, y no espero ningún trato especial porque seamos amigas. Pero no me sostiene la mirada y apenas muestra la menor consideración. Ocurre algo, y es así desde hace semanas.

—¿Adónde quiero ir a parar? —vuelve Flagler a la carga—. Queremos saber lo que se espera de la testigo en esta profesión tan

poco común que ha elegido. Una profesión sobre la que muy poca gente sabe gran cosa, diría yo. O desea saberla, si a eso vamos, ¿no?

—¡Señoría! —La voz de Gallo es cada vez más ronca—. El fiscal del estado está haciendo todo lo posible por minar la credibilidad de la doctora Scarpetta. Esa es la única razón para que la haya llamado a declarar. Está empeñado en que el jurado desconfíe de ella porque, simplemente, carece de argumentos. ¡Sabe que lo que ha orquestado es una caza de brujas!

—Ya está bien —decide Annie—. Y le pido al jurado que no tenga en cuenta el comentario del abogado defensor acerca de que este proceso sea una caza de brujas. Vamos a evitar cualquier otra digresión. —Mira con ferocidad desde su atalaya—. ¿A qué viene su protesta, señor Gallo?

—La fiscalía está sermoneando y prestando testimonio —dice mientras Flagler sigue sin hacerle el menor caso y hojea sus notas enérgicamente—. Por no hablar de que ataca a la doctora Scarpetta sin cesar y la insulta. —Gallo está tan furioso que le tiembla la voz—. ¡No le deja acabar ni una sola frase!

El destacado abogado defensor ha estado dando la cara por mí con grandes alardes de caballerosidad porque lo que tengo que decir le resulta útil por una vez, lo que no tardará en cambiar cuando mis observaciones no le convengan en algún otro caso.

—Queda constancia de su protesta, señor Gallo. —Annie vuelve a desestimarlo—. Señor Flagler, puede continuar.

—Si me permite unos segundos, señoría. —Sonríe con aire de disculpa—. A diferencia de la testigo, no cuento con la memoria de

un ordenador. Lo cierto es que tengo que consultar mis documentos para cerciorarme de no cometer ninguna equivocación.

Apoyado en el estrado, va pasando las hojas de sus anotaciones, ofreciendo una figura imponente con su traje de color vainilla y los zapatos de gamuza azul. Está tan cerca que percibo el agua de colonia con aroma a verbena que le elaboran de encargo en una perfumería de París en la avenida de los Campos Elíseos. Incluso alcanzo a ver el escudo grabado en su sello de oro, tan grande como un anillo de la Super Bowl.

Los orígenes de su acaudalada familia de Virginia se remontan a los tiempos de la conquista normanda. También al Mayflower y a Ellis Island, según le he oído alardear —cosa que alterna dependiendo de qué votos busque—. Se le han otorgado todas las ventajas imaginables mientras se le preparaba para alcanzar la grandeza, y me llega de vez en cuando su olorcillo cítrico cuando se mueve de aquí para allá. Está alargando el asunto, se asegura de ser el centro de atención, maniobra que ha perfeccionado hasta convertirla en un arte.

—¿Señora? —Flagler vuelve a sacar la tableta de pantalla táctil del bolsillo—. ¿Quiere hacer el favor de centrar la atención en las imágenes que muestran los monitores? ¿Ya las había visto?

—Sí —respondo.

—Procure hacer memoria, por favor. —Me llama la atención sobre unas imágenes que apenas parecen humanas.

En los monitores dispuestos por toda la sala se exhiben fotografías de los restos putrefactos de April Tupelo moteados de estrellas de mar por los que corretean cangrejos. Ya me imagino el hedor, el ruido parásito de las moscas zumbando. Horrores así no se dan en el

hermético mundo donde nacieron y se criaron ella y el acusado, a unos trescientos kilómetros al sur de aquí, en una lengua de tierra rodeada de agua.

La población de esta isla barrera de unos quince kilómetros cuadrados no alcanza los quinientos habitantes, y solo hay una carretera para llegar hasta allí desde Virginia continental. Si no, hay que ir en avión o en barco. La ubicación es ideal para quienes se ganan la vida en el mar con la pesca y la venta de marisco, así como con la gestión de alojamientos turísticos y restaurantes. Lo remoto de Wallops Island también hace de ella un lugar ideal para albergar un centro espacial.

Las instalaciones de la NASA en Wallops —sede de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio— dispone de cuatro plataformas de lanzamiento y otras en fase de construcción. Los que viven y trabajan en la zona están acostumbrados al bramido atronador de los cohetes al despegar, que iluminan los cielos sobre el océano Atlántico cual gigantescas bengalas, con lanzamientos tan frecuentes que los vecinos apenas reparan en ellos.

La típica carga útil consiste en sondas espaciales y demás instrumentos científicos de la NASA y de industrias aeroespaciales privadas. A menudo se trata de experimentos de investigación y suministros para la Estación Espacial Internacional. En las fotografías del cadáver de April Tupelo arrastrado hasta la playa rocosa se distinguen las plataformas de lanzamiento en terreno más elevado a lo lejos. Escuetamente esbozadas contra el horizonte se aprecian torres de supresión de rayos, grandes depósitos de agua y bloques de edificios genéricos.

Un cohete asoma de la rampa como una colosal tiza blanca con la punta ahusada, que oculta un satélite en la ojiva. Antes de encargarme del caso de Tupelo, tenía una idea bastante precisa del trabajo que se lleva a cabo en la base de la NASA en Wallops. En meses recientes he averiguado más cosas, y hay detalles sorprendentes. No habría imaginado que a menudo son los habitantes de la zona los que se encargan de la recogida de los experimentos cuando caen al agua.

Y puede ser cualquier cosa: el prototipo de una cápsula de tripulación con maniquís para ensayos de choques, un coche volador con flotadores automáticos, un dron anfibio con aspecto de delfín, un pájaro robótico que vuela mientras espía. Los pilotos de embarcación que recogen esa clase de curiosidades rara vez tienen idea de lo que transportan o remolcan de vuelta a la orilla. La mayoría no están interesados, les trae sin cuidado, y al acusado lo contrataban de manera rutinaria para misiones así.

En el momento de la muerte de April Tupelo, Gilbert Hooke, de veinticinco años, era propietario y operador de un pesquero de arrastre de alquiler de doce metros de eslora llamado Captain Hooke, como cabría esperar. April y él se ganaban la vida organizando cruceros de placer, excursiones de pesca y demás salidas, incluidas las de carácter oficial para el gobierno federal. El día de su muerte habían recuperado un globo meteorológico que habían lanzado a más de treinta y seis kilómetros de altitud, hasta el filo del espacio.

Tras sufrir un fallo técnico, se precipitó a través de la atmósfera y fue a caer frente a las costas de Virginia a última hora de esa mañana. Indirectamente, ese suceso aislado pudo ser un factor en lo

que ocurrió esa noche. En un monitor situado justo delante de la tribuna de los testigos se muestra la imagen de un agente especial del Servicio de Protección de la NASA, uniformado, joven y sumamente atractivo.

Hooke y él se sirven de bicheros para enganchar un globo plateado y reluciente de muchos metros de largo. Su misteriosa góndola hace pensar en un lustroso satélite de metal que se meciera sobre las aguas gracias a unos flotadores hinchables. Yuxtapuesta a esta imagen hay otra del cadáver en descomposición de April Tupelo enredado en algas y redes medio podridas en una orilla rocosa sembrada de botellines de plástico, una colchoneta hinchable decolorada y demás detritos marinos.

Hooke reconoce que se enfadó con April. Estuvieron discutiendo justo antes de que muriera. En su declaración a la policía dejó por escrito que el agente especial de la NASA «le prestaba demasiada atención, y a ella le encantaba. Lo alentaba». La discusión de la pareja fue subiendo de tono a medida que transcurría la tarde, y basándome en los informes psicológicos y otros materiales confidenciales que he revisado, califico su relación de volátil.

Se peleaban a menudo y de manera violenta. Por lo visto, a April le gustaba que otros hombres se fijaran en ella y, en general, montar dramas. En opinión de Bose Flagler, la noche de su muerte, a Hooke lo cegaron los celos. Mientras April y él discutían en el barco bebiendo cerveza para combatir el calor, él tramó cómo cometer el crimen perfecto y salirse con la suya.

Lo más importante era deshacerse del cuerpo, explica Flagler con la cadencia de un evangelista. El acusado tenía que asegurarse de que no lo encontraran.

2

—¿Las había visto? —me pregunta Flagler haciéndose oír entre el barullo de disgusto circundante.

Barre el aire con la mano como el presentador de un concurso televisivo para incidir sobre las horrendas imágenes expuestas en las múltiples pantallas de gran tamaño.

—Sí —contesto.

—¿Muestran con precisión estas imágenes el estado del cadáver de April Tupelo cuando las olas lo llevaron hasta la playa?

—Sí, hasta donde yo sé —respondo—. No estuve allí, pero he revisado las fotografías y los vídeos que hicieron la policía y los investigadores forenses.

—¿Y no le parece que tiene el aspecto de haber sufrido una muerte violenta, señora?

—Lo que veo es el aspecto corriente que presenta cualquier cadáver cuando lo rescatan del agua…

—¿Corriente? ¿Le parece *corriente* cualquiera de las imágenes que estamos viendo?

—¡Protesto! El comentario sobre el testimonio es argumentativo.

—Se acepta.

—Adelante, señora —me dice Flagler—. Hablaba usted de lo corriente que fue la muerte de April Tupelo.

—Lo que decía es que, por lo general, un cadáver flota boca abajo y parcialmente sumergido, las extremidades y la cabeza más abajo que el torso. —Se lo explico al jurado y no a Flagler—. A menudo lo embisten barcos o lanchas.

Sigo describiendo la sangrienta estampa diciendo que los que van a bordo rara vez se dan cuenta. O si lo hacen, no quieren verse implicados y siguen adelante. Dejan que algún otro se las vea con el horroroso hallazgo, lo que quiere decir que no siempre tenemos un historial que se corresponda con las lesiones *post mortem*.

—Cuando se han cebado las criaturas marinas con los restos humanos o estos han sufrido cortes por causa de la hélice de una embarcación, es comprensible que se dé por sentado que se trata de una muerte violenta. —Se lo resumo al jurado como si Flagler fuera invisible—. En el caso de alguien sin preparación o que no piense de manera racional, es fácil atribuir esa clase de heridas *post mortem* a la tortura, la mutilación y al asesinato.

—¿No es también posible, señora, que una víctima de asesinato tenga exactamente el mismo aspecto que estamos viendo en estas fotografías y vídeos? —Señala de nuevo las perturbadoras imágenes que se exhiben con todo detalle en las enormes pantallas planas.

—Sí, es posible, pero…

—No puede mirar estas fotografías y asegurarnos solo a partir de ellas que a April Tupelo no la asesinaron, ¿no es cierto, señora?

—No, no a simple vista —respondo mientras sigue desplazándose estratégicamente.

En ese momento me veo frente a su cinturón azul oscuro de piel de cocodrilo y los ojos de diamante de la rampante águila plateada de la hebilla. Atino a distinguir los botones nacarados de su camisa

de algodón azul pálido y las motas grises donde el sudor de su vientre plano se la mancha.

—Naturalmente, usted no estuvo en la escena del crimen de Wallops Island. Eso lo ha dejado claro, ¿verdad? No… estuvo… allí… —insiste alargando las palabras mientras camina de aquí para allá delante de mí—. Me parece importante recordarle al jurado esa especificación. Vivía usted en Massachusetts, inmersa en la vida que llevaba allí. Ni siquiera se encontraba en Virginia, y nunca vio el cadáver de April Tupelo en persona, por así decirlo, ¿correcto?

—Así es. —Cada vez tengo menos claro que vaya a salir de aquí con vida.

Encerrada entre tabiques con paneles de cerezo con una puerta hasta la altura de la cintura, soy consciente de que no hay manera rápida de escapar mientras Flagler sigue alentando el frenesí de los presentes en la sala de justicia. Miro de soslayo a Pete Marino, sentado en primera fila junto al pasillo desde donde puede llegar a mi lado en un abrir y cerrar de ojos. Su cara grandota y curtida por el sol tiene un aspecto pétreo cuando se fija en todo lo que lo rodea sin que parezca evidente.

—¿Y qué me dice del acusado, Gilbert Hooke? —Flagler pone en marcha su siguiente táctica, y el rumor en torno a mí no augura nada bueno—. ¿Cuántas veces se ha reunido con él, señora?

—No lo he hecho —respondo.

—¿Nunca los han presentado?

—No.

—¿Nunca fue a ver al señor Hooke cuando estaba encerrado en la cárcel de Norfolk antes de que lo trasladaran a Alexandria?

—No.

—¿Quizá habló con él por teléfono? —insiste Flagler, y lo que da a entender es absurdo.

—Pues no. No sería normal que lo hiciera en este caso ni en ningún otro.

—Y eso, ¿por qué? —Deja de caminar y se me queda mirando a la vez que se encoge de hombros—. ¿Por qué no sería normal?

—Determinar si el acusado es culpable o inocente no es cosa del médico forense —respondo.

—Entonces ¿la única vez que ha estado directamente expuesta al acusado ha sido esta tarde en el interior de esta sala? ¿Es eso lo que nos está diciendo?

—Correcto. —Soy consciente de que más vale que no se me vaya la mirada hacia la mesa de la defensa.

Pero eso no quiere decir que no tenga presente que Gilbert Hooke está ahí sentado con sus abogados. Me observa con intensidad, sin apenas reaccionar; el cuaderno y el bolígrafo que tiene delante siguen intactos.

—Y, señora… —Flagler, cargando las tintas—, puesto que no ha hablado ni se ha reunido con el acusado, no tiene una opinión fundamentada sobre qué clase de ser humano puede ser en realidad, ¿no le parece?

—No la tengo.

—Carece de conocimiento directo de si es capaz de cometer actos de crueldad, incluidos el asesinato y la mutilación, ¿no es así? Es imposible que sepa si es el monstruo despiadado que la gente dice que es, ¿verdad?

—No tengo conocimiento directo…

—¡Protesto!

—No sabría a título personal si Gilbert Hooke padece celos patológicos, ¿verdad que no? ¿O si se había mostrado violento y había tratado con sadismo psicológico a April en otras ocasiones…?

—¡Protesto!

—No sabe a título personal que pierda el control y se vuelva vengativo cuando no se sale con la suya o no es el centro de atención, ¿verdad? En especial cuando bebe, ¿no es así?

—¡Protesto! ¡Ya ha contestado la pregunta!

—A lo que voy es a que no tiene personalmente ni la menor idea de cómo es el acusado en realidad, ¿verdad que no, señora? —me dice Flagler mientras Annie lo presencia todo en un pasmoso silencio.

—No —contesto—. No tengo conocimiento personal.

—Y no sabría decir si alguno de nosotros correría peligro en el caso de que el jurado vuelva con un veredicto de inocencia y Gilbert Hooke salga libre, ¿verdad? No tiene conocimiento directo de eso tampoco, ¿no cree?

—No lo tengo.

—Bueno, los tribunales parecen creer que el acusado es peligroso en grado sumo, a un nivel similar al de Hannibal Lecter…

—¡Protesto! —grita Gallo, y nunca lo había visto tan ofendido—. ¡Por el amor de Dios, señoría!

—No es casualidad que Gilbert Hooke lleve casi dos años en régimen de aislamiento sin derecho a libertad bajo fianza —continúa Flagler sin que nadie se lo impida—. Está claro por qué debería pasar entre rejas el resto de su odiosa y destructiva vida…

Todo el mundo tiene la mirada fija en Gilbert Hooke, sin barba ni bigote, de piel pálida y con pelo corto de un color parduzco, vestido con un traje gris barato que le viene varias tallas grande. Podría pasar por un joven abogado de no ser por las zapatillas naranja de preso, las esposas y los grilletes en las muñecas y los tobillos.

Todo ello contrasta intensamente con el aspecto que tenía en el momento de la muerte de April Tupelo hace casi dos años, cuando estaba musculoso y bronceado. En todas las imágenes suyas que he visto exhibidas en la sala de justicia hasta el momento lleva un cuchillo táctico de combate al cinto y una pistola de gran calibre.

Va sin camiseta, luciendo tatuajes y una sonrisa engreída, por lo general con una cerveza en la mano. Se le ve poniendo cebos en botes con batanga, cortando pescado en filetes, con sangre y vísceras por todas partes. O disparando contra un tiburón que ha atrapado con el bichero mientras ríe como un demente, los casquillos que expulsa el arma relucientes al sol. Todo eso es una treta deliberada y efectiva por parte de la fiscalía.

—Una vez más, solo le recuerdo al jurado que, en el caso de Gilbert Hooke, lo que se ve no es lo que hay. —Flagler señala con gesto agresivo la mesa del equipo de la defensa, compuesto por abogados caros, y los murmullos indignados resuenan con más fuerza—. ¡No se dejen engañar por su aspecto apacible!

—¡Protesto! —se queja Gallo.

—Señor Flagler, ya está bien —dice por fin Annie.

Este hunde las manos en los bolsillos del pantalón y se planta directamente delante de mí. Me fijo en el estampado estilo *champs de fleurs* de su corbata de seda azul, y vuelve a llegarme su intenso aroma.

—¿Señora? No me importa cuántos diplomas de postín tenga usted, no puede dar marcha atrás cuando se trata de una muerte, ¿verdad? —me pregunta.

—No.

—No puede devolver a los seres queridos de April Tupelo ni lo que han perdido, ¿correcto? Entonces ¿qué opción le queda a alguien como usted salvo insensibilizarse, ¿no le parece, señora?

—No, no es así…

—De hecho, sus primeros recuerdos son de la enfermedad y la muerte de su padre —dice—. Lamento tener que sacar a relucir un tema tan delicado. Porque algo así tuvo por fuerza que destrozarle los años de formación…

—¡Protesto! ¡No es pertinente!

—Y al mismo tiempo le hizo complicado tener relaciones, sintonizar con otras personas. Personas vivas, quiero decir…

—¡Protesto, señoría!

—Se acepta. ¿Cuál es su pregunta, señor Flagler?

—¿Qué clase de cáncer dijo usted? —me dirige la pregunta a mí.

—Mi padre murió de leucemia mieloide crónica.

—Por desgracia, empezó a aprender muy joven cómo blindarse desde el punto de vista emocional. Naturalmente, creciendo en un barrio difícil de Miami, seguro que tuvo que blindarse también en otros sentidos —añade, provocando más de una risa desdeñosa a mi alrededor—. Ninguno de sus padres nació en este país y apenas hablaba inglés, ¿no es así?

—¡Voy a seguir protestando sin más! —Gallo, asqueado, niega con la cabeza, y yo estoy más furiosa que él, pero nadie lo diría.

Sacando a colación detalles sobre mi infancia y mi ascendencia italiana, Flagler, ricachón y de linaje prominente, recuerda a los miembros del jurado y a todos los demás que soy una advenediza. Me presenta como una mujer insensible que apenas es norteamericana, y percibo la hostilidad en el ambiente como si de electricidad estática se tratara.

—Permítame decirlo de otra manera —responde mientras Annie mira sin interferir—. Desde muy joven cuidaba usted a su padre con una enfermedad terminal, ¿no es así, señora?

—Sí.

—Tuvo que aprender a no sentir, ¿no es cierto?

—No, eso no es cierto.

Se interrumpe de nuevo para hojear sus notas, y la gente está haciendo comentarios desagradables que yo preferiría no escuchar.

—Silencio en la sala —advierte Annie.

—¿Señora? —Flagler me mira—. Usted ha decidido que April Tupelo no fue asesinada porque… Hum, que no conste en acta. Voy a empezar de nuevo… Bien, veamos si lo he entendido bien. Su opinión se basa en esas cosillas con aspecto de copos de nieve sobre las que el jurado ha oído antes declarar a un empleado de un museo: las diatomeas. ¿Lo pronuncio bien?

—Sí —contesto.

—Y las diatomeas son en esencia algas, esa espumilla que se ve en estanques y peceras.

—Las diatomeas no se aprecian a simple vista a no ser que las haya en abundancia, formando una floración, como se denomina —respondo.

—Entonces, usted se fijó casualmente en esas cositas minúsculas llamadas diatomeas, aunque para el resto de nosotros sean invisibles a menos que formen una floración, ¿no?

—Las algas unicelulares individuales se aprecian fácilmente al microscopio. —Mantengo la atención fija en las nueve mujeres y tres hombres en el estrado del jurado, la mayoría jubilados y con educación universitaria.

—Y, señora, usted recurrió a ese microscopio con la esperanza de que le sonriera la suerte. Algo así como encontrar un premio en la caja de galletitas, ¿no?

—No, nada de eso. Que encontrara diatomeas no fue suerte ni casualidad —respondo—. Las busqué específicamente en el tejido pulmonar preservado durante el examen *post mortem* de April Tupelo hace veintiún meses, el 17 de octubre…

—Como he dicho, tuvo una corazonada y quería demostrarla experimentando con partes del cuerpo —asegura—. De esas que habían conservado en tarros de cristal como melocotones en lata todo este tiempo, ¿no?

—¡Protesto!

—Se acepta. Señor Flagler, deje que la testigo conteste las preguntas del todo. Tenemos que aligerar el proceso. —El comentario de Annie queda rematado por un lejano retumbo de truenos que anuncia la llegada de una tormenta vespertina.

—Durante las autopsias —continúo— es práctica habitual conservar trozos de órganos y demás tejidos biológicos en una solución incolora de formaldehído y agua llamada formalina o formol.

Mientras ofrezco al jurado unas nociones básicas de lo que se hace en el depósito de cadáveres, Flagler se desplaza

constantemente. Moviendo la cabeza de un lado a otro, debo de parecer ridícula en mi intento por que me sigan viendo los que hay detrás de él.

—Es en esencia el mismo fijador que usan las funerarias para embalsamar, y no influye en absoluto en que haya o no diatomeas —explico—. En otras palabras, la formalina no habría destruido las diatomeas. El problema es que no las buscaron en el momento de la muerte de April Tupelo. Tendrían que haberlo hecho, pero no lo hicieron.

No he visto nada en los informes ni me han dicho nada que me lleve a pensar que se planteara ese asunto. Estoy convencida de que el motivo por el que no fue así es que el doctor Bailey Carter se había vuelto incompetente. Según sus allegados, el patólogo forense de sesenta y cuatro años sufría una demencia de rápida progresión. Se había vuelto olvidadizo y errático y no aceptaba de buen grado ninguna sugerencia.

Al realizar el examen *post mortem* de April Tupelo, a cargo como estaba de la investigación médico-legal, no se planteó el ahogamiento como la causa de muerte más probable ni como una posibilidad siquiera. Murió por estrangulación manual, según lo que escribió en el informe definitivo de la autopsia y según consta en el certificado de defunción. No tengo ni idea de por qué lo creyó, a menos que fuera una suposición. Buena parte del tejido blando de la garganta había desaparecido, descompuesto y devorado por la fauna marina.

No había pruebas evidentes de lesiones en las estructuras del cuello, ni razón alguna para determinar que lo que acabó con su vida fue el estrangulamiento. No fue así. Es posible que hubiera sufrido

heridas que desaparecieron o no se descubrieron. Pero se ahogó, y Bailey Carter pasó por alto indicios reveladores. Se deshizo del contenido gástrico «marrón acuoso» sin buscar diatomeas.

De haberlo hecho, las habría encontrado del mismo modo que acabé por descubrirlas yo cuando examiné las secciones preservadas de los pulmones de la víctima, le explico al jurado.

—Debido a la acción de las olas en los ahogamientos en el mar —añado—, las víctimas suelen tragar agua además de inhalarla. Sobre todo, si hay fuerte oleaje…

Me interrumpen de nuevo, esta vez una miembro del jurado de aspecto maduro y corpulento que mueve la mano con brío. Muy maquillada y luciendo grandes anillos, lleva unas estrafalarias gafas de estilo ojo de gato y el pelo teñido de color lavanda. Su aspecto me recuerda a la cómica británica Dame Edna.

3

—¿Tiene alguna pregunta para la testigo? —pregunta Annie a la jurado.

—Si no hay inconveniente, sí, por favor —dice esta con un acento que suena más a Carolina del Sur que a Virginia.

—Adelante —le indica Annie con un asentimiento.

—Supongo que todavía no entiendo muy bien por qué son tan importantes estas diatomeas. Por ejemplo, si la víctima fue a nadar ese mismo día, ¿no explicaría eso que las encontrara? —me pregunta la jurado.

—No en los pulmones —respondo—. No en el interior de órganos intactos, en otras palabras.

—Bueno, me preguntaba si le importaría explicar qué pueden decirnos esas diatomeas que venga a cuento en este juicio. Y ¿son peligrosas? Si lleno un vaso de agua del grifo, ¿las encontraría también ahí? ¿Las hay aquí?

Levanta un botellín de plástico de agua a la luz. Los demás jurados la imitan por reflejo.

—¿Cómo se puede saber? ¿Y qué pasa si las bebo? ¿Y si las bebe mi caniche? —pregunta con total sinceridad.

—Es sumamente improbable, a menos que se refiera a beber agua de un pozo, un lago, quizá un arroyo o una laguna —respondo mientras lo anota con el lápiz y el papel que les ha facilitado el

tribunal—. Pero es mejor que ni usted ni sus mascotas ingieran diatomeas, porque algunas producen toxinas.

Explico entonces que los organismos microscópicos están por todas partes. Están en ríos, bahías, mares y demás masas de agua por todo el planeta. Como los distintos tipos de pólenes, las diatomeas varían enormemente dependiendo de la localización.

—Por eso son importantes en una investigación —añado, y la jurado que me ha planteado la pregunta afirma con un movimiento de la cabeza—. Pueden decirnos lo que ocurrió y dónde.

La presencia de diatomeas en el tejido pulmonar confirmaría que la víctima inhaló agua, y eso es lo que hemos descubierto. Cuando examiné las muestras bajo el microscopio, había abundantes criaturas unicelulares, que recuerdan a minúsculos fragmentos de vidrio marino o a los motivos simétricos de un caleidoscopio.

—También disponía de muestras de agua marina del área donde se cree que la víctima cayó por la borda. —Enseño al jurado los resultados de las medidas que tomé—. Y esas diatomeas coinciden con las que se aprecian en sus pulmones…

—Vale, vale, suponiendo que esté en lo cierto, ¿no? —Flagler ya ha oído suficiente—. Eso no significaría que a April Tupelo no la asesinaron, ¿verdad? Quizá le entró agua en los pulmones mientras estuvo flotando en el mar durante tres días, ¿no cabe esa posibilidad?

—Inhaló el agua, lo que no pudo ocurrir a menos que siguiera respirando, que todavía estuviera viva cuando cayó al océano. —Repito lo que he estado diciendo todo el rato—. Eso significa que no podía llevar horas muerta a bordo de una embarcación para que luego la mutilaran y lanzaran como cebo al agua.

Mientras rebato las falsedades de la argumentación de la fiscalía, salta a la vista que Flagler está a punto de perder los nervios. Reconozco las señales de aviso. Se le enrojecen las mejillas y comienza a contraer la mano derecha como un pistolero a punto de desenfundar.

—¿Quiere usted que alguien quede impune de un asesinato, señora? —Atropellado, está empezando a farfullar al tiempo que se pasa los dedos por el pelo moreno y ondulado.

—¡Protesto!

—Señoría, creo que es una pregunta adecuada.

—La testigo puede contestar —dice Annie.

—Lo único que hago es prestar testimonio con la mayor sinceridad y claridad posibles —explico a los componentes del jurado, y la que me ha hecho antes una pregunta me observa con intensidad mientras toma notas—. Mis declaraciones se basan en la ciencia médica, y si hubiera llevado yo este caso desde el principio…

—¡No le he preguntado eso! —me ataja Flagler airadamente, y yo replico con otra interrupción.

—Habría concluido que April Tupelo falleció ahogada, la causa de su muerte sin determinar, pendiente de investigación… —Las ruidosas protestas me acallan.

—Orden —advierte Annie mientras unos espectadores en la sala de justicia abuchean y otros aplauden y vocean comentarios—. Silencio, por favor.

—¡Ahora soy yo el que protesta rigurosamente, señoría! —Flagler me mira con el ceño fruncido como si yo fuera Judas.

—Es usted quien la ha llamado como testigo —le recuerda Annie.

—Sí, pero, señoría, está respondiendo a algo que yo no le he preguntado. Son meras especulaciones presentadas como hechos…

—Como si nunca me hubiera oído decirlo por teléfono y en persona.

—Orden, por favor…

Los susurros y los apartes furiosos continúan.

—Silencio en la sala. Señoras y caballeros, por favor. Gracias, gracias…

Cuando empieza a remitir el alboroto, vibra en silencio el anillo «inteligente» de actividad que llevo en la mano derecha. Me está llegando un enjambre de mensajes y llamadas al móvil, que ahora no tengo a mi alcance. Vuelvo a mirar con disimulo a Pete Marino. Se supone que él tampoco debería tener su móvil, pero las normas son para otros, y lo que está mirando, sea lo que sea, no le hace ninguna gracia.

Está ocupado tecleando con los pulgares, y no haría tal cosa en estos momentos si no fuera urgente. Con el entrecejo fruncido, levanta la vista como si percibiera que lo observo, y es evidente que ocurre algo. No es bueno, casi nunca lo es.

—Señora —me dice Flagler a la vez que saca de nuevo del bolsillo la tableta de pantalla táctil—, ¿me preguntaba si ha visto alguna de estas? Son lo que supongo que se dice imágenes *prae mortem*, tomadas antes de la muerte.

Aparecen en las pantallas vídeos de una adorable April Tupelo de niña, sobreactuando en una serie de concursos de belleza que ya ganaba con siete años. Más sollozos y murmullos en la sala, y no puedo por menos de pensar en Jon Benét Ramsey, la reina de la belleza infantil asesinada.

—¡Protesto! ¡No es pertinente e induce a prejuicio! —interviene Gallo.

—Denegada.

—¿Le resultan familiares? —me pregunta Flagler.

—No.

—Ya veo. Creía que había dicho que revisó todo el material, ¿no?

—No había ningún motivo para que echara un vistazo a estos vídeos —repongo.

—¿No la habrían ayudado en la identificación de April Tupelo?

—Era adulta cuando murió, y para cuando se recuperaron sus restos ya no era visualmente reconocible. —Afirmo lo evidente mientras se hace más intensa la conmoción a mi alrededor—. Fue identificada gracias al historial dental y al ADN.

Nuevas imágenes en los monitores son de April como reina del baile de bienvenida del instituto de secundaria Chincoteague. Es esbelta, de aspecto atlético y lo bastante bonita para aparecer en la portada de la revista *Seventeen*, con un vestido negro largo.

—¿Qué me dice de estas? —me pregunta Flagler—. ¿Las había visto?

—No.

—¿Y estas?

Muestra un primer plano de lo que queda de su cara sin rasgos y su cabeza sin pelo. Las cuencas de los ojos vacías y los dientes al aire resultan intencionadamente espeluznantes en el momento en que los investigadores forenses y los agentes de policía guardan el cadáver infestado de gusanos en una bolsa negra para restos humanos.

—Sí, estoy muy familiarizada con las fotografías y los vídeos del lugar del hecho —respondo.

—April Tupelo no esperaba, no soñaba, con que su novio psicópata la convirtiera en comida para los peces, ¿verdad que no, señora? —Vuelve a señalar con el dedo al acusado.

—¡Protesto, señoría! ¿Hay una pregunta por alguna parte? ¿En cualquier sitio? —clama Gallo con furia en el momento en que estalla un trueno directamente encima de nuestras cabezas como un disparo de rifle—. ¿He dicho algo que no debía? —Levanta la vista cuando la lluvia empieza a martillear el tejado.

La súbita tormenta reverbera como si se estuviera librando una batalla, y el efecto no podría ser más apropiado. La sala está dividida justo por la mitad: los allegados de April, sentados a un lado, y los de Gilbert, al otro.

A los Tupelo y los Hooke se les considera dinastías en la costa este de Virginia, herederos de una rivalidad en la industria pesquera transmitida a lo largo de generaciones. Durante el juicio, solo se han hecho referencias de pasada a sus hostilidades históricas. Pero yo he visto los sórdidos detalles en informes psicológicos e investigaciones de carácter confidencial.

Las familias llevan enemistadas desde antes de la guerra de Secesión, lo que supone un añadido exponencial a los factores de riesgo para la víctima y el acusado. Como en una tragedia shakespeariana, estaban condenados desde el principio. Eso era parte del encanto para ambos. Es uno de los motivos de que la

noticia haya tenido tanta repercusión mediática y hasta se hayan escrito libros.

Día tras día, el fondo de la sala está lleno a rebosar de periodistas de los medios más relevantes, incluidos el *New York Times*, Reuters, Fox y CNN. Los equipos de televisión han acampado en hoteles cercanos y es difícil eludir sus cámaras y sus incesantes preguntas. La publicidad sensacionalista fue un factor importante para que la ubicación del juicio se trasladara a una ciudad dormitorio de Washington, D. C.

Si Old Town Alexandria estuviera un poco más al norte, ya no nos encontraríamos en Virginia. Esta parte del mundo es un país extranjero en comparación con el lugar de donde proceden los Tupelo y los Hooke. En esta zona se podían encontrar jurados que no tuvieran relación con ninguna de las dos familias, pero eso no ha impedido que vengan parientes, amigos, partidarios y curiosos.

Muchos se han desplazado en autocaravanas que están aparcadas en campings locales. Otros viven en sus barcos de pesca amarrados en el río Potomac. Yendo y viniendo de los juzgados en grupos, estos visitantes han invadido los puertos deportivos, lavanderías, licorerías y mercados de la zona. Algunos han tenido trifulcas por la vacunación, el control de armas, el aborto y demás temas controvertidos.

Todo esto nos preocupa a los que vivimos aquí. El miedo a la COVID-19 y sus variantes no es la única razón de que algunos no salgamos mucho, en especial fuera de horas. En los últimos días se han congregado manifestantes en mi Instituto de Medicina Forense. Con sus megáfonos van de aquí para allá por el aparcamiento. Golpean cacerolas con palos mientras gritan «Justicia para April».

Algunos de estos visitantes también se han presentado delante de mi casa. Los micrófonos y las cámaras de vigilancia ocultos de mi sobrina Lucy captan sus comentarios mezquinos y sus gestos. Mi marido, Benton, y yo no hemos ido a un bar o un restaurante local desde que empezó el juicio. No hemos pedido comida a domicilio de nuestros establecimientos preferidos ni hemos salido a pasear, correr o andar en bici por aquí.

—Señora —me dice Flagler—, ¿a cuántas víctimas de actos violentos ha examinado a lo largo de los años?

—No sé el número exacto.

—¿Cinco mil? ¿Diez mil?

—Más aún.

—Bueno, me hago una idea aproximada de lo que ve a diario.

Ya estamos otra vez. Sigue presentándome como la médica de los muertos, una persona que no tiene empatía con los enfermos ni sabe tratarlos, y me recuerda desagradablemente a mi madre criticándome de manera implacable hasta su último aliento.

«No puedes arreglarlo, Kay. Si está muerto, está muerto —oigo su voz en la cabeza—. Qué manera de desperdiciar una educación tan cara». Como si la hubiera pagado ella.

«Lo que pasa es que eres antisocial —ahora es mi hermana Dorothy la que invade mis pensamientos—, una misántropa». Me lo dice muy a menudo.

—¿Adónde quiero ir a parar, señora? —Flagler sube el volumen—. A pesar de lo insensibilizada que está, creo coincidirá en que April Tupelo no merecía que la hicieran pedazos y la tiraran al agua, ¿verdad que no?

—¡Protesto! ¡Ya está otra vez! —Gallo se ha puesto en pie.

—Se acepta…

—Gilbert Hooke mutiló su cadáver y lo lanzó por la borda para que lo devoraran los cangrejos —clama Flagler.

—¡Arde en el infierno! —comienza a gritar alguien.

—Orden, por favor…

—¡Que lo achicharren!

—Silencio en la sala, por favor.

—¡Culpable! —se suman otros.

—¡Orden! —Annie coge el martillo mientras retumban los truenos y la lluvia repiquetea a modo de violenta percusión.

—¡CULPABLE!

—¡Justicia para April! —empieza a corear la gente.

—¡Orden!

Annie martillea contra la mesa mientras Gallo vuelve a pedir que se declare juicio nulo, y a mí me viene a la cabeza lo rápido que puede armarse una revuelta. De nuevo miro de reojo en dirección a Pete Marino porque mi anillo inteligente continúa vibrando de una manera alarmante.

—¡Orden! ¡Silencio en la sala…! —Annie sigue dale que te pego; le aletea la toga y le da aspecto como de mirlo indignado.

El jaleo remite lentamente; los vigilantes están rondando, listos para entrar en acción. Percibo una sombra de inquietud en los ojos de Annie que no había observado nunca. Es posible que lo que está ocurriendo sea entretenido de ver en el canal de juicios, pero para los que estamos aquí es otro cantar.

—¡Silencio todo el mundo! —ordena—. Gracias… Señor Flagler, haga el favor de continuar.

—En resumidas cuentas, no tuvo usted nada que ver con la investigación de la muerte de April Tupelo hasta hace unos meses —me dice Flagler como si fuera yo la que está siendo juzgada—. Y, sin embargo, ¿de pronto es la experta? ¿La persona a la que se supone que debemos creer?

—El patólogo forense que acudió a Wallops Island y se encargó de la autopsia de April Tupelo murió antes de que yo regresara a Virginia —señalo.

—Y lo que ha dicho en sus declaraciones es básicamente que el difunto doctor Bailey Carter incurrió en negligencia profesional y perjurio, entre otros delitos, ¿no?

—Yo nunca he dicho tal cosa ni lo he acusado de ningún delito…

—Y, como consecuencia, ha habido mucha publicidad negativa, ¿no le parece? Se han puesto en entredicho todos sus casos anteriores, ¿no es así?

—Sí, de manera injustificable e inmerecida, diría yo…

—Todos sus casos, que se remontan varias décadas, están en tela de juicio por motivos de ética y criterios cuestionables, ¿no? —El cuerpo de Flagler vuelve a ocultarme al jurado.

—El doctor Flagler era uno de los mejores médicos forenses con los que he trabajado —respondo mientras imagino a su viuda viéndolo por televisión—. Pero hacia el final de su vida estaba incapacitado.

—Especialmente, está en entredicho su gestión de los asesinatos de las parejas, los homicidios acaecidos en Colonial Parkway cuando usted estaba trabajando en Virginia la primera vez, ¿correcto? —dice Flagler—. Esos casos son de hace veintidós años, y ahora hay serias dudas acerca de lo que ocurrió en realidad entonces…

—¡Protesto! ¡No es relevante!

—Se rechaza —dice Annie, y lo que insinúa Flagler es en buena medida cierto.

—Es correcto que el doctor Carter era subdirector de las oficinas del distrito de Tidewater cuando se produjeron los asesinatos de Parkway —respondo.

—Y usted era la jefa. Él trabajaba a sus órdenes y usted lo supervisaba.

—En aquel entonces, sí. Hasta donde yo sé, no se cometió ningún error de gestión en aquellos casos…

—Y usted lo habría sabido porque entonces estaba al mando. Como lo vuelve a estar ahora, ¿no? Lo que quiere decir que la responsable era usted, ¿no?

—Sí.

—Y no mucho después de los asesinatos de Parkway, se fue de Virginia, ¿no es así?

—Sí.

—Qué oportuno. Ahora está de vuelta, testificando que, en su ausencia, se cometieron errores en casos como este, ¿no es así? ¿Es eso lo que pretende que crea el jurado? —dice Flagler.

—¡Protesto!

—Se rechaza.

—Quizá intenta quedar en buen lugar a expensas de Bailey Carter, ¿no? Quizá es eso lo que quiere hacer en realidad —me dice Flagler mientras mira al jurado.

—Nada de eso —respondo.

—Estuvo involucrado en conspiraciones, y eso lo llevó al suicidio, ¿no es así? Por eso se ahorcó, ¿no?

—¡Protesto!

—Se rechaza —dice Annie, y las afirmaciones de Flagler son escandalosas.

4

—No tengo noticia de ninguna conspiración y nunca he declarado que el doctor Carter albergara malas intenciones o tuviera un comportamiento deliberadamente fraudulento. —Me dirijo al jurado, teniendo presente que la familia de Bailey Carter debe de estar viéndolo—. Pero hizo suposiciones erróneas en el caso de April Tupelo que no podrían ser más engañosas…

—Me da la impresión de que hace usted muchas suposiciones para no haber estado viviendo ni trabajando en Virginia por aquel entonces, ¿no cree?

—No tenía intención de criticar al doctor Carter ni de acusarlo de nada, y sigo sin tenerla. Pero cometió errores graves —respondo—. En sus notas y esquemas escritos a mano hace referencia a la lividez, lo que se conoce como *livor mortis*. Y no la había, por ejemplo…

—Bien, gracias —vuelve a cortarme Flagler.

—Deje contestar a la testigo, señor Flagler. —Annie es justa conmigo, por fin.

—Después de la muerte, el corazón ya no late —explico al jurado —. Por lo tanto, la sangre no circula y se posa como sedimento.

Eso provoca que las áreas correspondientes de piel se pongan lívidas, de un color rojizo azulado similar al de los hematomas. Habría sido lógico observarlo si el cadáver de April Tupelo hubiera

seguido dentro del barco durante horas una vez muerta. No sé qué creyó el doctor Carter que estaba viendo, pero lo que describió sencillamente no se correspondía con lo que había.

—No hay *livor mortis* ni mutilación deliberada para convertirla en carnaza que lanzar al agua. —Hago hincapié en ello—. Los cortes en la espalda y las nalgas de April Tupelo los causó la hélice de una lancha. No se infligieron con un cuchillo o algún otro instrumento cortante afilado.

—Sí, bueno, centrémonos en esas horrendas heridas. —Flagler se acerca a paso desafiante a la mesa de la fiscalía.

Coge una caja de cartón con tapa más o menos del tamaño de una caja de papel para impresora. No está etiquetada como prueba ni lleva ningún rótulo de aspecto oficial porque lo que contiene es una evidencia demostrativa. Mejor dicho, una treta. Con el movimiento oímos que algo se desliza misteriosamente en su interior, y Gallo empieza a plantear objeciones.

—Señoría, este último truco que está a punto de hacer no tiene valor probatorio —protesta.

—No es más que una demostración en aras de la claridad —le asegura Flagler.

—Lo voy a permitir, pero se me está agotando la paciencia, señor Flagler. —Annie no pone fin a lo que tengo la sensación de que va a ser su espectáculo más sonado hasta el momento.

El cuchillo que está a punto de enseñarle al jurado tiene una buena empuñadura con guarda y una hoja de acero al carbono de casi veinte centímetros de doble filo acabada en punta. Lo sé porque lo he examinado más de una vez en presencia de Flagler. El acusado era lanzador de cuchillos de competición adiestrado en artes

marciales. No me sorprende que tuviera un arma de combate ni que estuviera en ella el ADN de April Tupelo.

Vivían juntos. Ella le servía de ayudante en las excursiones que les contrataban para pescar. Los dos estaban habituados a manejar herramientas y utensilios de corte, y los utilizaban de distintos tipos para tareas y quehaceres diversos. A media tarde del 14 de octubre de 2020, un día caluroso, habían estado discutiendo mientras bebían cerveza sin haber comido apenas nada. Empezaba a oscurecer cuando April fue al servicio, según la declaración escrita del acusado.

Al no volver después de «diez o quince minutos, quizá un poco más», Hooke fue a buscarla, y no estaba a bordo. Empezó a alumbrar el agua con el foco «presa del pánico», según dijo. Al final envió un mensaje de socorro por radio a la Guardia Costera. La desaparición de April se abordó como un homicidio, y da igual que Gilbert y ella no se llevaran bien.

Sus peleas seguro que contribuyeron a lo que ocurrió, pero, legalmente, no son el motivo de su muerte. Me baso en las pruebas que he estudiado, incluidas las fotografías y los vídeos de la embarcación. Se encontró una de sus chanclas en popa cerca de una abrazadera metálica manchada de sangre que resultaría ser suya. La autopsia demostró que, en torno al momento de su muerte, sufrió una profunda laceración en el empeine del pie izquierdo, y se fracturó un dedo gordo.

Su nivel de alcohol en sangre *post mortem* era el triple del límite legal. En ausencia de otras lesiones o cualquier indicio evidente de forcejeo, sospecho que tropezó camino del baño estando sumamente ebria. El mar estaba agitado, el barco no dejaba de

balancearse. La visibilidad iba deteriorándose al ponerse el sol, la barandilla de seguridad era baja, y no llevaba chaleco salvavidas.

Los detalles del informe de la autopsia describen que la víctima murió con la vejiga llena, lo que sugiere que cayó por la borda antes de llegar al lavabo, muy posiblemente cuando iba hacia allí. Fue una muerte sin sentido y evitable. Es uno de esos acontecimientos trágicos que se ven con frecuencia cuando la gente añade un factor de riesgo estúpido a otro, y la ecuación resulta de pronto fatal.

Boqueando mientras intentaba mantener la cabeza fuera del intenso oleaje, debió de tragar e inhalar agua salada. Después de eso, no habría lanzado ningún grito al ahogarse. No se puede demostrar cuánto rato pasó antes de que Gilbert Hooke se diera cuenta de que había desaparecido. Solo sabemos que pidió ayuda por radio casi a las ocho, más de una hora después de ponerse el sol.

—Ya que se supone que es usted toda una experta en atrocidades violentas, señora, ¿por qué no explica al jurado lo que sucedió aquella noche? —dice Flagler—. Una imagen vale más que mil palabras, ¿no es así? La gente tiene que ver las cosas con sus propios ojos, ¿no es eso lo que siempre dice, señora?

Me acerca la caja de cartón.

—No sé muy bien qué me está preguntando… —empiezo a contestar.

—Advierto a todos que esto puede resultar sobrecogedor. —Alza la voz de forma ostentosa para hacerse oír por encima de la tormenta instalada justo encima de nuestras cabezas.

Apoyando la caja en la barandilla de madera pulida delante de mí, calcula hasta el último movimiento mientras incontables espectadores siguen el juicio en directo por televisión.

—Sé que no será agradable de imaginar. —Lo que dice viene acompañado de susurros y del sonoro crujir de los bancos.

—Silencio, por favor —dice Annie.

Los espectadores se están recolocando, intentan ver mejor; la tensión en el aire es como una vibración grave que se intensificara hasta convertirse en un terremoto.

—Tenemos que mirar con valentía lo que le hizo Gilbert Hooke a alguien a quien se supone que amaba y con quien quería casarse. —Flagler levanta la tapa de la caja.

—¡Protesto! ¿Cuál es la pregunta? —grita Gallo.

—Cuando lo que en realidad quería era poseer y controlar a April Tupelo literalmente hasta la muerte —declara Flagler.

—¡Protesto! —Gallo está otra vez en pie.

Flagler mete la mano en la caja y coge un cuchillo de acero negro parecido a una daga que sé a ciencia cierta que adquirió en eBay. Ya se lo ha enseñado antes al jurado, pero no en mi presencia ni acompañado de una exhibición que no me cabe duda de que será turbia.

—Por supuesto, como ya he dicho en otras ocasiones, esta no es el arma que tenía el acusado en su barco de alquiler hace veintiún meses. Pero es exactamente igual, del mismo modelo y la misma marca —asegura.

—¡Señoría, insisto en la misma protesta! —Gallo sigue objetando con insistencia mientras que Annie ni se inmuta—. No hay pruebas de que el cuchillo que va exhibiendo tenga que ver con este caso.

Todos estamos de acuerdo en que la muerte de la víctima es un suceso terrible, pero ni Gilbert Hooke ni nadie la estranguló ni la mutiló.

—Bueno, ¿quién está declarando ahora? —replica Flagler.

—Señor Gallo, se acepta su protesta —decide Annie para sorpresa de Gallo.

—Gracias. —Vuelve a sentarse.

—Haga el favor de continuar, señor Flagler. Quizá no está usted atento al reloj, pero yo sí.

—Sí, señoría. Evidentemente, el cuchillo real que se halló en el barco del acusado se ha aceptado como prueba. Lo examinaron los laboratorios forenses aquí en Alexandria, ¿no es así, señora?

—Sí —respondo.

—¿Y usted está a cargo de esos laboratorios?

—Están en mi edificio, pero no a mi cargo…

—Pero usted tiene voz y voto en lo que ocurre en ellos.

—Si está relacionado con casos de medicina forense, sí.

—Obviamente, no quería que el auténtico cuchillo de Gilbert Hooke pasara de mano en mano por la sala porque plantearía problemas de contaminación. En ese cuchillo se descubrió el ADN de April Tupelo, ¿no es así, señora?

—¡Protesto! Señoría, la doctora Scarpetta no examinó el cuchillo.

—No ha lugar. La testigo puede responder.

—Estoy al tanto de que se observó en el arma el ADN de la víctima.

Flagler sostiene en alto la réplica del cuchillo de aspecto temible, y los miembros del jurado estiran el cuello, hipnotizados. Las protestas

y los susurros que resuenan entre el público son alarmantemente más audibles.

—El acusado nunca iba a ninguna parte sin su cuchillo de combate, que tenía la hoja de acero ennegrecida, de modo que resultaba invisible en la oscuridad —dice—. Se publicita como el arma perfecta para los asesinos, ideal para mutilar y lanzar…

—¡Protesto!

Flagler me ofrece la caja y el cuchillo, pero no los toco.

—Entendida en muertes violentas como afirma usted ser, señora, ¿le importaría mostrarnos cómo acuchilló y despedazó el cadáver de April Tupelo el acusado? —Flagler sigue provocándome con la esperanza de que pierda los estribos.

—Los cortes *post mortem* que tenía no los infligió ese cuchillo ni ningún otro —repito mientras él vuelve la caja del revés.

—Bueno, si no lo hace usted, yo sí voy a mostrar lo que ocurrió. Y dígame si estoy en lo cierto. —Con una violencia pasmosa, atraviesa la caja de cartón con la hoja, clavándola y cortando el material a fuerza de ruidosos desgarrones.

La gente reacciona con arranques de ira, aplausos y silbidos que se imponen a las protestas furibundas de Gallo y los martillazos de Annie sobre la mesa. Una mujer muy flaca y de aspecto severo, que lleva una camiseta con el lema de JUSTICIA PARA APRIL, llora de manera incontrolable; ya la he visto también en las noticias. Nadine Tupelo es la madre de la víctima.

—Soy consciente de que es insoportablemente duro. —Flagler ve cómo los que están sentados cerca retiran las piernas para dejarla pasar, dándole palmadas en la espalda y apretándole la mano.

Se unen a ella otras tres mujeres, seguro que familiares, y se apresuran a salir todas de la sala. Van tras ellas varios periodistas, incluida Dana Diletti del Canal 5, que nunca pierde oportunidad de tenderme una emboscada. Los murmullos de disgusto vuelven a aumentar y Annie da un martillazo de advertencia.

—¡Silencio, por favor!

—Lo que acabo de mostrar es lo que sucedió en realidad, ¿no es así, señora? —Flagler vuelve a centrarse en mí—. Eso es lo que le hizo el acusado al cadáver de April Tupelo antes de lanzarlo por la borda, ¿correcto? En lugar de su pobre afirmación de que fue cosa de la hélice de una lancha, ¿no?

—La periodicidad de las heridas no concuerda con los tajos al azar de un cuchillo ni de cualquier otra herramienta cortante —insisto sin mirarlo.

—Ya estamos con esa palabra altisonante. Periodicidad —dice en tono condescendiente a la vez que el alboroto inquieto en la sala crece de forma preocupante.

—Las incisiones en la espalda y las nalgas están exactamente a una distancia de tres centímetros y medio —informo al jurado—. El patrón es similar al que se observaría al pasar un rastrillo por la arena. Las marcas serían paralelas y estarían a la misma distancia. A eso me refiero con periodicidad.

Flagler sostiene en alto el cuchillo y la caja destrozada mientras camina de aquí para allá. Las emociones a ambos lados del pasillo se hacen eco del tiempo. Los truenos resuenan en estallidos escalonados, la lluvia golpea a rachas, el viento sopla en ráfagas y aúlla.

—Silencio, por favor —dice Annie.

—¡Usted ni siquiera estaba presente! —Flagler me señala con la punta del cuchillo, apuñala el aire para enfatizar sus palabras, cerciorándose de que las cámaras de televisión repartidas por la sala lo graben—. ¡Este caso ni se le pasó por la cabeza hasta hace unos meses!

—¡Protesto!

—Quizá por eso —continúa Flagler— le resulta tan fácil dejar que alguien quede impune del asesinato de una mujer joven y hermosa que tenía toda la vida por delante.

—¡¡Protesto!!

Más abucheos, solo que más fuertes, y la gente grita «culpable» y «noticias falsas». Otros se suman, acusándome de trabajar para la defensa, de estar comprada por políticos. Un tipo de aspecto intimidante al fondo me llama «comunista» y una joven grita que soy una «nazi ladrona de cuerpos».

—Orden. ¡Orden! ¡¡Orden!!

—Señoría, no hay más preguntas —dice Flagler cuando el alboroto empieza a remitir.

—Señoría —interviene Gallo poniéndose en pie—. La testigo ha prestado todo el testimonio que necesito, no hay más preguntas.

—No tengo más testigos, así que concluyo mi alegato. —Flagler lanza una mirada cargada de intención al reloj en la pared, que marca casi las seis menos veinticinco de la tarde—. Gracias por su paciencia —dice al jurado—. Sé que ha sido una larga jornada.

—Señoría —afirma Gallo—, la fiscalía no ha demostrado conforme a derecho todos los elementos de este caso. Como he señalado una y otra vez, eso es porque no hay caso. La doctora Scarpetta ha expuesto su postura bajo juramento y no veo necesidad de hacer

perder el tiempo al tribunal y al jurado llamando a declarar a más testigos.

—¿Concluye la defensa su alegato, señor Gallo?

—Sí, señoría. Y debido a la falta de pruebas en la que ha incurrido la fiscalía durante casi dos semanas, solicito que se dicte un veredicto dirigido.

—Se rechaza. Hay pruebas suficientes para que el caso siga adelante. Por lo que respecta a la calidad y cantidad de las pruebas, eso es cosa del jurado.

—Gracias, señoría. Eso es todo —dice.

—Caballeros, ¿hemos terminado por hoy? —pregunta Annie. Y así es.

Cuando por fin me habla a mí directamente, lo hace sin el menor asomo de sonrisa. Me da permiso para abandonar el estrado. Todos los demás deben permanecer sentados hasta que se suspenda la sesión. Annie me está dando la oportunidad de huir y ponerme a salvo. Me ha dispensado como testigo, y no es necesario que vuelva. Es un detalle, después de haber consentido las vergonzosas maquinaciones y el comportamiento de Flagler.

Cuando me levanto de la incómoda silla de madera, con asiento y brazos tapizados en cuero duro, anuncia que el juicio se reanudará mañana a las ocho. Ambas partes deberán presentar sus conclusiones finales, lo que hace que sea aún más necesario que los miembros del jurado sigan respetando las estrictas instrucciones del tribunal.

—Nos acercamos ya al término de este proceso, tras lo cual tendrán que deliberar. La vida del acusado estará en sus manos —explica Annie—. Antes de que hoy nos vayamos, volveré a repasar

las normas jurídicas aplicables a este caso y les recordaré que se rijan por ellas y no por las emociones…

»En unos minutos, todos se montarán en el autobús lanzadera que espera delante de la puerta de acceso vigilado en la parte de atrás de los juzgados. Los llevará al hotel Marriott local, donde han estado aislados desde el principio. Sin duda querrán aire fresco una vez escampe la tormenta. Tendrán muchas tentaciones de salir, dar un paseo por la orilla, disfrutar de las vistas.

»Digan simplemente que no… —continúa Annie con las instrucciones.

Bajo del estrado de los testigos y Pete Marino se me acerca grande y amenazador con sus pantalones cargo negros, botas militares y una camiseta que hace alarde de su físico de héroe de acción. Me tiende mi maletín.

—Nada de salir a hacer recados —sigue recordándoles Annie—. Nada de salir a dar un breve paseo y comprar comida para llevar en alguno de los muchos y estupendos restaurantes de la zona; ya sé que es tentador, pero hagan el favor de quedarse en el hotel.

Recuerda a los jurados que el distrito histórico de Alexandria, Old Town, tiene menos de diez mil habitantes. No es mucho mayor que Mayberry, dice, refiriéndose al antiguo programa de televisión que protagonizaba Andy Griffith.

—Imaginen la cantidad de medios y de turistas que han venido de todas partes para la celebración de este juicio… —añade.

5

Cuando atravesamos la enorme sala de audiencias, con sus paneles de madera, molduras de yeso blanco en el techo y lámparas de araña con esferas de cristal, noto que se posan sobre Marino y sobre mí miradas hostiles. Adopta entonces una expresión feroz, se le marcan los músculos de la mandíbula sin parar y tiene perlada de sudor la parte superior de su rasurado cráneo.

Evitamos mirar a un lado u otro del pasillo, pero con la visión periférica percibo gestos desagradables, gente que se propina codazos y hace comentarios sarcásticos.

—Así pues, nada de ir a dar un paseo, por favor. Lo más probable es que se encuentren con alguien relacionado con este caso, y eso podría ser desastroso… —continúa Annie, y reparo vagamente en el hombre que me ha llamado «comunista».

Sentado hacia el final, junto al pasillo, tiene la tez colorada de un bebedor que pasa demasiado tiempo al sol, y una larga barba gris que recuerda a esos jirones de musgo español. Un tatuaje de la bandera estadounidense le cubre el cuello y le falta parte de la nariz y el labio inferior, seguramente debido a un cáncer de piel.

—¡Vas a morder el polvo, zorra! —gruñe entre dientes al tiempo que estira, como quien no quiere la cosa, la pierna escuálida rematada en una bota.

Trabándome el talón derecho, susurra obscenidades. Tropiezo, y surge una oleada de exclamaciones ahogadas y la sensación, por mi parte, de haber recibido un golpe seco con un palo de hockey. Del atestado organizador de acordeón se derraman expedientes de casos confidenciales, y es posible que este sea el peor día que he pasado ante un tribunal.

—¡Eh, Doc! —Marino me sujeta, lo que no hace sino abochornarme más.

La gente susurra y ríe con disimulo, y si Annie se da cuenta de lo que ocurre, no da señal de ello. Está firmemente concentrada en seguir dando instrucciones al jurado mientras yo, furiosa, recojo con torpeza la documentación dispersa. Me arde la cara y estoy incómoda con la falda ceñida. Me las he arreglado para engancharme la media y casi perder un zapato.

Mientras intento recomponerme, me encuentro sin querer con la mirada fija de Gilbert Hooke. Tiene los ojos tan claros como los de un husky siberiano, las comisuras de los labios apenas curvadas en una sonrisa que podría ser una mueca de desprecio. Me lanza un guiño, y es como si me hubiera alcanzado una corriente de aire fría como el hielo. Vuelvo a meter la documentación de cualquier manera en el maletín y voy dando traspiés detrás de Marino hacia la salida.

—¡Maldita sea! —exclama él cuando la puerta de madera de doble hoja se cierra a nuestra espalda—. ¡Vaya cabrón! ¡Tendría que haberle partido la puta pierna!

Con más de uno ochenta de estatura y la constitución de un peso pesado, Peter Rocco Marino tiene más aspecto de gorila o matón que de exinspector de Homicidios metido a especialista en operaciones forenses. Oriundo de Bayonne, New Jersey, nunca ha

perdido su acento ni su impronta original. Puede ser grosero y maleducado, el típico tipo duro de película.

Es demasiado protector por naturaleza, en especial cuando se trata de mí. Hay quien dice que ha adoptado una actitud territorial cuando he pasado por distintos institutos de medicina forense por el país a lo largo de los años. Se ha reubicado una y otra vez conmigo. Da igual dónde se me requiera, él está allí; nos considera cómplices, pero somos más que eso.

Siempre lo hemos sido. Ahora es de la familia, y no me refiero solo a la familia extendida. Durante la primera ola de la pandemia, se casó con mi hermana Dorothy después de estar saliendo a intervalos durante años. Marino es mi cuñado. No creo que me acostumbre nunca a la idea.

—Más le vale a ese capullo que no me lo encuentre en alguna parte… —continúa con una voz que se oye bien lejos—. ¿Te has hecho daño, Doc?

—No es nada. —Tengo un dolor punzante en el tobillo.

—Ese hijo de puta lo va a pagar…

—Es mejor no llamar la atención —le recuerdo.

El pasillo no está del todo vacío a esas horas, y estoy atenta por si veo a la madre de April Tupelo, Nadine. No quiero tropezar con ella ni con las acompañantes que la han seguido antes, y no puedo sino imaginar lo que deben de estar sintiendo. Nada que yo pueda hacer atenuaría su dolor y su hostilidad, y entiendo que me culpen a mí.

Detesto pensar en lo que Bose Flagler debe de decirles a mis espaldas. Bastante malo es ya lo que dice ante el tribunal. Seguro que las ha convencido de que estoy conchabada con la defensa. Que Gilbert Hooke me guiñe el ojo tampoco ayuda. Marino se apresura

hacia el letrero iluminado de la salida a lo lejos. Mis tacones repiquetean contra el suelo en damero.

Pasamos por delante de las altas ventanas venecianas con vistas al patio tres plantas más abajo; la lluvia azota los cristales. Retumban los truenos mientras los relámpagos iluminan el cielo encapotado en un atardecer tan oscuro que las farolas empiezan a encenderse. Me consterna ver que King Street, la calle principal, es una franja sólida de vehículos en ambas direcciones.

Vamos a acabar empapados. No me hace ninguna gracia pasar una eternidad en un embotellamiento. Hurgo en el maletín en busca del móvil, y no es de extrañar que el anillo inteligente esté vibrando como loco. Mi secretaria, Maggie Cutbush, está intentando localizarme, igual que mi subdirector Doug Schlaefer, el investigador forense Fabian Etienne, y la inspectora de la policía de Alexandria Blaise Fruge, entre otros.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Marino—. Porque ocurre algo.

—Tenemos un problemón, quizá más de uno, y debemos salir de aquí cagando leches… —empieza a explicarme cuando nos interrumpe un golpetazo acompañado de exclamaciones impacientes.

—¡Mecachis!

La veterana periodista judicial Shannon Park sale dando tumbos del aseo de señoras.

—¡Uy!

Golpea otra vez la puerta con su tróley rígida y rosa con la larga asa metálica extendida.

—¡Caray! —dice con su cantarín acento irlandés, y entonces me ve —. ¿Kay? ¡Aquí estás, gracias a Dios!

Con poco más de sesenta años, es menuda como una niña y lleva el pelo erizado teñido de rojo con mechas fucsias que se vuelven rosas en las puntas. Por lo general, va vestida como si un tornado hubiera pasado antes por una tienda de ropa de segunda mano, con distintas capas de prendas al azar que no combinan. Hoy luce un gorro de pescador y unos mocasines que me recuerdan a mi infancia.

Lleva formando parte del sistema judicial de Virginia desde que Marino y yo estábamos empezando. La veíamos con regularidad y a menudo comíamos con ella. Ahora trabaja cuando quiere, elige unos casos y evita otros.

—¿Qué haces aquí tan tarde? ¿Y además en pleno monzón? —le pregunta Marino.

Ha estado cubriendo el proceso de Gilbert Hooke por las mañanas y es raro que esté aquí a estas horas.

—Tengo que entregar una cosa en persona —responde Shannon mientras retumban y crepitan más truenos y un viento feroz arroja lluvia contra los cristales de las ventanas—. Y luego me he pasado con el café y he tenido que hacer una visita de urgencia. —Su eufemismo anticuado para dar a entender que tenía que ir al servicio —. Temía que te hubieras marchado ya.

—Intentamos salir de aquí antes de que se levante la sesión en la sala de la jueza Chilton —explico para darle a entender que no me apetece mucho charlar—. Lo siento. ¿Qué tal si te llamo luego? ¿Qué haces este fin de semana? Igual puedes venir a casa.

—Me parece que no es buena idea, y no voy a estar por aquí. —Baja la voz en tono conspirativo.

Las ruedas de plástico resuenan con estrépito cuando acerca la maleta rígida, que está decorada con lazos rosas y adhesivos de arcoíris. Dentro lleva su máquina de taquigrafía, grabadoras y demás utensilios. También táperes de lo que se ha traído para comer, y la última novela de bolsillo que está leyendo, seguramente un thriller, como puedo deducir por experiencia.

—Quería deciros a los dos que he terminado aquí antes de lo que esperaba —anuncia Shannon.

—El jurado podría tardar días en emitir un veredicto —le recuerdo —. El juicio no ha acabado aún, por mucho que a todos nos gustase.

—Para mí sí —dice con rotundidad—. Lo dejo. Y no me refiero solo al caso de Gilbert Hooke. Me he hartado.

—Venga ya —responde Marino—. Eres la mejor periodista judicial que hay, los dedos más rápidos del Este.

—Me voy a Richmond a quedarme con mi hija una temporada, lo más lejos posible de esta bomba de relojería antes de que explote —contesta—. Sea cual sea el veredicto, me da miedo que haya un brote de violencia. Y además con el Cuatro de Julio a la vuelta de la esquina. Pues no, gracias. Estoy harta de verme rodeada de gente horrible.

—¿Te acompañamos afuera? —Marino le guiña el ojo y me viene a la cabeza lo desagradable que ha sido que el acusado me lo guiñara a mí—. Más vale que nos larguemos antes de que la jueza Chilton deje salir a todos los gilipollas que hay ahí.

—Ah, no pasa nada. Tengo el coche a salvo en el garaje, que es donde debería estar el vuestro.

—Me gusta dejarlo justo delante, cielo. Ahí donde aparcas tú hay demasiados rincones ideales para alguien que se esconda entre las sombras o detrás de algo.

—Bueno, si alguien intenta acecharme a mí, se llevará una buena zurra. —El paraguas con estampado de flores que lleva Shannon a modo de arma se parece a uno que tenía mi madre—. Pero creo que voy a esperar un poco. Ya sabéis cómo son estas tormentas. Escampan rápido. Ojalá ocurriera lo mismo con otras desgracias.

Hurga en la cartera acolchada y saca un sobre rosa que no lleva nada escrito.

—Para cuando tengas un momento, Kay. Cuando no vayas con prisa ni estés distraída.

Me tiende lo que parece una tarjeta de felicitación con algo que abulta dentro. Le prometo que le echaré un vistazo en cuanto tenga la oportunidad. Guardo el sobre en el maletín, y Shannon se va con la maleta rígida cubierta de adhesivos rodando detrás.

—Mi móvil está echando humo —le digo a Marino cuando continuamos a paso ligero pasillo adelante—. Maggie, Fabian, Fruge; hace veinte minutos que intenta ponerse en contacto conmigo un montón de gente.

—La jueza tiene una hermana, Rachael Stanwyck —responde, y que la mencione en este contexto es muy mala señal—. Cuarenta y siete años, estaba pasando por un divorcio muy desagradable de Lance Stanwyck, un multimillonario que seguramente es un capullo. Ella trabaja en la CIA. Es espía, en otras palabras. ¿Erais amigas?

—Es secretaria de prensa de la CIA, no una espía, que yo sepa. Se alojaba temporalmente con Annie mientras encontraba una casa nueva…

—Temporalmente, desde luego. Acaban de encontrar muerta a Rachael en el suelo de la cocina.

—Ay, Dios. —Me noto hueca por dentro.

—La jueza va a enterarse enseguida —observa Marino.

—Qué horror.

—Entonces ¿qué pasa con el juicio? Imagina que todo el mundo haya de pasar otra vez por ese calvario.

—¿Quién le dará la noticia a Annie? —pregunto cuando pasamos por delante de la cafetería; las luces están atenuadas, la entrada, obstruida por una cortina metálica.

—Fruge, seguramente —dice.

—Eso le viene muy grande.

—Y que lo digas.

—Como mínimo, va a ser un lío bastante serio —le digo—. Se va a armar un buen revuelo. Menos mal que Fruge te considera su Yoda.

—Y hace bien.

La inspectora más novata de la policía de Alexandria, Blaise Fruge, tiene talento. Creo que es de fiar, pero este no es un caso para que se vaya entrenando.

—Me ha enviado un mensaje para que la llame, pero no ha dicho por qué. ¿Qué sabemos hasta el momento? —le pregunto a Marino cuando llegamos al final del pasillo.

—Fruge considera la muerte sospechosa. Eso es lo que va a anunciar la policía. Pero en los mensajes que me ha mandado insinúa que es un homicidio. —Abre la puerta de la salida de incendios que da a las escaleras.

—¿En qué se basan?

—Creen que puede haber sido un allanamiento de morada que se torció. —Su vozarrón y sus botas resuenan en la caja de la escalera.

—¿Ha entrado alguien a robar? ¿Han agredido a Rachael cuando se subía o se bajaba del coche? ¿De qué hablamos? ¿De un tiroteo? ¿Un ataque con arma blanca? ¿Hay pruebas de agresión sexual?

—No lo sé. Seguro que Fruge no quiere presentar nada por escrito que puedan reclamar como prueba. Se lo he advertido muchas veces —dice Marino cuando llegamos al descansillo del primer piso. Y cómo me duele el tobillo.

Abre de un empujón la puerta de la salida de incendios que da a la calle y el chaparrón es tan estrepitoso como un túnel de lavado de coches; la lluvia repiquetea y crepita. Cuando cruzamos el amplio patio tapiado, que si hace buen tiempo es bastante agradable, es como si nos estuvieran echando cubos de agua encima. Por lo general, está abarrotado, pero en estos momentos solo nosotros dos vadeamos como mejor podemos los charcos con la cabeza gacha mientras fuertes rachas de viento sacuden nuestra ropa.

Los bancos de hierro forjado y las mesas de cafetería están vacíos bajo los árboles que no dejan de zarandearse. No hay nadie más a la vista mientras seguimos adelante bajo cortinas de lluvia hinchadas por el viento. No había ninguna tormenta a la vista cuando Marino ha pasado a recogerme esta mañana —como viene haciendo de un tiempo a esta parte—. Hemos venido a los juzgados a primera hora de la tarde y no había ni una sola nube en el cielo. La predicción meteorológica era de temperaturas altas y humedad, quizá un poco de lluvia. Pero nada parecido a esto, y Marino no es de llevar paraguas.

El coche de trabajo que me facilita el gobierno, con la ropa de lluvia y el maletín forense, lo tengo aparcado en casa. Marino ha insistido en llevarme durante el tiempo que dure el juicio en la ciudad, como siempre haciendo las veces de guardaespaldas. No tengo nada para cambiarme salvo el equipo de protección personal (EPP) en un arcón instalado en la parte de atrás de la furgoneta, lo que no es ideal si no me queda nada seco que llevar debajo.

—¿A qué hora y quién ha encontrado el cadáver? —Levanto la voz para que me oiga pese al estruendo de la tormenta mientras seguimos avanzando por el patio y la lluvia fría me empapa la ropa.

—Lo único que sé es que el tipo que se ocupa de la propiedad había quedado con Rachael a media tarde —dice Marino, y ya sé a quién se refiere.

Holt Willard, de poco más de setenta años, lleva trabajando casi toda su vida para la familia Chilton. Me lo he encontrado en una serie de visitas a lo largo de los años, incluida una hace poco cuando Annie me invitó a su casa. He estado en la misma cocina donde nos han dicho que el cadáver de su hermana está en el suelo.

Me vienen a la cabeza imágenes fugaces de Rachael Stanwyck. Era preciosa y vivaz, pero me parecía vana e indiferente, tenía la mirada tristemente distraída las pocas veces que estuve con ella.

—¿Por qué había quedado con ella? —Levanto el maletín ante mí para protegerme la cara del aguacero.

—No lo sé —contesta Marino cuando llegamos a la acera, y luego guardamos silencio.

Dana Diletti está delante del palacio de justicia de estilo georgiano, uno de los pocos edificios públicos de Old Town que es una reproducción moderna. A estas alturas, su equipo de grabación

y ella están familiarizados con la furgoneta negra Ford Raptor de Marino, que sobresale por encima de otros vehículos sobre sus enormes neumáticos, aparcada en línea delante de un parquímetro cerca del Starbucks.

—¡Ya está bien, maldita sea! —dice Marino a voz en cuello cuando se encienden los focos de la cámara—. ¡Vamos!

Se me adelanta y hace de pantalla, agitando los brazos con furia. Está echando más gasolina al fuego, y además a la vista de todo el mundo.

—Soy Dana Diletti, en directo desde el tribunal del distrito de Old Town… —comienza.

La conocida y guapa periodista de televisión, de uno ochenta de estatura, parece imponente con el cuello de la gabardina militar caqui subido. Su equipo atiende todas sus necesidades, formando un dosel de paraguas como si fuera miembro de la realeza.

—Ha sido otro día explosivo en el juicio de Gilbert Hooke, acusado de asesinato… —dice por el micrófono.

La exjugadora de baloncesto profesional es hábil, rápida y audaz. Puede perseguir a cualquiera a pie sin que le falte el aliento y hace lo que sea necesario para apuntarse tantos, lo que incluye meter codazos, por así decir, y cometer otras faltas sin que nadie la penalice, por lo visto.

6

—Por si el caso no fuera lo bastante extraño, ha dado otro espantoso giro que plantea la posibilidad de que se declare juicio nulo. —Y ya tengo a Dana Diletti encima—. ¿Doctora Scarpetta? ¿Me concede un momento…?

—¡Ahora no! —ladra Marino mientras restallan los truenos y los relámpagos iluminan el inestable cielo encapotado.

—Seguro que están al tanto de las últimas novedades, ¿no? —pregunta Dana con el aguacero como fondo, y tengo la sensación de que va a asestarme un golpe a traición—. ¿Es verdad que acaban de encontrar muerta a la hermana de la jueza Chilton en circunstancias sospechosas? Rachael Stanwyck, secretaria de prensa de la CIA…

No tengo nada que decir, y nadie que le tuviera aprecio debería enterarse así. Sigo intentando huir mientras los relámpagos relumbran inquietantemente cerca y los truenos rasgan el aire.

—¿Puede confirmar que hay sospechas de que se trata de un crimen?

Me distrae notar que el tacón de mi zapato de cuero derecho parece cada vez más inestable, con el riesgo que eso conlleva.

—Debe de resultarle triste a título personal. Sé por fuentes fiables que la jueza Chilton y usted fueron compañeras de piso y siguen siendo amigas íntimas…

Uno de los paraguas de Dana está a punto de clavárseme en un ojo mientras su equipo me persigue por la acera como una jauría. Marino no puede hacer otra cosa que ir unos pasos por delante, empapado hasta los huesos y furioso.

—¿Se dirige a Chilton Farms ahora mismo? —La voz de Dana me sigue de cerca como la cola de una cometa.

Procurando apoyar bien el pie derecho para que el tacón aguante, me apresuro con un andar desmañado que no debe de quedar muy bien en cámara, como tampoco debe de dar buena imagen que me refugie detrás del maletín mientras me persiguen por la acera. Llevo el traje de lino gris y la blusa de seda blanca pegados al cuerpo como si me hubieran envasado al vacío, y tampoco es esa la imagen que quiero ofrecer.

—¿Doctora Scarpetta? ¿Cree que la jueza se eximirá? ¿Espera que el juicio contra Gilbert Hooke se declare nulo? Y, de ser así, ¿qué supondrá…?

Dana y su equino no cejan en la persecución, y gracias a Dios que la furgoneta de Marino está cerca. La desbloquea a distancia, lo que hace que las luces destellen bajo el diluvio brumoso. Se me adelanta en el momento en que el tacón flojo del zapato derecho se desprende por completo.

—¡Jodddd…! —reniego entre dientes, casi tropezando otra vez—. ¡Maldita sea!

Me quito los zapatos de cuero, ya totalmente estropeados, y debo de tener aspecto de fugitiva o de chalada. Echo a correr con los pies solo cubiertos por las medias, pisando charcos y losetas que, sembradas de pétalos de flores, están resbaladizas. La lluvia me golpea la coronilla, y el tobillo lastimado me duele mucho.

—¡Vamos! —grito para hacerme oír bajo el aguacero cuando Marino abre la puerta del lado del acompañante, y no estaríamos más calados aunque nos hubiéramos caído a una piscina.

—¿Qué demonios…? —Se me queda mirando los pies sucios y las medias hechas jirones—. ¿Qué les ha pasado a tus zapatos?

—¡Da igual! —Me monto en el asiento.

Rodea el coche a toda prisa hasta el lado del conductor y se pone al volante. Chorreamos agua sobre el tapizado de cuero, que aún huele a nuevo, mientras la lluvia repiquetea con fuerza contra el techo. Pone en marcha la furgoneta y noto ese rugido cuando arranca en mis entrañas. Las sirenas de emergencia que ululan a los lejos se están acercando, seguramente camino de Chilton Farms.

Annie vive a unos treinta minutos de la plaza de los Tribunales cuando el tráfico es normal, pero en las condiciones actuales, si estuviera sola tardaría una hora o más. Por suerte, Marino no conduce un vehículo propiedad del estado, como mi Subaru del trabajo con el escudo de Virginia. En su furgoneta personal, de aspecto tan siniestro, tiene mucho más potencial que yo para saltarse las normas.

Como profesional independiente que trabaja más que nada *pro bono*, no tiene tantos escrúpulos como yo cuando llama el deber. No hay mediana, propiedad privada o carril de bicicleta o peatones que considere de acceso prohibido. Está encantado de superar el límite de velocidad, saltarse semáforos en rojo, hacer cambios de sentido ilegales y encender los dispositivos luminosos que instaló por su cuenta. Si la situación es lo bastante apurada, recurre a una sirena portátil capaz de despertar a los muertos.

Se apresura a enseñar su placa de investigador forense como si todavía fuera poli, pavoneándose y dejando bien claras sus opiniones mientras da órdenes. A diferencia de él, yo no me salto los protocolos ni la ley cuando me conviene. Más me vale no cometer ningún abuso de poder. Aunque no sé qué podría hacer ni siquiera Marino para mejorar nuestra situación actual, porque, a pesar de la prisa que tenemos, no estamos yendo a ninguna parte.

Encajados entre los demás coches aparcados, no podemos avanzar más de uno o dos palmos. Hay menos sitio aún para dar marcha atrás, y a nuestra derecha están los parquímetros y la acera. La única opción es salir por la izquierda, suponiendo que alguien nos deje, y no parece que haya buenos samaritanos o vecinos decentes siquiera. Al cuerno con la regla de oro. Seguro que nadie se fija en nosotros. Cada cual que se las apañe como pueda.

—Me parece que ni tú vas a poder salir de esta locura. —Vuelvo la vista hacia un peligroso enjambre de luces intensas y estrepitosos motores, además de gente hostil al volante.

—¡Dios santo! ¿Tan difícil es cederle el paso a alguien? —Marino empieza a tocar la bocina—. ¿Qué le pasa a todo el mundo?

—No sé cómo vamos a llegar al lugar de los hechos o a ninguna otra parte —respondo mientras una niebla densa nos devuelve el brillo de nuestros faros antiniebla.

Hay coches y peatones por todas partes, y a estas horas de un jueves por la tarde son sobre todo jóvenes que salen. Restaurantes, bares y tiendas están abiertos a pesar del mal tiempo. Por lo visto, la gente empieza temprano a aprovechar el puente. Es *happy hour* en plena temporada alta, y Marino sigue renegando mientras intenta en vano incorporarse al tráfico de King Street.

Busco en el interior del maletín impermeable pañuelos de papel y un tubo de crema protectora de labios. El sobre rosa de Shannon Park está seco y a salvo, igual que mis expedientes y todo lo demás, gracias a Lucy. Nunca pierde la oportunidad de facilitarme los últimos pertrechos tácticos. El maletín bandolera negro que llevo a todas partes parece un accesorio normal, pero el material con aspecto de cuero es polietileno de ultra peso molecular. Está entretejido con microfibras de cobre conductoras de electricidad y dotado de sensores que no alcanzo a ver. El maletín se despliega como si fuera de origami para formar un escudo contra proyectiles, cuchillos y radiación mortífera. Dispone de compartimentos secretos con paneles de kevlar flexibles y ligeros como una pluma; ahora mismo el bolsillo de acceso fácil está vacío salvo por mi móvil. Vuelvo a sacarlo.

—No sería mala idea tener unas toallas, Marino, la verdad. —Le doy el mismo consejo útil cada vez que nos pilla un chaparrón—. Sobre todo, teniendo en cuenta que tienes fobia a los paraguas porque crees que no dan buena imagen. Bueno, esto tampoco da buena imagen.

El agua comienza a formar un charco bajo mis pies, y dentro de poco estaré helándome con el aire acondicionado.

—Lo que pasa es que llevo un montón de porquería en la furgo por culpa de lo que otros creen que necesito. —Se refiere a Dorothy —. Hace unas semanas estaba convencida de que yo no podía vivir sin un extintor y una mininevera. Antes, sin un elegante estuche de herramientas de diseño que nunca uso.

Marino va poniendo excusas mientras hurga con una mano bajo nuestros asientos. Hago lo que puedo para no estorbar, remetiendo

las piernas hacia un lado u otro. Los limpiaparabrisas no dejan de oscilar de aquí para allá con un ruido sordo barriendo agua del parabrisas; sigue lloviendo, aunque no tan fuerte como antes. La tormenta ya se está alejando; lo típico durante los cálidos y húmedos veranos de Virginia.

—Toma, tendrás que conformarte con esto. —Marino me tiende un rollo deformado de toallitas de papel azules en el que quedan unas diez unidades.

Son de esas gruesas que usa para lustrar los neumáticos y los embellecedores, para limpiar la fibra de carbono o los cristales de la furgoneta tan cara que le compró mi hermana. Dorothy, novelista gráfica e influencer de éxito, lo mima a más no poder, comprándole todo lo que quiere y lo que no quiere. Extraigo toallitas para los dos mientras me paso los dedos por el pelo mojado.

Contemplo mi reflejo en el retrovisor y me desmaquillo los ojos. Me embadurno los labios de crema protectora, con una pinta de muerta que espanta, por usar la expresión de Dorothy. Me subo la falda de la forma más pudorosa posible para quitarme las medias, que han quedado destrozadas y que, a continuación, tiro junto con las toallitas sucias a la bolsa roja para restos de riesgo biológico que cuelga de la palanca de cambios.

—Oh-oh. —Marino lanza una mirada de odio al equipo de noticias del Canal 5 a escasos vehículos de donde estamos aparcados—. Justo lo que no queremos.

Dana Diletti y su productora se montan a toda prisa en la camioneta y cierran la puerta corredera. El intermitente empieza a destellar y

las ruedas delanteras giran hacia la izquierda. Percibo el aire agresivo y desafiante que destila Marino cuando me tiende las toallitas de papel empapadas.

—Quieren llegar antes que nosotros al escenario del crimen —señala—. Para filmar nuestra llegada con todo lujo de detalle.

Intenta de nuevo incorporarse al tráfico por las bravas, pero nadie se lo permite. La vibración del anillo me indica que mi secretaria, Maggie, está llamando de nuevo. No pienso contestar.

—¡Muchas gracias! —Maldiciendo y echando pestes, Marino sigue esforzándose en vano—. ¡Gilipollas! ¡Panda de idiotas!

Al tiempo que suelta otras lindezas por si acaso, baja la ventanilla y agita el musculoso brazo tatuado bajo la lluvia brumosa gritando a los demás conductores. Aunque no los oímos, algunos le contestan y hacen gestos ofensivos. Espero que no acabemos metidos en una trifulca de tráfico multitudinaria.

—¿A qué viene tanta prisa? —grita a todo el mundo y a nadie en particular, con odio en la mirada y las venas del cuello hinchadas—. ¿Vas a perder el culo? ¿No sabes lo que es una puta emergencia? Bueno, pues ya te lo voy a enseñar yo.

Enciende las luces estroboscópicas verdes y blancas, que no sé si son legales porque parpadean tan deprisa que dan vértigo.

—¡AGÁRRATE BIEN, DOC!

Coge la sirena de mano del soporte, y yo me tapo los oídos.

—¡¡Al ataque!!

Se abre paso a fuerza de pitidos para incorporarse al tráfico mientras los pitidos resuenan en una cacofonía discordante. Adelantamos a la camioneta de noticias del Canal 5, que se las

apaña para situarse detrás de nosotros en una maniobra tan violenta que está a punto de causar un accidente.

—¡Joder! —grita Marino mientras avanzamos al ritmo del tráfico lento, las luces del escáner de la policía oscilantes, el volumen al mínimo—. ¡Ya está bien de tanta mierda!

Su semblante ceñudo se refleja en los espejos cuando apaga las luces de emergencia, y la lluvia sigue entrando por la ventanilla hasta que la cierra del todo. Con gesto irritado, intenta secarse los ojos con la manga de la camiseta empapada, así que le paso unos pañuelos de papel. Se enjuga la cara y luego el cráneo rasurado mientras empiezo a contarle lo que podemos esperar.

—Rachael Stanwyck trabajaba en la CIA. Basta con que trabajara en la CIA para que se arme un buen revuelo; no hace falta que fuera espía —explico—. Yo no tendré control sobre buena parte de lo que ocurra ahora. No el control que acostumbro a tener, dependiendo de las circunstancias, y a fin de cuentas es posible que nunca averigüemos toda la verdad acerca de quién era. Ni de lo que ha pasado y por qué.

—¿Qué te decía el instinto sobre ella? —Marino se pone las Ray-Ban de espejo, tintadas de ámbar para la niebla y la bruma.

—No la conocía —repito—. Cuando Annie y yo íbamos juntas Derecho en Georgetown, de vez en cuando pasaba un fin de semana en Chilton Farms. Su hermana jamás estaba. Detestaba ese lugar, y nunca me ha dado la impresión de que tuviera mucha presencia en nada relacionado con la vida de Annie.

—Rachael parece de esas personas que cabrean a la gente —observa Marino—. Podría ser un detalle importante si resulta que alguien se la cargó.

—Me da la sensación de que se le daba bastante bien ofender a los demás —respondo—. Lucy y yo nos encontramos una vez con ella en la licorería de Saint Asaph Street, donde creo que Rachael era clienta habitual.

Fue unas semanas antes del comienzo del juicio de Gilbert Hooke, cuando la vida era todavía relativamente normal en Old Town. No había forasteros hostiles acampados ni equipos de noticias o periodistas de aquí y de fuera. No había peligro en ir a nuestros lugares predilectos de la zona, y Lucy y yo habíamos salido a montar en bici por la ruta de Mount Vernon.

La seguimos hasta Gravelly Point, donde los aficionados a los aviones van a observar el tráfico aéreo que despega y aterriza en el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan de Washington. De regreso a casa, decidimos que era una buena noche para fajitas y margaritas, y paramos a comprar un par de botellas de tequila. Estábamos guardando la compra en las mochilas cuando entró Rachael.

Llevaba un traje de falda ceñido azul marino de Dolce & Gabbana y un Rolex de oro con bisel de diamantes. Las gafas de sol y el bolso, de tamaño considerable, lucían ostentosos logos de Chanel, y me di cuenta de que había llorado. Dijo que había estado atosigándola todo el día «la pandilla de abogados carnívoros» —según sus palabras— de su ex.

«Capullos arrogantes. Títeres misóginos. Lance no descansará hasta que me destruya, ya lo sabéis. Espera que el estrés acabe conmigo. Nada le gustaría más». Lo que dijo resulta ahora siniestro cuando lo repito en voz alta.

—Me parece que le importaba una mierda quién la oyera —señala Marino mientras los limpiaparabrisas siguen arrastrándose

intermitentemente sobre el vidrio—. Lo que significa que es probable que lo hiciera a menudo. Lo lógico sería que alguien que trabajaba en la CIA tuviera más cuidado con no irse de la lengua.

—Tenía formación de periodista —respondo—. Me dio la impresión de que no vacilaba en decir lo que se le pasaba por la cabeza, sin medias tintas, y que no le interesaba lo que pensaran de ella.

Alarga el brazo delante de mí y abre la guantera para sacar su Guncrafter Industries 1911 de 10 milímetros en color gris mate, fabricada por encargo con miras ópticas Trijicon. Es un arma inmensa, en plan Harry el Sucio, a la antigua usanza, que da un miedo de muerte. Lleva munición de 200 granos Buffalo Bore y está lista para disparar, con el seguro puesto. Deja la pistola y unos cargadores extra en la consola central entre los dos.

Los dispone de manera que los tenga a mano mientras yo enciendo la linterna del móvil. Me miro el tobillo lesionado, que noto sensible al tacto; el moratón rojo intenso se está oscureciendo. Hago fotografías y entretanto Marino escudriña sin cesar los espejos, lanzando resoplidos exasperados. No hemos recorrido más que unas pocas manzanas.

La farmacia CVS queda a nuestra izquierda. Justo después está la tienda de bicicletas preferida de Lucy y el restaurante indio que tanto le gusta a Benton. Las luces del tráfico y la lluvia que no deja de caer distraen y confunden. La rejilla de aspecto amenazador de la furgoneta está alarmantemente cerca del deportivo de delante, lo que conlleva soportar las estrepitosas señales sonoras.

Allí donde mire, descubro accidentes y broncas a punto de estallar, porque algunos de los conductores que vuelven del trabajo se comportan como seres primitivos. Me viene a la cabeza que Marino y

yo hemos pasado toda la tarde en una sala de vistas. Antes hemos estado en la de autopsias. Llevo buena parte del día sin acceso al móvil. Hemos estado en nuestra propia burbuja mórbida, y sospecho que están ocurriendo muchas cosas de las que no tenemos noticia.

—No sé si había visto nunca esto tan mal. Tiene que estar pasando algo más. —Me pongo a revisar las alertas de emergencia y las aplicaciones de tráfico—. Quizá un accidente grave o algún otro desastre en la zona. No es una hora punta normal, ni siquiera con tormenta antes de un fin de semana festivo.

—Y que lo digas —se lamenta Marino—. Ahora mismo vamos a diez kilómetros por hora y la gente se comporta como si fuera el fin del mundo.

No tardamos mucho en descubrir que la causa del caos es el presidente de Estados Unidos. Ha hecho una visita a Old Town esta tarde, y ha habido problemas de seguridad; se ha advertido un peligro inminente de resultas del cual han desviado su comitiva de automóviles. Han tenido que cerrar tramos de King Street y la autopista George Washington Memorial durante un tiempo considerable.

No es de extrañar que no haya tenido noticias de Benton y Lucy. Ante cualquier amenaza al presidente, se hace cargo el Servicio Secreto. Seguro que mi marido se ve involucrado. Probablemente mi sobrina también. Él es su máximo analista de amenazas y experto en perfiles criminales. Ella es experta en asuntos técnicos, una categoría intencionadamente ambigua.

—Durante un rato ha estado cerrado hasta el puente Woodrow Wilson en ambas direcciones —informo a Marino.

—¿Qué problemas de seguridad? ¿Se sabe algo más? —me pregunta mientras consulto artículos de prensa y demás información.

7

—Se suponía que el presidente iba a visitar el cementerio de Ivy Hill para asistir a una ceremonia a las dos y media, pero han hecho dar media vuelta a la comitiva. —Sigo mirando las últimas noticias, pero no hay casi nada reseñable—. Ha regresado a la Casa Blanca. No encuentro mucho más, ni siquiera en sitios web del gobierno.

—Deben de querer que no trascienda —observa Marino.

—Sea lo que sea, se lo están tomando en serio.

—Apuesto a que los federales han sitiado Alexandria, quizá toda la zona del gran D. C., porque hay un sospechoso. Es posible que más de uno. —Marino tiene ambas manos tensamente aferradas al volante; las luces de freno rojas se prolongan, somnolientas, hasta donde alcanza la vista.

—Por desgracia, ya están saliendo en todas partes artículos sobre la muerte sospechosa y espeluznante de Rachael Stanwyck. —Le cuento a Marino lo que voy encontrando a medida que avanzamos entre el horrible tráfico—. Se están cociendo conspiraciones sobre las hermanas Chilton, y cito, «tan privilegiadas y peculiares».

Se ha publicado la dirección de Annie. Hay habladurías sobre su pasividad en el estrado durante el juicio de Gilbert Hooke. Se la acusa de mostrar favoritismo por Bose Flagler y de tratar a Sal Gallo de una manera deplorable. Corren rumores sobre por qué no se ha

casado y vive sola en la «mansión embrujada» del siglo XVIII de la familia.

—Olvídate de nada parecido a la intimidad —le comento a Marino —. Todo esto sería horrible para cualquiera, pero es especialmente peligroso para una jueza, y por desgracia no es muy rigurosa con la seguridad, como estás a punto de descubrir.

Él no ha estado nunca en Chilton Farms, y no le hará gracia cuando lleguemos. Quizá haya fantasmas o quizá no; eso no puedo asegurarlo, aunque he oído ruidos extraños de sobra. He visto sombras peculiares y he atisbado de reojo imágenes extrañas al pasar en los espejos. Lo que puedo afirmar categóricamente es que la propiedad infestada de malas hierbas es refugio seguro para gusanos, garrapatas, mosquitos y demás insectos antisociales.

Annie no quiere saber nada de pesticidas, ni siquiera de los naturales como el espray de ajo. La iluminación exterior es casi inexistente. Mientras lo describo, Marino coge el arma y se la pone en el regazo junto con los cargadores de repuesto.

—¡Prepárate, Doc! —Su atención está puesta en todas partes; los músculos de la mandíbula, tensos.

Me fijo en un muro de ladrillo a nuestra derecha entre la niebla arremolinada. Justo al otro lado hay una callejuela por la que Benton y yo solíamos pasar cuando aún era seguro dar largos paseos por Old Town.

—¡¡Agárrate bien!! —grita Marino.

Es la señal para que me aferre al reposabrazos y apoye la nuca en el respaldo del asiento para que no me golpee contra la ventanilla o me rompa el cuello durante una de sus maniobras dignas de la NASCAR. Pisa el acelerador al tiempo que gira el volante, los

neumáticos chirrían, el motor se embala y la fuerza del giro me lanza contra la portezuela.

—¡Bum! ¡Esto es otra cosa! —Repliega los retrovisores exteriores.

Serpea con la enorme furgoneta por un estrecho carril destinado en un principio a viandantes y coches de caballos.

—Ten cuidado con esa columna de piedra a la izquierda. —La señalo entre la niebla.

—Es imposible que nos esté siguiendo nadie.

Encantado consigo mismo, sigue adelante por la calle sembrada de baches, los faros antiniebla reflejados en el agua y los adoquines mojados. Si bajase la ventanilla, alcanzaría a tocar las fachadas traseras y las verjas de hierro de las imponentes y antiguas residencias. Pasamos a escasos centímetros de las ramas de viejísimos árboles de hoja perenne y setos de boj común.

—No está siendo un trayecto muy suave, lo siento. —Me mira de soslayo y veo mi reflejo distorsionado en sus gafas de espejo—. Pero es mejor que pasarnos toda la eternidad en King Street.

Me vuelvo en el asiento para ver si están por ahí Dana Diletti y su equipo. El estrecho pasaje detrás de nosotros se ve vacío y brumoso, sin el menor rastro de la camioneta blanca con el logo de la cadena de noticias.

—Creo que has despistado a los del Canal 5 y a todos los demás —confirmo—. Tampoco me sorprende. Me parece que aquí no están permitidos los coches, ni nada con motor o que sea mucho más grande que un carrito de golf.

—Me parece que ahora mismo te vendría bien una calada. —Marino abre lo que antes era el cenicero—. Y a mí también.

Hurga en sus reservas de chicle retro que le recuerda tiempos mejores. Los aromas familiares de las marcas Teaberry, Juicy Fruit, Bazooka y Dubble Bubble me traen intensos recuerdos de la infancia, cuando ayudaba en la tienda de barrio de mi padre.

—Gracias. —Cojo el Wrigley's Spearmint que me ofrece Marino: los dos somos fumadores en proceso de rehabilitación.

Enrolla tres láminas de chicle y se las mete en la boca. En el interior de la furgoneta hay un dulce olor mentolado mientras conduce por la callejuela, dejando atrás verjas de hierro forjado y fachadas. Miro el móvil para ver los mensajes.

—¿Te ha dicho Lucy qué iba a hacer hoy? —Marino lo pregunta con despreocupación, como si no le molestara que no estén tan unidos.

—Hemos tomado un café antes de que pasaras a recogerme esta mañana, pero no ha mencionado nada específico —respondo—. Llevaba ropa de andar en bici y la mochila, o sea que pensaba ir a alguna parte.

—Por lo menos no está encerrada en su casa las veinticuatro horas del día hablando con un avatar como si fuera una persona real —comenta en tono no muy agradable.

—Eso no es justo. Ni exacto.

—No quiero que se nos vuelva más rara aún, Doc. Va por ahí en su bici tuneada como si estuviera en un campeonato de deportes de acción, persiguiendo señales de radio y sucesos extraños en mitad de la noche.

En realidad, no le preocupa a qué dedique el tiempo mi sobrina. Lo que le mosquea a Marino es que ella vuelve a ser agente en toda regla de un organismo policial, y él no. Le duele no poder detener y

encerrar a gente, mientras que Lucy sí puede. Eso además de que su relación con ella se enfrió considerablemente después de que se casara con su madre.

El tráfico no es ni remotamente tan malo ahora que estamos en South Royal Street con sus inmaculadas casas individuales y adosados, muchos con la bandera estadounidense en la entrada. Las placas históricas de bronce en las fachadas son un recordatorio de que no se puede hacer ninguna reforma en la propiedad sin permiso de un comité para la preservación.

El sol bajo asoma reluciente por entre las nubes en retirada cuando nos vamos alejando de los barrios atestados. Nos dirigimos hacia el tramo en buena medida deshabitado a orillas del río Potomac, donde se criaron Annie y Rachael Chilton. La bruma se está levantando y sale vapor de las aceras. Una franja de intensa luz dorada se extiende por el horizonte; vuelvo a mirar los mensajes y le envío otro a Fabian Etienne.

—Dile que evite King Street, a menos que quiera quedarse allí hasta convertirse en un esqueleto —advierte Marino.

—No tiene sentido decirle nada si no se molesta en contestar. —Estoy a punto de hartarme.

—Joder, es justo lo que más ilusión le hace —dice Marino—. Un caso de los grandes que acapara la actualidad, y él se presenta como la Parca. Seguramente lleva media hora guapeándose delante del espejo, maquillándose y retocándose las uñas.

—Fabian nunca me contesta de inmediato a no ser que le convenga —respondo, y el problema que tengo con el investigador

forense no tiene que ver con su apariencia.

No tiene que ver con su gusto a la hora de vestirse, ni siquiera con su cliché preferido. Nuestra jornada empieza cuando acaba la tuya, serigrafiado e impreso en camisetas y tazas de café que vende en internet. No tengo control sobre Fabian. Bastante grave era cuando llegué aquí, pero un año después es algo parecido a una causa perdida.

No me cabe duda de quién influye en él, y la cosa está yendo a peor. Pienso en encuentros recientes con el antiguo asistente médico que asegura haber soñado siempre con ser investigador forense. Ayer, tardé horas en localizarlo, y al final bajé en ascensor a la sección anatómica.

Los móviles no funcionan muy bien allí, y esa es su excusa cuando no contesta. Lo descubrí inyectando formaldehído en la arteria femoral del cadáver más reciente donado a la ciencia. Lo estaba embalsamando sin nadie más presente.

—Es la tercera vez que lo pillo —le recuerdo a Marino—. Dios sabe cuántas veces lo habrá hecho. Fabian ha decidido que no me rinde cuentas a mí, y a ti tampoco. Y no creo que sea el único que lo ha decidido.

Le envío otro mensaje de texto para advertirle sobre el tráfico. Le doy instrucciones de que se ponga en marcha y añado que espero que haya recibido mis mensajes anteriores. Tiene que llevar más equipos de protección personal y coger de paso un pijama sanitario y calzado de quirófano para mí. No quiero que esté en mi despacho hurgando en mis prendas personales. Tampoco quiero que mi secretaria toque mis pertenencias.

—Qué coñazo. —Marino mira el tráfico a nuestro alrededor.

Logra avanzar un poquito con la furgoneta, y salta a la vista que está a punto de hacer otra de las suyas.

—¡Agárrate bien, Doc!

Enciende las luces como un poli fardón. Pisa a fondo y se mete por otra bocacalle mientras yo aferro el maletín y me engancho otra vez al apoyabrazos.

—Vas a tener que hacer algo con ella. —Marino se refiere a Maggie—. Antes de que sea demasiado tarde. Aunque quizá ya lo sea.

—Ya sabes lo difícil que es despedir a alguien que trabaja para el estado —repongo—. Sobre todo, si esa persona está protegida como lo está Maggie desde hace décadas. Si fuéramos a por ella, sería una guerra sin cuartel. Y no la ganaríamos, porque Elvin la tiene en el bolsillo.

—Querrás decir en la bragueta.

—Eso no podemos demostrarlo, ni casi nada —contesto.

—Tenemos que buscar algo que achacarle, como las filtraciones a los medios, porque sabemos perfectamente que es ella. ¿Qué saca a cambio de los favores que les hace a las Dana Diletti del mundo? Nuestra oficina parece un puñetero colador.

—¿Y quién va a hacer algo al respecto? —replico, aunque es un argumento trillado a estas alturas—. Elvin supervisa todo lo que tiene que ver con la salud pública en la mancomunidad, lo que incluye cómo muere la gente. Yo respondo ante él. —Es una idea odiosa, y Marino no la puede aceptar—. Elvin tiene todo el poder, y lo dispuso de este modo para que sea exactamente como es. Seguro que se lo está pasando en grande.

Mi predecesor, Elvin Reddy, es de los que ni olvidan ni perdonan. No deja pasar ninguna oportunidad para hacerme pagar por haberlo sacado del programa de especialización en patología forense que yo dirigía. Fue hace décadas, cuando acababa de incorporarme al trabajo, que era un club exclusivamente masculino. Como primera jefa de Medicina forense de Virginia, tenía ideas muy concretas acerca de no causar daño. La muerte no se debía politizar. No era un asunto que se pudiera explotar o trivializar.

Me negué a servir de mentora a Elvin o escribirle una carta de recomendación siquiera, y hoy haría exactamente lo mismo. Cuando accedí a sustituirlo como médica forense en jefe el año pasado, no sabía el resto de la historia. No fue hasta que me mudé aquí cuando descubrí que su secretaria, Maggie, no iba a irse con él. Me había correspondido en herencia. Luego a él lo nombraron comisionado de Salud. Marino lo describe como que me hicieron caer en una trampa.

Me sujeto de nuevo al reposabrazos cuando derrapa para entrar por otra bocacalle. No es tan estrecha como la de antes, y estamos a escasas manzanas del río. El sol se abre paso entre las nubes y un arcoíris perfecto corona el cielo sobre la torre de la basílica de Santa María. No voy a misa desde que empezó la pandemia. Antes tenía otras excusas, a decir verdad.

—Vamos a ver qué dice Maggie, qué mejunje ponzoñoso ha estado removiendo esta vez. —La llamo al móvil y apenas suena antes de que se ponga.

—Ya era hora de que me devolviera la llamada. —Su voz resuena en tono áspero por los altavoces de la furgoneta.

—He estado un poco liada, como bien sabes —respondo.

—Le he dejado mensaje de que el comisionado de Salud tiene que hablar con usted. —El refinado acento británico de mi secretaria contradice su falta de cortesía elemental.

Me doy cuenta por el ruido de fondo de que ha vuelto de la oficina a casa. Parece que está en la calle paseando al perro, y me pide que espere un momento. La oigo coger en brazos a Emma, su perra de raza corgi, mientras Marino me mira moviendo la cabeza de lado a lado con aversión. Entonces Maggie retoma la conversación para decirme lo frustrante que es cuando no doy señales de vida.

—Resulta imposible localizarla, como siempre, constantemente revoloteando por ahí con su socio sabueso en su furgoneta chupagasolina —dice, y derrocha resentimiento tanto como gases una bomba—. Por cierto, tenemos que hablar de los gastos que presenta ese para gasolina y demás…

—Sabes exactamente dónde he estado. —No hago el menor esfuerzo por mostrarme atenta, ni siquiera amable—. No he tenido ocasión de ocuparme de nada desde que he escapado de una situación de lo más inestable en el juzgado hace unos minutos…

—No me cabe duda de que le vendrían bien unas vacaciones, un respiro de toda esta locura. —Maggie se apresura a interrumpirme, y tengo claro con quién ha estado hablando—. Hoy en particular ha sido… Bueno, no hay otra palabra para describirlo que «deplorable».

—¿Qué quieres, Maggie?

—Creo que aún no ha llamado al doctor Reddy, ¿verdad?

—¿Llamarlo para qué?

—Si se hubiera molestado en devolverme la llamada a tiempo, lo sabría. —Tal como me habla, cualquiera diría que la jefa es ella—. Bueno, ahora no va a poder encontrarlo.

Seguro que Elvin tiene mucho que decir acerca de las salidas de tono de Marino, y de mi carrera descalza por la acera en la plaza de los Tribunales. Toda muestra de bochorno, error y desgracia en público es un regalo cuando tu rival tiene el carácter obsesivo de un acosador.

—El doctor Reddy está cenando en la mansión del gobernador, y ha esperado todo lo que ha podido. Me temo que ha perdido usted la ocasión. —La arrogante voz de Maggie resuena en el interior de la furgoneta.

—¿Qué es tan urgente? —Sigo acalorada de ira—. ¿Por qué es más importante que el asunto que estamos a punto de abordar Marino y yo…?

—Me temo que el espectáculo de hace un rato está por todas partes. —Maggie sigue interrumpiéndome—. A él y a otros tampoco les hace ninguna gracia el comportamiento de su socio. Es sencillamente vergonzoso cómo amenaza e intimida…

—¡Tienes que estar de coña, joder! —Marino se siente obligado a intervenir de la manera más soez posible.

—Vaya lengua —lo reprende ella, y me imagino su rostro, de una belleza altiva, afilado como una cuchilla.

Veo su sonrisa engreída y satisfecha mientras pasea a su perra mimada por la exclusiva urbanización de Old Town. Le digo que los del Canal 5 se han enterado de la muerte de Rachael Stanwyck más o menos en el momento en que la inspectora Fruge ha informado de la misma a nuestra oficina.

—Dana Diletti ha sido la primera en dar en directo la noticia, tendiéndome otra de sus emboscadas. —Mi acusación es evidente—.

Algo que se viene repitiendo con demasiada frecuencia. Y está yendo a peor.

—Es una de las muchas cosas que preocupan al doctor Reddy —observa Maggie—. Pero aún más preocupante es su claro conflicto de intereses.

Rachael Stanwyck está vinculada con un controvertido juicio que ha sido noticia internacional. Es hermana de la jueza del caso. Por lo visto, Annie Chilton y yo nos conocemos desde hace mucho, va enumerando Maggie.

—Sabe mejor que la mayoría que hoy en día se puede averiguar casi todo. —Su tono se vuelve insidioso como el siseo de una serpiente—. Y, por lo visto, el comisionado de Salud ha reparado en que la jueza y usted vivieron un tiempo juntas en un sitio precioso que, diría yo, no estaba a su alcance por aquel entonces.

8

Maggie me informa de que Canal 5 ha estado sacando a la luz toda suerte de jugosa información acerca del pasado de Annie y también del mío, incluidos detalles específicos sobre el adosado de alquiler con dos dormitorios y patio que compartimos mientras estudiábamos Derecho en Georgetown. No está lejos del hotel Four Seasons, dice mi secretaria, y es verdad.

Le pagaba a Annie un dólar al mes de alquiler, y no sé cómo Maggie lo ha averiguado. No lo confirmo ni lo desmiento. Tengo la sensación de estar otra vez en el estrado como testigo mientras oigo sus comentarios y sus indecorosas suposiciones por los altavoces de la furgoneta. No pienso divulgar que Annie disfrutaba de mi compañía y se beneficiaba de ella. Nos ayudábamos mutuamente.

Ella estaba encantada de vivir con alguien que cocinara, cuidara el jardín, hiciera la colada, se ocupara del patio e hiciera muchas cosas más que ella nunca había aprendido a hacer y evitaba siempre que podía. Yo en todo momento he disfrutado cuidando de mi entorno y de quienes lo habitan. Por lo visto, ella carece de esas tendencias en su ADN, pero lo compensa más que de sobra con su sinceridad y su honradez.

—Creo que salta a la vista que debería personarse en la propiedad de la jueza Chilton otro de nuestros forenses. Alguien que no sea

usted —remata Maggie con una presunción exasperante—. Hay infinidad de razones para que no se acerque a Chilton Farms.

—Eso no te corresponde a ti decidirlo. —Noto que se me acelera el pulso; es una de las pocas personas que conozco capaces de ponerme furiosa.

—Pero sí al comisionado de Salud. Quiere que dé media vuelta. No vaya al lugar de los hechos, y eso es una orden, doctora Scarpetta. —Maggie lo dice con perfecta serenidad con su acento pijo de Londres.

Debo ir a casa y disfrutar del fin de semana del Cuatro de Julio con la familia. A partir de ahora, todas las solicitudes de los medios pasarán por la oficina de Elvin Reddy. Yo no puedo tener nada que ver con el caso de Rachael Stanwyck, punto. Marino, tampoco.

—He informado al doctor Schlaefer de que es él quien tiene que ir al escenario del crimen —continúa Maggie, con un plan que no es solo suyo—. Saldrá hacia Chilton Farms dentro de unos minutos, y también le he dicho a Fabian que se persone allí.

—Cosa que no tienes autoridad para hacer —espeta Marino.

—El doctor Schlaefer se encargará de la autopsia mañana a primera hora. —Su voz altiva suena por los altavoces de la furgoneta, y Elvin debe de estar de muy buen humor ahora mismo —. Tratará con la policía y con cualquier otra persona de interés, y todo se desarrollará como debe.

—Nada de eso, no va a ocurrir tal cosa —respondo—. Puedes decirle a Elvin que continúo camino de Chilton Farms. Agradecería mucho poder hacer mi trabajo sin interferencias ni pejigueras. Una vez vea lo que tenemos entre manos, daré más instrucciones sobre

quién tiene que hacer cada cosa y cuándo. Que quede bien claro, Maggie: seré yo la que lo haga.

—Le haré saber que ha contestado. —Pone fin a la llamada.

—Que le den por saco. —Marino tiene las manos aferradas al volante—. A ella y también a Elvin.

—Voy a cortar el asunto de raíz ahora mismo —repongo—. Voy a decirle a Doug que nos ocupamos del caso nosotros. Le enviaré un mensaje por escrito para que no pueda desmentirlo.

«Tengo instrucciones de personarme en el lugar de los hechos. Maggie dice que el comisionado de Salud considera problemático que vayas tú, por lo que están diciendo las noticias», me contesta en un mensaje de texto mi subdirector unos minutos después.

«Voy en camino. No salgas. De Rachael Stanwyck me ocupo yo. Si tienes alguna duda, llámame». Me aseguro de que Doug entienda quién manda.

«No quiero ningún problema con los mandamases», contesta, y es evidente que no soy yo quien le preocupa.

—Más vale que avisemos a Fruge de lo que ocurre —decide Marino después de que le lea los textos—. Que se espere un desmadre si no se lo había figurado todavía.

Alarga la mano a la pantalla táctil del salpicadero para efectuar una llamada, pero la inspectora Blaise Fruge no contesta. Claro que no contesta. No puede, qué duda cabe. Alguien se está cerciorando de que así sea. La pregunta es quién y por qué motivo. Quizá sea Maggie o Elvin. O puede que sea otra persona.

«Ha llamado a la inspectora Blaise Fruge de la policía de Alexandria. Si es una emergencia…», empieza el mensaje de su buzón de voz.

Su acento cantarín de Virginia me llama más la atención porque no la tengo delante. Suena formal y afectada, como si se esforzara demasiado por que la tomen en serio. Marino le deja un mensaje. Estamos teniendo problemas con filtraciones e intromisiones, dice. Si se presenta alguien más de nuestra oficina en la escena del crimen, no autorices su acceso sin consultarnos primero.

—Da igual que sean Fabian o el doctor Schlaefer; la poli no debe dejarlos pasar sin nuestro consentimiento, y ahora mismo no lo damos —explica Marino en el mensaje—. Estamos casi en Belle Haven Market. Si sigue abierto, vamos al baño y nos vemos en unos minutos.

A cierta distancia de la carretera, entre frondosos árboles y arbustos, el almacén rural con apariencia de granero queda un poco más adelante hacia la izquierda, con la pintura roja de la fachada descascarillada. El tejado de estaño reluce como el peltre conforme el sol se va acercando cada vez más al horizonte, y el porche que rodea la construcción aparece con su balancín grande, ahora vacío y en sombra. Hasta hace poco, Benton, Lucy, mi hermana…, todos éramos clientes habituales.

Los fines de semana nos sentábamos a las mesas de pícnic de la parte de atrás y nos dábamos un festín de ensaladas y sándwiches. Nos íbamos con bolsas de productos de proximidad o de elaboración casera y demás artículos especiales, incluido dulce de azúcar para Dorothy y chicles retro para Marino. Es uno de mis sitios preferidos donde comprar, pero estas últimas semanas no he venido ni una sola vez. No es aconsejable.

El mercado es un punto de referencia local que aparece destacado en los mapas turísticos. Se puede comprar cerveza, vino, billetes de

lotería, y dispone de un cajero automático. Viene gente de todas partes y sospecho que el negocio va viento en popa desde que empezó el juicio de Gilbert Hooke.

—Aún quedan algunas cosas con las que se puede contar —le comento a Marino cuando aminora la velocidad—. Este sitio no ha cambiado desde que yo iba a la universidad, y sigue teniendo los mejores sándwiches de Alexandria.

—No me lo recuerdes. Tengo tanta hambre que mi estómago se está digiriendo a sí mismo.

Cuando lo dice, a mí me ruge el mío. Lo último que he comido es un filete de pescado y unas patatas fritas de McDonald's a primera hora de la tarde. Ahora me comería el doble, y pagaría un dineral por un té helado, un café, o cualquier cosa con cafeína.

—Apuesto a que la jueza y su hermana venían aquí desde niñas. —Marino pone el intermitente—. Seguramente Wally las lleve atendiendo desde siempre.

—Annie es clienta habitual. De las costumbres de compra de Rachael no tengo ni idea, aparte de que iba a menudo a la licorería local.

—Esa es otra cuestión: sus costumbres —dice—. No solo la compra, sino el alcohol, por ejemplo. ¿Bebía mucho? ¿Quizá más que antes por el estrés del divorcio? ¿Qué más andaba haciendo?

Marino accede al aparcamiento del mercado, donde en un letrero de caballete bien grande está escrito a mano el menú del día. Se me hace la boca agua al imaginar el rosbif con salsa picante en pan de

masa madre tostado, o el cuenco de gazpacho especiado bien fresco.

Son las seis y cuarto de la tarde, y a menudo el mercado cierra temprano cuando se avecinan fuertes tormentas. Pero es posible que estemos de suerte. A menos que alguien haya llevado a Wally Potter a casa, parece ser que no se ha ido todavía. Su Malibu Classic azul está aparcado en la cochera de madera a la sombra de los crespones y los jacarandás. No puedo evitar acordarme de mi padre cuando veo la furgoneta vintage, solo que la suya era una Ford con panales laterales de imitación a madera.

Recuerdo el olor a vinilo al sol de Miami, los seguros de la puerta que parecían tees de golf, el aire caliente que entraba de golpe cuando se bajaban las ventanillas a mano. No hay más vehículos, ni nadie a la vista cuando Marino pasa por delante de la isla con el surtidor de autoservicio. Mientras haces recados puedes llenar el depósito y limpiar el parabrisas, comprobar el nivel de aceite e hinchar los neumáticos.

A un lado hay un enorme cobertizo sin pintar donde se guarda la leña durante los meses más fríos, así como guirnaldas frescas, calabazas y lirios en macetas, dependiendo de la festividad. Hay un baño que no se puede usar sin pasar antes por el mostrador a por la llave, y un pipicán con bolsitas biodegradables. Como la tienda de ultramarinos que regentaba mi padre antes de enfermar, Belle Haven tiene un poquito de algo para todo el mundo.

Marino aparca delante y me fijo en que no está puesto el cartel de cerrado. Pero no lo ponen siempre, depende de quién cierre el establecimiento, en especial si es el propietario. Wally es más bien

olvidadizo, y detrás de la caja registradora veo por la ventana su silla ergonómica desocupada.

—No me da la sensación de que siga abierto —le comento a Marino.

—Igual está en la parte de atrás, seguro que trasteando un poco antes de marcharse.

—No oye muy bien, pero debería vernos por las cámaras de seguridad —añado.

—Suponiendo que funcionen y que él o quien sea las mire.

Busco el número de teléfono del establecimiento. Llamo y descubro que la línea está ocupada.

—Debe de estar hablando por teléfono —decido—. Si se ha enterado de lo de Rachael, imagino que estará llamando a alguien o lo estarán llamando a él.

—Voy a probar la puerta —dice Marino.

Retira su arsenal de entre las piernas, donde lo había tenido sujeto mientras derrapaba a toda velocidad por calles secundarias y callejuelas. Espero que no suela hacerlo con el seguro de su pistolón quitado. Vuelve a dejar el arma y los cargadores en la consola central. Se apea de la furgoneta, y yo vuelvo a marcar el número de la tienda.

Sigo sin tener éxito en mi tarea. Mientras, los pies de Marino resuenan en los peldaños de madera que conducen al porche cubierto. Pasa por delante del balancín que pende de unas cuerdas, luego de la máquina de hielo y del viejo barril de vino reconvertido en papelera. Tira de la puerta de entrada, pero no se abre.

—¡HOLA! ¿HAY ALGUIEN? —Golpea la puerta con el puño—. ¡HOLA! ¡HOLA…!

Con las manos a los lados de la cara mira por el cristal, gritando y repitiendo la llamada. Cruza el porche hasta la otra punta, donde está la ventana de la oficina. Las persianas están echadas, el vidrio cubierto por un estor. Marino aporrea con los nudillos el marco de madera.

—¡EH, WALLY! ¿ESTÁS AHÍ?

Tras gritar y dar unos cuantos golpes más, Marino se encoge de hombros con gesto frustrado. Vuelve a la furgoneta; la ropa húmeda se le pega a la piel, pero ya no gotea.

—¡Maldita sea! —Vuelve a sentarse al volante—. No hay nadie. Lo siento, Doc.

—Agradezco el intento.

Y tampoco es que no sepa apañármelas. Aprendí hace mucho tiempo a dejarme de delicadezas si no tengo otra opción. En los primeros tiempos de mi carrera era habitual que fuese la única mujer en la escena del crimen, aparte de la víctima. Pero hoy ya creía haber cumplido con el cupo de humillaciones e incomodidades. Y, obviamente, cuando lleguemos a Chilton Farms no podemos hacer uso del cuarto de baño ni nada por el estilo. No podremos comer, beber, lavarnos ni tirar la basura.

No tiene nada que ver con ser educado o respetuoso con la propiedad privada. Ni siquiera Annie puede darnos permiso para que nos sintamos como en casa. No podemos. Todo guarda relación con el futuro juicio que acabará por celebrarse. Todo aquello a lo que accedamos puede dar al traste con pruebas y cambiar la historia. Como en una excavación arqueológica, una vez se altera algo, no hay vuelta atrás. O si la hay, es con un montón de explicaciones.

Los Bose Flagler y los Sal Gallo del mundo están esperando a que alguien como yo dé un paso en falso. Rezan para que haga alguna tontería como entrar en un cuarto de baño y dejar mi ADN. Si tienen suerte, me cambiaré de ropa en un dormitorio donde había estado el asesino. O pisaré un rastro de sangre. En los viejos tiempos, cabía la posibilidad de que dejara una colilla, así que me las guardaba en el bolsillo.

—La única opción para ir al servicio es Raven Landing, y no creo que haya suerte. —Marino insiste en intentar resolver un problema que es más engorroso para mí que para él—. Por lo general, sitios así cierran temprano cuando hay tormenta. Pero si todavía hay alguien, igual puede abrir el aseo de mujeres.

—Vamos a donde tenemos que ir y ya me las ingeniaré —repongo —. Imagino que tienes papel higiénico, ¿no?

—Ya sabes lo que dicen: no hay que salir de casa sin él.

—Bien, porque me parece que voy a coger un rollo y me voy a meter detrás de un matorral bien grande. No me hace ninguna gracia, pero supongo que me las apañaré.

—Pues yo no —asegura Marino—. Paso de arañas y serpientes, y además seguro que hay hiedra venenosa. Sé que no es lo ideal, pero los botellines para orinar que llevo ahí detrás son mejor que nada.

—Depende de con quién hables —observo.

Los orinales portátiles que compra en sitios web de artículos de acampada no son compatibles con la anatomía femenina ni con su vestimenta.

—Con la de veces que llevas en tu vehículo personal… —empiezo a decirle que podría ir mejor preparado.

¿Qué le costaría llevar lo necesario en alguno de los numerosos baúles de la furgoneta? Pero quejarme de cosas así sería como decirle que no sea agresivo. Se niega a mostrarse solícito o a tener atenciones conmigo, y desde que se casó ha ido a peor.

—Pondré un kit en la parte de atrás con todo lo necesario —promete—. Pero, de momento, tenemos opciones limitadas que incluyen un botellín para mear o un vaso de café de los grandes para llevar. La puerta número uno o la puerta número dos, por así decirlo. Así, al menos puedes ocuparte del problema en la intimidad del interior de la furgoneta.

—Voy a tener que ocuparme del asunto de un modo u otro en un futuro no muy lejano —le aseguro.

A medida que avanzamos, el terreno se vuelve más agreste y rural; es una de esas carreteras que transcurre por una hondonada propensa a quedar inundada y cubierta de hielo. Cada vez nos cruzamos con menos coches, el sol asoma de tanto en tanto entre los jirones de nubes, y la luz plateada se refleja en charcos del tamaño de pequeñas lagunas.

Marino, que aminora la velocidad en algunos tramos, tiene cuidado de no patinar sobre el agua que repiquetea contra los bajos. A ratos no se distingue ni el borde de la calzada, y menos mal que a la enorme furgoneta le traen sin cuidado los baches.

—No me gustaría tener que pasar por aquí a diario. —Vuelve a hurgar en el cenicero.

—Ni a mí estar por aquí después de que oscurezca, si podemos evitarlo. —Rechazo el chicle que me ofrece.

—La jueza debe de pasar mucho tiempo en el coche, qué horror. Con tráfico y mal tiempo, tiene que ser un trayecto penoso de ida y

vuelta del trabajo. —Desenvuelve varias láminas de Clove que me hacen pensar en la Navidad, de sabor popurrí.

—Tiene por costumbre ponerse en camino hacia los tribunales al amanecer, y vuelve a casa a media tarde —respondo—. Así evita lo peor de la hora punta.

—Me parece que no hace más que trabajar —comenta Marino—. Que no tiene vida.

—A Annie le cuesta mucho intimar con la gente —señalo.

Los negocios y las urbanizaciones residenciales son cada vez más escasos y aislados a medida que avanzamos hacia el sur. Praderas infestadas de malas hierbas dejan paso a junglas de maleza sofocada por las enredaderas, y la arcilla margosa es del color ocre rojizo de la médula ósea. Entre los bosques y los campos hay dispersas algunas iglesias modestas, la mayoría de corte conservadoras.

Llevan por aquí mucho más tiempo que yo. El club de caballeros y la librería para adultos cerca del restaurante para camioneros han sobrevivido a las vicisitudes del tiempo. La licorería Bunghole y la tienda de empeño Top Value no se han ido a ninguna parte, como tampoco se han ido la oficina de préstamos Carl's Cash Express ni el estanco Colonial Smoke Shop. Pasamos por delante de la estructura de un granero con un silo oxidado, y lo único que queda de la casa son los restos de una chimenea aislada.

Los maizales en barbecho se cosecharon hace tiempo, y luego cruzamos el viejo puente cubierto que sortea el lecho seco de un arroyo lleno de piedras y árboles. Después hay un solar en construcción donde antes había un motel de la década de 1950. El camping de caravanas a nuestra derecha lleva ahí desde siempre, y

al otro lado está el pequeño cementerio con lápidas ladeadas y flores de plástico.

Lo que ya no está son los grandes almacenes Sears, donde compraba de vez en cuando en rebajas. Ahora ocupa el terreno un centro industrial con un concesionario de lanchas pontón y una panadería de baratillo. Después de los campos con calvas en la hierba están las marismas y los pantanos con tocones de ciprés todavía enraizados.

9

Recuerdo lo inquieta que me sentí cuando fui a Chilton Farms por primera vez después de acabar los estudios en Georgetown y emprender la siguiente etapa de mi vida.

Regresé a esta parte del mundo el verano pasado porque me habían ofrecido el puesto que ocupo ahora. Me dieron la oportunidad de volver adonde empecé hace mucho tiempo, para ser jefa de Medicina forense de Virginia otra vez.

—Y no acababa de decidirme. —Le cuento a Marino detalles que no había compartido—. Annie influyó enormemente en mi decisión. En la ocasión de la que hablo organizó una reunión confidencial con el gobernador Dare. Mantuvimos los tres una larga conversación en Chilton Farms. Sin notas. No quedó ningún registro.

Marino no estaba conmigo. Benton, tampoco. Fui a Alexandria sola, e irónicamente me alojé en el Marriott de Old Town, donde ahora están los miembros del jurado del juicio de Hooke. Hacía más de tres décadas que no visitaba la plantación de la familia de Annie, y cuando seguía la misma ruta por la que vamos ahora Marino y yo, me deprimió lo que vi. Todo parecía abandonado y hasta peligroso.

—Era distinto durante la universidad, cuando pasaba algún que otro fin de semana con la familia de Annie. —Sigo contándole lo que sé de primera mano—. Había toda clase de sitios divertidos por aquí, como chiringuitos donde comer marisco y restaurantes de carretera.

Recuerdo un Hardee's, una heladería Dairy Queen, una tienda de excedentes del ejército.

—Bueno, ahora no hay gran cosa. No me gustaría que se me averiara la furgo aquí —comenta Marino.

—Por entonces no había ningún peligro en conducir por esta zona a cualquier hora del día o de la noche —le aclaro—. Y Annie tenía coche.

El adosado que compartíamos en Georgetown estaba lo bastante cerca de Chilton Farms para que nos pasáramos a menudo a cenar temprano con sus padres. Si el tiempo lo permitía, cenábamos en el jardín geométrico, donde la arquitectura paisajista era espléndida y estaba bajo control. En aquellos tiempos se veía el río.

—Ahora está tan lleno de malas hierbas que no tendrías ni idea —añado—. No te darías cuenta de que estás al lado del Potomac, que queda prácticamente a tiro de piedra. No imaginarías que allí hubo un jardín geométrico, si a eso vamos.

Mientras sus padres seguían gozando de buena salud, Chilton Farms era un sitio imponente. El personal incluía amas de llaves y cocineros, y se organizaba toda clase de actos sociales. Los cumpleaños se celebraban con fiestas deslumbrantes; a mí me invitaron cuando Annie cumplió los veinticinco.

—Ahora que lo pienso, me extraña que Rachael no asistiera tampoco a aquello. —Le cuento a Marino la historia—. Recuerdo las inmensas lámparas de araña de Baccarat, y una colección de arte impresionante, de la que ya no queda nada. Supongo que estará guardada o la habrán vendido, porque Annie no quiere vivir con todo aquello, y a su hermana esas cosas le deben de importar un bledo.

—¿Sus padres se lo dejaron todo a las dos? —pregunta.

—No lo sé. Pero es Annie la que se ocupa de la propiedad. Por lo que sé, a su hermana no le interesaba en absoluto hasta hace poco, cuando le pidió quedarse allí una temporada.

—¿A qué se dedicaba el padre? —Marino se quita las gafas de espejo y las deja colgadas del reverso del retrovisor.

—Era abogado —respondo—. No sé el volumen de negocio que tenía su bufete ni cuánto tiempo pasaba allí. Como muchas antiguas familias aristócratas en esta parte del mundo, era el típico «descendiente profesional». Justo lo que Annie no quiere ser.

—Sabemos que Rachael se casó con un tipo superrico —dice Marino—. Seguro que esperaba un acuerdo de divorcio millonario. La cuestión es cuánto dinero le quedó a Annie.

—No aparenta tener mucho. O no lo gasta —contesto—. Desde luego, no en mantenimiento o mejoras. Ni un centavo para preservar su intimidad o en seguridad, que yo sepa. Y ese sitio no estaba precisamente en buen estado para cuando se mudó. Lo que te vas a encontrar no tiene nada que ver con lo que fue.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí?

—Hace al menos diez años, desde que murieron sus padres.

—Me parece que la jueza empieza a parecer un tanto excéntrica —dice—. Nadie lo diría viéndola en la sala del tribunal. Nunca habría dicho que alguien así no se preocupa por su seguridad. Especialmente, siendo de familia rica, con todo lo que conlleva.

—Es precisamente en su familia donde radica el problema, y mira que la he sermoneado sobre ese tema desde la época en que vivíamos juntas.

La de Georgetown fue mi última parada en la escuela de posgrado para cuando conocí a Annie a finales de la década de los ochenta.

Había terminado el periodo de residencia como patóloga en Johns Hopkins. Había pasado por mi primera escuela de investigación de homicidios y por la academia forense en la oficina de medicina forense de Baltimore. Mientras ella seguía en su torre de idealismo, yo había estado en escenarios de crímenes y hecho una buena cantidad de autopsias.

—Me sacaba de quicio cuando se dejaba ventanas abiertas o puertas sin cerrar con llave —le digo a Marino—. Y de nada servía recordárselo, y eso que se lo repetía constantemente.

—Supongo que al menos tiene un sistema de seguridad.

—Una alarma silenciosa, Dios sabe de hace cuánto —respondo—. No quiere causar más contaminación sonora.

—Si quieres impedir que entre algún gilipollas, una alarma silenciosa no lo va a disuadir.

—Y aún menos si no te molestas en activarla —señalo—. Annie se niega a hacer nada que pueda suponer una molestia para la fauna, como el ruido. O esa es la excusa que pone.

—Como los ecologistas esos que llevan Raven Landing —dice Marino en tono despectivo—. No se permiten lanchas a motor, y si tienes una, te fulminan con la mirada cuando pasas por delante de su club náutico de estirados.

—En la propiedad de Annie tampoco hay cámaras de vigilancia —le advierto cuando atravesamos un denso pinar hacia el este en dirección al río—. Ni siquiera tiene cámara de timbre.

—Es una pena. Si se trata de un homicidio, lo más probable es que el asesino estuviera en la propiedad. Vendría bien tener un vídeo —observa Marino—. Después de todo lo que ha visto como jueza, lo lógico sería que no viviera así. Ha encerrado a muchos

malnacidos que luego acaban saliendo de la cárcel. Igual alguno decide volver para ajustar cuentas.

—Hace falta mucha energía para vivir preocupada por lo próximo que podría agredirte o matarte —respondo—. Ella prefiere no hacerlo.

—Pues es una estupidez siendo una jueza tan destacada. Hoy en día ningún funcionario público está a salvo de sufrir una agresión —dice Marino—. Incluso en pleno tribunal, como te ha pasado hoy a ti.

—Negación, necesidad de control —repongo—. Y Annie se centra en sus causas altruistas en lugar de en peligros sobre los que no puede ejercer ningún control. Siempre ha tenido una idea del mundo distinta de la tuya y la mía. Insiste en creer que la gente es inherentemente civilizada.

Hemos tomado la autopista George Washington Memorial, y parece que los problemas de tráfico se han resuelto. Vamos a una velocidad bastante decente, conque miro el móvil.

Benton ha enviado un mensaje de texto. Dice que va a estar en Washington unas horas más. No sé si está en la sede del Servicio Secreto o en la Casa Blanca. Sea donde sea, se encuentra en mitad de algo intenso, no me cabe duda. Poniéndose en contacto conmigo me da a entender que está al tanto de lo que ocurre. Se encuentra bien y piensa en mí.

Todavía no hay noticias de Lucy, ni de Fruge ni de Fabian. Pero Maggie insiste en que la llame lo antes posible. Como por arte de magia, el comisionado de Salud tiene un momento libre para hablar conmigo después de todo; pues yo no pienso hablar con él.

—Supongo que Rachael podía permitirse alojarse donde quisiera —continúa Marino, dando a entender que es raro que se mudara con Annie—. ¿Por qué no fue a una suite presidencial en algún hotel de lujo? ¿Por qué no alquiló durante una temporada un apartamento en una urbanización exclusiva?

—Yo también me lo pregunté y no sé la respuesta —digo—. Supongo que necesitaría algo en el último momento, y regresar a Chilton Farms era lo más cómodo.

—¿Dónde estaba antes?

—En el ático de Washington donde vivía con su marido. Un piso de quince millones de dólares con terraza en la azotea y puertas macizas de palisandro. —Se lo oí mencionar a Rachael, quejándose del mal estado de la finca familiar.

—¿Por qué en el último momento? ¿Y por qué se mudó ella en vez de irse su marido? ¿De qué se acusaban mutuamente en el divorcio? —Marino masca enérgicamente el chicle Clove—. ¿Le daba miedo físicamente su esposo? ¿Por qué fue ella la que tuvo que trasladarse?

—Espero que Annie tenga algunas respuestas.

—Bueno, si a la jueza no le importaba una mierda la seguridad antes, más vale que le importe ahora —comenta Marino—. Si hablamos de un asesinato, la cuestión es a quién querían matar. No sé cómo no se lo ha planteado, porque debería.

—Todo el mundo sabía que Annie estaba presidiendo el tribunal hasta hace apenas un rato. —Sostengo que cualquiera que la acosara habría sabido que no estaba en casa—. Esa persona también debía de estar al tanto de que estas últimas semanas no ha estado viviendo sola.

—Cierto. Estaba allí Rachael, y esta tarde tenía que verse con el encargado de mantenimiento por algún motivo —dice Marino cuando pasamos por delante de una valla publicitaria de Raven Landing que debe de tener cinco pisos de altura.

Salta a la vista por las imágenes de yates navegando y la gente guapa que va a bordo que se trata de un lugar exclusivo. Me recuerda las fotografías que he visto en el despacho de Bose Flagler. Él o su familia tienen un velero de los caros en algún sitio por aquí.

—¿Se parecían mucho Annie y Rachael? ¿Habría sido fácil confundirlas? —pregunta Marino.

—Las dos son morenas —respondo—, delgadas, aunque Annie es más alta y tiene más físico de atleta. Rachael era tres o cuatro años más joven, y llevaba el pelo largo. Annie lo tiene corto y entrecano. Conduce un Prius blanco.

—Qué sorpresa. Seguramente viejo.

—Rachael tenía un deportivo, un Mercedes rojo —añado—. Era lo que conducía cuando Lucy y yo nos encontramos con ella en la licorería. Lo he visto aparcado en el sendero de acceso de Annie. Como he dicho, a su hermana no le importaba llamar la atención.

—Siempre cabe la posibilidad de que fuera un asesinato al azar, un crimen de oportunidad, un allanamiento o robo que se torció. —Marino enumera la lista de posibilidades aterradoras—. Un asalto a la vivienda. Y que Rachael estuviera en el lugar equivocado en el momento equivocado. Quizá alguien se ha colado en la casa creyendo que no había nadie…

Sigue desviando la mirada hacia el retrovisor, y me vuelvo a ver qué le ha llamado la atención.

—Algún vigilante de seguridad de Raven Landing —dice Marino inexpresivo mientras una Dodge Durango blanca se acerca demasiado a nuestro vehículo—. Lleva siguiéndonos desde que nos hemos desviado de Fort Hunt Road, solo que ahora viene pegada a nosotros y me está poniendo de los nervios.

Lo dice sin fruncir el ceño ni maldecir. Apenas mueve los labios, de manera que el vigilante privado detrás de nosotros no se dé cuenta de que hablamos de él.

—Esperemos que no decida hacerte parar —respondo.

—Y una mierda. No pienso hacerlo, si es tan idiota como para intentarlo. —Marino se saca el chicle de la boca y lo tira a la basura, preparándose para la trifulca.

—¿Tú crees que va armado?

—No debería. Pero en Virginia está permitido llevar armas. Yo doy por sentado que todo el mundo va armado, y no hay nada peor que un puto aficionado.

—No vamos en vehículo oficial. —No quito ojo al retrovisor lateral para tener vigilado el todoterreno que nos sigue a un coche escaso de distancia—. Igual te considera sospechoso por alguna razón —añado con un deje de ironía—. Quizá porque la furgoneta es totalmente negra y llevas neumáticos antipinchazos. Y no sé si las ventanillas tintadas o todas tus luces son legales.

—Ese no puede hacer nada al respecto. Por mucho que fuéramos Bonnie y Clyde, no sería asunto suyo. No es más que un ciudadano de a pie con uniforme elegante y preparación suficiente para ser peligroso.

—Esperemos que no quiera demostrarnos que es algo más —respondo en el momento en que nos cruzamos con dos coches

patrulla de la policía estatal de Virginia con las luces azules puestas, aunque sin sirenas.

—¿Lo oyes? —Marino abre un poco la ventanilla, y detecto el zumbido rítmico de un helicóptero—. Van detrás de alguien. Tiene que ser eso. Debe de haber alguna clase de búsqueda.

—Sea lo que sea, no han informado.

—Y que lo digas. Si el escáner sonara menos, pensaría que se ha estropeado. —Sube la ventanilla—. Hay algo importante en marcha.

—En una situación así, iríamos mejor en mi coche. Con el escudo del estado y la matrícula del gobierno, resulta evidente para todos quiénes somos. —Vuelvo a mirar por el retrovisor la Durango pegada a nuestro parachoques trasero—. Si consulta tu matrícula, ¿qué descubrirá?

—No puede consultar una mierda. Tienes que ser poli de verdad para hacerlo, y ya estoy harto de tipos que se comportan como gilipollas. Bueno, ¿te decides o no, sheriff Dawg? —gruñe entre dientes a la vez que aminora la velocidad y baja la ventanilla.

Saca el brazo y hace un gesto impaciente a la Durango blanca de que nos adelante. Las puertas muestran el distintivo de seguridad privada de Raven Landing, y el vigilante va de uniforme caqui con hombreras rojas y doradas. Lleva barba, seguramente tiene en torno a cincuenta años, y nos mira con descaro al pasar. Marino le sostiene la mirada a la vez que niega con la cabeza despacio para dar a entender que el tipo le parece un idiota.

El ruido de las paletas del rotor azotando el aire se ha hecho más fuerte; el helicóptero se aproxima. Se nota que es de los grandes, sin duda de la policía o del ejército. Vuela lento y a baja altura en la zona de Raven Landing, y el sonido se atenúa cuando Marino sube la

ventanilla. Los altos pinos destacan oscuros contra el cielo pálido, el sol cada vez más bajo a medida que vamos siguiendo un meandro del río.

Instantes después vemos luces rojas y azules destellantes en la siguiente intersección. Aparcados en el arcén hay cuatro patrulleros de la policía de Alexandria. Cerca se encuentran dos todoterrenos Tahoe sin distintivos, y cuando nos detenemos se abren sus puertas. Unos caballetes y un cartel de prohibido el paso con reflectores cierran la carretera de acceso a Chilton Farms.

Hace mucho, la carretera pavimentada de kilómetro y medio de longitud era el imponente sendero de acceso a la antigua plantación de doscientas hectáreas. Todo el terreno, salvo la parcela cubierta de malas hierbas de Annie, es ahora propiedad de Raven Landing, y llevan años presionándola para que venda lo que queda.

—Más vale que escondas el arma, ¿vale? —me dice Marino cuando se detiene.

Cuatro agentes de uniforme montan guardia en la barricada. Vestidos con chalecos antibalas azules, vigilan desde diversas posiciones mientras dos mujeres con camisa y pantalón cargo negros abren la puerta trasera de los Tahoe. Alcanzo a ver las relucientes jaulas de acero, y es curioso que las adiestradoras caninas vayan de paisano.

No habría sabido que son policías de no ser por los chalecos antibalas y las armas al cinto. No sé a qué organismo pertenecen, pero me parece que no es la policía de Alexandria ni la estatal. Seguramente sean de la CIA o del FBI.

Las adiestradoras sacan de los todoterrenos a los pastores belgas malinois. Guardo la pistola de Marino y los cargadores extra en la

guantera. Él baja la ventanilla cuando se acerca un musculoso agente de uniforme.

—¿Cómo va eso, agente Cagley? —Marino mira expresamente la placa plateada con el nombre B. Cagley grabado en negro.

10

—Esta carretera está cortada.

Calculo que el agente Cagley no tiene más de treinta años, pelirrojo, con un rizo rebelde descolgado sobre la frente.

—¿Adónde quieren ir?

—Nos esperan en Chilton Farms, y sé de buena tinta que unos periodistas vienen en camino —dice Marino—. Los del Canal 5 llegarán en cualquier momento.

—Esos no van a pasar.

—¿Qué ocurre en Raven Landing? —pregunta Marino—. Hay unos cuantos agentes allí, espero. Si no, se puede acceder fácilmente desde el río. Yo paso por ese tramo del Potomac en lancha cada dos por tres. Más que nada para cabrear a los ricachones del club náutico.

—¿De qué agencia son? —Cagley no sonríe, y estoy casi segura de que se hace el tonto.

No me cabe duda de que él y sus camaradas ya saben nuestra identidad. Por poco que sigan las noticias, para bien o para mal Marino y yo salimos en todas partes. Seguro que han informado a la policía de Alexandria de que la jefa de Medicina forense y el jefe de investigaciones se dirigen al escenario del crimen en Chilton Farms.

La cuestión es qué se ha dicho a todo el mundo, y me inclino por pensar lo peor. Me pregunto si los polis están al tanto de que,

dependiendo de a quién se lo preguntes, se supone que yo no debo ir. Me han ordenado mantenerme al margen y quedarme en casa. Marino explica quiénes somos, y Cagley nos pide la documentación.

—Y la del vehículo también —dice después de que Marino le haya pasado nuestras credenciales—. Bajen de la furgoneta. Van a tener que registrarla los perros.

Las dos agentes de la unidad canina están ahí plantadas con los pastores belgas atados. Marino y yo abrimos las puertas y nos apeamos mientras los perros empiezan a rodear el vehículo.

—¡Venga, venga, venga…! —Las adiestradoras los azuzan, y al instante uno de los perros se sienta delante de la puerta del acompañante por la que me acabo de bajar.

—Llevo el arma en la guantera —hace saber Marino a todos—. Y munición en la parte de atrás, claro. Además, en la caja de la furgoneta hay maletines de material forense, herramientas y demás bártulos, incluida una caja de bengalas señalizadoras.

Uno de los agentes de uniforme de la policía de Alexandria comienza a registrar los bajos del coche con un espejo de mango largo. Una adiestradora abre la puerta de atrás.

—¿Quincy, SRL? —le dice Cagley a Marino con un deje de sarcasmo, devolviéndole la documentación de la furgoneta y nuestras credenciales mientras esperamos en la acera mojada—. Mi abuela veía esa serie, la del médico forense.

Me mira y yo no doy señal de estar familiarizada con la serie de televisión de la década de los setenta ni con su protagonista, Jack Klugman. No me hace gracia que me mencionen en la misma frase que a la abuela del agente. Me recuerda el aspecto tan horrendo

que debo de tener con el traje mojado y arrugado, el pelo aplastado, sin medias y descalza.

—No es más que el nombre con el que inscribí la furgoneta. —Marino nunca se había molestado en recurrir a sociedades de responsabilidad limitada ni otros trucos de contabilidad hasta que se casó con Dorothy—. Antes tenía un perro que se llamaba Quincy, el chucho más arrastrado que haya visto en su vida.

Las agentes a cargo de los perros han terminado de registrar la camioneta y premian a los animales con un rato de ocio y elogios en voz baja.

—¡Buen chico! ¡Qué perro tan bueno estás hecho…!

—¡Buena chica, buena chica, qué perra tan buena…!

—Pueden volver a montarse en el vehículo —nos anuncia Cagley.

Marino y yo nos acomodamos en los asientos y cerramos las puertas. Me quedo esperando lo siguiente. Sin duda la policía está a punto de informarme de que no figuro en la lista. Les habrán dicho que no se me permita acceder. Tengo que regresar a casa y disfrutar del fin de semana como me ha ordenado Maggie en tono amenazador. Doug Schlaefer se ocupará de todo tal como ella ha prometido.

—Perdonen la molestia. —Cagley se inclina para mirarme por la ventanilla abierta del lado de Marino—. Es que tenemos instrucciones estrictas de cómo conducirnos. Está este control y dos más una vez lleguen allí, el siguiente en el sendero de acceso y el último en la casa. Eso tengo entendido. En realidad, no hemos entrado en la propiedad.

Sigue desviando la mirada hacia las dos adiestradoras y los dos Chevrolet Tahoe blancos. Luego me mira a mí con gesto intenso.

—Encantado de conocerla, jefa. No he podido evitar fijarme en que va descalza —dice—. He visto el vídeo. Corre como la pólvora en internet. Es una vergüenza que Dana Diletti la persiguiera así por la acera.

—He tenido días mejores —respondo.

Me sostiene la mirada mientras alrededor destellan luces azules y rojas.

—Lamento tanta formalidad —asegura—. Pero como han comprobado están montando estrecha vigilancia, y se va a hacer más estrecha aún.

—¿A quién se refiere? —pregunta Marino.

—A los federales.

Estamos a unos diez metros de la barricada y los demás agentes de uniforme, que llevan auriculares y se comunican por móvil, manteniendo la vigilancia mientras hablan entre sí. No entiendo lo que dicen, y Cagley no quiere que nos oigan.

—¿En qué nos estamos metiendo? —Marino indica la angosta carretera de acceso que atraviesa bosques y marismas—. ¿Qué ocurre en Raven Landing?

—Lleva horas cerrado —confiesa Cagley—. No hay más que agentes de policía, unos vigilantes privados y el FBI. También un par de inspectores de policía. No sé quiénes son todos, porque los federales no nos cuentan nada.

—Ya imaginaba que sería algo así —comenta Marino—. Rachael Stanwyck trabajaba en la CIA, así que era de prever.

—He oído en las noticias que se dedicaba más bien a las relaciones públicas.

—Ninguno de esos va a decir quién era en realidad —responde Marino como si fuera *vox populi* y no hubiera la menor duda al respecto—. ¿Qué sucede en casa de la jueza? Hay alguno de los suyos en el lugar de los hechos, ¿verdad? ¿Qué se cuenta sobre Rachael Stanwyck?

—Está la inspectora Fruge —responde Cagley—. No sé quién más ni cuántos.

Las adiestradoras caninas recompensan a los perros con más juegos: los dejan que tiren de unas sogas y que salten por ahí. Luego regresan a los Tahoe al otro lado de la carretera bajo la atenta mirada de Cagley, que nos dice que hay zódiacs en el río.

—Además ha venido un helicóptero, como seguramente habrán oído —explica—, y he visto más de un dron dando vueltas.

—¿Tiene idea de qué o a quién pueden estar buscando? —indaga Marino—. ¿Y creen que hay alguien escondido en Raven Landing? ¿Quizá en los bosques de Chilton Farms?

—Nadie nos cuenta una mierda, como les decía. —Cagley engancha los pulgares en el reluciente cinturón negro del uniforme —. Pero se oyen rumores. Y por lo visto la víctima no ocultaba que tenía dinero. Un coche caro, joyas y ropa llamativas. Además, se daba muchos aires.

—¿Creen que el móvil es el dinero? —pregunta Marino—. ¿Que lo de Rachael Stanwyck fue un robo que se torció del todo?

—Es posible. Quizá otras cosas —responde Cagley—. No había visto nunca a la víctima. Mis rutas de patrulla no me traen por aquí a menos que nos llamen. Por lo demás, no somos bienvenidos.

—A quién se lo dice. —Marino sabe establecer sintonía con los que se sienten marginados y tratados injustamente.

—Pero he oído unas cuantas cosas —añade Cagley.

Nos cuenta que quizá a Rachael le iba la marcha. La habían visto regresar a casa a la hora de comer en más de una ocasión.

—Igual se enrollaba con alguien mientras la jueza estaba en los tribunales —dice el agente de la policía de Alexandria sin perder detalle de lo que ocurre a nuestro alrededor.

—Que vuelva a casa a la hora de comer no quiere decir que se lo esté montando con alguien —observa Marino.

Cagley mira de reojo a los camaradas que montan guardia cerca de las barreras del control, a las agentes de la unidad canina dentro de sus Tahoe con el motor al ralentí.

—Por lo que tengo entendido, se veía con alguien, sin duda —asegura.

—¿Sabe con quién? —pregunta Marino.

—No se han enterado por mí: Bose Flagler —dice Cagley, y pienso en el comportamiento de Annie en el juicio—. Lo han visto ir y venir en coche.

Si Rachael tenía una relación romántica con el fiscal del estado, tendría más sentido que hubiera querido volver a Chilton Farms una temporada. No hay cámaras. La propiedad está cubierta de maleza, y Annie pasa fuera buena parte del día. Los coches aparcados delante de la casa principal no se ven desde la calle.

—¿Quién va contando historias acerca de que el abogado del estado venía por aquí de tapadillo? —se interesa Marino.

—¿Y sabemos si Flagler o su prominente familia eran socios del club náutico? —indago—. He visto en su despacho fotografías de un

barco de vela muy bonito, y el paisaje se parecía mucho al de Raven Landing.

—Tiene sentido —comenta Marino en tono sarcástico—. Raven Landing es el tipo de sitio donde encajaría alguien como ese.

—El vigilante de seguridad se llama Dogg, con dos ges. Ha pasado por aquí hace un rato, y hemos estado hablando —dice Cagley—. Ha venido unos minutos antes que ustedes, y seguramente ahora está en Raven Landing.

—Creo que nos ha adelantado cuando veníamos —comenta Marino—. Un tipo blanco, moreno, con barba. No lo he visto bien, pero era ancho de cuello; parecía grande.

—Ese mismo.

—Antes lo he llamado «sheriff Dawg», como el perro de los dibujos animados. Supongo que soy clarividente —dice Marino—. Lo tenía pegado al culo. Estaba jugando a policías y ladrones.

—Los que trabajan ahí en Raven Landing no están contentos precisamente —señala Cagley—. ¿Cree que a los polis locales nos miran por encima del hombro cuando llegan los peces gordos? Pues ya puede imaginarse cómo tratan a los vigilantes de seguridad privada…

—Peor que a un perro con dos ges —bromea Marino.

—Como a vigilantes de centro comercial —añade Cagley.

Marino abre la cartera de la placa y saca una de las tarjetas de visita que se hizo cuando lo contraté como especialista de operaciones forenses.

—No sé por qué el agente Dogg ha creído que era conveniente seguirme pegado al parachoques —dice por si alguien no ha entendido aún que le ha parecido fatal—. Puede decirle que no

vuelva a hacer ninguna chorrada por el estilo, si sabe lo que le conviene.

—Le haré llegar el mensaje, claro —asegura Cagley—. E informaré a Fruge de que han llegado usted y la jefa.

—Debería aparecer en cualquier momento una de nuestras camionetas —responde Marino—. Negra, sin ventanillas, la reconocerá cuando la vea. El investigador al volante es Fabian; que no le engañe su aspecto.

—Lo estaré esperando. —Cagley se aparta de la furgoneta.

Marino sube la ventanilla y vuelve a hacer el numerito del ventrílocuo; el rostro inexpresivo, sin mover los labios apenas mientras reacciona ante las últimas noticas.

—Por si la situación no fuera bastante jodida… —dice—, espera a que se enteren los medios. ¿Bose Flagler? La hostia.

Cagley y los demás agentes retiran las barreras y el cartel de prohibido el paso, y nos indican que avancemos.

—No hay nada como una muerte violenta para que salgan todos los trapos sucios —observa Marino—. No me gustaría ser ese fiscal del estado ahora mismo. Y tiene las elecciones a la vuelta de la esquina en noviembre.

—A mí no me gustaría estar en su pellejo por muchos motivos. En especial, si apreciaba a Rachael; en especial, si tenían algo especial —respondo mientras atravesamos bosques y humedales.

No se ve el río cuando nos acercamos, solo un cielo diferente, pálido como las perlas y de una luminosidad resplandeciente. El sol reluce sobre las copas de los árboles mientras el helicóptero describe estrepitosos círculos sobre algún tramo del cauce del río. Pasamos

junto a otro cartel de Raven Landing, este, irónicamente, con un cuervo posado encima que grazna a placer.

—Es fácil ser cínico —le recuerdo a Marino—. Y la gente como nosotros podemos ser los peores debido a lo que vemos a diario. Por no hablar de que Flagler es un oportunista de mucho cuidado. Pero no podemos descartar que quisiera a Rachael de verdad.

—Por mucho que estuviera enamorado hasta las trancas —replica Marino—, va a poner a salvo su propio pellejo por encima de cualquier otra cosa, eso seguro. Lo que quiero saber es cómo van a concluir el juicio él y la jueza. Porque puedes apostar a que Flagler está haciendo cálculos en estos precisos instantes.

—Se supone que los problemas personales no deben interferir. Técnicamente no constituyen un motivo para eximirse —señalo—. A menos que uno no se considere apto para cumplir sus funciones, y Annie no hará tal cosa.

—Flagler tampoco —dice Marino.

Ya asoman las cuatro altas chimeneas de ladrillo de la casa principal de la plantación descollando sobre los árboles.

—Me pregunto si la jueza tiene la menor idea de que su hermana se acostaba con ese.

—Si no lo sabía, no tardará en descubrirlo. Eso explicaría que me haya estado rehuyendo de un tiempo a esta parte —observo.

—Y que tenga favoritismos a la hora de impartir justicia —dice Marino—. Que haga lo imposible por no apretarle las clavijas.

—Espero que no. No sería propio de Annie. Si algo no le ha faltado nunca es integridad. Jamás ha sido una vendida.

En la carretera delante de la antigua finca hay cuatro coches patrulla de la policía de Alexandria, aparcados y con las luces

apagadas. Hay dos Tahoe blancos más de la unidad canina sin distintivos. Unos agentes de uniforme montan guardia al pie del sendero de acceso. Se hacen a un lado y nos indican que vayamos a una amplia zona de estacionamiento de adoquines, lo que Annie llama «la rotonda».

—Ya entiendo lo que decías de este sitio —dice Marino, que aparca delante de dos altas columnas de ladrillo cubiertas de enredaderas resecas.

En lo alto de las columnas hay unos grandes búhos tallados en piedra, erosionados por el paso de los siglos, cuyos ojos ausentes miran de hito en hito. Las placas de cobre con el nombre de Chilton Farms tienen una pátina verdosa y están veladas por la madreselva, agostada y prácticamente sin flores. Los rododendros que atestan la entrada también parecen marchitos. La última vez que estuve aquí, esto no se veía tan descuidado y mustio.

El sendero de acceso, largo y sinuoso, se adentra en el bosque. Más allá de las columnas de ladrillo, tendida entre unos gruesos cedros, hay una maraña de cinta amarillo chillón para acordonar la escena del crimen. Al otro lado de ese perímetro encintado hay más barreras de control.

—Pues hasta aquí hemos llegado, de momento —comenta Marino —. Y es inaceptable, joder.

Pone la palanca de cambios en posición de estacionamiento con gesto de irritación. Abrimos las puertas en el instante en que aparecen otros dos pastores belgas con sus guías, que visten igual que sus colegas del primer control. Nos apeamos y pasamos por la misma rutina con los perros rodeando la furgoneta.

Los animales marcan los mismos puntos del vehículo que antes, y Marino explica lo de las armas, la munición y las bengalas. Les recuerda que fue policía, pero no les interesa. Luego los guías, con su atuendo de trabajo sin distintivos, felicitan a los perros y juegan con ellos de regreso a los todoterrenos blancos, también genéricos, aparcados en la calle.

—De la CIA. —Marino observa a los guías—. Quizá del FBI, aunque sería raro, porque casi siempre se cercioran de que tengas claro que son ellos. Sus putos chalecos antibalas se ven desde el espacio exterior.

Estamos solos en el interior de la furgoneta sin que nadie nos haga caso ni se acerque a hablar con nosotros. Marino saca la pistola y los cargadores de reserva de la guantera. Los vuelve a dejar en la consola central y abre la puerta de su lado.

—Quédate aquí —dice, como si yo pudiera ir a alguna parte.

11

Abro una ranura la ventanilla para oír lo que ocurre cuando Marino se acerca a los agentes a la orilla del sendero de acceso. Vuelve a enseñarles la cartera con la placa y el lustroso escudo dorado reluce bajo la luz oblicua. Los polis de Alexandria apenas la miran.

Cagley ha dado aviso de nuestra llegada, sin duda. Si la policía no hubiera sabido quiénes somos, no nos habría dejado acceder a la propiedad. Pero Marino rara vez deja escapar la ocasión de alardear de credenciales. Cuanto menos crea que alguien va a apreciarlo, más se empeña en hacerlo.

—Tenemos que ir a la casa —informa a los agentes—. Llevamos mucho equipo, y no tardará en llegar nuestra camioneta para trasladar el cadáver. Necesitamos acceso hasta la puerta. —Mira hacia las cuatro chimeneas rodeadas de malas hierbas a lo lejos—. No podemos traer en camilla el cadáver hasta aquí.

—Ya les hemos dicho que han llegado —dice uno de los agentes.

—¿A quién?

—Van a enviar a alguien.

—¿Quién? —Marino se está poniendo pendenciero—. ¿De quién demonios hablamos?

—Entretanto, deben dejar aquí la furgoneta. Lamento las molestias.

—Tú estás de coña.

—No, señor.

—Qué gilipollez. Basta con retirar la cinta de la escena del crimen y apartar las barreras. Una vez hayamos pasado, se puede volver a poner todo donde estaba, joder.

—No es posible.

—¿Por algún motivo? ¿O es solo para dar por saco un rato? —Marino exige respuestas, aunque yo preferiría que cediera un poco.

—Seguimos instrucciones, colega.

—Sí, bueno, dile a Fruge que vamos a ir de una manera u otra —amenaza Marino, alejándose a paso firme.

Vuelve a la furgoneta cuando yo subo la ventanilla. Abre la puerta de mi lado, alarga el brazo y coge el arma y la munición de la consola rozándome las piernas con el musculoso brazo.

—No sé qué hostias pasa. Espero que Maggie y Elvin no nos hayan tendido otra trampa. —Marino se mete la pistola en la cinturilla del pantalón y guarda los cargadores en un bolsillo—. Supongo que debimos haber imaginado que nos joderían vivos si no hacíamos lo que decían.

Abre la puerta trasera y cuando hurga en busca de algo en el suelo detrás de mí oigo un crujir de papel. Se me posa un mosquito en el muslo desnudo y lo aplasto de un manotazo, dejando una manchita roja. Busco en el maletín el paquete de pañuelos de papel, pero solo queda uno. Marino se acerca a la ventanilla de mi lado y la abro.

—Aquí tienes. —Me tiende un vaso usado para llevar con tapa. De los más grandes, gracias a Dios. Me da un rollo de papel higiénico más que medio gastado.

—No mires —le digo como si tuviéramos doce años.

Subo la ventanilla y él se queda de espaldas al vidrio tintado. Me lleva unos minutos, teniendo en cuenta lo desfavorable de las condiciones. Cuando he terminado, abro la guantera donde guarda bolsas extra para residuos de riesgo biológico, de plástico rojo, bien dobladitas.

—Ahora, ¿qué? —pregunto a la vez que abro la puerta, porque no tengo muy claro qué se supone que debemos hacer.

—Yo me ocupo. —Coge el vaso con tapa y la bolsa para desechos de riesgo biológico—. No es ideal, pero ¿quién va a enterarse?

Va a la orilla del sendero de acceso y busca unos matorrales de zarzas espinosas y hiedra venenosa a los que no se va a acercar nadie. Le oigo depositar los restos mientras ahuyento mosquitos a manotazos. Si los agentes que montan guardia se han dado cuenta de lo ocurrido, no dan señal de ello. Marino vuelve a la furgoneta.

—Gracias —le digo.

—¿Para qué están los amigos? —Mete el vaso vacío y la tapa en la bolsa roja, le hace un nudo y la deja en el suelo del vehículo de momento.

Me apeo de la furgoneta descalza y me cuelgo el maletín del hombro. El aire es húmedo y huele a lilas y jazmín. Percibo los adoquines mojados que la lluvia ha refrescado. Están sembrados de follaje marchito y bichos muertos, y ya tengo una sensación extraña, de esas que me dejan como vacía por dentro y con los pelos de punta.

—No me extraña que Rachael se resistiera con uñas y dientes. —Marino mira en torno con tristeza—. Yo tampoco querría quedarme aquí, viendo lo que hay hasta ahora.

Observa la maleza crecida, entreverada de hierba kudzu y parras. Casi alcanzo a leerle el pensamiento. Mis advertencias no lo han preparado del todo para lo que está contemplando.

—La verdad es que no entiendo por qué Rachael querría estar aquí, en mitad de un bosque fantasmal, todo lleno de hierbajos, a menos que fuera por lo más evidente —dice.

—Creo que vas bien encaminado. —Diviso unos saltamontes muertos flotando en un charco, como si se hubieran ahogado.

—Bose Flagler.

—Cuanto más hablamos de ello, más sentido tiene —respondo mientras inspecciona las enredaderas marchitas que se aferran a las columnas de ladrillo de la entrada.

Observa las enormes bisagras herrumbrosas donde antes había unas majestuosas verjas de hierro forjado negro con el escudo de armas de los Chilton en azul y dorado. Cuando yo venía a visitar a Annie en los viejos tiempos, había un interfono de latón pulido encima de un poste. Se llamaba a la casa pulsando un botón. Si te esperaban, las verjas se abrían como unos brazos que te daban la bienvenida, desplazándose con una solemnidad lenta que me entusiasmaba.

Pero ahora Chilton Farms no tiene nada de acogedor o emocionante. Las lámparas de hierro forjado no se iluminan desde que Annie vino a vivir aquí y quitó las bombillas de todos los apliques exteriores. Las grandes lámparas encima de los postes parecen tristes caras vacías; muchos de los cristales faltan o están rotos. Después de ponerse el sol, el sendero de acceso está oscuro como un agujero negro.

Cuando se levanta niebla procedente del río, el entorno es sumamente peligroso. Hay que tener cuidado por dónde se anda incluso en las mejores condiciones. Los adoquines de granito llevan años sin limpiarse con agua a presión. Las piedras de río lisas son resbaladizas cuando están mojadas, unas recubiertas de moho y otras con algas asomando entre las grietas. Nunca había visto la finca sumida en un silencio tan significativo.

Contemplo los matorrales perennes con flores azules y amarillas. No se mueve nada en ellos ni en los enormes magnolios con sus hojas verde oscuro y sus flores de color blanco cerúleo que huelen como a limón. No se oyen trinos. No hay ardillas o conejos correteando por ahí, ni ciervos u otros animales husmeando entre la maleza. No veo los habituales halcones de cola roja o águilas calvas encaramados a las ramas más altas de los inmensos robles y árboles de hoja perenne.

Es como si la naturaleza se ocultara y guardara silencio por efecto del shock. El único sonido audible es el goteo uniforme del agua que cae de los árboles, y el agudo zumbido de los mosquitos que me acechan mientras sorteo descalza charcos, restos de plantas e insectos muertos.

—No parece que el encargado, como se llame, se esfuerce demasiado en tener en condiciones este lugar —observa Marino—. ¿A qué se dedica? Porque no es a la jardinería ni al mantenimiento, eso seguro. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Holt Willard. —Veo varias mariposas muertas—. Hace lo que Annie le dice, y eso no incluye ocuparse de la jardinería y del patio, es verdad. Pero lleva con la familia desde siempre.

Me acerco a las hortensias azules y rosas, que tienen ramas peladas. La tierra a sus pies está sembrada de hojas marrones, igual que si fuera invierno.

—Como te decía, a Annie le gusta que la propiedad parezca silvestre, como ella la describe —le explico a Marino.

—Esto es peor que silvestre. —Mira hacia todas partes—. Seguramente hay un mundo perdido bajo toda esta porquería.

Marino se acerca a la cinta que delimita la escena del crimen y a los coches aparcados. Mira hacia el sendero de acceso que serpea entre los árboles y el follaje, fijándose en los adoquines que faltan o están mojados, los charcos, el terreno desigual e inclinado. Avanza un poco más y se concentra en la entrada con las columnas de ladrillo.

Se fija en lo que hay en los charcos y esparcido en algunas zonas pero no en otras. Deteniéndose intermitentemente, registra el terreno mientras los búhos de piedra que coronan las columnas montan guardia inexpresivos.

—¿Es cosa mía o aquí pasa algo raro? —Marino señala cientos de hormigas muertas bajo un rododendro en mal estado.

—Llevo dándole vueltas a lo mismo desde que me he bajado de la furgoneta —respondo.

Inspecciona los cadáveres que hay por ahí de arañas, avispones de cara blanca, avispas amarillas, polillas tigre y mariquitas. Están congregados en áreas donde el follaje se ve dañado en ringleras y pedazos marrones. No se aprecia ningún patrón uniforme, y es posible que yo sepa lo que ha ocurrido. Quizá sepa porqué han cerrado el sendero de acceso al tráfico rodado.

—¿Estás segura de que la jueza no usa insecticida? —pregunta Marino—. ¿Es posible que el encargado o alguien más haya utilizado eso o algún otro veneno? ¿Quizá rociándolo por ahí como un exterminador?

—No creo. Annie no lo permitiría —respondo—. Pero no lo sé de primera mano.

—O quizá un potente herbicida, algún tipo de sustancia química fuerte. Es casi como las salpicaduras de acelerante que se ven en los incendios provocados. —Camina por las inmediaciones tratando de desentrañar el misterio—. Cuando alguien intenta quemar una propiedad, casi me recuerda a eso.

—No creo que nos las estemos viendo con un incendio premeditado, ni siquiera en grado de tentativa. —Busco indicios reconocibles alrededor, aunque espero equivocarme—. No creo que viniera aquí nadie a quemar Chilton Farms.

—Sí, no huelo a gasolina ni a ningún tipo de acelerante —decide Marino, cada vez más inquieto.

—Los daños se aprecian en unos sitios y en otros no, por lo que hemos visto hasta ahora —añado—. Más que nada aquí, en torno a las columnas donde antes estaban las grandes verjas de entrada. No he reparado en nada por la carretera ni cuando hemos accedido.

—La tormenta eléctrica de antes es otra posibilidad. —Marino levanta la vista hacia el cielo azul como recién lavado con el sol cada vez más bajo—. Cuando la lluvia es lo bastante fuerte, puede matar bichos como abejas y mariposas si no se cobijan. Sobre todo, si graniza. Lo veía cada dos por tres cuando vivía en Florida.

—Allá donde mire hay abrigo de sobra; toda una jungla. —Vuelvo la vista hacia el bosque detrás de Marino, tan denso en algunos

lugares que la luz apenas se filtra—. ¿Y aquí y ahí? —Señalo la madreselva marchita, las hojas abarquilladas de rododendro y las mustias flores rosas—. Eso no lo ha hecho la lluvia.

—Puede haber sido un rayo —apunta.

—O algo parecido de fabricación humana. —Le indico los escarabajos y abejorros muertos.

—Preferiría que lo hubiera causado la tormenta, desde luego.

—Me temo que esto es algo más turbio —digo cuando me encuentro un ruiseñor muerto.

Luego veo otros dos.

Y un jilguero.

—Joder. —Marino mira alrededor con preocupación.

—Voy a necesitar unos recipientes para muestras. De cartón, no de plástico; una docena o así bastarán —afirmo mientras regresamos a la parte de atrás de la furgoneta—. Además de pinzas y guantes. Y una bolsita. De papel de estraza, no de plástico, porque todo lo que vamos a recoger está mojado. Más vale que las pruebas no se descompongan antes de llegar al laboratorio.

Abre la cubierta de la caja trasera, que está llena de resistentes arcones negros de almacenamiento, y le digo que lo más urgente es el repelente contra insectos. Me están acribillando, y a él no le corre la misma prisa. Su grupo sanguíneo no es tan sabroso como el mío, y tiene la vejiga más grande.

—Marchando antimosquitos. —Empieza a abrir arcones.

Hace mucho ruido hurgando y moviendo cosas. Cuando encuentra el frasco de plástico, se quita la camiseta, y veo a los agentes al pie del sendero de acceso mirando, igual que los guías caninos sentados en sus Tahoe. Es difícil no mirar. Yo me veo haciéndolo si no tengo

cuidado, lo que es especialmente peligroso cuando mi hermana anda cerca.

Marino está obsesionado con su «volumen», como me refiero yo a su incesante entrega a la musculación, la definición, el cincelado y a llevar ropa que le permite alardear. En la casa adosada a orillas del río que buscó Dorothy para ellos, tiene todo el equipamiento necesario para estar bien grande y en forma como un héroe de pelis de acción. Va a un gimnasio de boxeo, sale a correr, salta a la cuerda, se atiborra de suplementos proteínicos y tiene el cuerpo de alguien con la mitad de su edad.

Le encanta presumir de ello, marcar músculo como está haciendo ahora, pavonearse como el gallito del lugar cuando tiene público. Y no se lo reprocho, la verdad. Ya pasaron los tiempos en que tenía barriga cervecera y el interior de su coche era un vertedero de envases de comida rápida y colillas.

—Cierra los ojos y no respires. —Quita el tapón del repelente contra insectos.

De pie en el sendero, desnudo de cintura para arriba y fornido, nos envuelve en una bruma que me hace toser. Le cojo el frasco y me rocío las piernas y los pies un poco más mientras él vuelve a hurgar en los arcones del vehículo.

—¿Tienes insecticida de reserva? —Levanto el envase.

—Sí. Siempre llevo de sobra. Dorothy es igual que tú. Si hay un mosquito por alguna parte, seguro que la encuentra.

—Ponte guantes antes de tocar nada, por favor —le recuerdo—. Hay que tener cuidado de no contaminar las pruebas con el repelente contra insectos.

Me guardo el espray de reserva en un bolsillo. Él saca un par de guantes de nitrilo negros y yo hago lo propio. Luego me tiende los recipientes de cartón para pruebas, una bolsa de papel y unas pinzas de plástico.

—Una mascarilla también —añado—. Y un rotulador.

—Ten cuidado. Más te vale no pisar nada con aguijón. O con colmillos; peor aún. O toxinas como las que segregan algunas ranas y lagartos. —Marino puntúa sus advertencias con chasquidos de los cierres de plástico de los arcones—. Que algo esté muerto no quiere decir que no pueda hacerte daño.

—Si lo sabré yo —respondo, y me entrega lo que he pedido—. ¿Has traído cubrezapatos sintéticos?

—No. Pero seguro que la policía tiene de eso en la casa. Fruge debería. —Sigue hurgando en los arcones.

—Eso no me vale ahora.

—Toma. Tendrás que apañarte con esto. —Me da un par de cubrezapatos como de papel de talla única. Son solo válidos para un escenario del crimen en un interior, y no se pueden mojar. No es mucho mejor que llevar mallas para el pelo desechables para mis pies descalzos: esta clase de cubrezapatos no protege de cortes ni de magulladuras. No evitarán que pise una avispa y me pique. Pero menos es nada, como suele decirse.

—Yo que tú me los pondría ya —me insta Marino—. Como te decía, deben de tener equipamiento de protección personal de sobra en la casa. Seguro que han montado una carpa y toda la pesca.

Me quedo mirando apenada mis pies mojados, sucios y desnudos.

—No te preocupes si gastas muchos, tengo toda una caja —me asegura, como si sirviera de algo.

—Recuérdame que no salga nunca de casa sin el maletín forense. —Me pongo los cubrezapatos y noto en las plantas de los pies todo lo que voy pisando.

No me hace ninguna gracia tener que llevar el traje de protección de fibra de polietileno Tyvek encima de la ropa húmeda una vez lleguemos a la supuesta carpa, que igual han habilitado o igual no, en la casa de la plantación. Suponiendo que Marino y yo nos dirijamos hacia allí, porque seguimos esperando en el sendero de acceso cerrado con barreras sin que nadie nos haga el menor caso.

12

No hay rastro de nadie más salvo los cuatro agentes de uniforme que hablan en voz baja. Guardan silencio cuando me acerco.

—No sé vosotros, pero yo me siento como un *steak tartar* aquí fuera. —Les ofrezco el repelente contra insectos.

—Ah, gracias. —Con una sonrisa sorprendida.

—Muchas gracias.

—Hay tantos bichos que pueden llevarte en volandas.

—También tiene protección solar —les digo—. Os lo podéis quedar.

Se embadurnan mientras yo contemplo toda una carnicería de insectos que ensucian los adoquines y flotan en charcos mugrientos. Veo que hay lombrices de tierra por todas partes, lo que es típico después de un aguacero. Curiosamente no están muertas. Mientras hago fotos y vídeos con el móvil, sospecho que Rachael Stanwyck murió sin duda al mismo tiempo que los pájaros y las abejas.

Después empezó a llover, y salieron los gusanos. Lo que provocó los daños que estoy viendo, fuera lo que fuese, ya no suponía una amenaza para cuando se inició la tormenta hace un par de horas. Regreso a la gran entrada de antaño haciendo fotos por el camino. En cuclillas y empleando unas pinzas, recojo mariquitas, una libélula, un gorrión. Los guardo en los recipientes, y los policías no pierden detalle de lo que hago.

Noto sus miradas mientras inspecciono el área en torno a las columnas de ladrillo donde la madreselva está marchita. Las ramas de un árbol trompeta están despojadas de hojas y flores, y entiendo a qué se refiere Marino con el patrón de salpicaduras. Pero es más bien como si alguien hubiera pasado por aquí con un lanzallamas. Solo que no se aprecia ningún olor, no hay indicios de nada ennegrecido, cubierto de hollín o abrasado. No se ha chamuscado ni quemado nada, al menos con fuego.

Tomo las tristes muestras, anoto la fecha, la hora y el lugar, señalando el tipo de espécimen guardado. Salgo a la calzada, pero no encuentro más pequeñas víctimas, aparte de un sapo arrollado mucho antes, posiblemente hace días. Los de la unidad canina, dentro de sus todoterrenos, observan con semblante inexpresivo lo que hago.

—¿Busca algo en concreto, señora? —pregunta por fin uno de los agentes de la policía de Alexandria, y me veo a través de sus ojos, con el traje de falda empapado y los cubrezapatos de papel, la mascarilla quirúrgica y los guantes negros, mientras sostengo las pinzas de plástico como si se tratase de unos palillos chinos. Me agacho para inspeccionar los charcos, miro debajo de los arbustos, y registro áreas de follaje marrón y hojas marchitas. Recojo los frágiles especímenes muertos y los guardo con cuidado en cajitas blancas que parecen ataúdes.

—Estoy comprobando los daños, nada más —explico—. Plantas resecas, bichos y pájaros muertos.

—Ajá.

—Rayos, quizá —sugiere uno de los agentes.

Vuelvo a la furgoneta con mis inútiles cubrezapatos mojados. Marino deja dos troleis de gran tamaño sobre los adoquines, y saca las asas extensibles.

—Fabian ha enviado un mensaje —dice.

—Ya era hora. —Estoy disgustada por muchos motivos.

Parece ser que tenemos un «motín a bordo» en el trabajo, y lo que ha ocurrido en la propiedad de Annie es horrible y perturbador por demás.

—Está en el control de acceso, nervioso perdido porque lo han hecho bajar de la camioneta —me dice Marino—. La han registrado con los perros y todo lo demás. Finge estar cabreado.

Acerca los maletines a la cinta da la escena del crimen que obstruye el sendero de acceso.

—A Fabian le encantan estos dramas —respondo—. Por mucho que se queje en sentido contrario.

—Le he dicho que cuando llegue van a hacerle pasar por el mismo puñetero incordio —añade Marino—. Y que luego no debe mover el culo de la camioneta a menos que le digamos otra cosa.

Abro la puerta trasera de la furgoneta y dejo la bolsa de papel de estraza con las pruebas que acabo de recoger en el asiento al lado de una caja de munición.

—Tenemos que hacerle llegar esto al doctor Allemand lo antes posible —explico.

El Tío de los Bichos, como lo llama Marino, es un entomólogo del Museo Smithsonian de Historia Natural de Washington. Albert Allemand, una de las autoridades en insectos más destacadas del mundo, también sabe lo suyo sobre artrópodos (ciempiés y

escorpiones), arácnidos, crustáceos y esos organismos acuáticos microscópicos llamados diatomeas.

Hemos tenido muchas conversaciones sobre April Tupelo durante los últimos meses, y él testificó en el juicio. Flagler se ensañó con su testimonio y su credibilidad del mismo modo que con los míos hace apenas unas horas. Albert y yo también formamos parte de un grupo de trabajo federal conocido como la Comisión del Juicio Final, y mucho me temo que volveré a «chincharlo», como digo yo, cuando tenga noticias mías.

—Alguien tendrá que llevar las pruebas al Smithsonian a primera hora de la mañana, cuanto antes mejor —le explico a Marino—. Quizá Fabian, si podemos confiarle el trabajo. Y ahora mismo no lo tengo nada claro.

Me quito los guantes sucios y los meto junto con otros desechos en una bolsa residuos biológicos. Me pongo otros cubrezapatos mientras Marino abre un arcón más y saca un polo seco con el escudo de nuestra oficina. A continuación coge unos calzoncillos negros con el lema SIEMPRE LISTO en la cinturilla, y no me cabe duda de quién se los compró —es lo típico que escogería Dorothy para su marido trofeo, como le gusta referirse a él—. Se pone la camiseta y luego lleva unos pantalones cargo caquis, los calzoncillos y el orinal portátil al otro lado de la furgoneta. La pistola y la munición las deja encima de uno de los enormes neumáticos.

—No mires. —Ahora es él quien lo dice mientras intenta ser lo más discreto posible.

Me pongo de espaldas a Marino y me sorprende ver a mi sobrina Lucy, que se dirige hacia nosotros en su bici eléctrica de carreras verde con sus gruesas ruedas y sus faros integrados.

Por un instante, me pregunto si la vista me está jugando una mala pasada. Viene desde la dirección de la casa principal. Detrás de ella va pedaleando Sierra Patron, o Tron, como la conoce la mayoría de la gente; ambas son compañeras en la sección de investigación cibernética del Servicio Secreto.

—¡Virgen santa! —Marino sale de detrás de la furgoneta con las botas sin atar y la bragueta abierta—. ¿Qué coño hacen aquí?

—Estoy tan sorprendida como tú —repongo.

Ágiles y silenciosas, Lucy y Tron sortean los charcos y se cuelan entre las barreras. Desmontan para pasar por debajo de la cinta policial y siguen a pie el resto del trayecto con un calzado deportivo que no se engancha a los pedales ni hace el menor ruido. Apoyan con cuidado las bicicletas en la furgoneta de Marino.

—No vamos a arañar la pintura, no te preocupes —le suelta Lucy, muy seria.

—¿Qué coño…? —A Marino no le hace gracia la visita sorpresa por muchos motivos—. ¿Qué tiene que ver el Servicio Secreto con Rachael Stanwyck? ¿O pasabais por aquí sin nada mejor que hacer y habéis decidido acercaros?

—¿Qué tal va? —responde Tron con una sonrisa.

—¿Qué hacéis aquí? —Marino se comporta como si nos hubieran invadido mientras sigue vistiéndose—. Cuando los polis se han quejado de la presencia de los puñeteros federales, no he pensado que se refirieran a vosotras. —Es como si se tomara como algo

personal que el Servicio Secreto no lo avise de antemano de todos sus planes.

—No somos los únicos puñeteros federales implicados, solo las más importantes. —Tron vuelve a sonreír.

—El Servicio Secreto, el FBI, ¿quién más? —Marino vuelve la vista hacia las cuatro oscuras chimeneas silueteadas contra el atardecer —. Hay que ver. Nos dejan aquí tirados con el calor que hace, recogiendo bichos muertos y mierda por el estilo mientras todo el mundo está allí.

—Tenemos que poneros al tanto de muchas cosas antes de acompañaros a la casa. —A su manera sutil, Tron nos está haciendo saber quién está al mando, y que no hay discusión posible.

—Me alegra que os hayáis embadurnado de antimosquitos y estéis bien preparados. —Lucy se señala los ojos con sendos dedos, y lo que quiere decir no podría estar más claro.

El Servicio Secreto ha instalado dispositivos de vigilancia ocultos a la entrada de la propiedad y quién sabe dónde más. No me hace ninguna gracia recordar a Marino pasándome el papel higiénico hace poco, y luego vaciando el vaso de café en un matorral, antes de cambiarse de ropa mientras se ocupaba de otros asuntos íntimos.

No me cabe duda de que mi sobrina y Tron han visto todos nuestros movimientos y han escuchado todas nuestras conversaciones desde que hemos llegado. No son médicos forenses y no trabajan para mí. No tienen mis preocupaciones, ni tanta prisa como yo. La policía tiene otras prioridades cuando ha muerto alguien, en especial si el cadáver está bajo techo y protegido.

—Lamentamos la necesidad de teneros al margen hasta ahora. —Tron sigue disculpándose mientras hablamos junto a la furgoneta de

Marino—. Siento todas las molestias. —No lo dice por decir—. Pero queríamos dejaros unos minutos para que os hicierais una idea de la situación sin el incordio de nuestra presencia. Me da la sensación de que ya entendéis por qué.

Tron me lo dice a mí, consciente de que me fijaría en las mismas cosas que ellas, que repararía en los insectos y animales muertos, en el follaje dañado; que sacaría mi propia conclusión, la misma que ellas. Solo que yo he llegado a la mía por mi cuenta, y de eso ha quedado constancia; cuanto he dicho y hecho ha sido observado y grabado en tiempo real.

—Esto debe quedar entre nosotros cuatro. —Tron mira de reojo a los polis que vigilan el sendero de acceso—. A esos no podemos decirles lo que os vamos a contar a vosotros.

—¿Y al FBI? —salta Marino—. ¿Qué les vais a contar a ellos?

—Eso no es asunto tuyo. —Tron no se deja mangonear.

Su amabilidad despreocupada es encantadora, y su atractivo de rasgos marcados puede resultar exótico si lo pretende. En palabras de mi marido, Tron es cautivadora y puede convencerte de lo que quiera. Pero más vale no buscarle las cosquillas. Tampoco conviene buscárselas a Lucy, también preciosa, que se quita el casco y lo cuelga del manillar por una tira de sujeción.

Me fijo en que lleva la melena caoba seca del todo. Su ropa de deporte no tiene restos de lluvia. No veo indicios de que a ella y a Tron las haya sorprendido la tormenta de hace un rato. Recuerdo los problemas de tráfico. Pienso en que han desviado la comitiva de automóviles del presidente y se han cerrado las carreteras y los puentes principales. Puedo imaginarme lo que han estado haciendo

las dos en su ropa elástica de ciclistas y esas zapatillas negras que podrían pasar por unas deportivas normales y corrientes.

Han ido a la caza de fenómenos fuera de lo normal, en busca de lo invisible, y nadie lo diría por su aspecto. Tienen pinta de ciclistas experimentadas con material suficiente para ir de acampada. No parecen agentes armadas, peligrosas y expertas en inteligencia artificial. Supongo que en las carteras de las bicicletas llevan metralletas MP5 de culata plegable, cargadores de reserva y seguro que otras armas. Ocultos bajo las grandes mochilas tienen analizadores de señales y antenas omnidireccionales que captan un amplio espectro de frecuencias de radio muchos kilómetros a la redonda por medio de satélites y cálculos matemáticos. Esa información y otras se muestran sin cesar en las gafas deportivas que llevan puestas, ahora mismo con los cristales tintados de gris.

Estos dispositivos portátiles, incluidos nuestros anillos de actividad, están conectados al ordenador en la nube independiente del gobierno de Estados Unidos. El Servicio Secreto lo mantiene en sus instalaciones de entrenamiento en el sur de Maryland, donde Lucy y Tron pasan mucho tiempo. Si no están en el ciberlaboratorio, están en los campos de tiro o en las pistas de coches y bicicletas, o sometiéndose a sesiones de adiestramiento en reproducciones de ciudades, de comitivas presidenciales o del Air Force One.

—¿Qué interés tiene el Servicio Secreto en lo que ocurre aquí? —Marino recoge la pistola y la munición de la rueda de la furgoneta donde las había dejado—. No podéis venir de visita sin más porque os apetece.

—Tenemos jurisdicción —responde Lucy.

—¿Cómo es que nadie se ha molestado en contestar a nuestras llamadas mientras estabais ahí sentadas espiándonos? —Se guarda los cargadores extra con gesto desafiante—. ¿De quién ha sido la brillante idea? ¿Tuya? —Mira a Lucy con el ceño fruncido.

—Tranquilo, Marino —le advierte ella.

—¿Quién os ha invitado y por qué? ¿Para rastrear señales con vuestras varitas mágicas? —Se guarda la pistola a la espalda en la cinturilla del pantalón.

—No hace falta que nos inviten. El caso es nuestro. —Esa es la sencilla respuesta de Lucy.

—Y el FBI, ¿qué? —Sigue insistiendo, tal como suele hacer cuando se siente amenazado—. Tengo entendido que hay agentes husmeando. Supongo que las lanchas Zodiac y el helicóptero son suyos.

—La mayor parte de lo que estáis viendo ahora mismo es nuestro —dice Lucy—. Las unidades caninas, por ejemplo.

Explica que los Tahoe blancos y los uniformes no llevan distintivos porque el Servicio Secreto no quiere llamar la atención en zonas públicas como los cruces y las orillas de las carreteras. De ahí la palabra «secreto», acostumbra a bromear Benton, solo que no tiene gracia. Es la verdad: su objetivo consiste en proteger y prevenir en lugar de presentarse después de los hechos con un ejército de agentes con chaleco antibalas.

Para entonces casi siempre es demasiado tarde, el mal ya está hecho. Los organismos policiales cumplen su tarea habitual de limpiar lo que no se puede arreglar, y de imponer un castigo. Mejor sería evitar las calamidades de entrada. Pero la ausencia de

incidentes no da pie a buenas noticias o índices de audiencia televisivos. Rara vez se oye hablar de lo que no sucedió.

—A las personas clave, los que necesitan saberlo, se les ha informado de que lo que tenemos entre manos es un asunto de seguridad nacional. —Tron aborda el motivo de que legalmente sea jurisdicción suya—. Esto está relacionado con el intento de atentado contra el presidente de Estados Unidos hace unas horas.

—¿Cómo es posible? —pregunta Marino—. ¿Qué demonios tienen que ver Rachael Stanwyck y Chilton Farms con algo así?

—Lo que sabemos es que ha estado implicado en ambos incidentes el mismo tipo de arma de alta energía. —Lucy verifica lo que sospecho que ha causado los daños que he estado observando y recogiendo—. De eso estamos seguros.

—De lo que no tenemos ni idea es de cómo están conectados los incidentes —explica Tron—. Solo que lo están, de algún modo.

Se ha utilizado un arma de microondas cerca del cementerio de Ivy Hill. También en esta zona, incluido Chilton Farms. Lucy y ella creen que a Rachael la han atacado deliberadamente mientras estaba sola en la cocina, con la intención de herirla de gravedad o matarla.

—Su objetivo no era destrozar una finca histórica con un arma de rayos —dice Lucy—. El tipo ha llegado con el propósito de hacerle daño a ella o a quien creyera que estaba en la casa. Se ha situado en el jardín trasero y ha abierto fuego por la ventana de la cocina.

13

—¿Hay algún indicio de que el asesino haya entrado en la casa? —pregunta Marino en el momento en que detecto el retumbo de motores de gran potencia que vienen en nuestra dirección.

—No —dice Tron—. No creemos que haya entrado.

—Ha sido un ataque relámpago —añade Lucy—. Dudo que se haya quedado mucho rato.

—Por lo general, no lo hacen en esta clase de ataques, ejecutados desde vehículos; estamos casi seguros —continúa Tron—. Hasta donde sabemos, los autores no han venido a pie. Pero ahora parece ser que disponen de armas más fáciles de transportar. Y eso da mucho miedo.

—Aquí, en la propiedad, han disparado ráfagas rápidas e intermitentes de microondas entre las 15.40 y las 16.00 horas —nos informa Lucy—. Ese es el intervalo en el que hemos detectado las señales de 2,305 gigahercios. Es una frecuencia destinada a radioaficionados, y nada típica.

Ella y Tron han detectado esta señal anómala a las 13.45, mientras estaban de patrulla rutinaria por el itinerario de la comitiva presidencial. Los terroristas no han supuesto que la radiación de microondas se detectaría, probablemente porque no esperaban que nadie la estuviera buscando. El funeral era por el exsenador

estadounidense que sufrió un derrame cerebral a principios de semana.

—La visita del presidente no se anunció hasta ayer a última hora —explica Tron—. Hubo muy poco tiempo para que alguien preparase un ataque organizado. No supondrían que estaríamos atentos a algo así. Por suerte, no se plantearon que tendríamos agentes con analizadores de señales.

Más o menos una hora después de detectar la frecuencia de 2,305 GHz, han vuelto a localizarla, esta vez a kilómetros del cementerio. Triangulando con analizadores de señales en otras ubicaciones, han determinado que las rápidas ráfagas intermitentes provenían del área general de Raven Landing.

—Hemos seguido la señal hasta un cruce a eso de kilómetro y medio de aquí, y luego la hemos perdido —dice Lucy—. Edificios, árboles y otros objetos pueden bloquear la trayectoria de localización directa. Y es posible que el tiempo también haya influido.

Aún no había empezado la tormenta, pero ya estaba muy nublado, lo que quizá causara interferencias o degradación de las ondas hertzianas, según explica Lucy. Ella y Tron no han vuelto a detectar la señal de 2,305 GHz hasta una media hora después, a las 15.40. Las ráfagas de energía han durado diez minutos, y la ubicación aproximada era la carretera de acceso que conduce a Chilton Farms y Raven Landing.

Lucy y Tron han pedido refuerzos para responder, y se han reunido con ellas en la intersección donde está ahora el primer control. Han metido las bicis en los vehículos y han ido hacia el río. Cuando han llegado a la entrada de Chilton Farms, se han fijado en las extrañas zonas de follaje seco y marchito.

—He visto lo mismo que tú —me dice Lucy mientras se acerca el sonido de los potentes motores—. He supuesto que seguramente eran indicios del daño causado por la extraña señal de microondas que habíamos estado detectando.

Han ido sendero adelante con las armas preparadas, peinando la zona para cerciorarse de que nadie las estuviera tendiendo una emboscada. Al llegar a la casa, se han encontrado el coche de Rachael aparcado delante.

—Hemos visto su cadáver por la ventana de la cocina —dice Lucy en el momento en que aparecen en la calzada dos vehículos blindados BearCat. El gruñido gutural de los motores diésel parece sacudir el aire cuando los policías de Alexandria indican a los todoterrenos acorazados que aparquen detrás de la furgoneta de Marino.

—Los de la científica y más unidades caninas deben de estar al caer —nos informa Lucy.

Aún se oye el estruendo de las paletas del rotor, pero más leve; el helicóptero debe de estar algo al norte de aquí. Ella y Tron siguen supervisando las comunicaciones más recientes, cuya información ven en los cristales tintados de sus gafas deportivas asistidas por inteligencia artificial. Nos ponen al corriente mientras diez agentes de policía uniformados del Servicio Secreto salen en tromba de los dos todoterrenos BearCat y empiezan a abrir arcones de almacenaje sin prestarnos atención.

—¿Estamos a punto de sufrir una invasión? —Marino está más impresionado de lo que quiere aparentar.

—Lo que hacemos es asegurarnos de que no suceda tal cosa. Preservar el lugar y mantenernos a todos a salvo no es nada

rutinario. Están ocurriendo muchas cosas al mismo tiempo.

Tron continúa explicándonos qué esperar. Sus fuentes les han avisado de que vienen hacia aquí unas cuantas de esas personas descontentas y no muy respetables que siguen el juicio de Gilbert Hooke, acompañados de amigos y simpatizantes. Alrededor de cincuenta personas, aunque podrían ser más.

—Algunos van armados hasta los dientes —añade Tron—. Tienen previsto presentarse en cuanto anochezca. Corren por ahí toda clase de amenazas de que van a destrozar y saquear Raven Landing y Chilton Farms. Dicen que todo forma parte de la misma plantación corrupta y privilegiada, y hay algunos comentarios sobre ti que dan miedo. —Eso me lo dice a mí.

La madre de April Tupelo forma parte de la turba potencialmente violenta. Hace poco salía llorando de la sala de justicia y ahora Nadine Tupelo está en la tele alentando a la gente a que se tome la justicia por su mano. La acompaña el tipo que me ha puesto la zancadilla, y con solo acordarme vuelvo a ponerme furiosa; aún noto un dolor punzante en el tobillo.

—Vamos a asegurarnos de que ninguno de esos energúmenos pueda acercarse aquí. El FBI y el Servicio Secreto tienen rodeado Raven Landing —señala Lucy mientras hablamos junto a la furgoneta de Marino—. Añadiremos más unidades y barricadas al control por el que habéis pasado hace unos minutos.

Nadie puede acceder a la zona por tierra, mar o aire a menos que tenga autorización. Teniendo en cuenta los historiales delictivos y lo que se está diciendo en las redes sociales, hay motivos de peso para preocuparse.

—Estamos viendo toda clase de teorías incendiarias, incluida la de que el juicio va a quedar en agua de borrajas y no se declarará culpable a Gilbert Hooke —afirma Tron—. Saldrá libre debido a lo que le ha pasado a la hermana de Annie Chilton. La cita del día viene siendo «¿Quedará impune?».

—Supuestamente, la jueza se eximirá y se declarará juicio nulo —resume Lucy.

—¿Ha dicho algo en público? —indago—. ¿Ha hecho un comunicado en ese sentido?

—No —responde Lucy, pero lo que a mí me preocupa es dónde está Annie y cómo se encuentra.

—No es más que la típica chorrada conspiranoica. —Tron sigue poniendo ejemplos: Todo es cuestión de política y dinero. El sistema está manipulado. Y pese a la gravedad del asunto, yo tengo otras preocupaciones. Les cuento lo que nos han dicho de que Bose Flagler y Rachael seguramente tenían una aventura.

—Lo mismo nos han dicho los de seguridad privada de Raven Landing —repone Tron.

Ni ella ni Lucy parecen sorprendidas, y les pregunto quién está en la propiedad aparte del gran número de agentes y de nosotros, los guías caninos y toda la gente que veo y oigo alrededor. Lo que me interesa es el cadáver de Rachael Stanwyck y quién puede acercarse al mismo, así como quién la ha encontrado y confirmado su muerte.

—Hay dos agentes del FBI en la casa. También están Fruge y dos de sus agentes de uniforme. Y tres de los nuestros, los refuerzos que hemos mencionado. —Es Tron quien hace el recuento.

—Están todos fuera. —Lucy nos asegura que nadie ha tocado el cadáver—. Se ha montado una carpa y se han acordonado y

fotografiado ciertas áreas exteriores para conservar cualquier prueba.

—Fabian tiene que traer la camioneta hasta aquí —les dice Marino —. Entiendo que no queráis que haya mucho tráfico porque el asesino puede haber estado en el sendero de acceso y demás, pero no tenemos opción.

—¿Cuándo te parece que estarás preparada? —me pregunta Tron.

—Necesito unas horas. —Levanto la vista hacia el sol cada vez más bajo—. Más o menos hacia el anochecer, cuando se supone que va a aparecer la turba armada y violenta.

El Servicio Secreto se ocupará de que la camioneta llegue a la casa, pero el traslado del cadáver se vigilará y supervisará estrechamente, según nos dicen. Lo que más les preocupa son los artefactos explosivos. Los múltiples puntos de control garantizan que no se introduzca nada sospechoso en el trayecto.

En teoría, un dron podría adosar una bomba al techo de un vehículo. O alguien podría salir del bosque cuando el coche circule despacio y acoplar un artefacto. Como siempre dice Benton, hay que imaginar el peor escenario posible, y luego prepararse para que se haga realidad, porque se hará realidad. De hecho, es probable que ya sea real.

—Registrarán la camioneta en todos los controles —continúa informándonos Lucy—. Después, uno de nuestros agentes irá con Fabian hasta la casa, donde los perros revisarán el vehículo por última vez.

—Seguro que ya estás viendo los indicios de lo que creemos que ha ocurrido. —Tron me lo dice a mí—. Hemos estado hablando mucho del asunto en la Comisión del Juicio Final, en previsión precisamente de pesadillas como esta.

La Coalición de Contingencias de Emergencia, o Comisión del Juicio Final, como se la conoce, es un grupo de trabajo nombrado por la Casa Blanca. Benton y yo formamos parte de él junto con otros expertos, incluidos Albert Allemand, Tron y, más recientemente, Lucy. El objetivo es que miembros destacados de organismos policiales, del ejército, del mundo de la ciencia y de otras disciplinas ayuden a anticipar y mitigar los peligros más graves para la continuidad de la vida en el planeta.

Las amenazas más peligrosas son las que no alcanzamos a ver: virus, venenos, sustancias químicas, hackeos y demás ciberataques. A lo que hay que añadir la intolerancia y el tipo de desinformación que deriva en violencia, guerras y genocidios. Lo más preocupante en estos momentos es la energía electromagnética, esa que cocina la comida o nos garantiza la cobertura telefónica; también puede usarse como un arma espantosa.

Cualquiera puede agenciarse motores de microondas y diversos tipos de antenas. Desarrollar tu propia arma de rayos de alta energía de radiofrecuencia (RF) sale barato. Las piezas necesarias son legales, y en internet hay tutoriales de sobra al respecto. Históricamente, armas así requerían un vehículo de transporte, pero la tecnología lo empequeñece todo cada vez más y lo hace más manejable.

Con el tiempo, estos sádicos inventos serán inalámbricos y se cargarán igual que un móvil. Se llevarán al cinto como un táser o

cabrán en el bolsillo como un fáser de *Star Trek*. No hemos llegado a eso todavía, cosa que agradezco infinitamente, pero es solo cuestión de tiempo.

—Sospecho que las tripas del sistema de armamento caben en un maletín de tamaño normal, una mochila no muy distinta de estas que llevamos. —Lucy continúa explicando el escenario de pesadilla —. Sé que es posible construir algo así.

La fuente de energía de microondas estaría conectada a una antena de radio, probablemente una de esas direccionales que se ponen en el jardín. La única varilla larga de metal va conectada a una serie de varillas más cortas en una configuración que recuerda al morro de un pez sierra. La antena tipo cañón va dentro de un cono de metal o guía de ondas. El resultado se parece a un trabuco casero, y he visto vídeos de los daños que puede ocasionar.

Pongo al tanto a Lucy y Tron de la bolsa de papel de estraza que he dejado dentro de la furgoneta de Marino. Antes de que se lo pueda pedir, prometen que le encargarán a alguien que la lleve al Smithsonian. Me viene a la cabeza que los dispositivos de vigilancia del Servicio Secreto deben de haber captado mi sugerencia de que llevase las pruebas Fabian.

—Si algo tiene que pasar por manos de especialistas ajenos a vuestros laboratorios o los nuestros, ya nos ocuparemos —explica Tron—. No queremos que lo haga ningún miembro de vuestro personal.

—No tengo ningún inconveniente —respondo—. Es un alivio, la verdad. Prefiero que no salga ninguna filtración más de mi oficina.

—Cualquier cosa para dejar al margen a Maggie la Feroz — conviene Marino.

Tron observa el follaje ocre, las columnas de ladrillo a las que se aferran las enredaderas.

—Hemos visto daños similares en otros lugares donde se han producido ataques, ahora que sabemos qué buscar —dice, más que nada para que lo oiga Marino.

Él no sabe gran cosa acerca de lo que hacemos en la Comisión del Juicio Final, y no le gusta que le recuerden que no puedo contarle todo lo que hago allí. No puedo compartir todos los detalles, y de un tiempo a esta parte ha habido una racha de ataques de microondas en el área de la capital. La mayoría se ha producido cuando miembros de la Casa Blanca u otras figuras clave viajaban en sus coches.

Pero también han recibido descargas algunos representantes del gobierno incluso a través de las paredes de sus residencias particulares. Las víctimas dicen haber sentido un dolor extremo y que la habitación donde se hallaban daba vueltas, además de escuchar extraños chasquidos y otros ruidos. Las luces parpadeaban y se cortaba la corriente. Se formaron arcos eléctricos y el metal se calentó y magnetizó ligeramente.

Las víctimas acaban tiradas en el suelo o sobre el pavimento del parking. Por lo general, lo primero que piensan es que están sufriendo un ictus.

—Y dependiendo de cómo y dónde se produjera el ataque, encontramos plantas marchitas, insectos y pájaros muertos que estaban en la línea de fuego. —Tron sigue explicándole a Marino lo que se ha dado en llamar el síndrome de La Habana.

Los primeros casos conocidos datan de 2016. Personal de las embajadas canadiense y norteamericana oyeron en sus oficinas de

La Habana, Cuba, fuertes estruendos y otros ruidos. Las víctimas sufrieron dolor intenso, mareo y trastornos visuales; en algunos, los daños persistieron.

Las quejas van de leves a graves e incluyen migrañas crónicas, fatiga, pitidos en los oídos, pérdida auditiva, insomnio y deterioro cognitivo. El síndrome de La Habana ya no se considera imaginario ni se achaca a otras causas, como la histeria colectiva. Yo mismo he visto evidencias médicas, imágenes por resonancia magnética que muestran necrosis y cambios en la estructura y la conectividad cerebrales.

Durante décadas los chinos, los rusos y otras naciones, incluida Estados Unidos, han estado desarrollando armas de alta energía dirigida. Las microondas son una clase de onda de radio, y al igual que los rayos X pueden causar graves daños si uno no se protege debidamente. Los disparos de dispositivos así hacen pensar en los ataques con armas de rayos de los ovnis en la ciencia ficción. Su horrendo potencial es lo que dio pie a *La guerra de los mundos* de H. G. Wells, escrita hace más de un siglo.

Era inevitable que la tecnología llegara a ser real algún día y se abriera paso hasta el público en general. Un arma casera de microondas no es algo tan distinto de la fabricación de artefactos explosivos a partir de ollas y tornillería. Es similar a imprimir en 3D una pistola de 9 milímetros. Antes de que te des cuenta, se están fabricando monstruosidades así en la casa de tu vecino. Quizá incluso en tu propio sótano, dependiendo de cómo se entretengan tus hijos y sus amigos.

—Basándonos en la información de inteligencia recogida, creemos que el plan consistía en disparar esas armas de microondas durante

el servicio fúnebre que se iba a celebrar hoy en el cementerio. Los terroristas iban a atacar cuando los objetivos hubieran abandonado la comitiva presidencial —nos informa Lucy sobre la tentativa de magnicidio abortada.

Seguramente, los ejecutores estaban en diversas ubicaciones fuera del cementerio, y planeaban barrer a la concurrencia con ráfagas de intensa energía de microondas. Algo muy parecido a efectuar múltiples disparos al mismo tiempo y esparcir cientos de perdigones. Igual matas a alguien. Igual a algunos solo los hieres, causándoles daños cerebrales permanentes. Pero, sobre todo, aterrorizas al público, y ese es el objetivo.

—Supongo que la gran pregunta es la distancia a la que tenían que estar los objetivos —señala Marino—. Lo bastante lejos para que las posibles víctimas no vieran que les disparaban, supongo.

—No podemos estar seguros —responde Tron—. Los rayos de calor que usan los militares para dispersar muchedumbres suelen tener un alcance de al menos mil metros, unas diez veces la longitud de un campo de fútbol. Pero es difícil precisarlo cuando no sabemos con exactitud a qué nos enfrentamos.

—Depende del sistema de energía, el tamaño de la antena —explica Lucy—. Depende de la ubicación, el tiempo; muchas cosas.

14

Queda menos de una hora de luz natural. Los agentes uniformados del Servicio Secreto llevan MP5 colgadas al pecho y están listos para lo que sea necesario.

Unos investigadores de la unidad científica han desaparecido por el camino de entrada cargados de material. Otros están instalando iluminación auxiliar inalámbrica en la entrada y en varios puntos clave. También están colocando barreras de caballete a franjas naranjas en la carretera más adelante mientras Marino y yo seguimos recibiendo información junto a la furgoneta.

—Los indicios en insectos y plantas, los bichos muertos que has recogido… —me dice Tron—, hay más de lo mismo en la casa, solo que peor. Cuando lleguemos, te lo enseñamos. Pero cuando el responsable de esto se ha presentado en este lugar, su primer objetivo estaba aquí.

Señala las columnas de ladrillo envueltas en enredaderas resecas, los búhos de piedra que miran con los ojos abiertos de par en par.

—Es posible que haya entrado en coche cuando no había nadie por la zona. —Lucy continúa presentando los hechos—. Ha activado el arma y ha disparado contra los pilares y alrededor de estos. Seguramente ha abierto fuego desde la ventanilla del vehículo y luego ha seguido adelante. Con toda probabilidad eran las ráfagas de energía que hemos detectado en torno a las quince cuarenta.

—¿Para qué? ¿Para inutilizar las cámaras de seguridad, si las había? —Marino supervisa el follaje dañado.

—Lo normal es que los dispositivos de vigilancia estén en la entrada —dice Lucy—. El tipo ha desactivado electromagnéticamente cualquier cosa parecida al acceder a la propiedad.

—¿Seguro que era una sola persona? —pregunta Marino.

—Solo se ha detectado un arma —responde Lucy—. Creemos que el tipo se ha presentado aquí solo.

—Pero lo cierto es que no lo sabemos con certeza —señala Tron.

Sospechan que el asesino ha ido hasta la casa, donde no se viera su vehículo desde la calzada. Luego ha lanzado un segundo ataque, esta vez a pie desde el patio detrás de la cocina. Ha estado en la propiedad un total de veinte minutos por lo menos, sin duda no mucho más.

—Bueno, si intentaba freír los dispositivos de vigilancia como las cámaras, eso deja bien a las claras que no sabía gran cosa sobre este lugar —dice Marino, y yo estoy pensando lo mismo—. Cualquiera familiarizado con Chilton Farms o la jueza sabría que la seguridad le trae sin cuidado. No tiene cámaras. Ni siquiera hay luces exteriores que funcionen.

—Conducir hasta la casa es de una audacia increíble —señalo—. ¿Cómo sabía el asaltante que no iba a aparecer alguien por detrás? ¿Cómo sabía que no lo verían al ir ni al volver?

—Quizá era alguien de quien no sospecharían si veían su coche en el sendero de acceso —sugiere Marino, y tengo la sensación de que se refiere al encargado.

—O que el autor es cada vez más agresivo y asume mayores riesgos. —Lucy me mira a los ojos—. Pregúntale a Benton. Te dirá lo

que piensa sobre este cabrón en particular, que irrumpe como un pistolero borracho liándose a tiros y disfruta como un demente. Se ve en los daños causados en plantas, bichos y demás: es ensañamiento.

—Supongo que cualquiera que dispare armas así debe de llevar algún tipo de protección, algo así como una jaula de Faraday, ¿no? —pregunto—. Si no, no hay manera de evitar que las microondas se transmitan al cuerpo si hay contacto con las mismas mientras se dispara.

—Se pueden comprar prendas y tejidos de protección, no son difíciles de localizar, sobre todo si se adquieren al por mayor —dice Tron—. De momento no hemos detectado esa clase de transacciones, y siempre las estamos buscando.

—Estos malnacidos son cautelosos y rápidos —asegura Lucy—. Dudo que vayan por ahí con una engorrosa cota de malla o con monos de tejido metalizado de esos que llevan los que trabajaban en cosas como líneas de alta tensión. Sería difícil ponerse y quitarse rápido ese tipo de ropa, y llamarían la atención.

—¿Qué ocurre si disparas algo así? ¿Se oye o se ve algo? —Marino deja entrever un asomo de pánico.

—No se oyen ni se ven las microondas en sí cuando van por el aire —responde Lucy—. Puede que se oiga el mecanismo del dispositivo si estás muy cerca, dependiendo de la fuente de energía.

—Quizá veas vapor al marchitarse el follaje ante tus ojos —describe Tron—. Y verías sus efectos sobre la fauna, claro.

Es una forma comedida de decirlo: sé perfectamente lo que ocurre.

—Las ráfagas rápidas de energía, en esencia, cuecen las cosas del mismo modo que un microondas —le aclaro a Marino el desagradable detalle.

—Vaya forma tan chunga de morir. —Tuerce el gesto.

—No hay muchas buenas —repongo, y les pregunto a Lucy y Tron cuándo han venido con las bicis. Intento averiguar quién ha llegado aquí y a qué hora, porque cada vez me suscita más sospechas el papel de mi sobrina.

—Los primeros en llegar han sido nuestros tres agentes de paisano —responde Lucy—. Los que están en la casa eran los refuerzos que han venido después.

—¿Cuándo ha sido eso? —vuelvo a preguntar.

—Hemos llegado hace poco más de tres horas y media —precisa Lucy—. A las 16.20, para ser exactos. Las horas, ubicaciones y demás están documentadas, claro.

—Para eso son todos los divertidos artilugios que llevamos puestos o cargamos de aquí para allá. —Tron indica las gafas deportivas con sistema de visualización frontal y el anillo inteligente como ejemplos —. No podríamos mentir sobre nuestro paradero; queda todo registrado informáticamente.

—¿A qué hora ha llegado el encargado de la finca? —pregunta Marino—. Supongo que el cadáver lo ha encontrado él.

—Pues no. Lo hemos encontrado Tron y yo, pero no hemos accedido a la propiedad solas, ni una sola vez. Y como decíamos, todo está documentado —explica Lucy—. No hemos hecho nada que pueda volverse en nuestra contra.

Han llegado a Chilton Farms antes de que encontraran el cadáver de Rachael, antes de que se supiera de su fallecimiento.

Ha sido mucho antes de que empezara a llover. El motivo de que mi sobrina y su compañera investigadora no parezcan haber estado bajo la tormenta es que, efectivamente, no han estado bajo la tormenta. Para entonces, se encontraban dentro de la casa de la plantación, con el cadáver en la cocina y dondequiera que hayan considerado apropiado registrar.

Mientras me cuentan lo que han estado haciendo, detecto un característico zumbido agudo cada vez más intenso sobre nuestras cabezas. Levanto la vista hacia el dron que sobrevuela los árboles como un gigantesco insecto robótico de seis patas. Silueteado en negro contra el sol poniente, lleva cámaras con soporte giratorio entre otras tecnologías, incluidos dispositivos ultrasónicos en miniatura, lo que explica el silencio que reina en Chilton Farms.

—Hay unos pequeños dispositivos repelentes en los drones —explica Lucy—. Y también hemos colocado esos mismos dispositivos en puntos concretos de la propiedad.

Las ondas ultrasónicas transmitidas mantienen alejadas a las pequeñas criaturas de manera incruenta, y la principal preocupación son las rapaces como águilas y halcones. Lucy no quiere que se lancen en picado y atrapen los drones al vuelo. Es malo para las aeronaves autónomas y malo para cualquier animal que se acerque demasiado a las hélices en movimiento —podría acabar herida o muerta—.

—Es una pena que esos chismes no funcionen con los mosquitos —comenta Marino en tono sarcástico.

—En realidad, las ondas ultrasónicas pueden hacer que resulten más molestos aún —le dice Tron—. Todo tiene sus desventajas.

—Tenemos drones en diversas ubicaciones monitorizando a los alborotadores y demás posibles amenazas —explica Lucy en el momento en que veo que el dron ejecuta un cambio de sentido y sobrevuela las copas de los árboles en dirección a la puesta de sol—. Asimismo, hemos estado registrando el bosque entre aquí y el río.

—¿Quién creéis que era el verdadero objetivo? —Marino observa a la policía, la actividad al pie del sendero de acceso.

—Creemos que el objetivo era Rachael —asegura Tron, aunque Marino apenas la escucha.

Se muere de ganas de ayudar a los polis con los preparativos, de darle a la lengua, de ser uno de ellos. De hecho, detesta que sea Lucy quien le ponga al corriente de todo. A su modo de ver, es una inversión de papeles intolerable. Abre la puerta delantera del lado del acompañante de la furgoneta y recoge la bolsa roja de residuos biológicos, que estaba anudada donde la dejó.

—¿Cómo ha reaccionado Fruge a que hayáis aparecido para haceros cargo? —Coge el rollo de papel higiénico.

—Ha seguido nuestras instrucciones —contesta Lucy—. Ha dado parte a vuestras oficinas y a vosotros personalmente. Ha hecho como que escuchaba las chorradas de Maggie. Tu secretaria se cree que tiene a Fruge acobardada, pero no es así. Fruge está haciendo lo que le hemos pedido.

—Me alegro, porque casi la había tachado de mi lista de regalos de Navidad. —Marino va hacia la parte de atrás de la furgoneta—. Pero empieza a tener sentido. Suponía que los federales la estarían mangoneando, y estaba en lo cierto. Ella no tiene la culpa.

Lo alivia y le agrada que Fruge no le esté faltando al respeto. Deja la bolsa de desechos y el papel higiénico en la trasera de la furgoneta y luego cierra la puerta y la bloquea.

—¿Cómo va a funcionar el asunto a partir de ahora? —Quiero saberlo—. No puedo tener a varios grupos de diferentes organismos dándome la lata a todas horas. Y lo que estoy a punto de hacer no es un deporte de exhibición.

—Tratarás directamente con Lucy y conmigo. También con Benton y algunos otros, claro —responde Tron.

Una camioneta blanca sin distintivos aparca delante de los coches de policía. Se abren las puertas y bajan seis agentes del Servicio Secreto con ropa de faena negra que lleva el nombre de UNIDAD CIENTÍFICA estampado en amarillo en la espalda. Dentro de poco también habrá agentes del FBI por todas partes, según nos dicen.

—Ya sabéis, equilibrio de poderes —añade Tron—. Y cuando se trata de terrorismo, el FBI tiene que estar involucrado.

—Recoge todas las pruebas que necesites. —Lucy me mira fijamente con sus ojos verde intenso—. Nosotros lo hemos hecho y vamos a seguir haciéndolo. Porque una vez vayan a parar a los laboratorios del FBI o donde sea, pierdes el control.

Llega otro Tahoe blanco con otro guía canino del Servicio Secreto, y me suena de algo. Es posible que lo haya visto en un vídeo de entrenamiento. Estoy casi segura de que era el que llevaba el traje de protección, perseguido por un perro del Servicio Secreto. Cruza la calle con un juguete de cuerda y el pastor malinois de tono pardo atado.

—Más vale que vaya a ver a las tropas —decide Tron—. Tengo que llevar a algunos a la casa para que se familiaricen con el terreno.

Coge la bici y va empujándola hasta donde están congregados sus colegas. Saluda a los agentes y le dice algo al guía canino. El perro muerde la cuerda, desesperado por jugar, lo que me recuerda a Marino y su ardorosa necesidad de que lo pongan a prueba.

—Algún día voy a agenciarme otro. —Marino no puede dejar de mirar—. Es posible que lo llame Quincy. No veo razón para no usar el mismo nombre de perro, siempre y cuando no sea a la vez.

—¿Por qué no te adelantas? —le sugiero—. Nos vemos allí enseguida.

—Buena idea. Voy a ver qué se cuentan —dice—. Te busco equipo de protección personal, unos cubrezapatos decentes. —Procura mostrarse más considerado.

Agarra las asas extensibles de los dos maletines grandes de equipo forense y se apresura detrás de Tron y sus colegas. Los maletines rígidos ruedan con estrépito detrás de Marino, que tira de ellos con gesto incómodo. Las gruesas ruedecitas de plástico van por libre; chocan y oscilan, se traban entre los viejos adoquines.

—¡Maldita sea!

Uno de los maletines se gira con un topetazo sordo, y Marino lo endereza.

—¡Joder!

Vuelve a pasar, los dos maletines a la vez. Lanzando una sarta de blasfemias, sigue llevándolos como si nada. Cada uno debe de pesar al menos quince kilos. Echa a trotar y alcanza a los demás.

—Es posible que tenga una solución parcial a tu problema de vestuario, tía Kay. —Lucy nunca me llama así en presencia de sus colegas.

Baja la cremallera de un compartimento de la mochila y saca unas deportivas con unos calcetines enrollados dentro.

—Son para cuando me veo atrapada en alguna parte y no quiero llevar el calzado que uso con la bici —explica—. O por si se me moja.

Por suerte, solo tiene los pies un poquito más grandes que los míos. Sentada en un estribo de la furgoneta de Marino, empiezo a ponerme los calcetines y las zapatillas.

—No hay electricidad en la casa de Annie, lo que significa que no hay aire acondicionado ni nada más.

—Qué contrariedad —respondo—. Pero no me sorprende, si alguien va por ahí disparando con un arma de microondas.

—Hemos traído generadores portátiles e instalado iluminación auxiliar dentro de la casa. Yo misma lo he hecho —confiesa.

—Annie no puede quedarse aquí, por todas las razones imaginables —le digo.

Lucy se echa la mochila a la espalda y enfilamos el sendero de acceso.

—Benton y yo creemos que puede quedarse con nosotros esta noche, quizá unos días —sugiere.

Eso mismo he estado pensando yo mientras me preocupaba por mi vieja amiga. En nuestra casa estará a salvo, explica Lucy mientras sorteamos adoquines resbaladizos y rotos.

—Hay gente muy peligrosa por ahí que querría hacerle daño. Y otros tantos que querrían hacértelo a ti, tía Kay. —Mi sobrina sigue advirtiéndome sobre los peligros.

Las sombras se alargan al tiempo que caminamos al son del piñoneo susurrante de las ruedas de la bicicleta al girar. Le envío a

Annie un mensaje de texto con la invitación, y me viene a la cabeza el encargado que ella conoce desde siempre. Le digo a Lucy que necesitamos el ADN de Holt Willard para poder excluirlo como sospechoso.

—Aunque no haya tocado el cadáver, tiene acceso a la propiedad —explico—. Su ADN debe de estar por todas partes.

—Ya lo hemos hecho —responde—. Ha llegado a las cinco en punto, justo cuando había quedado con Rachael. Para entonces estaba muerta, evidentemente, y llevábamos aquí un rato. Uno de los agentes lo ha interceptado a la entrada. Holt Willard no ha entrado en la casa en ningún momento.

—¿Tenía alguna idea de lo que sucedía?

—Entonces, no. Pero se ha dado cuenta de que pasaba algo muy grave —dice en el instante en que un agente de la unidad científica del Servicio Secreto aparece a la vuelta de una curva, caminando a paso ligero hacia nosotras.

15

Es mayor y de aspecto curtido, con el pelo entrecano al rape, y lleva un hexacóptero negro de aspecto táctico. No sé si es el mismo dron que ha pasado volando antes, pero podría serlo.

—¿Todo bien? —Lucy deja de empujar la bicicleta.

—No ha habido suerte con el lanzamiento —dice el agente del Servicio Secreto.

—Vaya, qué pena. —Inspecciona el dispositivo averiado.

—El motor ha empezado a girar a distintas velocidades, y no respondía a las indicaciones del stick derecho.

—Parece que el controlador de vuelo Pixhawk vuelve a dar problemas —decide Lucy, y el agente sigue su camino acunando el dron como si se tratara de un ave herida.

—Deberíamos tener al menos cuatro de estos en el aire —me explica Lucy—. Eso explica que solo esté viendo la retransmisión en directo desde tres.

Como no veo drones volando por ninguna parte en estos momentos, recuerdo que lleva las gafas deportivas con inteligencia artificial, los cristales más claros ahora que hay menos luces en el sendero de acceso. La información en la pantalla de visualización incluye imágenes de drones que no se ven desde aquí, y reanudamos la marcha.

Me dice que no ha sido posible desplegar los drones hasta que ha escampado. El Servicio Secreto los está usando para el reconocimiento aéreo de Chilton Farms, Raven Landing y también para mantener vigilados a los alborotadores reunidos en el aparcamiento de una iglesia no muy lejos del hotel Marriott de Old Town, donde hacen noche los miembros del jurado.

—Las cámaras de los drones pueden obtener primeros planos de muchas cosas, como matrículas, por ejemplo. —Rodea con la bici un charco de color verde amarillento debido al polen—. En algunos casos podemos efectuar reconocimientos faciales.

—Cuando habéis estado con el encargado —vuelvo sobre el asunto—, ¿ha mencionado algo importante? ¿Había notado algo fuera de lo normal por aquí últimamente?

—No parecía tener idea de nada —dice Lucy—. Estaba muy afectado y no dejaba de llorar. Tron y yo lo hemos metido en una de nuestras furgonetas, hemos hablado con él un instante y le hemos dicho que podía irse a casa. Es imposible que tenga nada que ver con esto, a menos que esté implicado con los responsables. Terroristas domésticos, en otras palabras.

—Con lo bien que conoce Holt Willard este lugar, debe de haberse fijado en los daños en la entrada igual que vosotras —respondo—. Aunque no se le permitiera acceder a la propiedad, habrá visto algunas de las cosas raras que nosotros hemos visto también.

—No lo ha mencionado, y nosotras, tampoco.

—¿Qué motivo tenía para haber quedado con Rachael? ¿Y podía probar que, en efecto, habían quedado?

—Se había fundido una bombilla en la despensa —dice Lucy—. Hace falta una escalera para cambiarla.

Había prometido ocuparse. Les ha enseñado a Lucy y Tron los mensajes de texto que había cruzado con Rachael desde esta mañana temprano, cuando ella le ha informado del problema. Le ha dicho que fuera a la casa a las «5 en punto» y que no estuviera mucho rato porque ella tenía un «montonazo de trabajo».

—No era muy dada a decir «por favor» y «gracias» —añade Lucy —. Ya lo vi en persona cuando nos encontramos con ella en la licorería, como recordarás.

—Holt Willard ha venido a las cinco tal como había prometido, cuando Rachael ya estaba muerta —respondo—. Pero lo que me pregunto es: ¿y antes? ¿Ha estado en la propiedad a lo largo del día? ¿Mientras ella se encontraba aquí trabajando, supuestamente?

—Rachael no quería que estuviera por aquí porque no quería que la molestaran —me explica Lucy—. Necesitaba silencio e intimidad. Eso es lo que dice. Y según él no era la primera vez que hacía eso de decirle que no viniera a la propiedad. Le tenía prohibido acercarse porque estaba teletrabajando.

—O eso decía, pero me pregunto si era la verdadera razón de que quisiera quedarse en casa. —Pienso en Flagler—. ¿Ha mencionado Holt con qué frecuencia ocurría esto desde que Rachael vino a vivir con Annie?

—Era más frecuente al principio, quizá una vez por semana. Últimamente, no tanto.

—A ver si lo adivino: no tanto desde que empezó el juicio de Hooke —contesto—. Si Flagler venía a verla en secreto, dudo que haya podido seguir con sus visitas estas últimas semanas con lo ocupado que está. ¿Por qué se habrá quedado Rachael en casa hoy? ¿Cuál sería el motivo real?

—El encargado nos ha dicho que le preocupaba que hubiera retenciones en carretera por el puente festivo —observa Lucy—. Es lo esencial de los mensajes de texto que nos ha enseñado.

—Es imposible que se quedara para verse con Flagler —repongo —. Debía de saber que estaría ocupado en el tribunal todo el día con el mundo entero siguiéndolo por televisión.

Me estaba atosigando en el estrado en el preciso instante en el que los que han venido con el arma de microondas acechaban Chilton Farms.

—A menos que Bose Flagler sea capaz de estar en dos lugares al mismo tiempo, no estaba aquí —añado bajo los viejos robles que se arquean sobre el sendero de acceso como el techo abovedado de una catedral.

El sol refulge intensamente tras las altas chimeneas; en los buenos tiempos, el follaje no cubría tanto la propiedad. A Lucy le resbala el sudor por la cara mientras empuja la bicicleta. Sigue haciendo cerca de treinta grados, pero se está levantando aire.

—Evidentemente, no habéis llamado a Emergencias ni a la policía —supongo.

—Pues no —dice.

—¿Cómo se ha enterado Fruge?

—La he llamado.

—Y no hay la menor duda de que es el cadáver de Rachael Stanwyck el que está ahí en el suelo, ¿no? —pregunto.

—En absoluto.

—¿Quién ha comprobado que estaba muerta? —Voy a lo que me preocupa.

—Yo misma —dice Lucy—; llevaba guantes y mascarilla. Resultaba evidente que estaba muerta. No tenía pulso. No respiraba, tenía las pupilas fijas y dilatadas.

Mientras explica lo que ha hecho y lo que no, la trato con la misma objetividad que a cualquier colega con experiencia en escenarios de crímenes y en torno a cadáveres. La diferencia es que mi sobrina sabe más que la mayoría. Cuando me acompañaba de más joven, sus excursiones incluían pasar el rato en mis oficinas, donde la dejaba durante horas en la biblioteca. Los tomos médicos y científicos solo la entretenían un rato.

Inevitablemente, Lucy se ponía a mirar cosas que no debía, como tutoriales en vídeo de autopsias y expedientes de casos que todavía estaban por introducir en el sistema informático. Acompañaba a Marino cuando él todavía era inspector de la policía de Richmond, y disfrutaba de lo lindo. Veía más cosas que la mayoría de los de su edad.

—He visto el cadáver por la ventana de la cocina —dice Lucy—. Unos minutos después estaba junto a ella, y no llevaba mucho rato muerta. Nos hemos hecho una buena idea gracias a lo que detectaban nuestros analizadores de señales durante ese intervalo entre las 15.40 y las 16.00.

—No creo que sea difícil determinar la hora de la muerte en este caso —respondo—. Lo que va a ser complicado es todo lo demás.

Tomamos otra curva y aparece ante nosotras la casa principal de la plantación, de dos plantas y en forma de caja; un perfecto ejemplo de simetría georgiana con su empinado tejado de tejas de pizarra. Las chimeneas son desproporcionadamente altas, igual que

antaño, y recuerdo mis primeras visitas, cuando la finca de Annie me parecía tan grandiosa.

Ahora está vieja y descuidada, camino de la ruina. Las hojas de hiedra cubren la fachada de ladrillo cual lustrosas escamas verdes hasta las ventanas de la buhardilla, amenazando con adueñarse algún día del tejado. Las raíces invasoras han agrietado el ladrillo y la argamasa. Si alguien las arrancara, creo que se desintegraría la casa. Como tantas otras cosas, la infestación se ha desmadrado porque Annie no toma medidas.

El único coche aparcado delante es el Mercedes-AMG GT rojo de Rachael; el elegante deportivo está acordonado con cinta de color amarillo intenso anudada a unos conos de tráfico. Cerca, unos agentes de la científica del Servicio Secreto han montado una carpa. Están ocupados abriendo maletines rígidos y bolsos de material de los que sacan equipos de protección personal, señalizadores de pruebas e instrumental forense para cuando se les permita acceder a la casa.

Eso no será hasta que el cadáver vaya camino de nuestras oficinas y Marino y yo hayamos acabado de recoger pruebas. Me detengo junto al deportivo acordonado, salpicado de gotas de lluvia y rociado de hojas y pétalos de flores. Me agacho para mirar por una ventanilla la tapicería de cuero negro con costuras en forma de diamante en rojo. No parece que Rachael limpiara a fondo el vehículo con asiduidad.

Veo tierra, restos de plantas, migas de comida en la alfombrilla frente al asiento del conductor. Más migas en la consola y el asiento del acompañante, como si comprara por rutina comida para llevar y comiera en el coche. En el ángulo superior izquierdo del parabrisas

hay restos de adhesivo, seguro que de un permiso de estacionamiento desenganchado, quizá de la sede de la CIA en Langley.

Yo diría que no solo ha entrado en el coche el Servicio Secreto para revisar los componentes electrónicos y quién sabe qué más. Miro alrededor con la incómoda sensación de que me espían.

—Ya hemos revisado el GPS —me dice Lucy—. La última vez que alguien introdujo un destino fue este sábado pasado, el 25 de junio. Cerca de las siete de la tarde, Rachael o alguien quería indicaciones para llegar a una dirección de la ciudad de Washington, con la que tú, Benton y yo estamos más que familiarizados.

Condujeron el Mercedes hasta el antiguo astillero naval a unos doce kilómetros de aquí, dependiendo de la ruta. El coche de Rachael estuvo aparcado hasta medianoche en Mollie's Underground, un local frecuentado por la comunidad de inteligencia y miembros de alto rango del ejército. Más parecido a una sociedad secreta que a un bar-asador, está ubicado en el interior de una antigua fundición reconvertida de la guerra de Secesión, con un molino de agua y cañones inutilizados.

Conocido por su comida y sus cócteles, el Underground celebra animadas competiciones de karaoke que incluyen la participación de imitadores, dependiendo de quién dé un concierto en la zona. Hace no mucho fue Paula Abdul, y antes, Cyndi Lauper; nunca se sabe quién puede salir al escenario y coger el micro.

Benton y yo vamos a comer o a cenar después de las reuniones en el Pentágono. Cuando es posible, quedamos con Mollie, de apellido Gunner. Es decir, la esposa de Jake, el general de cuatro estrellas al mando de las Fuerzas Espaciales de Estados Unidos.

Benton y yo trabajamos con él en la Comisión del Juicio Final. Nos hemos hecho amigos los cuatro.

—No me sorprende que Rachael fuera cliente —le comento a Lucy cuando nos alejamos del Mercedes—. Lo frecuenta mucha gente de la CIA. La cuestión es con quién había quedado. O quién podía acompañarla en el coche.

Blaise Fruge y dos agentes uniformados de la policía de Alexandria esperan delante de la carpa, y le pido a Lucy que me deje un momento.

—Estoy ahí mismo. —Le explico que tengo que hablar con la inspectora a solas.

Fruge tiene los ojos ocultos tras unas Ray-Ban similares a las que lleva Marino, y viste pantalones cargo y un polo, con el pelo moreno corto. Desde la última vez que la vi, se ha musculado en el gimnasio con él como entrenador. Tiene un aspecto mucho más formidable de como sospecho que se siente en estos momentos.

—¿Qué tal va, jefa? —Me saluda sin sonreír, y los dos agentes que la acompañan se alejan para darnos un poco de intimidad.

—Las cosas están complicadas, como sin duda estás viendo —digo, reflejada en sus gafas de espejo—. Me da la sensación de que has tenido un día tan extraño e impredecible como el mío, y agradezco que te hayas ido adaptando sobre la marcha.

—Ya sabes que estoy aquí para ayudar, si puedo hacer algo —dice —. Da igual que ya no sea una investigación de la policía de Alexandria. Es jodido que la primera vez que me ocupo de algo así me den de lado.

—No es eso lo que ha ocurrido, y no tiene nada que ver contigo.

—Lo que digo es que estoy aquí —contesta—. Si tú y Marino necesitáis algo, basta con que lo pidáis.

—Ya estás haciendo más que de sobra. —Salta a la vista que le complace que se lo diga—. Marino y yo te agradecemos que nos hayas avisado. Gracias.

—Maggie ha pensado que ella y el doctor Reddy podían mangonearme, y creo que se han llevado su merecido. —Fruge se quita las gafas al bajar las defensas—. Se ha hecho cargo el Servicio Secreto, y tu secretaria no lo sabía. Aunque no le habría hecho caso de ninguna manera cuando me ha dicho a bocajarro que os impidiera a ti y a Marino el acceso a la escena del crimen.

—Tiene su parte buena y su parte mala saber que Maggie te lo ha dicho en lugar de limitarse a amenazar con ello —respondo.

—Me lo ha dicho, desde luego —asegura Fruge—. Y cierta gente está al tanto, digámoslo así.

Tiene una amiga. Si conoces a Fruge desde hace tiempo, verás que tiene muchos amigos, y que es bastante fisgona. Me cuenta que a esa amiga en particular la conoció cuando era niña en Richmond. Se llama Echo, y ahora es jefa de cocina en la mansión del gobernador. Ha preparado la cena esta noche: solomillo Wellington y espárragos para seis.

—Uno de los invitados del gobernador Dare era Elvin Reddy. Con eso te lo digo todo. —Fruge se coloca las gafas encima de la frente —. El resto no hace falta que lo sepas.

—¿El resto de qué?

Ha vuelto Lucy con una caja de plástico negra del tamaño de una caja de aparejos de pesca normal.

—La típica historia de lo gilipollas que son Elvin Reddy y Maggie —responde Fruge, y a mi secretaria la horrorizaría oírla.

—Y que lo digas —comenta Lucy—. Pero, hablando de un asunto más importante, los manifestantes están saliendo en caravana del aparcamiento de la iglesia en este mismo instante. Dieciocho vehículos de momento, al menos cincuenta personas presuntamente armadas y peligrosas. Algunos ondean banderas confederadas por las ventanillas.

El movimiento Justicia para April se ha metamorfoseado en algo más grande y peor, explica Lucy. Las autoridades no esperan que esta gente se comporte. Deberían llegar al primer control poco después de anochecer.

—Vaya mierda —dice Fruge—. Ya sabía yo que cuando el juicio de Hooke se trasladó aquí, venía a remolque un puñetero caballo de Troya hasta nuestro jardín trasero. Me opuse de plano. ¿Por qué no eligieron algún otro sitio como Roanoke, Charlottesville o incluso Richmond? ¿Por qué aquí arriba donde el tráfico ya es una pesadilla? ¿Por qué atraer a gente así tan cerca de Washington? Porque, en mi opinión, es una tontería. Aunque tampoco es que le importara a nadie mi opinión.

—Lo que te agradecería es que tú y tus agentes ayudéis a proteger el perímetro —le dice Lucy en un tono reservado a amigos y camaradas—. Aquí ya lo tenemos todo listo. Igual podéis hacer de refuerzo de los agentes en la entrada. Eso vendría muy bien. Cuantos más, mejor.

Está expresando de la manera más respetuosa que aprecia a Fruge y sus agentes. Agradece su ayuda, pero tienen que largarse de una vez. Fruge calla y se limita a asentir. Parece encantada de

hacer algo de utilidad. Lucy y yo protegemos los móviles con fundas antimicrobios y nos ponemos guantes.

—¿Qué le has enseñado? —pregunto cuando Fruge ya no puede oírnos.

—Lo mismo que estoy a punto de enseñarte a ti, solo que ella no tiene ni idea de lo que significa —responde Lucy—. Para lo que a ella le interesa, he señalado que creemos que alguien estaba apostado entre la maleza. Pero no he entrado en lo de las plantas y los bichos muertos. Ella y los demás polis creen que eso ha sido cosa de la tormenta.

—¿Qué creen que ha pasado aquí? ¿Qué opinión tiene Fruge en particular acerca de lo que le ha ocurrido a Rachael Stanwyck?

—Que había alguien escondido, y quizá le ha hecho abrir la puerta. Seguramente el asesino era alguien conocido, alguien que la acechaba. Quizá incluso el marido del que estaba separada. Y después de los hechos, esa persona ha manipulado la escena del crimen para hacernos creer que ha sido un intento de agresión sexual o de robo, o ambas cosas.

Tengo cuidado de dónde piso al seguir el camino de losas, resbaladizo cuando está mojado, que lleva hasta la parte trasera de la casa, dejando el denso bosque a nuestra izquierda. Lucy y yo nos ponemos las mascarillas.

—Es una historia bastante buena —respondo—. ¿En qué se basa, exactamente?

—Fruge y sus colegas miraban por la ventana de la cocina y han malinterpretado las pruebas. No es de extrañar —dice Lucy—. Ahora vas a ver el porqué. A primera vista, lo que creen parecería ser lo

más lógico, porque no están al tanto de lo del arma de microondas. No tienen ni la menor idea.

16

Cuando llegamos a la parte de atrás de la casa, la luna es un semicírculo en el cielo azul cada vez más oscuro. El viento mece los árboles sin hacer ruido mientras pasamos por debajo de la cinta de la escena del crimen que acordona lo que queda del jardín geométrico.

El sendero discurre entre rosales rosas y rojos, lirios, lavandas, hortensias azules y demás vegetación en flor, toda ella en sombra. La espaldera está desbordada de fragantes glicinas y jazmines cerca de una mesa de piedra manchada y picada. El canapé de teca de dos asientos ha adquirido el tono gris plateado de la ceniza.

Annie y yo hemos estado ahí sentadas unas cuantas veces desde que regresé a Virginia. Hemos tenido conversaciones sobre casos mientras contemplábamos su ecléctica colección de cajas nido. Ella me decía los nombres apropiados de todas las criaturas aladas que se posaban en los comederos o en las budelias.

Ahora no le encuentro nada mágico al lugar. Noto el corazón pesado y cada vez más duro; la devastación entre donde me encuentro y la puerta de atrás es dolorosa y exasperante. Me viene a la cabeza con un destello la palabra «monstruo», y a medida que voy viendo más de estos estragos, más me indigno. Han arrasado con furia asesina el jardín de Annie, y me da pavor imaginar el momento en que lo vea así.

Pero no hay ninguna imagen deprimente que no vaya a quedar registrada. Vendrán más cuando me ocupe del cadáver de su hermana aquí, en el lugar de los hechos, y luego durante la autopsia. Inevitablemente, Annie será testigo de todo. Así funcionan las causas penales, y ahora su vida personal forma parte de una de ellas.

Lucy abre con un chasquido los cierres de su pequeño maletín forense, del que saca unas pinzas de plástico y una regla para usar como escala en las fotografías. Tomo muestras de follaje marchito. Recojo más insectos y pájaros, aunque no espero que Albert Allemand, en el Smithsonian, descubra nada distinto gracias a estos especímenes adicionales.

Seguro que no tienen nada más que aportar que los que he encontrado a la entrada. Pero si no recojo muestras de donde ocurrió el ataque fatal, algún abogado me hará pasar un mal rato. Me acerco a una de mis cajas nido preferidas, hecha de madera reciclada y pintada de colores brillantes, en lo alto de un poste de teca cuadrado.

Me sobreviene una sensación de pavor al aproximarme al diminuto porche delantero rojo con dos sillitas de jardín azules de tamaño pájaro. Debajo del agujero con su percha hay una alegre puertita roja, que abro con el dedo enguantado. Lo que hay dentro me entristece, aunque no me sorprende: espero que haya sido rápido. Siempre pienso lo mismo, ya sean personas o carboneros.

Cuando las microondas bombardeaban el jardín trasero, no había protección alguna en comedores o hábitats de materiales no metálicos como plástico y madera. Pero al menos algunos vecinos sí han tenido una oportunidad. Cerca de un macizo de laureles de

montaña hay un enclave de pajareras de cobre sobre postes también de cobre de diversas alturas. Los hoteles, como los llama Annie, están deslustrados como peniques viejos, con tejados puntiagudos y caprichosos adornos.

Los revestimientos de metal deben de haber hecho las veces de jaula de Faraday, desviando la radiación de microondas. Me pongo de puntillas para mirar por los agujeros y veo destellos en movimiento de algo color índigo que aletea, vivaces ojos oscuros y brillantes picos negros. Mi ánimo mejora considerablemente.

—¿Dónde estabais durante el aguacero? —le pregunto a Lucy.

—En la cocina.

Me sigue con el maletín forense y el móvil preparado. Inclinada cerca de mí, toma fotografías con una mano mientras voy de aquí para allá, colocando la regla de plástico junto a lo que me dispongo a recoger. Sin escala, es imposible saber qué tamaño tiene algo o qué distancia hay entre diferentes objetos.

—Por desgracia, ha empezado a llover mientras estábamos dentro de la casa, justo cuando examinaba el cadáver —dice Lucy—. Entonces no habíamos visto los daños que había aquí.

No ha hecho falta que ella reparara en lo que sigue siendo evidente a pesar del chaparrón. Las flores y las hojas están marchitas y marrones debido a la descarga del arma de microondas que las ha atravesado. Localizo el punto de origen detrás de un alto seto de boj. Es ahí donde Lucy cree que estaba apostado el asaltante como un francotirador con rifle, a la espera de que su objetivo estuviera a la vista.

—Tiene que haber pasado aquí al menos unos minutos buscando el lugar idóneo —dice—. A no ser que conociera el terreno de

antemano. Tanto si estaba familiarizado con la zona como si no, ha tenido que prepararse antes. Ha tenido que ponerse ropa o material de protección, suponiendo que se haya tomado esa molestia. Ha tenido que conectar el arma. Ha tenido que esperar a estar seguro de dónde se encontraba la víctima.

—¿Cómo sabía el asesino que Rachael iría a la cocina? —Sigo recogiendo pobres criaturas que meto en cajitas blancas en la bolsa de papel—. A menos que supiera que iba a ocurrir tal cosa, podría haberse quedado aquí esperando durante mucho tiempo.

—Esa es la pieza del puzle que falta —señala Lucy—. Por algún motivo ha decidido que este era el punto adecuado. Se ha apostado detrás del seto a la espera de que ella apareciera en la ventana que hay frente al fregadero. Ha apretado el gatillo, disparando ráfagas rápidas como una metralleta.

Las descargas de las potentes ondas de energía han seguido una línea recta a través de las ramas de los árboles y demás follaje. La ringlera de destrucción ha ido ensanchándose cuanto más se alejaba del arma que la disparaba, hasta llegar a la ventana de la cocina, donde la hiedra que la rodea está marchita y ocre. Las microondas han atravesado sin problema las seis hojas de viejo cristal ondulado, y es una pena que no hubiera una malla metálica.

Annie las tiene solo en unas cuantas ventanas. De haberla tenido en esta, es posible que Rachael hubiera podido ponerse a cubierto antes de debilitarse y morir. Lucy me muestra la zona hollada detrás del seto donde cree que ha estado agazapado el asesino, y supongo que vestía algo que se confundiera con la espesura, como camuflaje. Veo las ramas rotas, la maleza aplastada donde ha permanecido a la espera con su rayo anarquista de la muerte.

De aquí a la cocina hay quizá treinta metros. Si el alcance del arma es considerablemente mayor, como ha sugerido Tron, entonces Rachael fue irradiada por un rayo concentrado. Me pregunto si repararía en algo extraño antes de experimentar un dolor punzante y caer al suelo.

—Hemos recogido muestras de vegetación con las que ha debido de rozarse ese cabrón —dice Lucy, y percibo la intensa hostilidad que esconde su aire sereno.

Detesta al autor, sea quien sea. Cuando la gente alcanza cierto nivel de crueldad, Lucy llega a tomárselo como algo personal, igual que le sucede a Marino. La única diferencia estriba en que mi sobrina es más discreta, lo gestiona con más elegancia. No enseña las cartas que lleva en el terreno emocional. Pero intuyo lo que le ocurre, y yo no albergo inclinaciones más caritativas.

—No creo que tengamos mucha suerte con el ADN —dice—. Seguramente no será la bala de plata que permita esclarecer el caso, porque dudo que Rachael y el asesino tuvieran contacto físico. Dudo que ese criminal tocara nada salvo el exterior de la casa.

—Aunque no hubiera llovido, el ADN sería una posibilidad remota —convengo—. A menos que se haya hecho alguna herida y dejado sangre o células epiteliales que no se hayan disuelto.

Hay un caminito de pizarra que lleva hasta la puerta de la cocina. A la derecha, la ventana de seis cristales despide un brillo acogedor por efecto de las luces auxiliares que ha dispuesto Lucy dentro.

—¿Y has hecho todo lo necesario aquí? —pregunto antes de acercarme más—. Porque es posible que el asesino haya mirado por

la ventana. Quizá quisiese ver su «obra».

—Hemos buscado huellas dactilares y ADN —dice mientras me cambio los guantes; guardo los sucios en un bolsillo de la falda y me pongo unos nuevos y otra mascarilla.

—Dudo que se haya acercado tanto. Corría el riesgo de que Rachael lo viera en el caso de que siguiera consciente —observa Lucy.

Con cuidado de no rozar las parras espinosas cerca de la ventana, huelo el delicado perfume de las rosas trepadoras rojas al tiempo que miro por el cristal. Rachael está ovillada sobre el costado izquierdo entre el fregadero y la puerta que da al jardín. Va vestida con chándal beis, calcetines y deportivas.

Su ropa parece intacta, pero veo unas joyas dispersas por el suelo de mármol rojo y blanco: pendientes, un collar que parece abierto o roto, un anillo. Entiendo a qué se refiere Lucy con que sería fácil interpretar erróneamente la escena.

—¿Está todo igual que cuando habéis llegado? —pregunto.

—No he tocado nada aparte de lo que ya te he dicho. Y hemos hecho fotos y vídeos. —Su voz suena a mi espalda mientras observo por la ventana—. Es desconcertante, ¿verdad?

—Mucho.

—No me extraña que Fruge y los polis crean que parece un allanamiento que se ha torcido.

—Y lo ha sido. Solo que el autor era invisible. —Me retiro de la ventana.

Regreso al sendero y me paro delante de la puerta de la cocina, de madera maciza y pintada de blanco. Tiene un pomo de cristal de la época victoriana que Annie considera «de mercadillo».

—¿Estaba cerrado con llave cuando habéis llegado? —indago.

—Cerrado.

—¿Y la puerta principal?

—También —dice cuando volvemos por el jardín—. Hemos tenido que forzarla.

—Y la alarma, ¿qué?

—Desactivada —dice—. Las microondas provocaron una subida de tensión que la frio, como todo lo demás.

—¿Recibió la empresa de seguridad algún tipo de aviso de que había un fallo?

—No —responde—. La empresa solo recibe una alerta si se activa la alarma silenciosa.

—Supongo que la gran incógnita es si estaba conectada en el momento del ataque —comento dirigiéndonos a la entrada de la casa.

—Tron ya se ha puesto en contacto con la empresa —dice Lucy—. El sistema estaba desactivado, y no se usaba muy a menudo.

Por lo visto, había habido una serie de falsas alarmas desde que vino a vivir aquí Rachael, lo que hizo acudir a la policía, según le han informado a Tron. Ese es el problema de una alarma silenciosa. No te das cuenta de que se ha disparado hasta que llega un coche patrulla, lo que resultaría de lo más incómodo si estás en casa con tu amante secreto.

—Es posible que Rachael temiera más las falsas alarmas, que la sorprendiera la policía, que la alternativa —explica Lucy, y hemos llegado a la carpa que ha levantado la policía.

El material sintético emite leves crujidos cuando accedemos al interior. Tron está introduciendo las piernas en un mono. Marino

hurga en una nevera portátil en busca de un botellín de agua.

—¿Doc? —Me ofrece otra; lleva puesto el equipo de protección y está sudando.

—Prefiero esperar.

No quiero tener que recurrir a más vasos de café extragrandes en un futuro inmediato. Me quito la chaqueta de lino arrugada, la pongo encima de una caja de material forense y dejo el maletín. Meto en un mono primero una pierna y luego la otra, me lo subo y deslizo los brazos por las mangas, procurando no fantasear con la ducha que me daré en algún momento del día.

Cojo más guantes de una caja y me los guardo en un bolsillo junto con varias mascarillas y un rotulador permanente. Cierro la cremallera del mono hasta el cuello, me pongo la capucha y unas gafas de seguridad. Cubiertos los cuatro de blanco de la cabeza a los pies, nuestros trajes emiten una especie de crujido al movernos. Nos encaminamos hacia la puerta principal de doble hoja que recuerdo del pasado.

Pero en los viejos tiempos había un ama de llaves que la abría, y no estaba astillada por efecto de una palanca. Los generadores del interior hacen mucho ruido; el suelo de mármol italiano está surcado de cables eléctricos; el imponente vestíbulo, estridentemente iluminado.

—Hemos intentado ser lo más delicados posible —dice Lucy cuando miro los daños que han sufrido la madera con siglos de antigüedad, los pomos de cabeza de carnero de latón originales de la casa—. La palanca era la mejor solución.

—Mejor que pegarle un tiro a la cerradura o echar abajo la puerta con un ariete. O abrirla de una patada. —Marino ofrece su opinión

de experto.

Nos ponemos cubrezapatos antes de adentrarnos en el resplandor de la iluminación auxiliar. Reconocería ese aroma almizcleño en cualquier parte, un ramillete de viejos olores: polvo, madera, velas, cera para muebles, una insinuación acre de hollín en las chimeneas de todas las estancias. El aire está reposado y rancio como si la casa llevara cerrada y vacía desde siempre. En parte tiene que ver con mi imaginación, activada por profundas emociones.

Los paneles de madera del vestíbulo se tallaron en Francia hace siglos, en Normandía, creo recordar. La madera necesita cera, se lo menciono a Annie cada vez que vengo. Pero no es una prioridad, y no le pide al encargado de mantenimiento que lo haga, ni eso ni muchas otras cosas.

—Entonces ¿para qué tiene a alguien así? —pregunta Tron, y les digo lo que sé por experiencia personal.

—A estas alturas, Holt es como de la familia. Y como dice Annie, a los familiares no los despides porque se hagan mayores y tengan artritis —respondo mientras echamos un vistazo por el vestíbulo—. Creo que le encarga tareas ligeras y recados.

Levanto la vista hacia el soporte de plata deslustrada en el techo de escayola con moldura del que estaba suspendida una lámpara de araña con cristales de Baccarat. A través de un arco se accede al gran salón, como siempre lo llamaba Annie, y el suelo de roble francés está rayado. Las tablas se hallan muy separadas en algunos lugares; la alfombra, deshilachada. Encima de la chimenea de piedra caliza hay un espacio vacío donde antes colgaba un Picasso.

Detrás del sofá hay un paisaje de Constable, y recuerdo dónde se exhibían las esculturas sobre soportes y pedestales. Las espléndidas

comidas en el comedor formal se reproducen en mi cabeza como si se tratase de una película. La elaborada mesa de madera de árbol frutal sigue aquí, solo que sin brillo; seguramente hace años que no se usa. Los asientos tapizados de las veinte sillas a juego están desgastados y manchados.

En los estantes de la vajilla falta la elegante porcelana azul y dorada con el blasón de los Chilton. Las paredes azules están tan vacías como el cielo, los óleos barrocos de escenas religiosas han desaparecido. Recuerdo comer rosbif al punto y beber un exquisito tinto de Burdeos mientras contemplaba la decapitación de Goliat a manos de David.

—Debía de ser la leche venir aquí en los viejos tiempos, pero ahora no parece que albergue mucha vida. —Marino rara vez se da cuenta de lo irónico de sus comentarios; tenemos la cocina delante.

Al otro lado del umbral veo los viejos armarios de madera, la profunda chimenea de ladrillo con la repisa de mármol gris tallado. El cadáver de Rachael está unos tres metros a mi derecha, no muy lejos de la puerta trasera que da al exterior. Tiene los brazos pegados al cuerpo, las piernas encogidas.

—¿Estaba así cuando habéis llegado? —le pregunto a Lucy—. ¿En posición fetal?

—Sí, y como decía, lo hemos documentado todo. Recibirás las fotos. Pero a excepción de unos pocos ajustes menores, lo que veis es lo que hemos encontrado.

—Son esos «pocos ajustes menores» lo que me preocupa —le dice Marino.

—Nada que os afecte.

—No eres quién para decirlo. ¿Cómo demonios sabes qué podemos estar buscando?

—Venga, tranquilo. —Lucy lo acalla, los dos riñendo como en los viejos tiempos.

—Lo de que esté así, en posición fetal, ¿qué te dice? —me pregunta Tron.

—Es lo que suelo ver cuando alguien sufre un grave traumatismo pero aún puede moverse —respondo—. Doblan la espalda y recogen las extremidades mientras agonizan.

—Entonces no estaba muerta al caer al suelo, por así decirlo —observa Tron.

—A menos que te volatilices, te haga pedazos una bomba o alguna otra cosa provoque una eliminación instantánea, la gente no se cae muerta literalmente —repongo—. El organismo tarda unos momentos en quedar inerte, lo que no significa que sigas consciente.

—Apuesto a que no lo estaba. —Marino abre el maletín forense que ha traído.

Me tiende unos cubrezapatos nuevos. Me los pongo, y también una nueva mascarilla y guantes. Me adentro en la cocina, donde he pasado bastante tiempo desde mi regreso a Virginia. Fue aquí donde tuve mi reunión secreta con Annie y el gobernador Dare hace un año. Accedí a volver a Virginia en esta misma habitación.

17

De las vigas vistas del techo cuelgan antiguos utensilios de cocina y cestos. La chimenea en una pared de escayola tiene la profundidad de una cueva. En el hogar hay herramientas de hierro fundido y fuelles más propios de un antiguo castillo.

A la derecha de la puerta trasera hay una mesa de madera y cuatro sillas delante de la ventana donde Annie y yo hemos tenido muchas conversaciones. En cualquier otro entorno, los electrodomésticos de cocina parecerían anticuados: la cocina de gas tiene más de veinte años; el frigorífico no es mucho más nuevo, como tampoco lo son la sartén eléctrica o la tostadora.

Observo el lugar desde la puerta, fijándome en el bolso de mano negro y las gafas de sol de Chanel, las llaves encima de la superficie de trabajo de madera. Me llama la atención que la vasija de la cafetera de goteo está llena de un líquido color canela que puede ser té. Cerca hay una taza.

—Sin electricidad, es difícil saber qué luces estaban encendidas o apagadas en el momento del ataque con microondas —les digo a Lucy y Tron—. Veo que los interruptores de pared junto a la puerta están hacia arriba.

—Parece que aquí estaban encendidas las luces —conviene Tron —. Pero tendremos que hacer más análisis para confirmarlo, igual que en otras partes de la casa.

Ella y Lucy nos dejan solos, y Marino pone un termómetro de mercurio de cristal encima del tajo de carnicero. Luego coge el dispositivo de infrarrojos, porque me gusta tomar la temperatura con ambos para ir sobre seguro. Trabajamos deprisa y en silencio, sin necesidad apenas de instrucciones o explicaciones, y él tiende una lámina desechable blanca como si pusiera un mantel de mesa.

—Ya veo a qué te refieres con lo que ocurre cuando se trata de la comunidad de inteligencia. —Dispone la lámina en el suelo al lado del cadáver—. Por lo que sabemos, bien puede haber pasado por aquí la CIA.

—No me sorprendería nada, y ya he llegado a la conclusión de que es justo lo que ha sucedido. Para empezar, Tron está cedida temporalmente a la agencia. Lucy bien puede estarlo también. Y sabemos que han llegado antes que nadie.

—No tenemos ni idea de qué demonios ocurre o quién nos observa. —Marino mira en torno con irritación, incómodo—. Y todo el mundo miente. Incluso Lucy. Aunque eso no es nada nuevo.

—Espiar y mentir son lo mismo, por necesidad.

—Me preocupa que la hayan encontrado ellas. —Vuelve la vista hacia el umbral como si pudieran seguir ahí Lucy y Tron—. ¿Cómo sabemos que no han…?

—Creo que no conviene lanzar teorías.

Le impido verbalizar lo que piensa porque tengo presente que con toda probabilidad hay dispositivos de vigilancia. Marino se pregunta si lo de Rachael Stanwyck sería un asesinato por encargo. Quizá la eliminó la CIA, los suyos. Me acerca el termómetro de infrarrojos. Le apunto a la frente y aprieto el gatillo. La pantallita digital indica una temperatura de 35,8 ºC.

—No puede ser, Doc. —Mira perplejo los números rojos.

Hago otra lectura, y el resultado es el mismo. Apunto el termómetro al aire y la temperatura ambiente en la cocina es de 25,5 ºC.

—Tiene la cabeza caliente debido a la radiación de alta energía —explico.

—Joder, ¿lleva muerta más de cuatro horas y todavía sigue tan caliente? Debe de haberse achicharrado de lo lindo cuando ha ocurrido. —Marino anota los detalles que le facilito.

—Si el asesino estaba cerca y ha apuntado a la cabeza, la energía se habrá concentrado ahí, provocando daños térmicos que deberían verse bajo el microscopio —respondo—. Es posible que la radiación haya calentado la zona afectada diez grados o más.

—¿No le ha calentado así todo el cuerpo?

—No.

—¿Y eso?

—Imagina un guiso en el microondas. —Me arrodillo junto al cadáver—. Se calienta en unas partes y en otras no, sobre todo si el aparato no tiene un plato giratorio.

—Empiezas a darme mal rollo, Doc.

—En los casos del síndrome de La Habana que conocemos, parece ser que el objetivo es la cabeza. —Le subo la chaqueta del chándal a Rachael hasta la cintura—. Es ahí donde se observan los daños internos más intensos, en el cerebro, los ojos, que se propagan a partir de ahí como ondas de choque.

Apunto el termómetro de infrarrojos hacia la piel expuesta de la cintura de Rachael Stanwyck. El resultado es el que cabía esperar.

—Treinta y dos con dos —le indico a Marino, que lo anota—. Su cuerpo se ha enfriado seis o siete grados, lo que tiene sentido si piensas que Lucy y Tron han detectado ráfagas intermitentes de energía entre las 15.40 y las 16.00. Ahora son las ocho y pico de la tarde.

—Lo que significa que en el momento de morir su cabeza debía de haber alcanzado más de cuarenta y tres grados, ¿no?

—Seguramente, pero hay muchas cosas que ignoramos sobre esta clase de ataques.

—Bueno, debe de haberle dolido de la hostia.

—Habrá sentido un intenso dolor en la cabeza, los ojos. Es posible que haya oído sonidos raros a la vez que empezaba a darle vueltas la habitación. Dudo que siguiera consciente mucho tiempo, tal vez solo unos segundos, quizá un minuto —respondo—. Vamos a tomarle la temperatura interna, porque va a ser el dato más fiable para saber cuándo ha muerto.

—Creo que tenemos una idea bastante precisa —señala Marino—. Probablemente en torno a las 15.40 o 15.45 de esta tarde.

—Si no lo hago…

—Lo sé. Putos abogados. —Le da la vuelta al maletín y rebusca en bandejas y compartimentos—. Nos lo echarían en cara eternamente.

Deja un escalpelo y el largo termómetro químico de cristal en la lámina de papel donde estoy arrodillada. Pongo boca arriba a Rachael, flexible y tibia al tacto. Le sale de la nariz un hilillo de sangre y tiene los ojos medio abiertos, la mirada perdida. Rachael Stanwyck, tan hermosa y presumida, no llevaba maquillaje al morir, ni siquiera pintalabios.

Tiene el abundante cabello moreno recogido con un coletero. Huele a cebolla y ajo cuando me acerco. No parece que estuviera esperando compañía, desde luego. Al retirarle por debajo del ombligo los pantalones del chándal de diseño me da la impresión de que tiene el vientre distendido.

—Es un poco raro —comento.

—¿Y si estaba embarazada? —sugiere Marino.

—Eso no vamos a averiguarlo aquí, pero la autopsia nos lo aclarará sin lugar a dudas. —Hago una pequeña incisión con el escalpelo en la parte superior derecha del abdomen y le resbala una gota de sangre por el costado.

Inserto el largo termómetro de cristal en el hígado para obtener una lectura exacta. Sale más sangre, que mancha la lámina blanca que he metido parcialmente debajo de su cuerpo. Le doblo los dedos finos, que empiezan a quedarse rígidos. Le muevo la cabeza de lado a lado y veo que el cuello sigue bastante flexible.

—Está empezando a asentarse el *rigor mortis* —continúo informando de mis observaciones, y Marino toma notas además de fotografías—. La lividez todavía no ha arraigado.

Cambiándome de guantes, me centro en las joyas dispersas por el suelo de baldosas.

—Un anillo de metal plateado con piedras azules engastadas, seguramente oro blanco y zafiros —explico.

Dejo el anillo en una bolsita para pruebas y luego recojo un par de pendientes. Uno está delante del fregadero; el otro, a unos palmos de allí.

—Un par de pendientes de clip con piedras claras —sigo inventariando para que Marino lo apunte.

Más oro blanco y diamantes, supongo, mientras reparo en la sutil atracción del metal al anillo inteligente que llevo bajo el guante en la mano derecha. Sé lo que eso significa, pero la sensación es escalofriante.

—Necesito una lupa —le digo a Marino, que me la alcanza.

Recojo el collar del suelo delante del fregadero. Al alzarlo a contraluz veo que el cierre está forzado; el sello de joyería es de oro de dieciocho quilates. Siento que la cadena se mueve como algo vivo, atraída hacia mi anillo inteligente chapado en níquel.

—Parece que le hubieran quitado el collar por la fuerza. —Lo meto en otra bolsa de plástico para pruebas, que se etiqueta igual que todas las demás—. Como si se lo hubieran arrancado de un tirón.

—Ahora ves lo fácil que es que la gente deduzca que la agarraron, que forcejeó con alguien que quería robarle o agredirla sexualmente. O quizá las dos cosas —comenta Marino.

Aguarda cerca del maletín forense abierto fijándose en lo que hago, la cara sudorosa enmarcada en blanco, la mascarilla puesta. Las gafas de protección se le empañan una y otra vez.

—Y que luego le echen la culpa a alguien como el encargado o el exmarido —dice Marino—. Los polis suponen que Rachael dejó entrar al autor porque lo conocía. Después las cosas se torcieron, cuando en realidad no había nadie en la casa con ella en el momento de la muerte.

—Se ha quitado todas las joyas porque le quemaban como demonios —respondo—. Y están todas magnetizadas, lo que tiene sentido tras haber sido bombardeadas con energía electromagnética.

Bajo la cremallera de la chaqueta del chándal, y no lleva nada debajo salvo un sujetador deportivo, y una braguita de biquini. Al

retirarle el pelo veo cuatro diminutas quemaduras alrededor del cuello. Ambos lóbulos tienen marcas rojas similares de los clips, y le cojo las manos con las mías enguantadas para inspeccionarlas minuciosamente por delante y por detrás. Encuentro otra quemadura minúscula, esta en el dedo anular izquierdo.

Imagino a Rachael delante de la ventana encima del fregadero. Sospecho que estaba preparándose un té cuando el asaltante ha abierto fuego con el arma desde el jardín trasero. Las joyas que llevaba han servido de conductores de la energía de microondas. De pronto, le quemaban, y se las ha arrancado a zarpazos. La cabeza se le estaba calentando y le dolía antes de desplomarse.

—O quizá ya estaba en el suelo cuando ha empezado a desprenderse de las joyas —explico—. Seguramente no lo sabremos nunca, pero sospecho que aún seguía en pie cuando lo ha hecho, porque no tenía ni idea de que estuvieran disparando contra ella. Solo notaba que algo iba fatal.

Pido una cinta métrica: el collar que llevaba mide cincuenta centímetros. Las quemaduras en el cuello y la parte superior del pecho están a una distancia aproximada de veinticinco centímetros, lo que nos indica la longitud de onda de la corriente.

Le explico a Marino lo que he averiguado en la Comisión del Juicio Final:

—La onda energética alcanza su nivel máximo cada veinticinco centímetros, y es entonces cuando quema. —Dibujo una microonda en el aire, arriba y abajo, arriba y abajo—. Hemos visto lesiones similares en víctimas recientes del síndrome de La Habana si llevaban algo como un reloj, una pulsera, una chaqueta con cremallera metálica.

El metal conduce la corriente de carga positiva, que luego intenta dirigirse hacia el suelo de carga negativa. Pero no puede. La corriente no tiene adónde ir porque el anillo y el collar no están conectados a tierra, y se calienta, algo así como las ruedas cuando giran sin moverse del sitio.

—Por eso te quemas —explico, aunque no soy ingeniera eléctrica.

Pero puesto que quien se las ve con las amenazas más novedosas contra la vida humana es gente como yo, he tenido que informarme sobre armas de alta energía. He tenido que instruirme acerca de venenos, familiarizarme con las armas químicas y biológicas de destrucción masiva. Las conversaciones que tenemos Benton y yo mientras tomamos unas copas son propias de historias de terror distópico.

—Es mucho más fácil lidiar con armas de fuego —decide Marino—. No me hace gracia no ver con qué te disparan.

—A menos que seas Superman, tampoco vas a ver la bala antes de que te alcance. —Retiro el termómetro de la pequeña incisión en el abdomen de Rachael y lo limpio el vidrio con una esquina de la lámina desechable.

Su temperatura corporal interior es de 33,3 ºC, lo que encaja con que lleve muerta entre cuatro y cinco horas en estas condiciones. Me quito los guantes y camino por la cocina moviendo la mano derecha como un director de orquesta. Me acerco al grifo antiguo de cobre con sus llaves torneadas. Luego a los tiradores de latón de cuello de cisne, la licuadora de acero inoxidable, los quemadores de la cocina.

Examino los cubiertos y demás objetos de metal en los cajones, notando el leve tirón de la atracción magnética sobre el anillo inteligente. Voy a la despensa con estanterías, cajones y armarios

empotrados de roble. La única luz es una bombilla sin pantalla en el techo, y no sirve de nada tirar del cordón. Puesto que no hay electricidad, no sabemos si esta luz funcionaba o no en el momento de la agresión.

Pero partiendo de lo que les ha dicho Holt Willard a Lucy y Tron, había que cambiar la bombilla. Se suponía que él debía hacerlo a las cinco de la tarde, y la escalera de mano está plegada y apoyada en la pared. En la encimera de piedra hay una caja con cuatro bombillas de cien vatios, como si Rachael se la hubiera dejado a la vista. Los laterales de la caja de cartón ondulado están tostados debido al calor que desprendieron las bombillas antes de fundirse.

De haber seguido consciente, es posible que se hubiera fijado en que la caja resplandecía en la despensa como si de un relato de Stephen King se tratara. Quizá intentó pedir ayuda y se encontró con que el móvil no funcionaba. Es posible que las luces parpadearan antes de apagarse al mismo tiempo que el aire acondicionado dejaba de funcionar.

—Básicamente se ha magnetizado la cocina entera —continúo con mi exposición a Marino de lo que observo.

Le explico que las corrientes eléctricas generan campos magnéticos a su alrededor, y eso es lo que ha ocurrido en la cocina de Annie. Las microondas son energía eléctrica y magnética que se desplaza de forma unificada por el espacio. Eso es la energía electromagnética, añado a la vez que vuelvo a cambiar de guantes y tiro los usados a una bolsa para residuos biológicos.

Me centro en las deportivas de cuero de Hermès de Rachael. En el dibujo de la suela se han quedado atrapados restos de un material púrpura. Utilizo bolsas de papel y gomas elásticas para cubrirle las

manos y los pies. Es entonces cuando vuelven Lucy y Tron, y las pongo al corriente de nuestras observaciones.

—Todo encaja con un ataque de microondas. —Me acerco al tajo de carnicero, interesada en el bolso de cuero negro y las gafas de sol Chanel—. Suyos, supongo. —Los recuerdo de cuando coincidimos en la licorería; justo al lado están las llaves.

—Sí —dice Lucy—. No hay indicios de que hayan hurgado en el bolso o de que falte dinero o tarjetas de crédito.

—Eso también desmiente el argumento de que el asesino haya entrado en la casa —dice Marino—. Sabemos que la puerta principal estaba cerrada con llave, porque habéis tenido que forzarla. ¿Y esta? —dice señalando la puerta trasera cerca del cadáver.

—Estaba cerrada cuando hemos llegado —dice Tron.

—El mando a distancia es del Mercedes de Rachael —me indica Lucy—. Las otras llaves, no estamos seguros aún. Solo que una es de las puertas delantera y trasera; abre las dos.

—Dios sabe cuándo fue la última vez que cambiaron las cerraduras —señala Marino—. O cuánta gente puede tener llave.

—¿Hay medicamentos o cualquier otra cosa que pueda ser importante en el bolso? —pregunto.

—Te lo puedo enseñar. —Lucy se cambia el equipo de protección personal y entra en la cocina.

18

Lucy tiende una lámina de papel sobre el tajo de carnicero y vacía el caro bolso de Chanel: una cartera de piel de cocodrilo, pintalabios, cepillo, pastillas de menta, desinfectante de manos, una mascarilla de tela negra, un espray desinfectante pequeño. Mientras lo hace, yo examino la tetera y veo que las tres bolsitas de infusión de hierbas que hay dentro suelen usarse como laxante.

—Nada del otro mundo. —Lucy hurga en el bolso y saca unos cargadores, seguro que para un móvil, un ordenador—. Evidentemente, ya he revisado sus efectos personales. Se ha fotografiado y procesado todo.

Abre la cremallera de otro bolsillo y saca varios paquetes de toallitas húmedas, un fajo de servilletas de papel, una bolsa de maquillaje. También un frasco de suplemento de fibra y unos ositos de gominola sin azúcar que conviene tener en cuenta.

—Doscientos veinte gramos, de sabor a canela, con edulcorante maltitol —le indico a Marino, que lo anota—. También un frasco de ispágula. —Se lo deletreo, y menciono las bolsitas de infusión.

—¿Te dice algo? —pregunta Tron desde el umbral.

—Es posible —respondo—. El maltitol de las golosinas sin azúcar y la ispágula pueden funcionar como laxantes, igual que la infusión de hierbas.

—Si lo sabré yo —comenta Marino—. ¿Recuerdas aquella vez que comí unas tortuguitas de chocolate sin azúcar?

—Yo ni me acerco a esa porquería —señala Lucy.

—Los retorcijones me dejaron doblado —continúa Marino—. Fue como si hubiera tomado desatascador de cañerías.

—Parece que Rachael era de esas que andan siempre preocupadas con el peso —decide Tron.

—Supongo que has revisado la cartera —le digo a Lucy.

—Sí, y puedes mirarla si quieres.

Lo primero que compruebo es cuánto dinero en efectivo llevaba Rachael. Cuento más de ochocientos dólares, la mayor parte en billetes de veinte nuevos que se pegan unos a otros.

—Me pregunto si habría ido a un cajero, quizá hace poco. Seguramente sacó dinero en efectivo en alguna parte —sugiero—. También parece ser que tenía la costumbre de comprar comida para llevar y quizá de comer en el coche.

Indico las servilletas que había en el bolso y menciono las migas en el interior del Mercedes.

—Si va a cajeros, igual también hace cola en establecimientos de comida rápida, ¿no? —aventura Marino—. Y quizá se fijaba en ella quien no debía. Seamos sinceros, ¿alguien con su aspecto? Debían de comérsela con los ojos allá donde fuese.

Miro las tarjetas de crédito y de identificación, y brilla por su ausencia algo que indique que Rachael trabajaba para la CIA. Si no supiera cómo se ganaba la vida, me sería imposible deducirlo por lo que veo. La única conclusión que sacaría es que por lo visto tenía dinero. Era hermosa, ostentosa y se preocupaba por su peso. No hay muchas pistas que seguir.

Sin duda sus comunicaciones siguen en el ciberespacio, aunque no tendré acceso a ellas. Los tiempos en que igual encontrabas un diario que hojear pasaron a la historia. O una agenda. Quizá un sobre de fotografías recién reveladas en la tienda. Nunca se sabe qué puede ser importante. Tal vez notas o cartas que divulguen intenciones asesinas o pensamientos suicidas. Incluso un horóscopo o el papelito de una galleta de la suerte pueden ser reveladores. Y darnos una idea de lo que alguien temía o con qué soñaba. El detalle más nimio puede aclarar el estado de ánimo o las actividades de un sujeto. Pero no soy capaz de inferir gran cosa a partir de lo que tengo delante. Sin duda Rachael gestionaba su vida, igual que yo, de manera informática, aunque no veo ningún dispositivo que lo confirme.

—Me da igual qué hayáis cogido, movido o alterado de algún modo, a menos que interfiera con lo que estoy haciendo. —Se lo digo a mi sobrina tal como se lo diría a cualquier otro colaborador—. Tenéis vuestros objetivos, pero yo tengo que ver todo aquello que sea importante para los míos. ¿Hay alguna otra cosa que deba saber?

—Llevaba una tableta electrónica en el bolso —responde Lucy—. El ataque con microondas la ha dañado, como cabría esperar.

—¿Y su móvil?

—Tengo fotos de dónde estaba. —Lucy sigue informándome de cuántas cosas se han manipulado—. Está frito, parece que sin remedio. Ya estamos buscando los registros del operador.

—¿Dónde estaba el móvil exactamente cuando habéis llegado? ¿Antes de que hicierais nada? —pregunto.

—En el suelo, lo tocaba con la mano derecha. —Es Tron la que contesta.

—Debo volver a las oficinas —decido—. He hecho todo lo que podía hacer por ahora. ¿Dónde está Fabian?

—En la entrada del sendero de acceso —dice Lucy—. Los perros están registrando la camioneta, sin resultados. Él está junto al camino, mirando los helicópteros de las noticias.

—Me sorprende que no les haga señales con los brazos —bromea Marino.

—Ahora se pasea por ahí para cerciorarse de ser visible —responde Tron—. Para el caso, como si los saludara.

—¿Cómo demonios sabes qué está haciendo en estos precisos instantes? —pregunta Marino con aspereza.

Tron señala sus gafas deportivas con inteligencia artificial.

—Sí, mejor que las lleves tú —replica él—. Me pondría de los nervios tener que estar pendiente de algo así. Bastante difícil es lidiar con los mandos a distancia de la tele y el puñetero móvil al mismo tiempo.

—Esto es multitarea de nivel avanzado —responde Tron.

—¿En serio? Y, si con el paso del tiempo, no puedes pensar ni hacer una mierda por ti misma, ¿qué?

—No estaría nada bien —contesta, demostrando que a Marino le resulta imposible sacarla de quicio.

—Supongo que ya habéis registrado la basura —le digo a Lucy.

—No hay nada interesante —repone.

No espero invitación. Sé dónde mirar, y abro los armarios bajo el fregadero para sacar el cubo de basura de plástico. Dentro hay servilletas de papel arrugadas, bolsitas de té usadas, cáscaras de

huevo y otros desperdicios, pero no veo señales de ninguna comida reciente, al menos ninguna sustanciosa, y eso que Annie no tiene triturador de desechos.

Abro el frigorífico y veo batidos de fruta, yogures y quesos ligeros y fiambre. En un cajón de la nevera hay varias botellas de champán. No hay mucho más en el congelador aparte de dos botellas de vodka. No me sorprende que no haya alimentos que requieran un mínimo de preparación.

Annie no sabe cocinar. No aprendió, no lo necesitó, no le interesa y no disfruta con ello. Lo sé muy bien, después de haber vivido con ella. Cuando yo cocinaba algo, por sencillo que fuera, cualquiera habría dicho que hacía magia. Preparar unos espaguetis o una frittata le era tan ajeno como pilotar un avión o componer una sinfonía.

No ha cambiado mucho con el paso de los años. Por lo que he visto, Annie come en la cafetería de los juzgados y en restaurantes que haya por la zona o pasa por algún autoservicio. No veo ningún indicio de que Rachael se las apañara bien en la cocina. Con lo mimada que parecía, me habría extrañado.

—¿Qué más habéis encontrado en la casa? —les pregunto a Lucy y Tron—. Quiero echar un vistazo a su dormitorio, sobre todo al botiquín. ¿O lo habéis vaciado también?

—Teníamos que registrar todas las habitaciones cuando hemos llegado por si había alguien escondido —observa Lucy—. No hemos cogido nada del botiquín.

—Eso no quiere decir que no hayamos mirado —añade Tron—. Para cerciorarnos de que todo es lo que parece, que lo que se supone que hay en los frascos es en efecto eso. Lo típico.

No van a decirme todo lo que han hecho ni por qué. No van a decirme quién ha estado en la casa, ni cuántas veces. Quizá sea mejor que no lo sepa. Salgo de la cocina sola, sin esperar a nadie mientras atravieso el comedor, luego el salón principal, y regreso a la escalera del vestíbulo.

Los desgastados peldaños de piedra caliza y la barandilla negra de hierro forjado me traen recuerdos de hace años. En la primera planta, las paredes están vacías donde antes colgaban candelabros y cuadros excepcionales. Paso por delante de una serie de puertas de roble cerradas. Detrás hay dormitorios llenos de cajas que Annie todavía no ha abierto desde la muerte de sus padres. Le he dicho que no tiene por qué revisar las cosas ella sola, pero que una vez lo haya hecho podrá seguir adelante.

Pero no quiere librarse de aquello a lo que no puede renunciar, y es cierto eso de que hay que elegir bien a tu enemigo, porque acabas convirtiéndote en él si no te andas con cuidado. A pesar de su trabajo duro y sus logros, en ciertos aspectos es una Chilton «profesional», igual que lo era su padre.

La puerta que busco está al final del pasillo, y noto el frescor del antiguo pomo de vidrio soplado a través del guante. Al entrar detecto un aroma a perfume. El elegante frasco de Casablanca Lily está encima del tocador, y el exótico perfume floral perdura en los muebles y los tejidos.

Pero Rachael no llevaba ese perfume ni ningún otro cuando murió. Todo lo que observo encaja con la historia de que hoy quería trabajar desde casa y no se había preocupado tanto por su aspecto

como habitualmente. No parecía tener previsto ver a nadie, y menos aún a Bose Flagler. Dudo que tuviera intención de ver tampoco al encargado, Holt Willard; no en persona.

Le había dejado la caja de bombillas en la despensa. Él sabía cómo entrar y conocía la casa. Quizá ella tenía intención de quedarse arriba mientras él se ocupaba de solucionar aquello. Y aunque a su edad Holt ya no está tan ágil como antes, no parecía que Rachael tuviera intención de ayudarle sujetando la escalera. Seguramente ni se le pasó por la cabeza; y si se le pasó, no se molestó en hacerlo.

Quizá tuviera previsto ocuparse de algo más que del supuesto «montonazo de trabajo» al quedarse hoy en casa. Quizá el tráfico insufrible que preveía no fuera el auténtico motivo por el que decidió no ir a la sede de la CIA. Tal vez era una excusa. Me pregunto si Flagler y ella lo llevaban bien. Lo más probable es que no lo hubiera visto mucho durante el juicio.

Quizá lo estaba siguiendo por la tele, y lo echaba muchísimo de menos. O tal vez estuvieran reñidos. Me pregunto qué sentiría mientras supuestamente estaba trabajando todo el día en su dormitorio. La mesa está delante de la ventana. Si hubiera estado sentada allí cuando el asesino accedió al patio trasero, Rachael lo habría visto. Y él la habría visto a ella.

La ventana del dormitorio queda justo encima de la otra por la que han disparado, y me fijo en que hay insectos muertos en el alféizar pintado de blanco, al otro lado del cristal ondulado. Aprecio daños en el follaje que no son visibles desde la planta baja. Es posible que el asesino no supiera que su objetivo acabaría en la

cocina, o que no tuviera ni idea de que estaba trabajando en el cuarto de invitados de la planta superior.

No necesitaba saber quién estaba en la casa ni qué podía estar haciendo esa persona por rutina. No le hacía falta ninguna información especial. Lo único que tenía que hacer era fijarse en las luces, y apuesto a que las de aquí estaban encendidas. Pero no así las del dormitorio principal de abajo ni las del gran salón. Tampoco en los dormitorios cerrados que dan a la parte delantera de la casa.

Es probable que las únicas ventanas iluminadas durante la tormenta de esta tarde fueran las de la cocina y también la de aquí arriba. Echo una mirada, pero no veo ningún dispositivo electrónico, ni un ordenador ni un punto de acceso wifi ni un rúter. Si Rachael estaba desbordada de trabajo como decía en el mensaje de texto al encargado, no hay rastro de lo que estuviera haciendo.

No veo documentos impresos, cuadernos ni expedientes, ni siquiera una hoja de papel. Lo que hubiera aquí, fuera lo que fuese, se lo han llevado. En los cajones de la mesa no hay nada salvo clips y bolígrafos. La papelera está vacía. Y cuando la comunidad de inteligencia está involucrada, cualquier cosa es posible.

La cama de columnas con dosel está pulcramente hecha. Abro las pequeñas cajoneras a cada lado. Un paquete de pañuelos de papel, un cargador de móvil. En la butaca rococó tapizada hay una bolsa de tintorería y, dentro, uno de los trajes de diseño de Rachael y varias blusas. El armario pintado ocupa media pared y su ropa cara está ordenada dentro, con los zapatos alineados en el amplio espacio que queda en el suelo de madera.

En los cajones de la cómoda hay lencería, calcetines, medias y demás prendas que no hace falta colgar o planchar. Envuelto en

unas mallas hay un joyero grande de cuero que dejo encima de la cama para revisarlo después. Me detengo delante de la puerta del cuarto de baño, donde recuerdo que el suelo era de baldosas de mármol y el lavabo con pedestal de piedra. Es posible que la bañera antigua de cobre le hubiera salvado la vida a Rachael si hubiera estado dentro durante el ataque.

Hay un tocador de nogal reconvertido en armario. Abro los cajones: están llenos de cosméticos, medicamentos sin receta y también pastillas para adelgazar, quemagrasas y laxantes. Encuentro más paquetes de toallitas húmedas como los que llevaba en el bolso, y tubos de crema para hemorroides.

—¿Qué tienes ahí? —Marino está a mi espalda, con la cara enrojecida y sudorosa; aquí no corre el aire en absoluto—. ¿Algo bueno?

—Es una forma curiosa de decirlo, teniendo en cuenta las circunstancias —contesto.

—Fabian debería llegar en cinco minutos. ¿Qué quieres hacer?

—Que se quede en la camioneta —digo—. Tú y yo sacamos el cadáver; no quiero que él entre en la casa. Es mala idea, por muchas razones.

Vuelvo al dormitorio mientras Marino observa la estancia, en otros tiempos ricamente decorada con obras de arte y tapices. La ropa de cama era de alta densidad de hilos y llevaba monogramas; la habitación olía a los arreglos de flores recién cortadas del jardín.

—Cuando venías los fines de semana, ¿te alojabas aquí? —pregunta.

—Este era el cuarto de Annie por aquel entonces —respondo—. Ahora ocupa el antiguo dormitorio de sus padres, abajo.

—¿Dónde te quedabas tú? —Deja en el suelo el maletín forense y lo abre.

—En uno de los cuartos ahora cerrados, al final del pasillo. Pero daba igual dónde durmieras como invitado: todo era elegante y te hacían sentir especial.

—¿Qué has visto por aquí arriba? Porque, conociéndote, seguro que has descubierto algo. —Me acerca una bolsa para desechos de riesgo biológico y meto los guantes usados.

Le indico que el interruptor junto a la puerta del dormitorio está hacia arriba, lo que no demuestra que las luces estuvieran encendidas cuando se produjo el ataque con microondas, aunque apuesto a que así era.

—Es posible que sea ese el motivo de que el asaltante aguardara en el jardín de atrás: veía las luces encendidas arriba. —Le pongo al tanto de lo que pienso.

Quizá las luces también estaban encendidas en la cocina, con lo sombrío que estaba el día para ser media tarde. Quizá Rachael bajó para prepararse una infusión.

—Da la impresión de que abusaba de los laxantes —explico—. La gente lo hace para perder peso, y cada vez hay que consumir más para lograr el mismo efecto.

—Igual que yo con el bourbon —comenta Marino.

—Pastillas de fibra, golosinas sin azúcar, infusiones de hierbas —enumero—. Consumidas en exceso, tienen un efecto purgante.

—Dorothy recurre a ellas a veces. Yo también, de vez en cuando. Supongo que todo el mundo lo hace, a decir verdad.

—A veces es una cosa —respondo—. Crónicamente, otra. Y algo así no se puede hacer en la oficina ni en otros lugares públicos. Uno

no se toma una tetera de infusión de hierbas si tiene planeado jugar al tenis, ir a un bar o encontrarse con su amante.

19

—¿Crees que ese es el motivo de que se haya quedado en casa hoy? —pregunta Marino—. ¿Para tomar laxantes?

—Es posible que no sea el motivo —respondo—. Pero puede haberle resultado conveniente hacerlo, si estoy en lo cierto.

Es similar a la gente que bebe durante el día porque casualmente teletrabaja, o ha caído una gran nevada, o es festivo.

—Lo haces porque estás a solas en tu entorno seguro. Y buscas excusas para no salir y poder hacerlo —explico—. A menudo trastornos así resurgen en épocas de estrés; tú y yo lo sabemos bien por nuestra época de fumadores.

—Mataría por un pitillo ahora mismo —asegura Marino—. Y en cuanto acabe el turno, voy a ponerme un bourbon doble. Me importa una mierda.

Abro otro cajón. Hay preservativos de distintas clases y varias cajas de tampones. Suponiendo que fueran de Rachael, cabe deducir que era activa sexualmente, y que tenía el periodo. Vuelvo al dormitorio y me pongo guantes limpios. Abro el joyero que he dejado en la cama.

—No nos lo vamos a llevar, claro —explico mientras miro la colección reluciente—. Seguramente hay un millón de dólares solo en relojes.

No funciona ninguno. Es posible que los cronógrafos de cuerda ya estuvieran parados antes del ataque, pero los relojes de cuarzo deberían haber seguido en funcionamiento mientras les durara la pila. Sospecho que algunos estaban en funcionamiento hasta que se averiaron por la radiación. El cliché de que un reloj parado revela el momento de la muerte no siempre es una broma.

A veces es cierto, dependiendo de qué haya acabado con la vida de la víctima. Todos los relojes de cuarzo de Rachael se detuvieron con una diferencia de uno o dos minutos. El Breitling, el Rolex de oro, el Audemars Piguet y el Breguet se pararon en torno a las 15.45, justo el intervalo en el que Lucy y Tron detectaron las ráfagas de energía de microondas.

—Rachael lo hubiese tenido crudo tanto si estaba en el dormitorio como en la cocina —le digo a Marino mientras bajamos—. Habría muerto o resultado gravemente herida en cualquiera de los dos sitios, a menos que se hubiera parapetado en la bañera de cobre, quizá.

—¿Cómo se supone que vamos a protegernos de cosas así? —dice —. No sé cómo puede estar a salvo nadie.

No contesto porque no tengo una respuesta satisfactoria; el hecho es que nos enfrentamos a un nuevo problema. Los garrotes y las lanzas se sustituyeron por ballestas y armas de fuego, y así sucesivamente. Siempre habrá una nueva tecnología convertida en arma, maneras más eficientes de ejercer la crueldad y sembrar la destrucción. Nuestro ADN está codificado para descubrirlas; así es como está programado el planeta.

Si le preguntas a Benton, te dirá que temer por nuestras vidas es motivador. La gente logra más objetivos cuando se enfrenta a

fuerzas contrarias. Las guerras pueden unirnos y el dolor crea poesía. Habría sido mejor que nos inspiraran la diligencia, la ingeniería exquisita y la empatía, pero no fui yo quien desarrolló el algoritmo.

Marino y yo salimos al oír el estrepitoso bramido de la camioneta negra sin ventanillas del instituto forense, cuyos faros alumbran los bojes descuidados. La iluminación auxiliar destella mientras policías y agentes de paisano van de aquí para allá por el sendero de acceso en un claroscuro de luz cegadora y profunda negrura.

Tres helicópteros, brillantes como planetas, rondan sobre nuestras cabezas; sospecho que son de las noticias. Marino abre la puerta trasera de la camioneta en el momento en que Fabian baja la ventanilla; su rostro refleja una mezcla de furia y fascinación. El pasajero que va delante es una agente de uniforme del Servicio Secreto con ropa táctica; no sonríe ni parece haber venido a pasarlo bien.

—Buenas tardes, señora —me dice sin quitar ojo de lo que ocurre a su alrededor.

—Gracias por franquear el paso de la camioneta. —Estoy a punto de decirle que nos ha salvado la vida, pero decido que no es una expresión adecuada cuando hay un muerto dentro de la casa.

La escolta del Servicio Secreto de Fabian no lleva puesto el cinturón de seguridad, tiene la ventanilla entreabierta y la MP5 en el regazo. Su misión es evitar que adosen un artefacto explosivo entre el primer control y la casa; en general, velar por la seguridad de todos.

—Soy consciente de que esto es algo fuera de lo normal —le digo a Fabian—. No podemos hacer las cosas como siempre, y agradezco

tu cooperación.

—¿No quieres que eche una mano con el material? —Mira hacia la puerta principal; para él es un revés tremendo—. Puedo ocuparme de todo y tú puedes volver a casa si quieres.

—Tienes que quedarte fuera. Debemos proceder de un modo muy concreto —le explico mientras la agente del Servicio Secreto escucha sin apartar la mirada del sendero de acceso.

—Lo entiendo. —Fabian se aparta el pelo largo de la cara, y alcanzo a ver la sombra de ojos difuminada y el esmalte de uñas negro—. Es que estoy un poco confuso. Maggie me dice una cosa, luego tú me dices otra. Tengo la sensación de que ya nadie confía en mí y es de lo más frustrante.

—Ya hablaremos de esto en otro momento… —empiezo a decir, pero no ha terminado.

—No me eches a mí la culpa de lo que hace Maggie. Imagina en qué situación me pone. —Fabian vuelve a retirarse el pelo de la cara, un gesto que repite siempre cuando tiene público.

—No vamos a entrar en eso ahora; lo haré encantada más adelante —le informo, pero no me escucha.

—Este trabajo es muy estresante. En especial cuando nadie me aclara qué esperar, en especial ahora, por ejemplo. ¿Qué pasará cuando volvamos con el cadáver y se vayan todos los polis? —Me lo dice mirando de reojo a la agente a su lado—. ¿Y si aparece una turba violenta mientras voy solo hacia mi coche? Bastante llamativo, por cierto.

—Puedes pasar la noche en la sala de guardia. —Marino, detrás de la camioneta negra, habla con nosotros por la puerta trasera

abierta mientras saca la camilla—. Es lo más inteligente. —El aluminio rechina cuando extiende las patas.

—Me preocupa que alguien me destroce el coche, cuanto más lo pienso —se lamenta Fabian—. Es inevitable. Ay, Dios, espero que no lo hayan hecho ya.

—Aparca el puñetero El Camino en la zona de carga y descarga y duerme en la sala de guardia —dice Marino como si ya estuviera decidido—. La tele funciona bien. Y sé que hay comida en el frigorífico porque hoy me he preparado un sándwich allí.

—Bueno, supongo que puedo hacerlo. —Fabian lo mira por el retrovisor.

—Duerme un poco y nos veremos a primera hora. Una vez dentro del edificio, no te molestará nadie. —Marino cierra la trasera de la camioneta de un portazo.

—Siempre que tú y los tuyos nos permitáis llegar allí de una pieza. —Fabian se lo dice a la escolta del Servicio Secreto, flirteando descaradamente, pero ella no parece darse cuenta.

—Iré sentada aquí mismo durante el trayecto al depósito —dice sin mirar a nadie—. E iremos en convoy para minimizar riesgos.

—¿A qué te refieres con un convoy? —Fabian se anima como si hubieran pulsado un interruptor—. ¿Un montón de coches de policía con luces y sirenas?

—Seguramente sirenas no.

—Ay, Dios mío. Será como un desfile. —Fabian no lo puede evitar —. Es mi noche de suerte. Sé que no debería decirlo…

—No, probablemente no deberías. —La agente continúa escudriñando el camino de acceso.

La camilla rebota y traquetea cuando Marino la empuja sobre ruedas hasta la entrada de la casa. Abro las puertas de doble hoja, cuya madera está astillada, para que pase. Es una imagen terrible ver una camilla del depósito de cadáveres atravesando la sala de estar de alguien a quien conoces.

—Ahora mismo pondría de mil amores a Fabian en su sitio —gruñe Marino, esforzándose por manejar como es debido la engorrosa camilla.

Las ruedas giratorias pueden ser problemáticas cuando una se traba, lo que ocurre casi siempre. Es como empujar un carro de la compra estropeado. Marino hace fuerza y maldice, avanza a trompicones, acalorado y agobiado por culpa del mono de Tyvek, la mascarilla y las gafas de protección, que no dejan de empañársele.

Tiene cuidado de no chocar con paredes y los antiguos marcos de las puerta mientras despotrica contra Fabian y su falta de atención a los detalles. Seguro que ni se molesta en comprobar las ruedas o los frenos de una camilla antes de cargarla. Olvida reponer las pilas de los termómetros de infrarrojos, de las linternas y las lupas. Continuamente falla en algo.

En la cocina, Marino y yo desplegamos láminas de papel en el suelo y envolvemos con cuidado el cadáver, sellando las capas con cinta adhesiva. Cerramos la cremallera de la pesada bolsa de vinilo negro, la subimos a la camilla y abrocho las dos correas de sujeción. Levanto las barandillas abatibles, quito los frenos y desandamos el camino por la casa.

Salimos por la puerta principal con el triste cargamento y rodeamos la camioneta hasta llegar a la puerta trasera. Fabian la abre. Se ha puesto guantes, mascarilla y unas gafas de protección

de diseño, con montura negra y cristales tintados de rosa. Lleva el pelo largo y liso recogido en una coleta; me recuerda a Rachael, solo que su coletero tiene un dibujo de una telaraña.

—Buen trabajo con la camilla —le dice Marino con aspereza—. Igual la próxima vez puedes asegurarte de que todo funcione mínimamente bien.

—No paro de repetir que necesitamos camillas nuevas, que no sean de segunda mano de hospitales, excedentes del gobierno, de la beneficencia o de dondequiera que las saquen. —Fabian levanta la vista hacia los helicópteros; el ruido sordo de los rotores apenas audible debido al retumbo de los generadores—. ¿Creéis que nos están grabando? Se lo tengo que decir a mi madre. Si sale en las noticias nacionales, podrá verlo desde Baton Rouge.

Levantamos la camilla, plegamos las patas e introducimos el cadáver en la camioneta. Luego el vehículo se aleja hasta desaparecer por el sendero, barriendo con los focos la densa arboleda y la maleza, donde chispean algunas luciérnagas. Me estoy quitando el equipo de protección personal bajo la carpa cuando aparece Lucy. Cojo la chaqueta y el maletín de donde los he dejado antes y echamos a andar por el sendero hasta la furgoneta de Marino.

Él lleva los maletines de material forense; es como si alguien hubiera vuelto a activar la naturaleza. Mientras ilumina el camino, Lucy nos explica que, al oscurecer, han retirado los dispositivos repelentes ultrasónicos. El Servicio Secreto ha dejado de usar drones por ahora y lo están recogiendo todo. No tardarán en marcharse, dejando que los demás hagan lo que juzguen conveniente; se refiere, sobre todo, al FBI.

Seguimos el brillante haz de luz de su linterna táctica mientras el bosque se llena de vida a nuestro alrededor. Los búhos ululan de ese modo siniestro y las cigarras chirrían monótonamente. Las ranas croan y las libélulas parpadean como minúsculos cuásares. Los saltamontes frotan sus alas y producen ondas y ritmos diversos; sus sonidos casi eléctricos hacen que se me erice el vello de los brazos.

—No tardaré en volver a casa. —Lucy alumbra con la linterna los adoquines y una ranita verde se aleja a saltos del fulgor—. Entonces me pondré con el ordenador. ¿Cuándo vas a hacer la autopsia? Espero que esta noche no.

—No hay necesidad —respondo.

—Yo no iría a las oficinas ahora. Ni pensarlo —dice, como si fuera ella la más adulta—. No con todos esos indeseables furiosos y listos para liarla. Y necesitas descansar.

—Hemos hecho todo lo posible de momento y hemos recogido las pruebas que no podían esperar —respondo—. Así que, sí, me voy a casa.

—Tenemos agentes patrullando la propiedad. —Lucy alumbra con la linterna charcos que evitamos—. Estarás bien allí; necesitas comer algo y dormir. Mañana será un día muy largo.

—Me pondré con ella a primera hora de la mañana. Supongo que no hay por qué esperar ninguna interferencia, ¿verdad? —respondo, y Lucy sabe a quién me refiero.

—No de quien suele provocarlas —dice.

Consulto el móvil. No hay noticias de Maggie. Tampoco de Elvin. Pero Doug Schlaefer me ha enviado un mensaje de texto para decirme que está a mi disposición. Contesto que lo veré por la mañana. Mientras lo escribo, me llega un mensaje de Benton.

«Casi estoy en casa. Annie va a pasar la noche aquí», escribe.

«Estupendo», respondo sin perder el paso.

A la vuelta de la esquina, la entrada a Chilton Farms se ve iluminada como un aparcamiento. Han retirado la cinta policial y desplazado una de las camionetas de transporte del Servicio Secreto para que Fabian pudiera entrar y salir. La calle está abarrotada de vehículos policiales, incluidos más blindados BearCat, que probablemente serán del FBI. Veo al menos una docena de agentes de la policía de Alexandria con uniforme antidisturbios.

—¿Dónde están ahora los alborotadores? —pregunta Marino cuando nos dirigimos a su furgoneta—. ¿Vamos a poder salir de aquí sin problemas?

—No te pasará nada; no vas a estar solo durante la parte más complicada —dice Lucy—. La mayoría de esos capullos han dado media vuelta. La media docena de vehículos que quedan están en el arcén de la autopista, y hay mucha vigilancia.

Dice que Blaise Fruge y otros agentes de Alexandria escoltarán la furgoneta de Marino, que abre la caja trasera y guarda los maletines de material forense.

—Ten cuidado. —Miro a Lucy, resistiéndome al impulso de darle un abrazo.

—¿Cenamos, aunque sea tarde? —sugiere con un asomo de sonrisa.

—Sé justo qué preparar —respondo.

Poco después, Marino y yo avanzamos por la carretera rural apenas iluminada. Pienso en las empanadas de salchicha que voy a hacer en la freidora de aire y en las tortillas de queso que voy a cocinar. Con unos Bloody Marys o sin ellos; debería haber jugo de

verduras especiado y limas de sobra. Le digo a Marino que Dorothy y él están invitados.

—Siempre y cuando no os importe dormir en el cuarto de invitados pequeño del piso de arriba —me disculpo—. Annie estará en el otro.

—Estaba pensando lo mismo. Le enviaré a Dorothy un mensaje para proponerle el plan —responde mientras las luces de emergencia le iluminan la cara—. Con la que está cayendo, más vale que estemos todos juntos.

Fruge abre paso en su Ford Interceptor. Detrás de nosotros van tres coches patrulla con las luces encendidas. El primer punto de control es un mar de luces estroboscópicas rojas y azules. Debe de haber al menos veinte coches de policía aparcados en el arcén. Han montado más barreras, y hay unidades móviles de noticias; el ruido de los helicópteros es incesante.

La policía dirige el tráfico en el cruce y detiene a los vehículos para pedir identificaciones. Los guías caninos y sus animales aguardan mientras agentes pertrechados con equipos tácticos sostienen la mirada a tipos de aspecto furibundo reunidos en torno a camionetas y furgonetas. Algunas pasajeras ondean banderas confederadas por las ventanillas y sostienen carteles de JUSTICIA PARA APRIL.

Dana Diletti está grabando delante de su camioneta, entrevistando a una mujer joven y tatuada que me resulta familiar. Sea lo que sea lo que está diciendo la famosa corresponsal, la mujer asiente y contesta enérgicamente a la vez que, muy alterada, señala con el dedo a la policía. Es posible que sea una de las amistades de la familia que antes se marchó del juicio cuando lo hizo Nadine Tupelo.

A ella no la veo, pero prefiero no fisgonear con demasiado descaro. Estoy segura de que una parte de los manifestantes estaban hoy en la sala de justicia. Ahora van vestidos de camuflaje o con ropa táctica y llevan pistolas al cinto o rifles de asalto colgados al pecho; nos fulminan con la mirada a nuestro paso. Veo de pasada un cuello con la bandera estadounidense tatuada.

Es el del hombre que me ha puesto la zancadilla. Tiene ojos de loco; su rostro, curtido por el sol, reluce cruelmente ante nuestros faros. Levanta el puño y alardea de un rifle de asalto AR-15 porque puede. En Virginia, como en la mayoría de los estados, es legal llevar armas en público, incluidas las semiautomáticas.

—No mires a nadie —me advierte Marino cuando pasamos con nuestra escolta policial, las luces de emergencia a todo gas—. Con suerte no se fijarán en nosotros.

—Nos han reconocido, eso seguro. —Noto las miradas cargadas de odio como picaduras de insecto.

20

El gentío furioso ha quedado detrás. Dejamos de verlo al continuar por la autopista, alejándonos de Raven Landing y Chilton Farms.

No hemos llegado muy lejos cuando las luces de emergencia de nuestra escolta policial se apagan, tanto delante como detrás de nosotros. Fruge debe de considerar que no hay peligro a partir de este punto, y los cuatro coches de la policía se desvían en la siguiente intersección. Consulto varios sitios web de noticias para ver qué nos hemos perdido en las últimas horas.

No me sorprende que el alboroto que acabamos de presenciar cope los titulares y se haya vuelto viral. No hay nada como el asesinato y la anarquía para captar la atención de la gente; la vida de Rachael Stanwyck se describe en estos instantes como una sucesión de tramas retorcidas, espionaje y demás intrigas. Se especula con que su sospechosa muerte esté relacionada con su trabajo en la CIA y una posible trama rusa.

Quizá haya sido un asesinato por encargo por parte del esposo del que estaba separada o por los peligrosos secretos que conocía sobre él. O tal vez sea un crimen de odio contra su hermana, la famosa jueza, vinculado al juicio de Gilbert Hooke. La noticia de que el Servicio Secreto está al mando de la investigación y que el FBI se ha involucrado debido a las amenazas terroristas corre como la pólvora.

Las autoridades federales relacionan el «presunto homicidio» de Rachael con el intento de atentado contra el presidente de hoy, y yo ya podría haber predicho que Bose Flagler estaría a la altura de las circunstancias.

—Nunca pierde la oportunidad de sacar tajada —continúo informando a Marino mientras seguimos la carretera en penumbra de regreso a casa—. A ver qué tiene que decir.

Pongo el vídeo de las declaraciones televisadas del fiscal. Sus largas e interesadas explicaciones se han difundido por todos los medios y redes sociales. Avanzo rápido hasta la parte sustanciosa.

«… He hablado con la jueza Chilton y, naturalmente, está consternada —dice a cámara—. Pero hemos acordado que lo primero es cumplir nuestro compromiso con la ciudadanía. Nuestra prioridad deben ser los ciudadanos de Virginia que nos han encomendado la tarea de hacer justicia…».

Está sentado tras el escritorio de su despacho, ante un fondo de volúmenes de jurisprudencia y una colección de diplomas y distinciones. Rodeado de banderas de altos mástiles coronados por águilas rampantes de latón, parece el líder del mundo libre, y eso es lo que quiere. Desde que se enfrentó a mí en el tribunal, ha tenido tiempo de ponerse un traje negro de raya diplomática azul, con un pin de la bandera estadounidense en la solapa. Su camisa blanca es de puños franceses, y lleva la corbata roja perfectamente anudada.

Nos informa de que el juicio de Gilbert Hooke se reanudará mañana según lo previsto. Luego se muestra un intercambio de correos electrónicos en los que Annie afirma que no tiene intención de inhibirse. Está decidida a cumplir con sus deberes como jueza y promete estar en el estrado por la mañana para los alegatos finales.

Pero lo que está haciendo Flagler es, en realidad, demostrar su dominio de la situación y dejar implícito que Annie y él son aliados.

«Así pues, como pueden ver, los rumores acerca de que la jueza y yo vamos a eximirnos son falsos». Los ojos de Flagler relucen de impostada indignación. Pongo la imagen en pausa.

Hago zoom en su atractivo rostro para ver qué más aprecio, buscando el más leve indicio de pesar, una insinuación de tristeza, un destello de miedo. Pero el apuesto fiscal del estado está a la altura de su apodo y lema de campaña: «Flagler, el Infatigable, nunca le defraudará».

Se muestra firme y constante. No advierto ninguna señal de que la muerte de Rachael lo haya afectado, o le importe siquiera, mientras mira fijamente a la cámara.

«Mañana espero que el jurado inicie las deliberaciones en breve y todo siga adelante. —Está implacablemente centrado en el juicio que tiene intención de ganar—. ¿Y estas protestas que se están produciendo? Bueno, eso es inaceptable, señores…».

Con gesto dramático, se levanta de la mesa y la rodea para situarse delante, ofreciéndonos una imagen mucho mejor de toda su gloria. Se desabrocha la chaqueta del traje.

«No vamos a tolerar ningún comportamiento violento aquí, en Alexandria, ni en ninguna otra parte; no mientras sea responsabilidad mía —asegura—. He hablado con el gobernador Dare, y si es necesario recurrirá a la Guardia Nacional. Estamos dispuestos a encerrar a quien haga falta y tirar la llave…», dice, y cierro el archivo en el móvil.

—Ni la más mínima alusión a que conociera a Rachael —le digo a Marino—. Suponiendo que sea cierto.

—Me da la impresión de que Lucy y Tron creen que lo es.

—Entonces Flagler es aún mejor actor de lo que creía —respondo —. O simplemente más frío y egoísta.

—Está decidiendo qué narrativa le conviene más tras la muerte de Rachael. Por eso no dice nada todavía.

—Probablemente tengas razón —contesto—. Ya encontrará la manera de utilizarla en provecho propio. Es su especialidad.

—No me extrañaría que acabe en la Casa Blanca algún día. — Marino aminora la velocidad al acercarse a un semáforo en rojo.

Justo al otro lado está el anuncio de Raven Landing que pasamos camino de Chilton Farms. La silueta se recorta en negro contra la noche como un pequeño rascacielos, y recuerdo entonces lo que ha dicho Lucy: árboles, edificios y otros objetos altos bloqueaban las transmisiones de radiofrecuencia de alta energía como las microondas.

Más o menos por esta zona fue por donde Tron y ella detectaron la señal de 2,305 GHz, antes de perderla durante más de media hora. La valla publicitaria es lo bastante grande como para haber causado interferencias. Entiendo que Lucy suponga que eso fue lo que ocurrió, pero yo no lo creo así.

—Esto no me gusta. —Miro hacia el vacío oscuro donde se sitúa Belle Haven Market, al resguardo de los árboles al otro lado de la calle; no hay ni una sola luz encendida.

—Joder, a mí tampoco. —Marino entra en el aparcamiento. La furgoneta Chevy azul vintage de Wally Potter sigue donde la hemos visto antes—. ¡Maldita sea! Esto tiene mala pinta.

Marino ya está anticipándose a la situación, preguntándose qué demonios ha pasado por alto cuando estuvimos aquí antes. Yo pienso en lo mismo. Nos detenemos junto a la isleta de hormigón del surtidor de autoservicio. Se me ha acelerado el pulso y vuelvo a notar el subidón de adrenalina. Marino coge el arma de la consola.

Se apea dejando que los faros iluminen los ventanales del frente del establecimiento. Retira la manguera del surtidor de gasolina y mueve la palanca, pero no ocurre nada. Se vuelve y me mira negando con la cabeza. Hay un corte de energía en toda la propiedad, una situación muy parecida a la que hemos visto en Chilton Farms. Marino tiene la pistola lista, pegada al costado.

Pasea el haz de la linterna por el aparcamiento vacío, los cobertizos y las inmediaciones del bosque. Observa y escucha, cada vez más tenso. Se monta en la furgoneta y hace una llamada; esta vez Fruge contesta.

—Estamos en Belle Haven Market y tenemos que comprobar si todo va bien —dice por el móvil en modo altavoz, con un tono urgente que indica que puede haber peligro—. Se ha ido la luz. El surtidor de gasolina no funciona…

—Doy media vuelta ahora mismo.

—El apagón es general, pero el vehículo del propietario sigue aquí —dice Marino con una voz que delata una situación de riesgo—. La vieja furgoneta Chevy de Wally Potter…

—Entendido. Vamos en camino. —Fruge pone fin a la llamada, y empezamos a oír sirenas a lo lejos.

El ruido es cada vez más intenso mientras aguardamos con los faros resplandeciendo sobre el surtidor de gasolina y el almacén

vacío y oscuro más atrás. Marino, con el arma en la mano, se mantiene vigilante.

—Cuando hemos estado aquí antes —le digo—, ¿estaban apagadas las luces de dentro?

—Esa impresión me ha dado —dice, y ninguno quiere creer lo impensable—. Por eso he pensado que Wally había echado el cierre por hoy. He supuesto que alguien lo habría llevado a casa y por eso seguía aquí su coche. No teníamos razón para pensar que hubiera nadie dentro del almacén. Pero ya no estoy seguro.

Imagino cómo estaba todo cuando pasamos antes. Eran en torno a las seis y cuarto cuando Marino intentó abrir la puerta con la esperanza de que el establecimiento siguiera abierto y Wally nos dejara entrar. Ya había escampado y había luz diurna de sobra; si las luces hubieran estado encendidas, no habría resultado evidente desde fuera.

—Yo he supuesto lo mismo, que simplemente había cerrado —respondo, mientras dentro de la furgoneta oímos las sirenas cada vez más cerca.

—Cuando he pasado por delante de la máquina de hielo, en el porche, me ha parecido que había demasiado silencio —sigue dudando de sus apreciaciones—. Me ha dado la sensación de que no funcionaba; ahora caigo en la cuenta de que el motor estaba apagado. Todo estaba demasiado en calma. ¡Tendría que haber prestado más atención, maldita sea!

Entonces entran en el aparcamiento cuatro coches de la policía con las luces y las sirenas a pleno rendimiento. Se detienen a nuestro lado y las apagan. Fruge y tres agentes se bajan y cierran las puertas al unísono. Todos llevan linternas tácticas y el arma en la

mano. Yo soy la excepción. Me guardo el móvil en un bolsillo y dejo el maletín en la furgoneta.

—La doctora y yo hemos pasado por aquí de camino a Chilton Farms, como ya sabes por mi mensaje. —Marino se dirige a Fruge.

Dice que vinimos con la intención de ir al servicio en caso de que estuviera abierto o que hubiera alguien que nos dejara pasar. Nadie contestó cuando llamamos, a pesar de haber gritado, llamado con los nudillos a la puerta cerrada y también a la ventana de la oficina. Probé a llamar al fijo varias veces, pero la línea daba ocupada. Aclaro que no tengo el número de móvil de Wally ni el de su hija Clemmy.

—Los conozco bastante bien. —Fruge busca en los contactos de su teléfono—. Antes de que me ascendieran, pasaba por aquí a menudo. —Hace la llamada—. Pero ya no vengo tanto, y ahora lo lamento. —Empieza a dar tono—. Así tenía el lugar vigilado…

—¡Un momento…! ¿Hola? —La mujer que contesta la llamada en modo altavoz está riendo.

Se oye música alta y voces de fondo. Da la impresión de que está en un bar o en un restaurante, pasándoselo en grande.

—¿Clemmy Potter? —pregunta Fruge en tono grave.

—¿Síííí…? —La alegría de su acento sureño arrastrado se tiñe de incertidumbre—. ¿Quién es?

—La inspectora Blaise Fruge de la policía de Alexandria. —Es toda una profesional.

—¡Ah! Vaya. Esto…, ¿qué tal? ¿Va todo bien? —Clemmy está un poco incómoda, parece que se ha tomado unas cuantas copas—. ¿Se ha disparado la alarma del almacén? Ay, no. Otra vez no. Mi

padre está en casa. ¿Has probado a llamarlo? Porque, ya sabes, si está viendo la tele no siempre oye el teléfono…

—¿Clemmy? —pregunta Fruge mientras escuchamos en el aparcamiento del almacén a oscuras—. ¿Dónde estás? ¿Estás aquí en Alexandria?

—En Newport News, visitando a mi hermana y a su marido. Hemos salido a cenar. Estoy pasando el fin de semana con ellos. Es mi cumpleaños… —añade, sin venir a cuento, y Fruge no la felicita, gracias a Dios.

—Estamos delante de vuestro establecimiento —dice Fruge—, y la furgoneta de tu padre sigue aquí en la cochera. Me preguntaba si lo habrá llevado alguien a casa.

—¿Qué…? ¡Ay, Dios!

—¿Clemmy? Necesito que llames a Wally ahora mismo mientras estás al aparato —dice Fruge.

—¿Cómo voy a llamarlo si estoy hablando contigo? —empieza a ponerse nerviosa.

—¿Clemmy? Dile a tu hermana que llame a Wally por teléfono mientras sigues conmigo —le indica Fruge en tono sereno, aunque dándole a entender que es ella quien manda—. No cuelgues. Tienes que seguir al aparato mientras averiguamos qué pasa.

—De acuerdo. —Le tiembla la voz—. Un segundo…

Marino, Fruge y los tres agentes continúan con la pistola en la mano, apuntando al suelo, el dedo índice preparado junto al gatillo. Alumbran hacia los árboles y arbustos en flor, en busca de cualquier movimiento sospechoso, mientras el móvil de Wally Potter suena y suena de fondo.

—¡No contesta! —dice Clemmy, presa del pánico.

Oigo a su hermana exclamar, preocupada, que tienen que irse. Se arrastran unas sillas y el marido le pide a alguien la cuenta a voces.

—Debe de haberle pasado algo. —Clemmy está llorando—. ¡Ay, Dios! Si no, la furgoneta de papá no estaría todavía ahí. Tendría que haber llamado, haberme asegurado de que llegara a casa. ¡Sabía que no debía dejarlo solo este fin de semana!

—Mantén la calma —dice Fruge—. Te llamo en cuanto sepa algo más. —Pone fin a la llamada—. Vamos —le anuncia al grupo, y por ahora es ella la inspectora.

Aunque ella dirige la operación, si lo que sospecho es verdad, no será así mucho tiempo. En el caso de que hallemos lo que me temo una vez registremos el interior del mercado, la siguiente llamada que hará Fruge será al Servicio Secreto; a Lucy.

—Te diría que esperases en la furgoneta —me advierte Marino cuando empezamos a cruzar el aparcamiento—, pero no lo harías, aunque tampoco te dejaría sola, con todos esos gilipollas zumbados buscando líos por ahí.

—No pienso quedarme ahí sola. —No se lo voy a discutir.

Me detengo junto a la cochera sin acercarme a la Malibu Classic que hay dentro, un regalo de los padres de Wally cuando terminó la secundaria en 1965. La mantiene en perfecto estado. Mandó construir la cochera por ese vehículo, y nunca omitía el detalle cuando yo hacía algún comentario sobre su magnífica furgoneta vintage.

—No parece que nadie haya manipulado el coche —observa Marino—. No hay señales de que lo hayan tocado.

Ilumina la trasera, baja y alargada, con sus luces de freno, grandes y redondas. El potente haz de luz blanquea la pintura azul,

reluciendo sobre el cromo y el cristal. Rebusca por el suelo, está sembrado de restos vegetales tras la tormenta. Se fija en un bidón metálico para basura, medio oxidado, e ilumina el interior. Revisa cada uno de los que vamos encontrando.

La noche vibra por efecto de la música de las criaturas nocturnas que afinan como una orquesta. El chirriar de las cigarras, el trinar y el piar de los ruiseñores, resuenan amplificados; las luciérnagas centellean y se apagan como si sufrieran un cortocircuito. En algún lugar, siguiendo el curso del río, los coyotes comienzan a aullar y gañir mientras doblamos la esquina del antiguo mercado con estructura de madera. En la trasera hay más espacio de estacionamiento y mesas de pícnic rodeadas de jacarandás que derraman flores púrpuras por todas partes.

La cámara frigorífica tiene un candado en el asa; otro indicio de que Wally había dado por concluida la jornada. Junto a la rampa de madera que se usa para las entregas hay una puerta para peatones, que también está cerrada. A ambos lados, las moscas corretean por las mosquiteras mientras Marino y la policía alumbran con las linternas. Nada indica que haya alguien en el interior, vivo o muerto.

—Bueno, tiene que estar aquí —afirma Fruge—. ¿Dónde si no iba a estar, a menos que lo hayan secuestrado?

—Las moscas nunca son buena señal —observa Marino—. ¡Apartaos! —Abre la puerta con un fuerte taconazo, y nadie le impide entrar el primero.

21

Fruge va justo detrás de él, ambos con la linterna táctica en alto y el arma preparada. Los oigo hablar y avanzar hasta que desaparecen en el interior, registrando la parte de atrás del edificio. Espero junto a la puerta abierta con tres agentes de uniforme. Por la súbita maldición de Marino, deduzco que no hay buenas noticias.

—¡Lo hemos encontrado! —nos grita—. Vamos a seguir registrando. ¡No entréis!

No quiere que nadie reciba un disparo accidentalmente, así que espero con los tres policías a cierta distancia de la puerta abierta. Vemos destellos de luz en las ventanas mientras Marino y Fruge revisan hasta el último rincón. Conforme pasan los minutos y no volvemos a verlos ni oírlos, mi inquietud aumenta.

Finalmente resurgen sus dos figuras con linterna en dirección a nosotros. Marino y Fruge han salido por la puerta delantera dejándola abierta, según nos dicen al llegar a nuestra altura.

—Bien, los de la científica y cualquier otro que pueda entrar sin acceder por aquí atrás —dice Marino con semblante pétreo.

Fruge está descompuesta, se nota en la rigidez de sus movimientos, en la mirada impávida y la atención vacilante. Se esfuerza demasiado por parecer serena y confiada. Casi alcanzo a ver cómo se le ha disparado la imaginación. Ha venido a Belle Haven Market infinidad de veces a por comida para llevar, artículos de

primera necesidad y caprichos. Todos lo hemos hecho: este lugar nos resulta cálido y conocido como nuestro jersey viejo favorito.

—Está en una silla, atado con cinta americana. —La voz de Marino es dura como el sílex—. Da la impresión de que lo han interrogado antes de cortarle el cuello de oreja a oreja. Seguro que para obtener la combinación de la maldita caja fuerte, que está abierta en la oficina. Parece algo así como un encargo de la puta mafia. No nos hemos acercado porque no hay la menor duda de que está muerto, y lo han matado hace bastante. Que nadie entre hasta que nos hayamos equipado.

Mientras habla, Fruge pide por teléfono que acuda la unidad científica. Informa a la persona con la que está hablando de que necesitamos refuerzos. Los necesitamos ahora, dice en tono agresivo, y tiene que acudir la unidad táctica porque, además, hay alborotadores armados en la zona. Exagera su autoridad porque está asustada.

—Lucy y Tron necesitan saber qué ocurre. —Marino le dice a Fruge lo que no quiere oír.

Él se pone a teclear en el móvil, la linterna encajada bajo el brazo y alumbrando al azar la fachada trasera con la pintura desconchada.

—Más vale que lo hagas tú. —Tal como lo dice, no es una sugerencia.

Marino la mira y abre una pausa para que ella reaccione, a la espera de que haga lo correcto.

—No veo qué relación tiene esto con el Servicio Secreto —replica ella al fin; confía en que no haga la llamada, quizá no todavía.

Fruge sabe lo que está a punto de decir Marino, pero ella no quiere que el Servicio Secreto, el FBI ni nadie más vuelva a

adelantársele hoy. No le ha pasado inadvertido que los dos escenarios están conectados. Si los federales han estado involucrados en uno, lo más probable es que se presenten en el otro.

—Tiene relación con ellos tanto si queremos como si no. —Marino le recuerda que no es ella la que elige sus casos.

—¿Me estás diciendo que lo que le ha pasado a Wally es un asunto de seguridad nacional? —Sondea la oscuridad con la linterna, moviéndola de aquí para allá con gesto furioso.

Es la primera vez que dirige una investigación de este calibre y es muy consciente de que están a punto de darle la patada dos veces: es una absoluta decepción; se siente humillada.

—Tienes que hablar con Lucy, decirle lo que pasa —insiste Marino.

—¿Cómo se comunican los federales? ¿Por móvil? —Es uno de los agentes de uniforme quien lo pregunta.

—Seguro que se comunican por todo tipo de medios —contesta Marino.

No piensa mencionar las señales de microondas detectadas cerca del cementerio de Ivy Hill, Chilton Farms y Belle Haven Market. Esa es la pieza de la que carecen Fruge y la policía. Pero al igual que la presunta aventura de Rachael Stanwyck con Bose Flagler, no nos corresponde a nosotros compartir la información, sino al Servicio Secreto.

—Suponiendo que haya un nexo entre los casos, debemos poner más empeño que nunca en evitar la contaminación cruzada —les recuerdo a Marino y a Fruge—. Tomaremos medidas extra.

—Todo tiene que ser nuevo y desechable, si es posible —coincide Marino.

—Asimismo, no quiero que usemos los mismos maletines forenses que en la casa en Chilton Farms —añado—. Nada de lo que utilizamos allí puede emplearse aquí.

—Yo tengo material forense que no ha salido del maletero —se ofrece Fruge—. Todavía no he tenido ocasión de utilizarlo, pero está todo listo para su uso.

—Claro, fui yo quien te lo preparó —le recuerda Marino—. Entre tu material y el que tenemos nosotros, nos debería bastar. Venga, vamos a llevar los vehículos ahí atrás.

Van hacia el aparcamiento delantero mientras yo me alejo para tener un poco de intimidad. No tengo intención de gestionar todo esto sola, así que llamo a Doug Schlaefer.

—¿Qué tal va eso? —contesta—. ¿Todo bien? He estado siguiendo las noticias. Por Dios, espero que no te hayas cruzado con esos matones de los rifles de asalto…

—Hay novedades, y necesito que vengas a un escenario cerca de Chilton Farms. —Voy directa al grano.

—Eso no suena nada bien.

—Es muy grave, y seguramente está relacionado con el asesinato de Rachael Stanwyck. Conoces Belle Haven Market, ¿verdad?

He visto a Doug con comida para llevar en las oficinas. Siempre habla de lo mucho que le gustan a su esposa los productos del campo y las sopas.

—Ay, no. —Su voz rota me llega por el auricular mientras camino por el aparcamiento trasero—. No me digas que ha pasado algo allí.

Le informo de la situación mientras un búho lanza silbidos de advertencia en algún punto del bosque. Las luciérnagas chispean como si me transmitieran su propio sobresalto.

—Vamos a tener que alternarnos —le digo a Doug.

Mientras discutimos el mejor enfoque, alumbro el suelo con la linterna, que ilumina un macizo de nardos blancos donde se ha posado una mariposa nocturna. La mariposa abre lentamente las amplias alas verde pálido, mostrando sus manchas en forma de ojos que parecen mirarme. Me acuerdo de todas las cajitas de cartón que van camino del Smithsonian y siento cómo me hierve la sangre.

—El caso es que no veo la relación entre los dos casos —dice Doug por el auricular—. ¿Por qué crees que la hay? A Rachael Stanwyck no le han cortado el cuello, ¿verdad?

—Hasta donde sabemos, el asesino no ha tenido contacto físico con ella —respondo.

—Parece un tipo de crimen distinto…

—En ambos casos se ha empleado una tecnología de radiofrecuencia para inutilizar las cámaras —señalo—. Y por eso se fue la luz.

Explico el nexo entre Rachael Stanwyck y Wally Potter, y le advierto a Doug sobre el carácter secreto de lo que acabo de revelarle. Era necesario que se lo contara, porque mi subdirector tiene que hacerse una idea clara de a qué nos enfrentamos. No puede ayudarme si no lo sabe, y voy a tener que confiar en él.

—Es probable que la misma arma haya provocado la muerte de Rachael. Por eso están involucrados el Servicio Secreto y el FBI —sigo explicándole—. Debemos ser sumamente escrupulosos con la confidencialidad, no hay que decir ni una sola palabra sobre los detalles. Ni siquiera a los nuestros.

—¿Es seguro registrar el lugar? —Doug suena aprensivo. Su esposa está embarazada de su primer hijo y no quiere correr

riesgos.

—Hay maneras de monitorizar cosas así. —No voy a entrar en más detalles—. Creo que lo mejor será manipular lo menos posible el cadáver aquí.

—Yo no te lo voy a discutir. Pero ¿por qué iba a hacerle daño nadie a Wally Potter? Si se lo preguntas a mi esposa, te dirá que era un encanto de hombre. ¿Qué le hizo nunca a nadie…?

—Los microrrestos tendrán una importancia crucial, porque el asesino ha estado dentro del establecimiento. —No tengo tiempo para prestar atención a las emociones de Doug—. Esa persona ha tenido contacto con la víctima, con Wally.

—Hay que embolsarlo todo. —Coincide conmigo encantado.

—La cabeza, las manos, los pies, el cuerpo entero antes de meterlo en la bolsa para restos humanos —observo—. Luego podemos tomarnos el tiempo que haga falta con el material forense y la iluminación apropiados.

No quiero que los dos cadáveres estén en la misma cámara, sala ni vehículo en ningún momento. Le explico que vamos a mantener los dos casos completamente aislados y separados. Por la mañana, Doug se ocupará de la autopsia de Wally Potter y yo realizaré la de Rachael Stanwyck. No tendremos ayudantes ni material forense en común. Ni siquiera estaremos en los mismos sistemas de ventilación.

—Quizá puedas hablar tú con Fabian —digo a modo de conclusión —. Tiene que descontaminarse antes de volver a salir. No quiero que conduzca la misma camioneta que está usando para transportar el

cadáver de Rachael Stanwyck. Ya debería estar en las oficinas a estas alturas.

—Lo último que queremos es que se transfiera ADN de un caso a otro —observa Doug, y lo oigo salir hacia su coche—. Dios santo, vaya desastre de mierda.

Veo cómo Fruge y Marino conducen sus vehículos hasta la parte de atrás, donde aparcan de manera que sus faros iluminen el mercado.

—Hemos tenido desastres de mierda más que de sobra últimamente —replico, y Doug sabe a qué me refiero.

—Sin novedad en el frente occidental. Maggie y Elvin no han dicho ni pío.

—Mejor, y con un poco de suerte seguirán así —le digo. Y con qué facilidad cambia la lealtad de la gente. O en todo caso deciden que es mejor apoyarte a ti porque el matón de turno se ha largado a otra parte. Por ahora, al menos. Esta noche, como mínimo. Se oyen portazos de Marino y Fruge tras salir de sus vehículos.

—Mientras esperamos a que llegues, voy a ponerme manos a la obra —informo a Doug—. Me ocuparé de los preliminares habituales y todo lo que hagamos quedará bien documentado.

—Estoy en el coche. —Su voz en el auricular, el ruido del motor al ponerse en marcha—. Si no hay ninguna incidencia, estaremos allí en media hora. Y yo me ocupo de Fabian.

Cuelgo en el momento en que Marino y Fruge dejan en el suelo un maletín forense y una caja grande de equipos de protección. Empezamos a pertrecharnos con ayuda de la iluminación desigual de los faros, los motores de las furgonetas al ralentí. Me fijo en que mis zapatillas prestadas están manchadas de barro y restos de follaje.

Limpio las suelas con un poco de agua antes de ponerme los cubrezapatos.

—Os dejo a lo vuestro —nos dice Fruge a Marino y a mí—. Voy a registrar la entrada de la tienda, sobre todo el área de la caja registradora. Vamos a ver qué ha hecho ese cabrón mientras estaba ahí dentro.

—Fíjate en si hay algún recibo de papel que indique cuándo se han hecho las últimas transacciones. —Marino y yo no podemos evitar aconsejarla—. ¿Cuándo van a llegar los de la unidad científica del Servicio Secreto?

—Ya vienen en camino. —Fruge ha hablado con Lucy—. Se encargarán de la iluminación, y montarán una carpa y todo lo necesario.

—Tienen que registrar a fondo los aparcamientos. —Marino me tiende un fajo de alfombrillas de descontaminación y una linterna—. El asesino seguramente habrá venido en un coche. Cómo si no iba a desplazarse. Dudo que fuera en un Uber.

Lo sigo al interior del mercado, precedidos por la luz de nuestras linternas, y justo delante hay una pequeña oficina atestada en la que no he estado nunca. Nada más entrar, hay una mesa con un cenicero de metal abombado; debe de tratarse de una manualidad infantil. En su interior hay unas llaves cuyo llavero es una bala de plomo de la guerra de Secesión.

Conocí a Wally en compañía de Annie durante nuestra época de estudiantes de Derecho. Entonces ya tenía el mismo llavero y el mismo vehículo clásico. La última vez que pasé por este mercado fue hace un mes; me regaló albahaca y orégano frescos, insistiendo en

que invitaba la casa. Hago lo posible por ahuyentar la imagen de sus ojos brillantes, su cara amable y su cabello blanco y ralo.

Desde el umbral de la oficina, alumbro la mesa de metal verde, y echo en falta la silla. Veo fajos de lo que parecen facturas y recibos, el obsoleto teléfono fijo, la anticuada agenda giratoria. El interfono en un estante era para comunicarse con los clientes del surtidor mientras los vigilaba por la ventana.

La pantalla de seguridad es como las demás del edificio: en funcionamiento, mostraría el movimiento del aparcamiento; los coches que entran y salen, y los clientes que vienen y van. Me pregunto si Wally estaría aquí sentado, ocupado con el papeleo, cuando el asesino provocó el apagón.

—Eso suponiendo que la señal anómala que Lucy y Tron han detectado y luego perdido procediera de aquí —le explico a Marino —. Voy a aventurar una suposición y a decir que la descarga de energía que han detectado diez minutos después de las tres de la tarde era el asesino disparando su arma de microondas contra el local. Cualquiera que estuviera dentro necesitaba una protección considerable.

Alumbro con la linterna la ventana a la izquierda de la mesa; las persianas de láminas están medio abiertas. Desde aquí veo que son de metal.

—Has intentado mirar por esta misma ventana cuando hemos pasado por aquí antes —le recuerdo a Marino— y me he llevado la impresión de que hay mosquitera en la parte exterior.

—Así es —dice.

—Abiertas o cerradas, las persianas de aluminio debían ofrecer protección, igual que la mosquitera metálica —explico—. Los

archivadores de acero a los lados de la ventana habrán bloqueado la radiación, al igual que la caja fuerte, de buen tamaño, en el suelo con la puerta abierta de par en par.

La gruesa puerta tiene una rueda giratoria de combinación, y nuestras luces sondean los estantes de metal galvanizado, forrados y vacíos. Han dejado limpia la caja, y es poco probable que todo lo que había dentro fuera de valor para el asesino. Tengo la sensación de que alguien con prisa ha cogido cuanto ha podido para revisarlo luego como los ladrones en un robo relámpago.

Al otro lado de la oficina está el servicio solo para empleados. Me paro delante. Alumbro el retrete de porcelana blanca, el lavabo, el suelo de linóleo que posiblemente sea de la década de los setenta. En un estante hay medicamentos sin receta médica. Hay un dispensador de desinfectante de manos, una pastilla de jabón y un frasco de colonia Old Spice.

—Está en la habitación de al lado —dice Marino. Al acercarnos oigo el siniestro zumbido.

La silla que faltaba detrás de la mesa está en mitad del suelo; el cadáver de Wally, recostado hacia atrás contra el respaldo. El cuello, con un tajo profundo, ensangrentado, cubierto de moscas que zumban alrededor y se posan en él. Tiene las muñecas y los tobillos atados con cinta americana gris, que también sirvió para amordazarlo. Huelo a cartón húmedo y a hortalizas medio pasadas, y me llega el olor dulce y pútrido de la sangre coagulada en descomposición, que se ha remansado en torno a la silla. Al enfocarla, reluce como un cristal rojo negruzco.

Marino y yo esperamos en el umbral para no contaminar el suelo con un paso en falso de nuestros pies cubiertos de Tyvek. El asesino

ha estado dentro de este edificio. Ha estado dentro de estas mismas habitaciones hace no mucho. Marino se agacha e ilumina oblicuamente el suelo de pino.

Busca huellas de calzado, cualquier cosa que se haya podido caer o arrastrar aquí. El almacén propiamente dicho es aproximadamente del tamaño de un garaje para dos coches. La puerta opuesta a aquella por la que hemos entrado da a la zona delantera del mercado que está registrando Fruge. Oigo que habla con alguien, pero no distingo quién es ni lo que dice.

—Esto está muy limpio; casi no hay polvo ni suciedad en el suelo, así que no será fácil ver huellas —me dice Marino—. En el suelo de madera antigua sin barnizar no se aprecian muy bien, pero… ¿qué es eso?

Alumbra en ángulo y capta algo reluciente detrás de la silla. Cubrimos el suelo con las alfombrillas de descontaminación conforme avanzamos. Cuando llego al cadáver, me encuentro una bola de polvo oculta tras una pata trasera de la silla, y me acerco lentamente, con cautela.

—Necesito un sobre de papel, notas adhesivas y una lupa con luz —pido; los artículos habituales.

Marino me trae lo que necesito y me arrodillo en las alfombrillas de papel donde se adhiere todo lo que podamos arrastrar al interior o sacar de allí. Apenas respiro, me muevo lo menos posible porque es muy fácil que las acumulaciones de polvo se dispersen. Son huidizos cosmos de telarañas y desechos que se mantienen unidos gracias a la electricidad estática. Esta es del tamaño de una pelota de tenis. Se encuentra agazapada tras la pata de la silla, ligeramente asomada, reluciente como una galaxia lejana bajo la luz

deslumbrante de la linterna mientras mi mano enguantada se acerca. Entonces la etérea nebulosa emprende una huida ingrávida, rodando y rielando cual espíritu asustado.

22

Atrapo con suavidad la enorme pelusa con ayuda de la cinta adhesiva en el reverso de varias notitas. Las meto en el sobre y enciendo la lupa para echar un vistazo. Pedazos diversos de bichos. Trozos de hilo negro, retazos de fibras y hebras de pelo enmarañadas.

—Además, fragmentos de algo reluciente de forma irregular y diversos colores. —Sigo describiendo lo que veo bajo la lupa de bajo aumento—. Docenas de trocitos minúsculos, muy reflectantes. Algo así como purpurina navideña, pero no exactamente. Verde, negra, plateada, cobriza, ocre, dorada.

—¿Virutas de metal, quizá? —pregunta Marino mientras ilumina lo que hago—. ¿Pintura?

—No se distingue, pero me parece que no. —Cierro la solapa del sobre con cinta roja para pruebas, que luego etiqueto.

—Igual es purpurina de las fiestas de Navidad o de un cumpleaños o algo así cuando el establecimiento estuvo decorado.

—No sé qué es, pero ya lo averiguaremos —respondo.

Desando mis pasos sobre las alfombrillas y meto el sobre en el maletín de campo que nos ha prestado Fruge. El asesino seguramente ha traído la silla de la oficina aquí. La enorme pelusa bien podría albergar el microcosmos de otro mundo. Es posible que

descubramos un cúmulo de desechos de la residencia, el lugar de trabajo o el vehículo del asesino.

Las pelusas son electrostáticamente esquivas, pero también pegajosas. Es posible que esta se adhiriera a algo que ha traído el asesino consigo a la tienda. Imagino un bolso de tela, un kit de asesinato. Pienso en la cinta americana, y yo me inclinaría por eso. Los laterales del rollo debían de estar pegajosos, y han inmovilizado el cuerpo con la cinta mientras lo mantenían sentado en la silla detrás de la que rondaba la bola de polvo.

Es aproximadamente donde se habría situado el asesino mientras le cortaba el cuello a Wally. Al tiempo que Marino reúne los termómetros y demás material, yo rebusco un poco más con la linterna. Hay varias cosas fuera de lugar que no podrían ser más evidentes. Ojalá estuviera Benton aquí. Imagino algunos de sus comentarios, empezando por la manera en que se muestra el cadáver.

El asesino ha creado adrede una impresión falsa, porque no se aprecia suficiente sangre como para justificar el fallecimiento de Wally, que tiene la pechera de la camisa a cuadros azules empapada de hilos de sangre secos y medio coagulados. En las musleras de los pantalones caqui y en las manos atadas sobre el regazo solo se aprecian algunas manchas.

En el suelo hay charcos de una consistencia parecida a la del pudin: calculo que quizá se ha vertido una unidad de sangre, medio litro a lo sumo. Nada más, y algo así no es posible. Cuando se cortan arterias carótidas, sigue manando sangre hasta medio minuto. He visto salpicaduras en paredes y muebles a una distancia de hasta tres metros y medio de la víctima.

El flujo de sangre de una hemorragia así puede llegar casi los cuatro litros; el patrón arterial sigue el ritmo del corazón y es inconfundible cuando está presente. No veo nada parecido, ni de lejos.

—No creo que la causa de muerte vaya a ser el cuello cortado ni el desangramiento. No ha sangrado lo suficiente. —Eso ya se lo puedo decir a Marino—. No parece que se resistiera cuando lo han atado ni que lo hayan obligado por la fuerza a sentarse en la silla. No hay arañazos ni magulladuras, ninguna señal de forcejeo hasta el momento.

Alumbro con la linterna la cinta americana manchada de sangre en torno a las muñecas: le han dado dos vueltas y no ha quedado lo bastante prieta como para hundírsele en la piel.

—Por lo general, cuando alguien está a punto de morir, entra en pánico. Tú y yo lo hemos visto más veces de las que nos gustaría recordar —continúo explicándole—. La cinta se arruga, a menudo se clava en las muñecas y los tobillos mientras la víctima se resiste como loca. Y lo mismo sucede si está amordazada, sobre todo si la persona tiene dificultades para respirar.

—¿Y si alguien se te acerca por detrás con un cuchillo? Entonces seguro que pierdes los papeles. —Marino ilumina con la linterna todo lo que hago—. No vas a quedarte ahí sin más con la cabeza echada hacia atrás. Por mucho que tengas sujetas con cinta las manos y los pies, seguro que intentas escapar o resistirte como un demonio.

—Siempre y cuando estés vivo y consciente —señalo.

Las carótidas y demás vasos sanguíneos seccionados hacen pensar en mangueras cortadas, y los músculos infrahioideos y la vía respiratoria están limpiamente rebanados. Examino el cuello por

delante y por detrás desde todos los ángulos como mejor puedo, intentando no mover la cabeza de la víctima, medio desprendida del cuerpo.

—Es posible que le hayan cortado el cuello en esta habitación —decido—, pero sospecho que no ha muerto aquí.

—Eso mismo pensaba yo. —Marino me acerca los termómetros y el escalpelo—. Debería haber salpicaduras de sangre por todas partes.

—Y no las hay porque ya estaba muerto —repongo—. Eso puedo determinarlo ahora mismo con bastante seguridad.

—Quizá ha tenido un infarto. Quizá cuando el asesino ha sacado la cinta americana y el cuchillo, Wally se ha dado cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, ¿no? Al margen de cuándo haya sido, se ha llevado literalmente un susto de muerte. —La ira de Marino centellea de nuevo—. Ya hemos visto casos en los que la víctima muere en el transcurso del ataque.

—Hay que buscar ADN por transferencia en toda la ropa. —Desabrocho los pantalones caqui apenas manchados de sangre—. El asesino ha tenido contacto físico con el cuerpo mientras lo colocaba, lo amordazaba y le cortaba el cuello. —Bajo la cremallera.

Noto algo plano y duro en un bolsillo lateral de los pantalones de Wally. Meto los dedos enguantados y encuentro una llave de acero de aspecto común y sin etiqueta. Se la paso a Marino. Sujetando la linterna con una mano, hago una pequeña incisión en el cuadrante superior derecho del abdomen e inserto el largo termómetro químico de cristal.

—No sé de qué puede ser. —Marino alumbra la llave—. Desde luego no es de la tienda ni de la vieja furgoneta Chevy.

—¿Y de la caja registradora?

—No parece de un cajón de esos, pero lo comprobaremos —asegura.

Manipulo los brazos y las piernas, que ofrecen resistencia. El *rigor mortis* está bastante asentado y el cuerpo se nota tibio al tacto. Marino alterna hacer fotografías y facilitarme el material mientras alumbra lo que hago. Sigo oyendo a gente hablar y moverse tras la puerta cerrada que da a la parte delantera del establecimiento.

No sé con quién está Fruge o qué dicen. Saco el termómetro de la pequeña incisión que he hecho. La temperatura interior del cadáver es de 27,7 ºC.

—Encaja con que haya muerto aproximadamente hace siete u ocho horas en estas condiciones —le digo a Marino.

—He obtenido una lectura de unos grados menos con el termómetro de infrarrojos —señala.

—Era de esperar.

Se afana con la linterna, el bloc y el bolígrafo al tiempo que ahuyenta moscas, y hay cada vez más. Ilumino los zapatos de cuero marrón con cordones de Wally y me fijo en la ausencia de sangre y en que la suela está limpia. Examino las tres vueltas de cinta americana que le inmovilizan los tobillos y me llega un olorcito a colonia que me provoca una punzada en el corazón.

El papel cruje con estrépito mientras enfundo la parte inferior de las piernas de Wally en una bolsa grande; entonces se abre la puerta que da a la parte delantera de la tienda. Es como si mi deseo se hubiera hecho realidad. Benton entra con una torre de luces led conectada por medio de un cable a un generador.

—Tienes compañía. —Me mira—. Hágase la luz.

El atractivo rostro de rasgos marcados de mi marido está enmarcado en Tyvek blanco. Deja la torre en el suelo y al encenderla crea en el almacén un terrorífico espectáculo de luces y sombras.

Luego entra Fruge seguida de Doug Schlaefer, emitiendo roces susurrantes con sus equipos de protección personales.

—Quedaos en las alfombrillas descontaminantes y no toquéis nada. —Marino nunca vacila en recordar a todo el mundo que el cadáver y cualquier cosa relacionada con él es de nuestra competencia.

—Lucy y Tron también han venido. —Benton me lo dice a mí; su expresión impenetrable tras la mascarilla y las gafas de protección—. Están ahí fuera cerciorándose de que no se acerque nada ni nadie sin invitación.

—Dios bendito. —Doug mira el cadáver, y estalla su indignación—: ¿Qué coño le pasa a la gente? —Por un instante asoman lágrimas a sus ojos.

—¿Lo preguntas ahora, después de tanta mierda como has visto? —Marino ahuyenta moscas impacientemente con las manos enguantadas.

—¿Por qué hostias había necesidad de hacerle algo así? —Doug adopta un semblante que ya he visto en otras ocasiones.

—Eso no tiene nada que ver con la necesidad. —Marino no tiene mucha paciencia con la frágil sensibilidad de mi subdirector—. El cabrón que ha hecho esto es un puto cobarde, además de un matón. Tendría que meterse con alguien de su puto tamaño.

—Amén —conviene Fruge, que se dispone a ponernos al corriente de las últimas novedades.

Ha llamado a la hija, Clemmy, para informarle de que Wally Potter está muerto. Fruge ha dicho que al parecer lo han matado durante un robo y que su cadáver ha aparecido en el almacén.

—No quería que se enterara por las noticias —explica la policía—, y ya nada se mantiene en secreto mucho rato. Le he dicho que ha entrado alguien en la tienda, que ha robado algunas cosas, y que se ha ido la electricidad. Le he dicho también que la propiedad ha sufrido desperfectos.

—¿Tenía alguna idea de quién puede haber hecho algo así? —pregunta Marino—. ¿Le ha llamado alguien la atención últimamente? ¿Alguien que viniera por aquí a dar problemas o algo por el estilo?

—No tenía ni idea —responde Fruge—. Estaban siempre muy liados durante las horas punta; hay muchos turistas. Ha dicho que estas últimas semanas venía gente relacionada con el juicio de Hooke y que tenían mala pinta. Pero no ha sucedido nada digno de mención.

—¿Cuándo estuvo con Wally por última vez? —pregunto mientras introduzco sus manos atadas en una bolsa de papel.

—Ha trabajado hoy con él —responde Fruge—. Han venido hacia las siete de esta mañana, pero en coches diferentes, porque Clemmy quería marcharse antes. Ha dicho que cuando ha aflojado el ritmo a eso de las dos, se ha ido a Newport News. Otro empleado a media jornada iba a ocupar su puesto durante el fin de semana festivo.

—¿Y la caja fuerte? —indaga Marino—. ¿Qué había dentro?

—Wally guardaba ahí los billetes de lotería y los vales regalo, cualquier cosa valiosa o importante como escrituras, la documentación del coche, extractos bancarios; lo típico —señala Fruge—. Pero no el dinero en efectivo. Habréis visto la cámara

frigorífica grande al fondo, con el candado en la puerta. Clemmy pregunta por la lleve.

Si Wally llevaba tiempo sin pasar por el banco, escondía ahí la recaudación. Su escondrijo secreto era una toma eléctrica inutilizada en el interior de la cámara frigorífica al fondo del establecimiento, donde no se le ocurriría mirar a nadie.

—Luego guardaba la llave del candado en la caja fuerte, aquí en su oficina —dice Fruge—. Seguro que lo llevaba haciendo desde hace cincuenta años. Pero no es un mal sistema, en mi opinión. Naturalmente habría sido mejor no tener mucho dinero en la propiedad. Pero no era raro. Clemmy dice que debe de haber al menos cinco mil dólares dentro de la cámara, suponiendo que el asesino no haya entrado.

Mientras Fruge continúa contándonos lo que ha descubierto, Benton escucha estudiando el cadáver. Se fija en todo lo que lo rodea, elevando la vista al techo a menudo, como si recibiera señales desde el cielo. Luego nos mira a todos, tal como hace cuando tiene algo que decir.

—Cuando ha aparecido el asesino, Wally estaba vivo y alerta —empieza su vaticinio Benton como un profeta—. Se ha visto obligado a abrir la caja fuerte, en la que había cosas de valor, pero no dinero en efectivo. Ha tenido la presencia de ánimo para esconder la llave en el bolsillo sin que el tipejo se diera cuenta. Wally era consciente de que había bastante dinero. No quería que el intruso se lo llevara.

—A fin de cuentas, estaba pensando en su familia —señala Doug.

—Solo que el capullo se pregunta qué demonios ha sido del dinero de la caja registradora —responde Marino—. Y ahora está cabreado de verdad.

—Exacto —conviene Benton—. Se lleva otras cosas equivalentes al efectivo: billetes de lotería, vales regalo. Pero quería el dinero. Quería tener el control y ejercer todo el poder.

—Y quizá eso es lo que estamos viendo, y el motivo de que haya hecho esto: la ira. —Ilumino con la linterna el cuello de Wally, la herida abierta como una boca que gritara.

Explico que la herida *post mortem* se ha infligido por medio de un único corte de derecha a izquierda que arranca en el lóbulo de la oreja derecha. Me sitúo detrás del cadáver para mostrárselo.

—La incisión cruza en línea recta la parte anterior del cuello, yendo a parar aproximadamente centímetro y medio por debajo de la oreja izquierda. Y rara vez he visto algo así cuando le cortan el cuello a alguien —explico, y Benton es quien más necesita oírlo—. Lo típico en casos así es que la agresión se produzca desde atrás, con el asesino y la víctima en pie. La trayectoria del tajo es descendente, no en línea recta a través del cuello.

Mientras describo todo esto en la habitación caldeada y sin ventilación, el hedor a descomposición es horrible y no hará más que ir a peor. Las previsibles moscas azules siguen acudiendo al cadáver y el zumbido constante es infernal. Describen sus glotonas órbitas a la luz estridente de la torre de iluminación, y las espanto como puedo mientras continúo con mis observaciones.

—Lo han sentado y amordazado después de muerto —señalo—. El asaltante estaba detrás de él, donde estoy yo.

Lanzo un tajo al aire en horizontal con un cuchillo imaginario para demostrar a qué me refiero. Sugiero que, a menos que el asesino sea ambidiestro, seguramente es zurdo como yo. Esta persona es

bastante fuerte, y usaba un instrumento de corte de tamaño considerable.

—Algo que ha traído y que se ha llevado después de hacer esto —afirma Benton como si lo supiera.

—No hemos encontrado el arma, ni el rollo de cinta americana ni nada de lo que pudiera haber utilizado cuando estuvo aquí —informa Marino.

—Es probable que estén en lo que use el malnacido para llevar todo lo que necesita —dice Benton—. Posiblemente algo que guarda en su vehículo. O en casa o en el lugar de trabajo, allí donde pase el tiempo. Seguro que no se deshace de esas cosas. No lo considera necesario. Le gusta y tiene confianza en aquello que conoce y cree fiable. Se trata de alguien que tiene rituales y costumbres que le han dado resultado. Pero se está volviendo descuidado.

—¿Descuidado? —Doug tiene los ojos abiertos de par en par y desprenden furia—. Esto me parece muy premeditado. Ese cabrón ha venido con un plan.

—Ha sido impulsivo —dice Benton—. Pero eso no significa que no se haya planteado robar en este establecimiento alguna otra vez. Ha actuado cuando lo ha hecho dejándose llevar por la emoción. Tiene un comportamiento compulsivo, y nunca sale de casa sin ciertas cosas que pueda precisar.

—¿Y un cúter? —pregunta Fruge—. Por lo general suele haber más de uno por ahí en las zonas de almacenamiento. No veo ninguno. Me pregunto si no se los habrá llevado el asesino.

—No habrá vacilado en llevarse cualquier cosa que necesitara —dice Benton—. Pero no se trata de alguien que se presente y coja lo que tenga más a mano para usarlo como arma.

—Esto no se ha hecho con un cúter. —Indico la salvaje herida del cuello—. La hoja no es lo bastante larga. El tajo llega hasta la espina dorsal. La tráquea está cortada por completo, lo que supone una manera horrenda de morir. Por regla general, en la autopsia observaríamos que ha aspirado sangre. En esencia, intentas tomar aire a bocanadas, estás inhalando tu propia sangre, te ahogas a la vez que te desangras hasta morir.

—Suponiendo que todavía estuviera vivo cuando le han cortado el cuello —dice Doug, que suda copiosamente—. Joder, espero por su bien que no lo estuviera.

—No lo creo —respondo—. Estoy casi segura de que confirmaremos que no lo estaba.

—¿Por qué razón lógica iba a hacer nadie algo así? —suelta Doug, alarmado.

—¿Qué te hace pensar que este tipo de putadas son lógicas? —La voz de Marino resuena como el metal.

—¿Para qué tomarse tantas molestias si ya estaba muerto? —Doug está cada vez más furioso y disgustado—. Suponiendo que haya sufrido un paro cardiaco, ¿para qué hacerle esto después, por el amor de Dios? ¿Para enviar un mensaje?

—Es una buena razón, sí —dice Benton—. Pero no la única.

23

—¡A veces odio a la puta humanidad! —declara Doug. Y eso que solo tiene cuarenta años.

Se enfurece como muchos patólogos forenses todavía lo bastante novatos para quedar consternados y traumatizados. Lo he visto mandar de una patada un cubo de plástico hasta la otra punta de la sala de autopsias entre maldiciones. Lo he visto sentarse y esconder la cara entre las manos intentando recomponerse, sobre todo si es un niño el que está encima de la mesa.

Cuando empezó la invasión de Ucrania, tuvo que dejar de ver las noticias porque si no, no dormía. Según me dijo en confianza, había ciertas atrocidades que no estaba seguro de ser capaz de gestionar en el caso de que se lo pidieran. Quizá escogió la profesión equivocada, reconoció durante el almuerzo un día especialmente malo. Le dije que me preocuparía que no se sintiera así.

—Creo que ya he visto suficiente —decide Benton—. ¿Estás lista para que nos vayamos? —Me mira a mí, y yo miro a Doug, a ver si está preparado para la tarea.

—¿Te apañarás? —pregunto a mi lugarteniente, y sabe que lo digo en serio—: Puedo quedarme.

—Nos encargamos nosotros a partir de aquí. —Respira hondo.

—No te preocupes, Doc —me dice Marino—. Ya sé lo que hacer. ¿Por qué no te vas a casa con Benton? Yo me quedo aquí con Doug

y nos vemos luego.

—El maletín…

—Sí, lo sé, está en la furgo —responde Marino—. Déjame un par de minutos y te lo llevo.

En la parte delantera de la tienda, unos cables eléctricos que serpentean por el suelo de baldosas conectan más torres de luces led. Las estaciones de energía portátiles son ruidosas.

—Supongo que no has venido solo para llevarme a casa —le comento a Benton—. Aunque es un detalle por tu parte y me alegro mucho de verte.

—No es el único motivo, pero sí uno importante —responde.

Hemos llegado al mostrador donde está ordenada y preparada la comida. Hay galletas, magdalenas, pan y dulce de azúcar caseros en vitrinas de cristal. Wally o alguien ha retirado los productos perecederos, lo que concuerda con mis sospechas de que había cerrado temprano. Miro a través de la puerta de vidrio de un frigorífico los envases de plástico de sándwiches de rosbif con salsa picante y el gazpacho especiado que me encanta.

Las etiquetas llevan la fecha de hoy, así como la lista de ingredientes. Otros alimentos se han preparado esta mañana, como la ensalada de atún y huevo, y prefiero no pensar en el hambre y la sed que tengo.

—Creo que ha sido una agresión de oportunidad —observa Benton —. Como lo que ha sucedido con posterioridad en Chilton Farms.

Empieza a ponerme al tanto de más observaciones ahora que estamos a solas. El robo y el asesinato no estaban previstos hasta que el atentado contra el presidente ha fracasado, lo que ha sido motivo de enorme frustración y decepción para los terroristas. Pero

este psicópata en particular tenía que seguir demostrando lo duro que es.

—Si el intento de asesinato de antes contra el presidente hubiera tenido éxito, esto no habría pasado. —Benton se refiere a que no se habrían ensañado con el mercado, y probablemente tampoco con Chilton Farms.

El asesino se ha presentado aquí primero. Tenía intención de eliminar a quienquiera que estuviera trabajando en la tienda, y debía de saber que Wally estaba solo.

—Pero el asesino no se esperaba lo que ha ocurrido —dice Benton —. Se le ha negado la oportunidad de cebarse, de ver miedo y hacer sufrir a alguien. Quería tener esa sensación de poder, y no lo ha logrado. Wally ha muerto antes de que su asesino tuviera ocasión de ensañarse con él como un sádico: ha sido como un trapo rojo para un toro ya enfurecido.

—¿Y Rachael? ¿Por qué ella? —pregunto cuando enfilamos un pasillo abarrotado de conservas y bolsas de café en grano que puede moler el cliente—. ¿Porque el asesino no había satisfecho su compulsión?

—Sí —dice Benton—. Y quizá por algún motivo no tenía a Rachael en el radar. La gran pregunta es por qué ha ido a Chilton Farms para empezar. ¿Por qué escogió esa propiedad? ¿Estaba familiarizado con el lugar? Yo diría que la respuesta es sí. El asesino está al borde de la locura.

—Justo lo que necesitábamos. Alguien fuera de control con un arma de microondas. Un tipo que dispara desde el coche con ella, desactiva sistemas de seguridad, provoca daños cerebrales, o incluso

la muerte, a cualquiera que se le cruce —respondo, y ya estamos en la sección de golosinas y chicles retro.

—Se encuentra en un periodo de calma que no durará mucho —dice Benton—. Supongo que a estas alturas habrá regresado adonde vive. Te recuerdo que tiene amigos y vecinos, seguramente familia que ignora por completo su vida secreta.

—Hablas como si supieras quién es.

—Sé lo que es, y no hablamos de una sola persona —dice Benton —. Trabaja con su manada. También actúa solo, es reservado y no se apega emocionalmente a los demás.

El helado y los demás alimentos congelados que atestan las neveras se están derritiendo, como si no se hubiera desperdiciado ya suficiente hoy. Buena parte de lo que hay en la tienda se echará a perder, y me pregunto si volveré alguna vez por aquí. Me pregunto si abrirá de nuevo este establecimiento. Sería terrible que Belle Haven Market desapareciera después de tantos años. Alexandria habría perdido parte de su alma.

Cerca de las cremas solares y los repelentes contra insectos hay un barril de chanclas. Luego un aparador de libros de bolsillo y, al final, el mostrador de la caja registradora. El cajón vacío está abierto y recubierto de un polvillo hollinoso. Detrás del mostrador hay un tablero de clavijas de las que no cuelga nada.

—Dinero en efectivo o similares, eso tenía en la cabeza —observa Benton—. Los vales regalo se pueden usar. Los billetes de lotería se venden en internet de forma anónima. Te puedes deshacer así de casi todo, incluidos bienes robados y moneda falsa.

Así es como se financian los terroristas hoy en día, explica. Y en los últimos años han contado cada vez con más subvenciones y

apoyo de los rusos.

—La persona que ha hecho esto sabía exactamente qué llevarse y dónde estaba. —Examino docenas de clavijas vacías.

Los billetes de lotería y los vales regalo detrás del mostrador no serían visibles desde el exterior de la tienda si se mirase a través de las ventanas o de la puerta acristalada de la entrada. Hay que estar cerca de la caja registradora para ver el tablero de clavijas, lo que yo diría que es un detalle importante. El asesino sabía qué había aquí dentro que pudiera interesarle.

—Otro argumento a favor de que está familiarizado con el lugar —añado.

—Ya había estado aquí antes —dice Benton—. Creo que el cajón del dinero ya estaba vacío y la tienda cerrada para cuando disparó con el arma de microondas, cargándose las cámaras y todo lo demás.

La caja registradora no estaba cerrada cuando la ha visto Fruge. No había nada dentro, salvo el recibo en papel de la recaudación total del día guardado bajo el separador del efectivo, según me dice Benton.

—Debe de haberlo hecho Wally después de sacar el dinero —respondo mientras miro la silla ergonómica detrás del mostrador y me lo imagino ahí sentado—. La persona que abra a la mañana siguiente tendrá los detalles de la víspera. Otra vieja costumbre, supongo.

—Desde las once de esta mañana hasta las dos o así no han parado: ventas por valor de casi mil quinientos dólares —comenta Benton.

Después ha habido poca actividad, la última transacción se ha hecho a las 14.37, dice. Alguien ha pagado cincuenta dólares por gasolina con un vale regalo que no quedaría vinculado con el nombre del cliente ni ningún tipo de dato que lo identificara.

—Es la última transacción que figura en el recibo de la caja —explica Benton.

—Lo que significa que no sabemos quién era, porque no se ha pagado con tarjeta de crédito. Y no ha tenido que entrar para pagar —respondo.

—Mucho me temo que era el asesino llenando el depósito —sugiere Benton—. Estaba haciéndose una idea de la situación mientras tanto, cerciorándose de que no hubiera nadie que lo oyera o lo viera.

—Seguía habiendo luz eléctrica en esos momentos. Tenía que ser así si funcionaban el surtidor y la caja registradora —respondo—. La persona que ha puesto gasolina debe de haber quedado grabada, suponiendo que las cámaras estuvieran activas.

La que hay en la pared enfrente de la caja registradora está apagada, su mirada ciega fija en la puerta de entrada. Aparte de esa, la única que he visto está fuera, en un poste de luz en la isla de autoservicio. El ataque con microondas ha destruido el sistema de seguridad, por lo que Benton no espera que las cámaras nos aporten nada.

La puerta de entrada se ha quedado abierta y un agente de la científica busca huellas dactilares. Imagino a Marino mirando el interior con las manos ahuecadas en torno a los ojos y apoyadas en

el cristal. Sin duda la policía encontrará pruebas de que estuvo aquí, pero eso ya lo explicará él. Benton y yo salimos para encontrarnos con un trepidar de luces rojas y azules; el aparcamiento está atestado de coches y furgonetas de organismos policiales, con distintivos y sin ellos. Ha aparecido el FBI, con al menos una docena de agentes con chaleco antibalas.

Hay helicópteros sobrevolando la zona. Supongo que era inevitable que los medios se enteraran de que ha ocurrido algo a escasos kilómetros de donde han hallado muerta a Rachael Stanwyck. Ha venido el Canal 5. Han acudido las principales cadenas de televisión, con sus camiones vía satélite alineados en la calle mientras los equipos de grabación acechan el acceso cortado a Belle Haven Market.

La unidad científica del Servicio Secreto ha puesto iluminación, y reparo en las dos bicicletas eléctricas apoyadas en la carpa sin laterales. Benton y yo vamos quitándonos el mono y los guantes de Tyvek, pero sigo sin ver ni a Lucy ni a Tron.

—No me importaría nada no volver a ponerme esto en la vida. —Tiro el EPI al contenedor de residuos biológicos.

—Los zapatos son un bonito detalle. —Benton examina el traje de lino arrugado que llevaba en la sala de justicia y los calcetines y las zapatillas de deporte que me ha prestado Lucy.

Él lleva el mismo traje que se ha puesto esta mañana temprano, gris marengo con una camisa de rayas gris y corbata a juego, y el sudor ha traspasado todas las prendas. Se retira de la frente el pelo húmedo color platino en el momento en que Marino aparece por la misma puerta por la que acabamos de entrar nosotros. Tiene mi maletín, como había prometido, y me lo entrega.

—No te preocupes, me he cambiado de guantes antes de tocarlo —asegura.

—Por cierto. —Indico al agente que toma huellas de la puerta principal—. Más vale que los pongas al tanto de nuestra visita de antes.

—Ya lo he hecho —dice Marino.

Nos cuenta que Fabian llegará en cualquier momento, y entró en la carpa forense para coger unos botellines de agua de la nevera portátil. Benton y yo vamos hacia el aparcamiento, donde las luces estroboscópicas de los servicios de emergencia resultan estridentes y hasta desconcertantes. Hago visera con la mano para protegerme y entorno los ojos como si mirara el sol.

El retumbo constante de los motores diésel es como el fragor del mar en plena tormenta; evito mirar hacia las cámaras que nos enfocan. Alcanzo a oír a Dana Diletti, que habla por el micrófono acerca del «legendario Benton Wesley».

«El hombre que susurra a los asesinos en serie», así es como se refiere a él. «Igual que en *El silencio de los corderos*…», dice.

El todoterreno Tesla negro de mi esposo está aparcado entre dos vehículos sin distintivos, y cuando nos montamos, quito el tapón a dos botellines de agua y le paso uno. No quiero dejar pétalos de flor, tierra y demás desechos en la alfombrilla, así que me limpio las suelas de las zapatillas. Benton hace lo propio, y cerramos las puertas. El motor eléctrico es silencioso, y la policía retira las barricadas de caballete para permitirnos salir mientras las cámaras continúan grabando.

A veces se me olvida que mi marido, tan elegante en su vestir y tan intuitivo psicológicamente, pasa tanto tiempo como Lucy en el

circuito de conducción táctica del Servicio Secreto, por eso no es casualidad que arranque y salga disparado, y nadie va a ponerle una multa. No hay mucho tráfico en la autopista, así que adelanta a todos como si tal cosa con movimientos leves pero firmes.

—Hola. —Su perfil se bosqueja con nitidez bajo la tenue luz de la cabina acristalada; la barba incipiente en su mentón parece arena—. Me alegro de verte. —Me agarra la mano.

Los bosques están negros como boca de lobo entre donde nos encontramos y el río. Miro por los retrovisores una y otra vez, aliviada de que no parezcan seguirnos. Sin duda, Benton despistaría al que lo intentara. Es la primera vez que me relajo ligeramente en todo el día.

—Yo también me alegro de verte —respondo—. Estaba deseando que llegaras y, de pronto, te vi. Es una suerte que hayas venido. No hay nada como ver las cosas en persona.

—No es la única razón de que apareciera. —Abre un menú en la pantalla táctil para ajustar la temperatura del aire acondicionado—. He pensado que necesitarías que alguien te llevara a casa. O eso esperaba. Y tengo novedades.

Me advierte de que no son alentadoras. Los terroristas a los que nos enfrentamos son nuevos en lo que hacen, pero también astutos y sofisticados. Son más listos de lo que a Benton le gustaría creer, me explica de camino a casa. Lo que ha ocurrido hoy es peor de lo que han dado a entender a la ciudadanía.

—No es lo que esperaba oír —reconozco.

—Nadie ha visto venir el ataque —confiesa—. Ni el Servicio Secreto ni el FBI ni la CIA: nadie. No sabemos nada de los responsables. Y eso es muy preocupante, Kay.

—Es más que preocupante, y nos pilla demasiado de cerca como para tomárnoslo con calma. —Pienso en las muchas horas que hemos pasado hablando precisamente de esto.

Estamos acostumbrados a los peores escenarios imaginables, y la información es vital para protegernos y estar preparados. Las calamidades se evitan gracias a avisos previos, y casi siempre corren rumores en internet. Hay actividad en teléfonos móviles e imágenes por satélite. Espías y colaboradores nos ponen sobre aviso. Además, el *modus operandi* suele ser predecible y reconocible.

—Pero no con estos canallas —dice Benton—. No hemos detectado nada hasta el último momento. Y no eran sus móviles lo que detectábamos, sino sus puñeteras armas abriendo fuego. Como bien dices, nos pilla muy de cerca para tomárnoslo con calma. No estábamos buscando a esos tipos, y no tenemos ni idea de quiénes son.

—No es eso lo que han estado diciendo en las noticias, tienes razón —replico—. Según los medios, recibisteis un chivatazo.

—Lo que se ha hecho público es lo que queremos que crean los terroristas. Que hemos recibido una alerta. Que no nos han cogido desprevenidos. Pero no es así. No quiero ni pensar en lo que podría haber ocurrido de no haber desviado la comitiva. Si el presidente y otros cargos llegan a bajarse de sus vehículos… Bueno, no hace falta que lo diga.

24

—Me da la impresión de que queréis que los terroristas estén más paranoicos y más furiosos todavía. —Contemplo el perfil anguloso de mi marido, su furia callada como si del calor que desprende un motor sobrecargado se tratase.

—Quiero que se vuelvan unos contra otras —dice Benton—. Quiero que estén tan asustados y desestabilizados como quieren que lo estemos nosotros. Entonces se pasarán de la raya, y los atraparemos.

—Parece personal.

—Claro que es personal. —El semblante se le ve duro a la luz de los faros que vienen en dirección contraria: rara vez se expresa con tanta agresividad—. Sean quienes sean, han intentado cargarse al presidente y a Dios sabe quién más hoy. A la hermana de Annie y a Wally Potter los han asesinado justo en nuestro patio trasero, y lo que se le hace a uno se nos hace a todos.

—Me preocupa qué pasará ahora —respondo.

—Dos coma tres cero cinco gigahercios —me recuerda—. Eso no lo ha visto venir nadie.

Salvo las dos mujeres jóvenes en bicicleta con analizadores de señales en la mochila. Ellas eran lo único que había entre el presidente y los terroristas cuando han tendido la trampa. La primera frecuencia de 2,305 GHz que han detectado Lucy y Tron era

el único indicio de lo que se avecinaba, y gracias a Dios que estaban alertas.

Benton cree que avisaron a los francotiradores que estaban al acecho para que abortaran la misión en cuanto la comitiva presidencial se desvió. Pero no sabe cómo pueden haberlo hecho. No se ha detectado actividad de telefonía móvil que explique cómo tres tiradores en tres ubicaciones distintas han recibido el mensaje de manera simultánea, desactivando sus armas al instante. Se dispersaron sin más y guardaron silencio, salvo uno de ellos. Su acto de violencia quedó interrumpido. Era como un incendio fuera de control.

—Cuando se detectó de nuevo la señal —asegura Benton—, creo que era el asesino disparando su arma de microondas en Belle Haven Market. Este terrorista en concreto es listo, posee pericia técnica y se ha abandonado a la violencia. Es arrogante y está demasiado seguro de sí mismo. Los riesgos que corre serán cada vez más grandes y espeluznantes. Hay que detenerlo, y tiene que ser ahora.

—Ha ido a por el presidente y luego ha asesinado a dos personas en el transcurso de unas horas. ¿Sus actos pueden ser todavía más grandes y espeluznantes? —respondo.

—Se trata de alguien capaz de cualquier cosa, y con experiencia —continúa Benton—. Sospecho que es mayor. Tal vez de cuarenta y tantos o cincuenta y pocos. Tiene un historial de comportamiento violento, pero nunca lo han detenido ni ha estado en la cárcel. Sospecho que sirvió en el ejército pero se hartó.

Un asesino sin antecedentes porque en el pasado ha sido metódico y cuidadoso. Pasa épocas en las que se contiene, refrena

el comportamiento impetuoso, predice Benton mientras seguimos hacia Old Town.

Describe cómo a este delincuente en particular lo motivan las fantasías violentas. Es un tipo que no alardea de sus crímenes y no tiene necesidad de compartir los detalles. Vive solo y se le da bien pasar desapercibido. Los de su entorno seguramente lo describirían como discreto, amable, quizá atento.

Un vecino de esos que se acercan a ayudarte a arrancar el coche o a quitar la nieve del sendero de acceso; en absoluto parece malvado. Los psicópatas violentos rara vez lo parecen, y el motivo más habitual de que los atrapen es que se van de la lengua. Cuentan batallitas, alardean, sobre todo cuando se emborrachan o se colocan. Hacen alguna estupidez como dejar que les pongan una multa o regalarle a una novia las joyas de la víctima.

—Pero este tipo no —dice Benton—. Ha tenido un cuidado exquisito hasta ahora. Me pregunto si haberse expuesto a la radiación le estará afectando. Sus cómplices y él deben de estar entrenando, investigando y experimentando en todo momento del mismo modo que harían con cualquier arma o tecnología nuevas.

—La exposición a la radiación de microondas podría ser un problema si no se va siempre debidamente protegido —convengo—. Y es fácil bajar la guardia, como los trabajadores que dejan de tomarse la molestia de llevar casco o arnés de seguridad; es entonces cuando ocurren las desgracias.

—Tiende a la reclusión, vive en su propia realidad maligna. Su comportamiento compulsivo irá a más a medida que vaya perdiendo el control. —Benton me dice lo que ve en su infernal bola de cristal

—. Es como un asesino sexual desbocado. Ya no le importan las consecuencias, o no habría hecho lo de hoy.

—Creo que si se ha descontrolado, los demás miembros de la célula terrorista lo considerarán un lastre y harán algo al respecto —replico.

—Eso espero, si no lo encontramos nosotros antes. Pero no contaría con ello. También está provocando un circo de atención mediática, y los terroristas se alimentan de eso. Que estas atrocidades se conviertan en herramienta de reclutamiento supone una amenaza aún mayor.

Mientras lo dice, leo el mensaje de texto de Marino que me acaba de llegar. Me hace saber que el cadáver de Wally Potter está bien envuelto y en la camioneta. La policía me acompañará a mis oficinas, y Fabian debe de estar en el séptimo cielo. Su exótico aspecto físico ha hecho que salga en todas partes, más que nada mirando los helicópteros de las noticias, o haciéndose notar junto a la camioneta.

En otras noticias que voy viendo en el móvil, los agentes del FBI han entrado por la puerta principal medio astillada de la casa de Annie Chilton escoltándola. Le han dejado estar allí el tiempo suficiente para recoger unas pocas pertenencias, sin perderla de vista ni un instante.

—No puedo ni imaginar lo que debe de estar pasando Annie —le comento a Benton.

Ahora vamos por Patrick Street; no falta mucho para llegar a casa. Es casi medianoche y Old Town está atestada. Restaurantes y bares están llenos y hay gente en las aceras hablando a voces y riendo. El

contraste entre esta escena y Benton y yo comentando las atrocidades del día me parece surrealista.

—Al menos está a salvo en nuestra casa —dice—. Y Dorothy está con ella.

—No es exactamente a quien habría dejado a cargo de Annie ahora mismo —replico.

No hay nada que le guste más a mi hermana que meter las narices en asuntos ajenos. Pero Benton no tenía tiempo para acomodar a Annie, y Dorothy ha acudido de inmediato, cosa que le agradezco.

—Me pregunto qué sabrá Annie sobre la presunta relación de Rachael con Bose Flagler. —Busco un indicio de que Benton está al tanto—. ¿Has oído esos rumores?

—Sé lo de su relación romántica —dice.

—Entonces es algo más que cotilleo o especulación.

—Flagler reconoce que estaba saliendo con ella discretamente, pero no en exclusiva. Está asombrado y disgustado, pero no me ha dado la impresión de que estuviera muy afectado.

—¿Has hablado con él en persona?

—No —contesta.

Ha presenciado la entrevista a distancia mientras hacía indicaciones al inspector a cargo de la misma. Bose Flagler no estaba enamorado de Rachael Stanwyck, pero ha reconocido que ella sí lo estaba de él. Estas últimas semanas no la había visto mucho, y no solo por el juicio de Gilbert Hooke.

—La familia de Flagler tiene un yate fondeado en Raven Landing, pero él tampoco ha tenido tiempo para salir a navegar —dice Benton —. Supongo que le resultaba más fácil ver a Rachael si de paso

hacía alguna otra cosa de su gusto; así mataba dos pájaros de un tiro.

—Ella debía de estar hecha polvo.

—A Flagler le preocupaba que Rachael se hubiera tomado la relación tan en serio demasiado pronto —afirma Benton—. Estaba buscando la casa perfecta para mudarse y esperaba que lo hicieran como pareja. Asegura que ella había empezado a decir que sería la consorte ideal para un político.

—Con lo humilde que es ese, suena a algo que diría él —respondo —. ¿Es él la razón de que decidiera divorciarse de su esposo multimillonario?

—Flagler lo niega, pero me parece que no hay duda al respecto.

Camino de nuestra casa antigua a orillas del río nos cruzamos con coches de la policía de Alexandria que patrullan el barrio. Los agentes nos saludan con un gesto de la cabeza. Benton dice que tendrán vigilada nuestra propiedad hasta que las cosas se calmen.

—¿Cuándo crees que será? —Le acaricio la mano con el pulgar.

—No lo sé.

—¿Crees que la relación de Rachael con Flagler tiene algo que ver con su muerte?

—Todo está relacionado con todo —asegura Benton—. Si es el motivo de que decidiera mudarse a Chilton Farms una temporada, la puso en situación vulnerable. Estaba en un sitio que no le gustaba y en el que no se sentía a salvo, y todo por él. Es una propiedad que prácticamente carece de seguridad, y estaba a merced de cualquier depredador.

—Sería más lógico que el asesino se hubiera llevado las joyas, el dinero en efectivo que llevaba en la cartera, que hubiera intentado robar la casa tal como ha hecho en el mercado —respondo—. No entiendo su móvil.

—Ni eso ni la elección de la víctima —conviene Benton—. Por eso nos falta algo importante.

A la entrada de nuestro sendero de acceso de ladrillo hay unas lámparas de carruaje encendidas, y la verja de hierro negro está cerrada. Las luces de la casa chispean como llamitas entre los densos árboles mecidos por el viento. Benton pulsa la pantalla en el interior de la cabina del vehículo eléctrico. La verja va deslizándose por el riel hasta quedar abierta, todo grabado y supervisado por el software de inteligencia artificial de Lucy.

Unas cámaras de infrarrojos que no se ven registran nuestro número de matrícula y otros datos a la velocidad del rayo. Los micrófonos ocultos perciben todos los sonidos mientras los algoritmos reconocen los tipos de vehículos y quién va dentro. Antenas apenas visibles captan señales procedentes de todas direcciones, que luego son analizadas sin cesar por equipos en diversas ubicaciones, incluida la casa de campo de ladrillo blanco para invitados donde vive mi sobrina.

Con las cortinas echadas es imposible saber si se encuentra en casa, con las luces encendidas o apagadas. Casualmente sé que no está en estos momentos, pero confío en que regrese pronto. Respiraré tranquila cuando llegue Marino y todo el mundo se encuentre a salvo, incluido el gato de Lucy, Merlin. Nunca se sabe dónde puede aparecer. Estoy pendiente por si lo veo mientras recorremos el sendero de acceso.

—No hace falta que aparquemos en el garaje —decide Benton, porque la antigua cochera tiene puertas de madera que hay que abrir manualmente.

Puede ser un fastidio, y con mi Subaru del gobierno dentro, no queda mucho sitio. Llegamos a nuestra casa de dos plantas y ladrillo blanco con tejado de pizarra gris. No hemos hecho grandes cambios desde que nos mudamos, aparte de despejar el jardín. Hace poco sustituimos dos cañones de chimenea rotos y repintamos las puertas y las contraventanas de un azul intenso, al que han llamado Everard, que encaja con el periodo.

Delante están aparcados el Prius blanco de Annie Chilton y el Range Rover color verde de competición de mi hermana. Cuando Benton y yo nos apeamos, Dorothy abre la puerta principal; le encantan los pijamas de una pieza. Por suerte, ha prescindido de sus típicos atuendos temáticos, que podrían resultar inapropiados teniendo en cuenta quién está de visita y por qué: un esqueleto, un zombi o un pijama a rayas de presidiario estarían fuera de lugar. Sus mallas en plan la jueza Judy de la tele y una sudadera con capucha serían de mal gusto, igual que los adornos fosforescentes.

Dorothy va sobriamente vestida de negro. Ha moderado la base bronceadora y el maquillaje de ojos, y no enseña mucho escote. Lleva el pelo rubio claro corto y peinado hacia atrás, como Annie Lennox, y unos pendientes de botón de diamante.

—Vaya día infernal. —Mi hermana se hace a un lado para dejarnos pasar—. Sinceramente, lo que dicen las noticias es desconcertante a más no poder. Y por lo visto han vuelto a pillarte en una situación desafortunada, Kay. —Se queda mirando las zapatillas de Lucy que

llevo puestas—. Es increíble que te hayas dejado los zapatos en la acera.

—¿Qué tal está Annie? —pregunta Benton mientras yo cierro la puerta y vuelvo a activar la alarma.

—Se muestra estoica pero confusa —contesta Dorothy—. ¿Por qué iban a matar a Wally? ¿Por qué a su hermana? ¿Y la han agredido sexualmente? ¿Qué les han hecho? ¿Los han estrangulado o acuchillado? Dios santo, espero que no los torturaran, que no fuera un horror en plan Charles Manson. Es todo tan misterioso y críptico…

—Sé que entiendes que no podemos hablar de eso, Dorothy. —Dejo el maletín en la mesa de la entrada—. No te lo tomes como nada personal, por favor. —Porque siempre lo hace.

—Debes de estar agotada. —Es capaz de pasar de la ternura a la frialdad en un abrir y cerrar de ojos.

—Gracias por echar una mano con Annie. —Benton se quita la chaqueta del traje—. Te lo agradecemos mucho.

—¿Hay motivos para tener miedo? Bueno, ya sé que no me lo vais a decir. —Mi hermana todavía hace pucheros igual que cuando era niña—. Pero al menos podéis dejar caer una insinuación. Estoy bajo el mismo techo que vosotros. Lo que os ocurra, me afecta a mí también.

Vuelve a lamentarse de que, desde que el juicio de Hooke se trasladó a Old Town en Alexandria, la vida normal se ha ido al cuerno. Se refiere a la «gentuza» que ha venido de visita, como ella la llama, una turba asquerosa que vocea y se pavonea con sus armas por la tele. No cabe esperar nada bueno cuando «invaden tu

casa facciones en pie de guerra», y no está acostumbrada al uso de esos términos.

—Las familias Tupelo y Hooke son como los Hatfield y los McCoy, los Montesco y los Capuleto. —Dorothy sigue perorando—. ¿Qué creéis que ocurre si acampan en el barrio una temporada? Pues que trasladan aquí sus puñeteras disputas. Traen consigo su intolerancia y su comportamiento criminal, eso es lo que ocurre. Y está claro que ya lo han hecho.

Me pregunto de dónde ha sacado mi hermana la información en unos momentos en los que las sospechas se arremolinan como un tornado. Los detalles sobre la enemistad entre los Hooke y los Tupelo no han sido el centro de atención en el juicio, sino apenas una mención de pasada. Cuando April y Gilbert empezaron a salir, imagino que les pareció emocionante y prohibido hasta que dejó de serlo. Las discusiones y peleas como la de la última noche de la vida de April en el barco no eran nada raro.

Benton diría que su patología fue lo que los unió. Estaban cortados por el mismo patrón, como dice Dorothy, y seguramente tiene razón partiendo de lo que he visto en los informes confidenciales. Pero esa clase de detalles no han salido a relucir durante el juicio. No obraría en interés de Flagler que la víctima no sea una chica encantadora a la que se supone que debemos compadecer.

No convendría que los miembros del jurado decidieran que no era mucho mejor que el hombre acusado de matarla. Sal Gallo también tiene que andarse con cuidado. No obtendría ningún beneficio de denigrar a una joven cuyas espeluznantes fotografías se exhiben por toda la sala. No se anotaría tantos insinuando que April Tupelo se

merecía un final así. Pero después de todo lo que he leído, entiendo que haya quien lo crea.

—Son gente destructiva, horrible, en otras palabras —dice Dorothy —. Tengo la sensación de que vais a descubrir que todos sin excepción están podridos hasta la médula. La víctima, el acusado y los demás implicados.

Me parece que ya sé lo que estaba haciendo mi hermana en casa durante horas sin otra compañía que la de Annie. Si hubiera esperado que acabara así el día me habría conducido con más cuidado: habría acondicionado la casa «a prueba de Dorothy», como me lo planteo yo.

—El juicio nos ha traído todo esto hasta la puerta de casa. Luego una desgracia lleva a otra y nos destroza la vida a todos los demás —continúa—. No sé cómo podré volver a Belle Haven Market después de esto.

—De hecho, no podrás durante una temporada. —Benton se quita la corbata—. Ha sufrido muchos desperfectos. —Abre el armario de la entrada.

—Alguien ha tuiteado que ha pasado por delante en coche y no había luz. Habían saqueado el establecimiento. Han robado un montón de cosas, y a Wally lo han encontrado dentro del almacén — informa Dorothy—. ¿Y en temporada alta? Apuesto a que estará cerrado todo el verano; es deprimente.

Se comporta como si le apenara más que a cualquier otra persona, pero lo que está haciendo en realidad es recabar información.

—Supongo que Annie y tú ya habéis comido algo, ¿no? — pregunto.

—He calentado la lasaña y el pan con ajo que habías dejado en el frigorífico —dice Dorothy—. He subido un whisky de malta bien bueno del sótano y me he asegurado de que tenga todo lo que necesita.

—Muy amable por tu parte —le digo, y le pregunto a Benton si tiene hambre.

—He comido un sándwich de atún con queso fundido en Washington; lo habitual —contesta, y eso quizá quiere decir que estaba en la Casa Blanca. El comedor del Ala Oeste sirve un sándwich de atún blanco a la parrilla que Benton pide siempre que puede.

—Annie y yo hemos comido y tomado unas copas mientras hablábamos. —Dorothy nos cuenta que han tenido una buena charla.

—¿Habéis hablado de algo que debamos saber? —indaga Benton.

—Bueno, es interesante —dice—. Que Rachael haya muerto antes de que el divorcio fuera definitivo significa que el asunto queda cerrado. No puedes divorciarte de una persona fallecida, lo que le resulta de lo más conveniente a Lance Stanwyck. Dios sabe cuánto se habrá ahorrado ese en dinero de compensación. Cientos de millones, sin duda. Y se ha librado de una larga batalla judicial que iba a suponerle un coste inimaginable.

—¿Eso te lo ha contado Annie? —Benton mete la chaqueta del traje y la corbata en la bolsa de nailon para llevar a la tintorería.

—Le he preguntado qué pasaría con el divorcio. Ha dicho que, legalmente, Lance y Rachael siguen casados. Legal y oficialmente, él ahora es viudo. Será como si nunca hubieran iniciado los trámites de

divorcio. Qué cosas, ¿eh? —Nada le gusta tanto a mi hermana como dar noticias importantes.

—¿Sospecha Annie que Lance Stanwyck tuviera algo que ver con la muerte de Rachael? —Benton se quita la camisa, que también va a parar a la bolsa de la tintorería.

—No lo ha dicho, pero no me ha dado esa impresión. —Dorothy disfruta con descaro de la imagen de mi marido con su constitución atlética en calzoncillos y camiseta ceñida—. No ha dicho absolutamente nada malo de Lance, y si no estuviera al tanto de la situación, quizá sospecharía que hay algo entre la jueza y él. Pero no creo que ese ni ningún otro hombre vaya a hacerle tilín a su señoría.

En el momento en que hace esa insinuación, entra con disimulo el gato de raza *scottish fold* de Lucy, gris con manchas blancas y ojos de luna llena. Las orejas pegadas al cráneo de Merlin le confieren una apariencia como de búho, y viene directo hacia mí para restregarse contra mis piernas.

—Siempre llega en el momento más *miauravilloso*. —Mi hermana me mira de arriba abajo como si acabara de reparar en mi aspecto —. Estaba a punto de decir que tienes toda la pinta de algo que el gato haya traído a casa a rastras.

—Voy a darme una ducha rápida —respondo—. Benton y yo tenemos que estar un rato a solas con Annie. Sé que lo entiendes. Espero que no le importe quedarse despierta un poco más para que podamos hablar con ella.

Le estoy dando a entender a Dorothy que respete nuestra privacidad. Se lo digo con amabilidad, pero debe permanecer fuera de la cocina.

25

Nuestra modesta propiedad la construyó en la primera década del siglo XVIII un capitán que amarraba su barco en el Potomac detrás de la finca. Con marea baja todavía se intuye lo que queda del muelle, la estructura de pilotes es visible desde las ventanas que dan al río.

Benton y yo hemos tenido cuidado de respetar la casa y su aire marítimo. Las vigas del techo quedan a la vista y son como las cuadernas de un barco, con lámparas colgando de algunas de ellas. Dispuestas a intervalos por el techo, hay linternas náuticas que relucen suavemente sobre los paneles de madera mientras enfilo el suelo de pino blanco americano del pasillo.

Los mapas antiguos de la bahía de Chesapeake son los regalos de estreno de la casa que nos permitimos Benton y yo. Las lámparas de pared con rejilla de cobre las encontramos en Cape Cod cuando vivíamos cerca de Boston. Los cuadros de barcos navegando y mares a la luz de la luna de James Gale Tyler, del siglo XIX, son herencia de la familia de Benton, aunque no me casé con él por su dinero.

Él no se casó conmigo por el mío, eso seguro. No tengo obras de arte ni antigüedades de hace siglos, muy poca cosa de mi infancia aparte de recuerdos. Llego al dormitorio donde van a pasar la noche Dorothy y Marino, y ella ha dejado la puerta abierta y la luz

encendida. Merlin me sigue en silencio cuando entro para asegurarme de que haya botellas de agua, jabón y papel higiénico.

El bolso de viaje de mi hermana está abierto encima de la cama y no puedo resistirme a mirar la ropa que queda a la vista: unas braguitas tipo bóxer de seda negra con llamas al estilo Harley-Davidson, un tarro de crema de masaje con extracto de cáñamo, y otros artículos que no son asunto mío. El tratado médico azul marino en la mesilla de noche es inconfundible y, como sospechaba, mi hermana está haciendo de las suyas. Sé lo que ha hecho en mi ausencia.

Pasillo adelante queda mi despacho. La puerta está abierta, así que entro y echo un vistazo al montón de gruesos expedientes al lado del ordenador. Veo el hueco en la estantería de donde mi hermana se ha llevado el *Tratado de medicina interna de Goldman-Cecil*. Es típico de Dorothy dar un toque astutamente manipulador a sus fisgoneos.

Es creativa con las coartadas, orquestando tramas como coger algo prestado de un sitio al que tiene prohibido el acceso. Luego deja puertas abiertas, cosas a la vista como si no tuviera nada que esconder. Si alguien le planta cara, asegura que no tenía ni idea de que estuviera haciendo nada indebido.

Rastreo qué puede haber hecho aquí y me llaman la atención las cuatro cajas de cartón blancas apiladas en un rincón, que contienen material relacionado con el caso de April Tupelo. Las tapas no están cerradas con cinta adhesiva porque he tenido que consultar el contenido a medida que se desarrollaba el juicio de Hooke.

—Vaya por Dios. —Me acerco a inspeccionarlas, y Merlin me sigue de cerca—. Maldita sea, y disculpa el lenguaje —le digo—, pero creo

que alguien ha estado curioseando. Y tú y yo ya sabemos quién.

Levanto la tapa de una caja y dentro hay unos gruesos sobres de color salmón que contienen fotografías de veinticinco por treinta. Hay también lápices de memoria de vídeos y montones de comunicados e informes oficiales. Casi encima del todo están las evaluaciones psicológicas confidenciales y otros documentos que hacen referencia a la hostilidad entre los Tupelo y los Hooke.

—De haber sabido que íbamos a tener compañía esta noche —le explico a Merlin—, habría tenido la precaución de cerrar la puerta con llave.

Envío a Dorothy un texto: «Te recuerdo que mi despacho es zona restringida».

El dormitorio principal queda al final del pasillo. Merlin se convierte en mi sombra cuando entro, y la primera parada es el cuarto de baño. Enciendo la luz mientras el gato masculla y murmura como un anciano enfurruñado, y me paro delante del lavabo de mármol. Mi imagen en el espejo refleja cómo me siento: borrosa, informe y no del todo centrada.

Me quito los calcetines y las deportivas prestadas. Dejo caer la chaqueta y la falda al suelo de baldosa tipo estación de metro. Bajo la tapa del retrete y me siento ahí. Me miro el tobillo dolorido, donde tengo una magulladura azul oscuro camino de morado. Hago fotos con el móvil y me trago la furia, que me sube por la garganta como si fuera bilis: detesto haber dejado que alguien me hiciera esto.

—Por si acaso —le comento a Merlin mientras tomo más fotos—. Espero que no me lo haya roto. —Me duele al ponerme en pie—. Tú y yo sabemos muy bien lo cruel que puede ser la gente. No hace falta ser gato para que te maltraten sin motivo.

Humedezco un disco de algodón con desmaquillador y me deshago de los últimos tercos restos de rímel. Tengo los ojos inyectados en sangre, el pelo —que me llega a la clavícula— convertido en una mopa rubia al estilo Andy Warhol. Echo la ropa al cesto de momento, ya la separaré luego, y me meto en la ducha. Me lavo los dientes mientras el agua caliente me repiquetea sobre la cabeza, la espalda y los hombros.

Me desprendo de los restos de la jornada a fuerza de frotar con jabón antibacteriano seguido de algo más suave y fragante. Un rato después salgo rodeada de una nube de vapor con aroma a lavanda. Empiezo a secarme con una toalla. Me envuelvo en ella y me seco el pelo con el secador mientras Merlin monta guardia en el umbral como la Gran Esfinge de Guiza.

—Ya conoces a Annie de otras veces que ha venido. Y que sea jueza y pueda parecer distante no quiere decir que no tenga sentimientos. —Entro en el dormitorio—. Está muy triste y confusa. Incluso es posible que esté asustada, por eso vamos a ser todos muy amables y atentos. También tú, Merlin. Sé bueno, por favor.

Me pongo un pijama de seda azul, parecido a un uniforme de enfermería, y encima un albornoz a juego que se ata por delante como una bata de quirófano.

—Sé que Annie no parece de esas personas a los que les gustan los gatos. —Sigo hablando con Merlin—. No tenía gatos de ninguna clase de niña, y no ha tenido apenas contacto con ellos. Vas a tener que enseñarle, y no se le da bien tomar la iniciativa.

Meto los pies en unos zuecos de quirófano de goma con buen soporte para el puente. Al verme de pasada en el espejo de cuerpo entero, recuerdo que, haga lo que haga, siempre parezco yo.

—El problema es que le encantan los pájaros y, por desgracia, en eso coincidís. —Apago la luz del cuarto de baño—. No quiero que traigas dentro o dejes en la puerta ningún regalito como la última vez que vino.

Merlin es un gato adoptado, y es producto de sus primeras experiencias, como todos nosotros. Cuando era una cría, sobrevivió por su cuenta, pasando un tiempo considerable a la intemperie en unas condiciones terribles. Es un superviviente, un luchador asilvestrado… hasta que tuvo la buena fortuna de encontrarse con mi sobrina. Está programado para ser un gato de exterior bajo techo, y cuando le sobreviene el impulso es como la llamada de la selva: tiene que salir. Si no, maúlla y se queja sin parar mientras destroza lo que puede. No hay terapia ni tintura que le cure la cleitrofobia, el miedo a estar atrapado, según ha diagnosticado Benton el trastorno. La única solución era instalar gateras en los lugares apropiados. Merlin puede acceder por las solapas de metal con cierre automático gracias a un chip de identificación por radiofrecuencia en el collar, que Lucy imprime en 3D de color rojo intenso.

A su compañero felino es imposible quitarle algunas malas costumbres por las que se ha hecho famoso, como la de acechar los comederos de pájaros de los vecinos. Si Annie viviera más cerca, se colaría habitualmente en Chilton Farms. Pero es imposible enfadarse con un gato que parece un personaje de dibujos animados, y me veo haciéndole confidencias como si entendiera hasta la última palabra.

Cerca del cuarto de invitados, oigo a Dorothy detrás de la puerta cerrada hablando con Marino por el manos libres. Me detengo a

escuchar desde el pasillo, y es evidente que está molesta con él. Marino está en casa comiendo un sándwich y adecentándose mientras lidia con los típicos dramas de Fabian, que hace noche en las oficinas y «anda muy mosqueado», según dice.

—Bueno, podrías darte prisa —se queja mi hermana, y oigo el crujir de las tablas del suelo cuando camina de aquí para allá por el cuarto de invitados—. Estoy arriba, sola, en un dormitorio que parece un escobero viejo e incómodo, porque Annie ha ocupado el cuarto donde siempre nos quedamos nosotros. El colchón es mejor, y la vista también. Supongo que si eres jueza te tratan mejor que a los demás. Qué aburrido es no tener nadie con quien hablar. Como si ninguna de mis opiniones tuviera importancia solo porque no tengo una placa que ir enseñando por ahí…

—Ya sabes cómo va el tema a estas alturas, cariño. Tú no eres de ningún cuerpo policial, y los demás sí. —Es la voz de Marino—. Tenemos que cumplir con nuestro deber, y tú no puedes estar presente en todas las conversaciones.

—Estoy harta de que Kay me mire por encima del hombro. Y está disgustada como siempre porque he cogido un libro de su despacho. Tendré que pedir perdón por tener una mente curiosa…

—Se supone que no debes entrar ahí, y lo sabes —dice Marino mientras yo sigo escuchando a través de la puerta cerrada hasta la última palabra.

—¿Te he dicho lo aburrida que estoy desde que he llegado? —insiste, pero cada vez con mayor irritación, más que nada dirigida a mí—. Mientras tú estás por ahí corriendo aventuras emocionantes y peligrosas, y ahora encima te tomas con calma lo de venir para acá.

—Doc tiene material privado en su despacho. Eso tienes que respetarlo. Hurgar en lo que no es asunto tuyo puede perjudicarla tanto a ella como a mí.

—La puerta estaba abierta. ¿Qué esperabas…? —A Dorothy no le hace gracia que él se ponga de mi parte, y ya he oído más que suficiente.

Abajo, suena *La flauta mágica* de Mozart a un volumen suave. Sin duda la ha puesto Benton. Detecto con avidez el aroma a ajo, ricota, albahaca. Y ya que no lo estoy calentando yo, otra persona debe de estar cocinando.

En la sala de estar el techo es bajo, el mobiliario sencillo y mínimo pero cómodo. Los sofás son de cuero o de tela, en tonos terrosos, y las lámparas de mesa tienen pantallas de mica que refulgen con calidez. Hay obras de arte impresionista dispuestas en las paredes con el enlucido tan desgastado en algunas zonas que se ven los ladrillos originales.

Me detengo a echar un vistazo detrás de las cortinas como si el hombre del saco pudiera esconderse ahí, paranoica y rara como siempre. Lo que confirmo es que están echados los estores de las ventanas, mientras fuera los analizadores de señales de Lucy barren constantemente la propiedad de manera silenciosa, invisible. Me alegro de que las mosquiteras metálicas que cubren nuestras ventanas y puertas nos protejan de invasores mucho más peligrosos que moscas y mosquitos.

Pero sería mejor tener un tejado de cobre y altas vallas metálicas alrededor de la propiedad. Si remodelara la casa, introduciría

microfibras de cobre en el papel pintado, los tratamientos de las ventanas y el revestimiento bajo la moqueta. La nueva construcción incluiría la misma capa protectora, pero la incorporaría a la propia estructura; cuando se trata de seguridad es difícil saber dónde parar.

Solo podemos protegernos hasta cierto punto de los peligros que conocemos. Tampoco se puede vivir dentro de una caja metálica, una caverna, un tubo de lava. O como diría mi asesor patólogo forense de la Johns Hopkins: lo más seguro, la mejor prevención, es estar muerto. Entonces ya no hay nada de lo que preocuparse, y aunque tiene su gracia, pero no me decantaría por esa opción.

Antes mi mayor preocupación era cerrar con llave y activar la alarma, comprobar que los detectores de humo y monóxido de carbono funcionaran debidamente y cerciorarme de tener un arma de fuego a mano por si era necesario. Pero ya no vivimos en un mundo tan sencillo.

Mientras deambulo por la casa, no puedo librarme de una sensación de urgencia cada vez mayor. Rara vez veo nervioso a Benton. Sé cuándo lo está. Me gustaría quedarme a solas con él o incluso con mis pensamientos. A los dos nos vendría muy bien un poco de atención y descanso para recuperarnos. No vamos a poder disfrutarlos en breve, y me vienen a la cabeza los datos que registra constantemente mi anillo inteligente.

Los microsensores espían mi sueño, las hormonas del estrés, el azúcar en sangre, la actividad física y demás información que indica si estoy en situación de prestar servicio. Todos los miembros de la Comisión del Juicio Final están provistos de dispositivos portátiles. Muchos cargos del gobierno y altos mandos militares llevan anillos

con inteligencia artificial y dispositivos similares que monitorizan todas y cada una de sus respiraciones y palpitaciones.

Si alguien no está a la altura de ciertos parámetros, otro miembro recibe la llamada de emergencia. Lo más probable es que me llegue un mensaje de advertencia automatizado en cualquier momento, igual que a Benton, si no le ha llegado ya. Vienen acompañados de una molesta vibración sonora cuando no hacemos ejercicio, no comemos o dormimos debidamente según los parámetros del software de supervisión. Después recibimos una llamada telefónica de un ser humano que nos pide explicaciones en tono imperioso.

No es buena idea quedarse hasta las tantas bebiendo, pero es el escenario más probable al que me enfrento, ya que nadie elige cuándo a uno le van a romper el corazón y demás desastres. Que Annie esté aquí ahora mismo es una complicación que nadie necesitaba, y ella menos aún. Ojalá fuera un momento más conveniente. Ojalá ella, Marino y mi hermana no estuvieran en casa, por mucho que me alegre de que así sea.

Ahora mismo desearía muchas cosas, y veo el rostro de mi padre chasqueando la lengua. Cuando, en otros tiempos, me entregaba a esta clase de fantasías, me señalaba con el dedo con gesto de desaprobación. Por lo general, mis pensamientos mágicos giraban en torno a que mejorara su estado de salud, a que no me dejara por toda la eternidad. Si yo lograba vencer a la muerte, quizá lo recuperaría a él. O descubriría que, para empezar, jamás se había ido. Lo deseaba constantemente. Todavía lo hago.

Merlin me sigue como una sombra por el comedor, donde nunca me canso de la mesa estilo Reina Ana que descubrí durante una visita a Scotland Yard. La lámpara de araña de cristal de Murano es

de cuando investigué unos asesinatos en serie en Venecia y Roma. Benton y yo encontramos las antiguas copas de tallo francesas durante una visita a la Interpol. El aparador de la era colonial estaba en una tienda de curiosidades de Tennessee, cerca de las instalaciones de investigación antropológica conocidas como la Granja de Cuerpos.

Desde que nos mudamos a Old Town hemos seguido abriendo cajas en el sótano, excavando nuestros tesoros. Hemos estado redecorando, a pesar del miedo a que hubiera sido un error regresar a Virginia. Al otro lado del comedor están las puertas batientes cerradas, y eso es cosa de mi marido, que da a entender a Dorothy que no entre si por cualquier motivo decide acercarse por aquí.

Los zuecos de goma no hacen ruido en el suelo de terracota cuando entro en la cocina. De las vigas de roble del techo bajo cuelgan cazuelas y sartenes encima del tajo de carnicero. La chimenea de ladrillo es profunda y, cuando empieza el frío, la usamos con frecuencia. Benton vigila lo que hay en el horno mientras Annie está sentada a la mesa del desayuno; desde ahí se ve el jardín cuando las cortinas están abiertas.

—Gracias por no irte a dormir. —Le doy un sentido abrazo antes de nada—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Con este rompieron el molde. —Emite su veredicto mientras Benton me prepara una copa y vuelve a llenar la de ella—. Por si no te lo había dicho nadie.

—No hace falta que me lo digan —respondo—. Annie, siento mucho no haber podido verte antes.

—Te agradezco todo muchísimo, Kay. El cuarto de invitados es una maravilla, ¿y la comida? Cuando ya pensaba que no podías cocinar

mejor…

Tiene una manera de hablar que elude todo énfasis, ya sea en el estrado como fuera de él, deliberada en su elección de palabras y en cómo las pronuncia. Una persona cualquiera no se daría cuenta de que Annie Chilton es de Virginia o de algún estado del Sur. Al principio de su carrera, se esforzó mucho por erradicar el acento cantarín de su juventud, porque no quería parecer una privilegiada provinciana.

Según explicaba, si te habías criado en la mansión de una antigua plantación que ha pertenecido a tu familia desde hace siglos, era mejor no hablar como en *Lo que el viento se llevó*. La mayoría de la gente no tiene ni idea de dónde es; suponen que de Florida o California. Quizá de Arizona.

26

—Le decía a Benton que no había comido nada tan delicioso desde la última vez que nos vimos —me asegura Annie—. No sé cómo lo haces. Yo apenas soy capaz de hervir agua. Creo que tú naciste sabiendo cocinar.

Con su preferencia por los pantalones caqui, las camisas hawaianas de talla grande y las deportivas, me recuerda a la estudiante de Derecho sin pretensiones de antes. No parece una destacada jueza de un tribunal superior que preside uno de los juicios más importantes de la historia de Alexandria. En términos generales, Annie no ha cambiado mucho desde nuestros tiempos en Georgetown, sin interés por la moda o por ir de compras.

La única joya que le he visto lucir en tiempos recientes es el anillo de oro de su difunto padre con la inscripción grabada HONI SOIT QUI MAL Y PENSE. Es decir: «Que la vergüenza caiga sobre quien piense mal». Que cada cual reciba su merecido. El karma es muy cabrón. Lo que hagas a otros te lo haces a ti mismo. O esa es la interpretación libre de Annie. Esa y «Que te den». Aunque en realidad tiene más que ver con sentirse avergonzado.

Esa reliquia familiar fue pasando de generación en generación de hombres de la familia Chilton, hasta que llegó a ella debido al callejón sin salida genético. Lo lleva en el dedo corazón izquierdo como si le hiciera la peineta a un enemigo invisible. La mayoría de la

gente que no la conoce mucho supone que está casada, y que la alianza no le entra. Quizá sea más cierto de lo que creen.

—Espero que hayáis tenido ocasión de poneros al día mientras me adecentaba —comento al tiempo que Benton, provisto de manoplas, deja una humeante fuente para el horno encima de la cocina.

—Estaba hablando por teléfono. —Luego saca el pan de ajo envuelto en papel de aluminio—. Y he pensado que era mejor que charláramos con Annie los dos. Sabe que escucharemos con atención todo lo que tenga que decir, pero que no podemos ofrecerle todos los detalles que quizá desee conocer.

—No hace falta que hables de mí como si no estuviera aquí o como si acabara de caerme de un guindo. —Tiene un sentido del humor ácido que no se detecta fácilmente—. Aunque lo entiendo, claro. Quizá es mejor así.

Sus ojos gris acero son impenetrables, pero al menos me mira. Hablamos, nos comportamos otra vez como viejas amigas.

—Yo sería la primera en aconsejaros que mantengáis las distancias —dice—. Se lo he dejado a Benton bien claro cuando ha tenido la amabilidad de insistir en que me quede a dormir. Seguro que alguien averigua que estuve aquí y arma revuelo por eso igual que por todo lo demás.

—A los amigos o la familia extendida no se les da la espalda —dice Benton en el momento en que Merlin se encarama a la mesa del desayuno, aunque sabe que no debe hacerlo.

Es como si hubiera entendido las instrucciones que le he dado antes, y fuera consciente de que me tiene contra las cuerdas. No voy a ordenarle que baje cuando se queda mirando fijamente a Annie al

tiempo que mueve la cola. Ella alarga la mano y lo acaricia con cautela. Y, al instante, está ronroneando en su regazo.

—Merlin es buena compañía. Lucy lo considera su animal espiritual —comenta Benton.

Me pone delante un plato de lasaña acompañado de unas rebanadas de pan de ajo. Con la camiseta ceñida, el delantal, un pantalón de chándal y calcetines, tiene un aspecto tan sexy como ridículo. Luego deja en la mesa el pimentero con pimienta roja y el cuenco de Parmigiano Reggiano rallado.

—¿En qué os puedo ayudar? —pregunta Annie—. Sea lo que sea, haré todo lo posible.

—Tengo una idea, que abordaremos enseguida. Hay que pensar de forma diferente. Quienquiera que le haya hecho esto a Wally y a tu hermana va a hacer algo peor. —Benton habla sin ambages—. Su objetivo es nada menos que el asesinato sin sentido y la anarquía. Aterrorizar e imponerse por la fuerza. Provocar el caos derrocando el orden imperante.

—Me preocupa que los asesinatos estén relacionados con el juicio —dice Annie—. No me hace gracia lo que estoy viendo día tras día. —Me mira—. Espero que tengas bien la pierna, que no te hayas hecho daño cuando ese hijo de puta te ha puesto la zancadilla. Lo habría puesto en su sitio, pero no era aconsejable según están las cosas.

Se ha dado cuenta de lo que pasaba, pero temía que aquella turba se desbocara. Annie confiesa después que tenía tantas ganas de abandonar la sala de justicia como Marino y yo.

—Debes ser sincera con nosotros, más sincera que en cualquier otro momento, y sentirte a salvo y cómoda mientras lo haces —le

advierte Benton—. Desde luego no tienes que contestar preguntas ni hablar en absoluto. Sé que es tarde, y todos estamos cansados. Lo has pasado fatal, por no decir otra cosa.

—Siempre y cuando no grabéis nada. —Sabe exactamente a qué se refiere mi marido.

—No vamos a tomar notas ni dejar constancia de ninguna clase. —Así es como Benton la pone al tanto de sus derechos sin hacerlo en absoluto—. No somos más que viejos amigos tomando unas copas y hablando de lo que nos apetezca.

Le está advirtiendo que más le vale no tener nada que esconder.

—Siempre y cuando te parezca bien y estés cómoda —insiste.

—Os diré a ti y a Kay todo lo que queráis saber —responde Annie sin dudarlo—. No tengo secretos ilegales, ni siquiera secretos emocionantes. Quizá mi vida sería más interesante si los tuviera.

—Siento que no podamos ser tan sinceros contigo a cambio. No tanto como nos gustaría. —Benton se sirve una copa, sin hielo.

—Claro que no podéis ser sinceros conmigo. —Annie le acaricia a Merlin el vientre cubierto de manchas—. En estos momentos no tenéis ni idea de quién es culpable o inocente de nada. Rachael vivía conmigo, y tengo un móvil.

—¿Cuál? —indaga Benton.

—¿Por dónde empiezo? —dice Annie—. Detestaba que mi hermana estuviera en la casa más aún de lo que ella detestaba estar allí. Nunca nos habíamos llevado bien. ¿Cómo sabéis que no estoy involucrada en una conspiración para librarme de ella? ¿Quizá con el multimillonario del que se estaba divorciando? Qué práctico que haya muerto antes de dirimirse el asunto. Los abogados de Lance

estarán dando gracias al cielo. Supongo que él debe de ser quien más se alegra.

Lo plantea con la brillantez de la jurista que es y la fiscal que fue. No hay gran cosa que no hayamos visto los tres cuando se trata de crímenes y quienes los cometen. La gente hace lo impensable cuando la necesidad es acuciante, y a menudo se trata de algo trivial: venganza, ira, envidia, lujuria, codicia; lo típico.

—Le era leal a mi hermana, pero no me caía bien ni la respetaba. A decir verdad, yo tengo parte de culpa en lo que ha ocurrido. —Annie no parece desconsolada, ni siquiera muy apenada por la muerte de Rachael—. Para empezar, no debería haberle dejado que volviera a vivir conmigo. Pero siempre ha resultado más fácil ceder que pelear.

—Hablando de ceder… —le dice Benton—. ¿Qué tal otra copa y quizá un poco de chocolate?

—No diré que no a ninguna de las dos cosas.

—Negro con avellanas, por favor. —Lo pido por adelantado mientras como la lasaña.

—Rachael me llamó justo antes de Pascua para decirme que no se sentía a salvo con Lance. Tenía que irse a otra parte de inmediato, y me di cuenta de que era una chorrada —explica Annie—. Pero ¿qué iba a hacer?, ¿decirle que no, cuando estaba llorando y aseguraba sentir miedo? Su profesión giraba en torno a las apariencias, igual que su vida. Como los espías con los que trabajaba, mentía para vivir. Quizá todos lo hagamos.

—Mentimos por omisión como mínimo. —Benton va a la despensa —. No se le puede contar todo a la gente. —Abre el armario de los vinos donde guardamos los placeres culpables—. No se puede por tu propio bien.

—¿Me estáis mintiendo por mi propio bien? —pregunta a quemarropa—. He visto los desperfectos que ha sufrido mi propiedad. ¿Creéis que no me he fijado en que el follaje reseco no estaba así esta mañana? Es como si alguien hubiera rociado la entrada con herbicida.

Benton vuelve a la mesa y deja encima unas servilletas y una caja con tapa de aluminio color rojo intenso. Ordeno a Merlin que baje del regazo de Annie. Gatos y bombones pueden ser una combinación letal. Se posa en el suelo con un sonoro gorjeo de indignación para luego empezar a limpiarse como hace cuando está ofendido.

—¿En qué más te has fijado? —pregunta Benton a Annie.

—Algo ha cortado la electricidad. —Coge un praliné belga—. Me han dado a entender que quizá tenga que cambiar toda la instalación. Lo que ha ocurrido es un desastre.

—¿Qué te han contado sobre la muerte de Rachael? —Unto la salsa con pan de ajo—. ¿Qué te ha dicho la policía, el FBI, quien sea, cuando has ido hoy a Chilton Farms?

—Todo indica que a mi hermana la vigilaban y la han asesinado durante un robo en la casa. Alguien ha intentado robarle las joyas y ha huido. —Annie deja la copa con un golpe seco que me recuerda al martillo que usa en la sala.

—O sea, que te han contado lo que dicen las noticias —respondo.

—O sea, que no me han contado una mierda.

—¿Y cómo han explicado el apagón? —pregunta Benton.

—Han sugerido que quizá hayan sido los rayos de la tormenta repentina de antes. —Toma un sorbo de la copa—. Otra chorrada. He visto caer rayos en mi propiedad y en otros sitios. Esos destrozos no los hacen los rayos. —Se nos queda mirando—. Era alguna especie de arma rara, ¿no? Por eso hay federales por todas partes. No me chupo el dedo: sé que se rumorea que ha habido ataques en la Casa Blanca y otros lugares, que se sospecha que han empleado armas de microondas.

—Quédate tanto como quieras. —Benton trae la botella de whisky, la cubitera.

—El síndrome de La Habana —continúa ella—. O como quiera que se llame. Me hago cargo de que no podéis decirme si se trata de eso.

—Es posible que esto no sea el Ritz, pero es tan seguro como Fort Knox —afirma mi marido.

—Por suerte, no voy a abusar de vuestra hospitalidad. —Annie aparta la mirada con angustia en el semblante—. Lance tiene un apartamento amueblado en el edificio Watergate que me va a dejar hasta que sepa qué voy a hacer. Tengo que vender Chilton Farms, seguramente a Raven Landing. Llevan años atosigándome con la esperanza de convertir la casa en un albergue, un restaurante, un rocódromo cubierto. Un puto spa, qué sé yo…

—¿Está Lance al tanto de la aventura de Rachael con Flagler? —Lo que en realidad pregunta Benton es si lo está Annie, y no parece sorprendida.

—No es la primera vez. De hecho, yo diría que mi hermana era infiel por defecto —reflexiona Annie mientras yo vuelvo a echar hielo

en las copas—. Pero Lance se lo toleraba prácticamente todo para que no lo abandonara, y habían llegado a un acuerdo, como hacen algunas parejas.

—¿Eso te lo contó ella? —pregunta Benton.

—Me lo contó él.

—Parece que estabais bastante unidos.

—Conocí a Lance en Harvard, antes de que lo hiciera mi hermana —asegura Annie—. Siempre me lo ha contado todo; me usaba como caja de resonancia, me pedía consejo.

Rachael y él acordaron que podían tener sus escarceos sexuales siempre y cuando la persona no tuviera ninguna importancia. Según dice Annie, les funcionaba bastante bien porque a ella nunca le importaba nadie una mierda.

—Hasta que conoció a Bose Flagler hace unos siete u ocho meses en una gala benéfica —añade—. Rachael había encontrado por fin la horma de su zapato, alguien capaz de descolocarla.

—¿Cómo lo averiguaste? ¿Te lo dijo ella? —pregunto—. ¿Lo hizo Flagler? Es un detalle relevante que debería haber tenido la precaución de comunicar, teniendo en cuenta que eres la jueza del juicio más importante de su carrera.

—Crítico para su reelección y su futuro político —añade Benton.

—Volví a casa de un viaje y había un condón en un retrete —dice Annie—. Luego me enteré de que habían visto el Lamborghini de Flagler aparcado delante de mi casa mientras yo no estaba, y también en otras ocasiones.

—¿Y qué hay de Holt Willard? —pregunto, por si el encargado se había fijado en que Rachael tenía compañía.

—Siempre que mi hermana «trabajaba desde casa» —Annie hace unas comillas en el aire— le decía a Holt que no fuera por allí. No debía entrar en la propiedad. Rachael contactaba con él, por lo general, con un mensaje de texto.

—Esa no es la razón por la que hoy se quedó en casa—señala Benton—. Flagler estaba ocupado en el tribunal, alardeando en directo por televisión. De modo que no podía escabullirse en coche hasta Chilton Farms.

—Rachael estaba indispuesta. Además, le preocupaba el tráfico por el fin de semana festivo. Luego se anunció que el presidente iba a visitar Old Town, con lo cual el tráfico se pondría aún peor —explica Annie—. Debía de estar más deprimida de lo habitual, y creo que ya sabemos por qué.

—Parece que rompió la norma de la casa —respondo—. Se enamoró de la persona con la que estaba teniendo un escarceo. No era meramente físico.

—Tampoco era recíproco —dice Annie—. Flagler le hacía lo que ella siempre había hecho a los otros. Y Rachael sencillamente no estaba acostumbrada. Yo diría que no le había pasado nunca, ni una sola vez en su vida. Lo llamaría justicia poética si no sonara cruel y mezquino. Pero no es la única que lo ha perdido todo.

—¿Cómo se tomó Lance que Rachael hubiera roto la norma que habían establecido y decidido pedirle el divorcio? —pregunta Benton.

—Nunca dejará de quererla —asegura Annie—. Cree que Flagler se empeñó en cautivar a Rachael, en lograr que se enamorara de él perdidamente. Todo para manipularla, por ambición; no me cabe la menor duda.

El fiscal, simplemente, quería que Annie lo descubriera. Seguro que dejó el preservativo en el baño a propósito, y sabía que un coche tan llamativo como el suyo no pasaría inadvertido, afirma. Con lo oportunista e intrigante que es, supuso que, si Rachael y él estaban saliendo, Annie tendría mejor disposición hacia Flagler en la sala del tribunal.

—Hay quien diría que le funcionó —replico—. Me sorprendieron algunas decisiones tuyas, o que no las tomaras, mientras yo prestaba testimonio. Se te acusa de ser muy benévola con él, de ayudarlo.

—Le he estado dando cuerda para que se enmarañe en ella y cuerda de sobra para acabar ahorcándose. No tardará en descubrir lo benévola y servicial que he sido —amenaza—. Nunca fui partidaria de que transfirieran aquí ese maldito juicio. No es casualidad que el proceso se trasladara a Old Town. Yo no lo recomendé, y no lo habría permitido, pero no dependía de mí.

La implicación es evidente. Si el juicio de Hooke no hubiera venido a parar aquí, Bose Flagler no sería el fiscal a cargo del caso. Era su oportunidad de ganar la Super Bowl, y a Annie le advirtieron que no interfiriera, según dice.

—¿Quién te lo advirtió? —pregunta Benton.

—Fue el propio Flagler quien me presionó —responde—. Seguido de una llamada del presidente del Tribunal Supremo de Virginia, Chuck Hamper. El juicio debía celebrarse bajo la jurisdicción de Alexandria, y naturalmente sería maravilloso para Virginia que el juicio no solo tuviera como escenario la zona histórica, tan del agrado del turismo, sino que se emitiera en directo por el canal de televisión de juicios.

—Ya me hago una idea —comenta Benton.

—Chuck Hamper es un viejo amigo de la familia Flagler —añade Annie.

—También es colega del comisionado de Salud —respondo en el momento en que las piezas empiezan a encajar solas—. No me sorprende que Elvin estuviera implicado en el asunto si hay corrupción de por medio.

27

—Están preparando a Bose Flagler para ser gobernador. Tiene previsto presentarse dentro de cuatro años. —Annie nos cuenta los rumores que le llegan—. Gane o no su reelección a fiscal del estado este otoño, se enfrentará a Roxane Dare. Ese es su plan, aunque todavía no lo ha anunciado.

—No creo que tu hermana lo estuviera pasando muy bien en tu casa —decide Benton—, porque Flagler solo tiene una obsesión: él mismo. La estaba utilizando. Debía de saber que él no la quería como lo quería ella, y aquí lo sacrificó todo. Tu hermana se fue de su propia casa para mudarse a un lugar que aborrecía solo para verlo cuando él tuviera tiempo o interés en hacerlo.

—Rachael nunca estaba feliz —conviene Annie—, pero es cierto que últimamente parecía más desdichada que nunca.

—He visto que al parecer tomaba laxantes: infusiones, golosinas sin azúcar y tal —saco a colación—. ¿Estabas al tanto de eso o de cualquier otra cosa fuera de lo normal en sus hábitos alimentarios?

—Se pasaba con los laxantes, se mataba de hambre, tenía bulimia y por si fuera poco bebía más. Pero lo que torturaba a mi hermana era la comida, como siempre —asegura Annie—. La dieta era una de las pocas cosas que podía controlar.

—O que creía poder controlar. —Benton coge el móvil cuando empieza a sonar, y ve en la pantalla que el número figura como

desconocido—. Debo contestar.

Se aparta y nos da la espalda para hablar. No dice gran cosa, más que nada escucha, y en ese instante Marino aparca la furgoneta en la entrada. Lo veo por la cámara mientras espera a que se abra la verja. Distingo vagamente que habla por el móvil con semblante agrio. Mi anillo inteligente emite una vibración cuando él me envía un mensaje de texto.

Va a ir directo arriba, al cuarto de invitados. Me verá por la mañana, lo que significa que mi hermana lo está agobiando. Lo veo pasar envuelto en la luz resplandeciente de los faros mientras Benton pone fin a la llamada y vuelve a la mesa de la cocina.

—Tenemos que hablar de dónde estuvo Rachael el sábado pasado por la noche —le dice Benton a Annie.

—No tengo ni idea de dónde pudo haber estado —asegura ella.

—¿Dónde estabas tú? —pregunta él.

—Trabajé en mi despacho de los juzgados todo el día, hasta media tarde —dice—. Estaba dormida cuando Rachael llegó a casa. Rara vez estoy al tanto de sus idas y venidas.

—Me pregunto si quizá mencionó Mollie's Underground. —Benton pregunta por el bar-asador en el astillero naval de Washington, D. C.

—Sé que es clienta habitual —dice Annie—. Lo frecuentan muchos de la CIA. Yo he estado unas cuantas veces. Pero no creo que fuera a verse allí con Flagler, a menos que quisieran que su relación fuese la comidilla de todos. Naturalmente, los medios se habrían hecho eco de que la secretaria de prensa de la CIA estaba saliendo con el soltero más deseable de Alexandria.

—Tu hermana no había quedado con Flagler —asegura Benton, al tanto de una información que yo ignoro—. Estaba en una mesita

bien acogedora con Dana Diletti. Acabo de hablar con la dueña del Underground, Mollie Gunner. Estaba al teléfono con ella mientras tú te adecentabas arriba. —Eso me lo dice a mí—. Ha estado comprobando unas cosas.

Informa a Annie de que el GPS del Mercedes de Rachael indica que condujeron el coche hasta el Underground este sábado pasado, la noche del 25 de junio. La reserva para dos personas a las siete y media estaba a nombre de Dana. Mollie ha hablado con la persona que gestiona las reservas, Elizabeth, que le ha facilitado los detalles.

—Por lo visto, el Canal 5 está haciendo un reportaje de investigación acerca de ti que Dana espera que tenga muchísima repercusión —dice Benton, y entonces recuerdo lo que Maggie me ha insinuado por teléfono.

Elvin Reddy está al tanto de que Annie y yo fuimos compañeras de piso en la universidad. Sabe que yo pagaba un dólar al mes de alquiler en un adosado de Georgetown muy caro, que me salía gratis si no cuentas lo que hacía para ganarme el sustento. Es evidente lo que se da a entender, y quién estaba ayudando a Dana Diletti con una historia de lo más picante que es prácticamente ficticia.

A Rachael le habría encantado que se emitiera un reportaje escandaloso sobre Annie y sobre mí. Seguro que no hizo falta que la alentaran mucho cuando se pusieron en contacto con ella. Era insaciablemente insegura y vanidosa. Lo que le gustaba era salir en pantalla. Era su espacio natural, donde más cómoda se sentía, y tenía infinidad de cuentas pendientes.

—Elizabeth oyó una y otra vez de pasada las palabras «explosivo» y «digno de un galardón». —Benton nos cuenta lo que ha averiguado.

—Dios —comenta Annie—. Supongo que no era consciente de hasta qué punto quería destrozarme la vida alguien de mi propia sangre. Como si insinuar que Kay y yo éramos algo más que compañeras de piso fuera a lograrlo. Casi me entraría la risa, si hubiera algo gracioso ahora mismo.

—Rachael quería llamar la atención como siempre —dice Benton —. Especialmente de un tiempo a esta parte, no se sentía bien consigo misma, y tú sales en la tele a diario. Te llevas de maravilla con el multimillonario del que se había separado, mientras a ella Flagler la estaba dejando de lado. Rachael debía de sentirse furiosa y humillada.

—Y celosa —añado.

—Me pregunto si habría tenido el descaro de hablar abiertamente de mí ante la cámara. —Annie se comporta como si no le importara lo que piense de ella la gente.

Pero le importa, y ese ha sido un problema permanente en su vida. Quizá un reportaje que intente cargarse su reputación la empuje a superar sus miedos. Sospecho que verá que no hay ningún monstruo escondido en el armario. Solo ella misma.

—¿O estaría asesorándolos detrás de las cámaras? —continúa Annie—. Ya sabéis, conduciendo en secreto el tren que tenía intención de hacer descarrilar en lugar de retratarse como la persona tan traicionera que era.

—Si hay alguna grabación, lo averiguaremos. —Benton friega mi plato—. Yo diría que, con lo narcisista que era, Rachael se dejó grabar más que de sobra. Pero seguro que ella no es la única haciendo declaraciones críticas o desleales sobre ti o Kay o cualquier

otra persona. Era de las que se las apañan para que otros hagan el trabajo sucio.

Benton acerca una silla a la mesa y se sienta con nosotras para abordar el último punto del orden del día que ha mencionado antes. Necesita la ayuda de Annie.

La declaración pública que quiere que escriba Annie tiene que ser de corazón. Debe agradecer a la gente sus condolencias por la trágica muerte de su hermana, y también de Wally Potter, a quien conocía desde que era una niña.

«Pueden estar seguros de que haremos justicia de manera rápida y certera con los responsables. No podemos hablar de los indicios y pistas que están siguiendo las autoridades, pero en estos precisos instantes se está dando caza a los terroristas…», redacta con meticulosa ayuda, básicamente de Benton.

—¿Estáis seguros de esto? —pregunta Annie mientras revisamos el tuit varias veces.

—Es propaganda de la buena —responde Benton—. Lo vamos a lanzar desde las plataformas de redes sociales y circulará por todas partes: que comiencen los juegos.

Con esas palabras me da un beso de buenas noches y sube a ducharse y acostarse. Abro un armario de la cocina y cojo el frasco de analgésicos.

—Conviene tomarlo de manera preventiva —le comento a Annie.

—Yo siempre sigo las órdenes del médico. Solo que todos tus pacientes están muertos, lo que da que pensar. —Lleva bromeando sobre lo mismo desde que nos conocimos—. Así que no sé por qué

demonios hago caso a nada de lo que dices. Aunque siempre lo he hecho, Kay.

—Yo tampoco sé por qué, Annie. —Cojo una botella de agua para cada una—. Salvo que soy tu amiga y me preocupo por ti. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Saco un par de ibuprofenos mientras Merlin se encarama al hogar de la chimenea. Annie mira fijamente la copa, parpadeando para contener las lágrimas.

—Fuiste amable y generosa conmigo cuando otros no lo eran. —No hace falta que le recuerde cómo estaban las cosas.

Por entonces había muy pocas patólogas forenses. Aquello era cosa de hombres. Se suponía que gente como yo no debía inmiscuirse en semejantes horrores, y a mí no siempre se me recibía con los brazos abiertos. Cuando llegué a Georgetown, yo era una rareza, un de perro verde. Pero Annie y sus padres me acogieron como si fuera de la familia.

—Las dos hemos estado rodeadas de mucha gente que no quería que triunfáramos —dice.

—Todavía lo estamos. —Pienso en Elvin Reddy.

—Hay que tener cuidado con esos monstruos envidiosos —conviene Annie.

—Sí, y no es nada nuevo. A veces tengo la sensación de que las cosas no cambian mucho.

—Yo me he dado cuenta de que no hay historias nuevas —razona Annie—. Caín se carga a Abel. Jacob engaña a Esaú. Los hermanos de José lo tiran a un pozo. Nadie que nos viera a Rachael y a mí habría pensado que ella tenía celos. ¿Quién habría dicho que me envidiaba en vez de envidiarla yo a ella?

—Tu padre estableció una dinámica difícil desde el principio.

—Sobre todo era difícil para mi hermana. Benton tiene razón con lo oportuno del reportaje de investigación. O quizá deberíamos llamarlo «ataque despiadado» sin más. Porque sabes que lo será, Kay. A ti tampoco te hará ninguna gracia.

—Probablemente no lo vea.

—A palabras necias… —comenta.

—Solo que las palabras sí hacen daño, eso lo sabemos las dos, Annie. No podemos dejar que nos afecten las noticias, el sensacionalismo pasajero. Tenemos que seguir adelante.

—Bueno, la cosa está ya bastante mal. —Toma otro sorbo de agua —. Llevo saliendo en las noticias desde hace meses. Soy tan reconocible debido al juicio que ni siquiera puedo aparecer en público. Mi hermana no soportaba que fuera yo el centro de atención.

Su padre no le hacía tanto caso a Rachael como debería porque Annie nació primero. Fue hija única durante casi cinco años, la heredera natural. Solo que Annie no era varón.

—Aquello no fue justo para Rachael —reconoce Annie—. Desde luego que no.

—A decir verdad, no fue justo para ninguna de las dos —respondo.

Rachael y yo no nos conocimos en persona hasta hace unos meses, pero recuerdo con claridad los comentarios de Annie mientras compartíamos piso durante los estudios. Estaba tan convencida de su inferioridad debido al atractivo de Rachael que la historia de su vida era la encarnación de *El patito feo*. Tampoco era

el hijo varón que su padre deseaba. Nunca se ha visto como un cisne.

—Y luego me dio esto. —Levanta la mano izquierda para enseñarme el anillo de oro que lleva.

Su padre se lo dio en el lecho de muerte. Se quitó el anillo y se lo puso a Annie en el dedo ante la mirada de Rachael.

—Ella deseaba este anillo con todas sus fuerzas, y ese simple gesto la hizo volverse más codiciosa y desdeñosa aún, lo que fue drásticamente a peor cuando descubrió la verdad sobre el dinero de la familia —explica Annie—. Que era lo único que le importaba a Rachael y, a su manera de ver, la única razón para ser una Chilton. Esperaba heredar una fortuna que no sabía que ya no existía.

Annie me cuenta en confianza lo que no había manifestado nunca: es imposible costear los gastos de mantenimiento de Chilton Farms. No queda apenas nada de la venta de las obras de arte y demás objetos valiosos. Si no gasta ni un centavo en seguridad y mejoras no es solo porque sea una ferviente ecologista. No tiene nada que ver con que sea tacaña, despreocupada o peculiar.

—A efectos prácticos, mis padres murieron sin blanca y con deudas. Cuando los conociste, Kay, ya iban camino de estarlo —dice Annie—. No lo parecía por su tren de vida, pero andaban en las últimas. Ya solo las pólizas de seguros de las obras de arte y las antigüedades eran insostenibles.

—Me parece que tendría que haber pagado más de un dólar al mes por el alquiler —comento.

—Por entonces, yo no estaba al tanto de la situación.

—¿Que las dos éramos pobres?

—Tienes razón. Debería haberte cobrado más —dice, y nos echamos a reír—. Éramos las dos más pobres que las ratas…

Annie apenas puede hablar. Nos reímos con tantas ganas que nos resbalan las lágrimas por las mejillas, y entonces se abre la puerta de doble hoja de la cocina.

—¿Me he perdido algo bueno? —Entra Lucy, duchada y con ropa de correr, el pelo todavía húmedo. En la riñonera tiene escondida una de sus armas, eso seguro, y lleva puestas las gafas de deporte de inteligencia artificial, los cristales claros y apenas visibles. Merlin se le acerca entre ronroneos y maullidos.

—Depende de lo que entiendas por bueno. —Annie le lanza a mi sobrina una mirada penetrante—. Si te refieres a la compañía, la comida y la bebida, no podrían ser mejores.

—He venido a recoger al traidor de mi gato. —Lucy lo coge en brazos—. ¿Te has portado bien? —Eso se lo dice Merlin, mirándole directamente a los ojos—. Porque la jueza Chilton puede encerrar ese culito peludo en la cárcel de gatos. Igual no sabe que estás en la lista de los diez más buscados de la Sociedad Audubon de Protección Animal.

—Ya somos viejos amigos —dice Annie.

—Tu tuit lo está petando —la felicita Lucy, porque seguro que está implicada en el plan de Benton—. Se está haciendo eco en todas partes.

—Esperemos que no nos salga el tiro por la culata —dice mi amiga —. El problema es que no sabemos dónde estamos hurgando. Y cuando hurgas en alguna parte, seguro que te encuentras con una reacción.

—Tú sigue hurgando, estamos listos para lo que surja. —Mi sobrina está encantada de quedarse hablando con Annie, así que me levanto de la mesa.

Nadie parece especialmente distraído cuando me voy. Merlin no me sigue esta vez, y no se oye nada en la habitación de Marino y Dorothy cuando paso por delante. Benton está dormido, y me ha dejado la luz del cuarto de baño encendida. La puerta está entreabierta, el espejo encima del lavabo todavía un poco empañado por el vapor de cuando se ha duchado.

Alcanzo a oler su jabón en el aire húmedo, y oigo su respiración tranquila unos minutos después al acostarme a su lado. Mi anillo inteligente protesta por la hora tan avanzada y mi mal comportamiento. Me lo quito y lo dejo en el cajón de la mesilla junto a la pistola que rara vez me acuerdo de llevar.

28

El sol de primera hora de la mañana reluce en los márgenes de las cortinas cerradas, y alargo el brazo hacia el otro lado de la cama, que encuentro vacío y frío bajo la mano; entonces me entra pánico por la hora. Me incorporo de golpe y busco el móvil. Son casi las seis y cuarto, así que tengo que ponerme en marcha.

—No te preocupes. Aún falta una hora para que salgamos. —Benton aparece poco definido en la oscuridad, y huelo el café cargado que trae—. Todo está controlado.

—No veo que tal cosa sea posible, y ¿desde cuándo? —replico—. Cuanto antes lleguemos a las oficinas, mejor.

—Tenemos un horario que no depende de ti. —Me da un beso cuando cojo la taza humeante—. Por una vez, no estás al mando.

—Bien, pues me alegro, porque no quiero estarlo. —Tomo unos sorbos de café, negro e intenso, con un punto de sabor a néctar de agave—. No quiero estar al mando de este puto desaguisado, gracias. Prefiero de lejos ir de copiloto o de pasajera, si a eso vamos.

—Eso dices, pero nunca es de corazón. —Se sienta y me apoyo en él.

Va afeitado y vestido, y sin duda lleva un buen rato despierto. Abro el cajón de la mesilla y cojo el anillo inteligente para ponérmelo.

—Marino y Dorothy van a salir dentro de poco. —Como muchas mañanas, Benton empieza a ponerme al corriente de lo ocurrido desde que me quedé frita—. Annie está desayunando con Lucy. Los polis están ahí fuera; todo según lo previsto, por si te sirve de algo.

—Están desayunando, ¿dónde? —Bebo un poco de café y desbloqueo el móvil.

—Tengo la impresión de que han pasado despiertas casi toda la noche. Ahora están tomando unos batidos que ha preparado Lucy en la licuadora.

—¿Dónde? —pregunto de nuevo.

—En su casita.

—Vamos a complicar las cosas un poco más. —Empiezo a mirar los mensajes.

Como sospechaba, mi comportamiento poco saludable ha dado lugar a varias respuestas automatizadas, programadas en el software que está desarrollando Lucy en colaboración con el Servicio Secreto, la NASA, las Fuerzas Espaciales de Estados Unidos, la CIA, la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa (DARPA) y otros organismos gubernamentales y militares.

Saber todo esto no hace sino empeorar las cosas cuando mi anillo inteligente se chiva de mí con una vibración ruidosa y más bien violenta que recuerda a la picadura de un insecto. Es como si mi sobrina estuviera mirando por encima de mi hombro. Cuando leo el mensaje que me llega al móvil, bien podría ser de ella.

La alerta más reciente dice:

Llevas 18 horas despierta.
Es hora de que te acuestes.
Has dormido un total de solo 2,1 horas.

Tengo la sensación de que me regañan, igual que siempre que me recuerdan que salga a estirar las piernas, coma algo o duerma un poco.

—¿Y tú qué? —le pregunto a Benton si el anillo también lo ha delatado a él—. ¿Te han mandado al despacho del director?

—Me he portado mejor que tú —asegura cuando nos levantamos de la cama. La mayoría de los días mi meticuloso marido va de traje y corbata.

Cualquiera diría que es un empresario o un abogado de éxito. Podría ser político: a menudo digo que parece un actor que se interpreta a sí mismo, un agente secreto listo y sexy. Hasta mi hermana reconoce que es «deliciosamente mono». Tiene un «gusto exquisito salvo por su esposa», acostumbra a bromear. Pero esta mañana va vestido como para meterse en un buen fregado.

Los pantalones cargo y el polo se pueden echar a lavar luego cuando volvamos a casa. Las botas tácticas negras son cómodas en terrenos agrestes y se desinfectan con facilidad. Coge el arma y la funda de cuero de encima de la cómoda y se las coloca en la cintura hacia la espalda. Se guarda en un bolsillo la cartera de la placa.

—El nivel de amenaza es más alto que anoche. —Me sigue con la mirada mientras me encamino descalza hasta el armario—. Las cosas pueden ponerse feas, así que Annie tendrá escolta para ir a los juzgados, igual que nosotros para ir a tu trabajo.

—Ay, Dios. Más coches de policía y luces de emergencia. Justo cuando creía que la vida no podía ser más aburrida.

Intento decidir qué ponerme y opto por unos pantalones caqui y una camisa de algodón blanca de botones. Cojo un cinturón de

cuero trenzado y mocasines de suela cómoda, porque debo tener cuidado con el tobillo dolorido.

—Ya se están reuniendo manifestantes en la plaza de los Tribunales y alrededor de tu edificio. —Benton sigue poniéndome al tanto de lo que me he perdido en las escasas horas de sueño.

—Si Elvin ya estaba molesto, ahora debe de estar fuera de sí —respondo.

—Está molesto por distintas razones. Eso es lo que pasa cuando tus ambiciones superan tus posibilidades.

—Igual resulta que nuestro encantador comisionado de Salud tuvo algo que ver con que el juicio de Hooke viniera a parar a Alexandria; que se debió a una manipulación política en la que estaba involucrado desde el principio —continúo mientras me visto—. A cambio de favores, sin duda. O de promesas de recibirlos en el futuro.

—Sería difícil demostrarlo, y no creas que le importaría a todo el mundo —observa Benton.

—Es posible que a nuestro gobernador sí. —Recuerdo lo que mencionó Fruge acerca de su amigo, con el apropiado nombre de Echo.

Es jefa de cocina de la mansión del gobernador y se puede confiar en que repetirá cierta información. Tengo la sensación de que a estas alturas Roxane Dare está al tanto de las maquinaciones maquiavélicas de Elvin Reddy. Es posible que sepa incluso que Bose Flagler trama y planea vencerla en las próximas elecciones a gobernador.

—Lo único que pido es que la gente vea a Maggie y a Elvin como lo que son. Eso es lo único que le pido a la gente. —Me sitúo delante

del espejo de cuerpo entero para remeterme la camisa.

—Te alegrará saber que hemos limitado el número de personas que pueden estar presentes esta mañana. —Benton se refiere a que lo ha limitado el Servicio Secreto.

Me dice que la lista incluye a muy poca gente. Elvin Reddy y Maggie Cutbush no están entre ellos. Les han dicho amablemente pero de manera categórica que se mantengan alejados de mi edificio y de estos casos. No deben interferir con nada en absoluto.

—Me parece que hoy no voy a tener secretaria. —Es un alivio no verme obligada a lidiar con ella, pero también es raro. Supone una extraña desconexión, como que te amputen un miembro gangrenado. O salir de la cárcel.

—Llevas sin secretaria desde que aceptaste este puesto. Lo que heredaste fue la gárgola que dejaron para vigilar el imperio de Elvin —asegura Benton.

—Si eso es lo que supone Maggie para él, sentiría pena por ella… si pudiera —comento.

—Es hora de desayunar, y luego nos ponemos en marcha —dice Benton—. Por orden del Servicio Secreto, la investigación de la médica forense sobre las muertes de Rachael Stanwyck y Wally Potter debe ser supervisada. Colaboraremos con vosotros en todo aquello que necesitéis.

—¿Quiénes colaboraréis?

—Esta mañana voy a ser tu compi.

—¿Quién más va a venir? —pregunto.

—Creo que me basto yo solo.

—Querrás decir que eres mi único supervisor.

—Tu atento testigo y ayudante, a tu servicio. O tu mago detrás de la cortina, dependiendo de cómo lo quieras enfocar.

—Me da igual siempre que no te pases de la raya. —Lo rodeo con los brazos y nos fundimos en un abrazo.

Acabo de vestirme. La casa está en silencio cuando me reúno con él en la cocina un poco después. Las cortinas están abiertas. Hace un día precioso: el sol que riela sobre las aguas azul oscuro del Potomac asoma entre los árboles. Los pájaros están ocupados en el comedero delante de la ventana, y no tengo resaca. Aun así, he estado mejor.

—¿Siguen aquí Lucy y Annie? —le pregunto a Benton mientras rompe huevos en un cuenco con una sola mano, como un profesional.

—No. Las he visto salir por la cámara hace unos minutos —dice—. Lucy ha acompañado a Annie a su coche. Parecían muy unidas, y no se las veía desmejoradas.

—No sé muy bien qué pensar. —Me ato un delantal.

—Tienen mucho en común. La vida les ha asestado golpes muy fuertes, y me alegra verlas sonrientes y enérgicas a pesar de todo.

—Me toca a mí. —Le cojo el batidor—. Tú te ocupas del café y de hacerme compañía. Dime qué cabe esperar esta mañana, hasta el último detalle.

Fruge y los demás policías están delante de la casa aguardando a que estemos listos para salir, y entonces nos escoltarán como si fuéramos jefes de estado. Avanzadillas del Servicio Secreto irán despejando nuestra ruta, aunque la perspectiva es descorazonadora.

Preferiría ir a mi garaje y conducir yo misma al trabajo o a cualquier otra parte. Preferiría muchas otras cosas.

Bato los huevos con vigor, añadiendo pellizcos de albahaca, sal marina y pimienta. Benton me deja una taza de café al lado y lleva la suya a la mesa del desayuno donde estábamos sentadas Annie y yo no hace mucho. Abro unos bagels con sabor a cebolla y los pongo a tostar en el horno mientras él me cuenta que las novedades se suceden con rapidez y son alarmantes.

—Hace veinte minutos, una organización terrorista que se autodenomina La República ha reivindicado los dos homicidios de ayer en Alexandria. Han emitido un comunicado a los medios, y no lo habrían hecho a menos que quieran publicidad.

—Eso significa que volverán a actuar en cuanto puedan —dice Benton.

—¿Estabais familiarizados con este grupo en particular? —Busco la botella de aceite de oliva que quiero.

—No, lo que significa que seguramente están empezando a organizarse: reclutando personas y recursos, obteniendo dinero y armas, entrenando, y eso no sucede de la noche a la mañana. Ahora nos llegan noticias sobre ellos porque están aprovechando la publicidad —asegura Benton, y me pregunto si lamenta contribuir a esa repercusión.

Ha usado a Annie para espolear a los terroristas, para aguijonearlos y que, temiendo que vayan a atraparlos, cometan alguna temeridad. Pero tengo la sensación de que quizá no sea eso lo que suceda. Es posible que se hayan envalentonado y motivado de una manera que podría acabar muy mal.

—Me parece que la declaración de Annie que corre por las redes sencillamente les ha dado a esos cabrones lo que querían. —Voy a ver cómo van los bagels.

—Lo más probable es que los incite a hacer algo —dice Benton—. Pero no conseguirán lo que quieren. Al final, no.

—¿También reivindican el intento de atentado contra el presidente de ayer?

—Eso no lo reivindica ni reconoce haberlo planeado nadie. ¿Quién va a alardear de un fracaso? Pero lo que pasó en Belle Haven Market y Chilton Farms es otra cuestión —razona Benton—. Los terroristas reivindican esos ataques bien orquestados. El mensaje es que nadie está a salvo.

—¿Mencionan armas de microondas? —Echo aceite de oliva en una sartén y subo el fuego.

—No, y es posible que no sepan que estamos al tanto. —Benton toma café mientras contempla por la ventana un cardenal de color rojo intenso en el comedero.

—¿Dónde se esconden esos canallas? ¿Dónde se preparan y experimentan con sus armas de sádicos? —pregunto.

—No lo sabemos, pero lo más probable es que sea por aquí, lo que no significa que no cuenten con células terroristas en otras partes.

—Como en la costa este del estado, de donde son oriundos los Hooke y los Tupelo, así como todos esos parientes y amigos con pinta tan siniestra. —Recupero la imagen de los manifestantes con los que nos cruzamos Benton y yo cuando volvíamos a casa anoche a las tantas.

—Lucy ha rastreado el vale regalo de cincuenta dólares con el que pagaron ayer al repostar gasolina —dice—. Lo robaron de una farmacia familiar en Arlington, a unos quince kilómetros de aquí. Alguien con capucha y ropa de camuflaje atracó el establecimiento a punta de pistola el mes pasado después de obligar al encargado a tumbarse boca abajo en el suelo. Nadie resultó herido.

—¿Había cámaras?

—No funcionaban. Por lo visto, hubo un apagón justo antes de que el pistolero entrara en la farmacia a la hora de cerrar, cuando no estaba más que el encargado.

—Creo que ya sabemos lo que pasó. —Vierto una fina capa de huevo batido en la sartén bien caliente—. Y ahora el atraco ha escalado a asesinato.

—Espero actividad dentro de las siguientes veinticuatro horas; otro suceso violento, quizá más —anuncia Benton—. Estamos tomando todas las precauciones posibles.

La policía de Alexandria ha establecido un perímetro alrededor de mi edificio y del aparcamiento. Han puesto barreras y los agentes van con uniforme antidisturbios. Se rumorea en internet que una muchedumbre va a tomar al asalto mis oficinas si hoy declaran no culpable a Gilbert Hooke, como predicen los expertos y los principales analistas legales.

—Basan su no culpabilidad casi exclusivamente en tu testimonio ante el tribunal —dice Benton—. No ven cómo puede condenarlo un jurado a menos que hagan caso omiso de la ciencia.

—Como si yo no fuera ya bastante popular. —Apago el horno.

Después de desayunar y tomarnos unos minutos para acabar de prepararnos, vamos al coche de Benton y nos ponemos en marcha,

acompañados de una salva de resplandecientes luces rojas y azules. Tres coches patrulla de Alexandria van delante, otros tres detrás, y también nos escoltan motoristas a intervalos. El Monumento Nacional Masónico a George Washington se alza nueve plantas por encima de lo alto de una colina. Su altísima torre reluce blanca; da la impresión de que nos siguiera bajo la radiante luz del sol matinal.

Avanzamos a velocidad de crucero, las sirenas aúllan de vez en cuando y nuestra comitiva llama poderosamente la atención. Los coches se hacen a un lado para dejarnos pasar cuando salimos de Old Town rumbo al noroeste. Mi trayecto al trabajo puede durar de veinte minutos a una hora, dependiendo del tráfico. Al desviarnos de King Street, no me cabe duda de que esta mañana llegaremos en tiempo récord.

Eludimos la zona en torno a la plaza de los Tribunales, y el anillo inteligente me alerta de que me están llamando. Es Albert Allemand, del Museo Smithsonian de Historia Natural.

—Benton y yo vamos a mis oficinas. Estás en modo altavoz —le hago saber cuando contesto—. ¿Qué ocurre?

—¿No es increíble? Ya me están apretando —dice con su marcado acento francés.

Nos informa de que el Servicio Secreto le entregó mis muestras de insectos y plantas hace unas horas, tal como estaba previsto. Ha llegado al laboratorio temprano para empezar a preparar las pruebas, y todo iría bien de no ser por las interferencias con las que se está encontrando.

—No quiero verme atrapado en medio. —Lo que ha ocurrido, sea lo que sea, ha indignado a Albert—. Quiero responder las preguntas con toda la sinceridad y precisión que sea posible. No quiero

conflictos ni asuntos personales. Como siempre digo, no tengo caballo en esta carrera.

—¿Verte atrapado en medio de qué? —le pregunto.

—Si no puedes demostrar que se usó un arma de microondas, el Servicio Secreto quedaría en una posición difícil. Sobre todo, ahora que los terroristas acaban de reivindicar la responsabilidad de los homicidios que investigas.

Por lo visto, la única evidencia que relaciona el presunto intento de atentar contra el presidente y de los asesinatos de Belle Haven Market y Chilton Farms es la inusual frecuencia de 2,305 GHz que detectaron los analizadores de señales. Si eso resultara ser un error de medición, una equivocación, surgiría un problema con la jurisdicción. Habría quien dijera que, en ausencia de la señal, no hubo intento de atentado contra el presidente en absoluto.

—Y, técnicamente, no debería estar hablando con el Servicio Secreto porque no es su caso —dice Albert.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta Benton.

—Me han llamado del FBI hace unos minutos.

—¿Quién del FBI?

—Una mujer que no conozco. Lo he anotado… Déjame mirar… Ha insistido mucho… La agente especial Patty Mullet.

—Es de la unidad conjunta de contraterrorismo —responde Benton, y añade que no le tiene mucho aprecio, por decirlo suavemente—. Llegué a conocerla a fondo cuando estaba en el FBI, y me las he visto con ella unas cuantas veces desde entonces.

—Si encontramos rastros de pesticidas, tenemos un problema. Eso lo ha dejado claro. —Albert resume la amenaza de la agente especial Patty Mullet.

29

Explica que el FBI presenta la neurotoxina carbofurano como una especie de bandera de batalla. Es uno de los pesticidas más mortíferos del planeta, ilegal en este país, pero su uso está muy extendido, con consecuencias espeluznantes.

—El FBI ha estado investigando casos en los que aparece esta sustancia, la mayoría de las veces en California —dice Albert por el móvil en modo altavoz—. Pero recientemente se han localizado por aquí halcones, águilas, cisnes y búhos envenenados. Y también lo han ingerido mascotas como perros y gatos. Una cantidad de un cuarto de cucharadita puede acabar con un animal grande como un oso en cuestión de minutos, y con un ser humano aún en menos.

Las víctimas del potente pesticida pasan a formar parte del «círculo de la muerte», explica Albert mientras Benton sigue a nuestra escolta policial. Los animales y los insectos devoran un alimento impregnado de carbofurano y en cuestión de minutos sufren convulsiones y fallo respiratorio. Otros animales se alimentan de esos cadáveres y el horrendo efecto dominó continúa extendiéndose.

—Esas horribles sustancias químicas están en casi todas partes —continúa Albert—. El viento y la lluvia las trasladan, por eso mueren colonias enteras de abejas y demás flora y fauna. Y se lo dije a la agente del FBI una y otra vez: estas cosas son ubicuas y muy

duraderas. Hay que tener en cuenta muchos factores y andarse con un enorme cuidado antes de sacar conclusiones basadas solo en el hallazgo de restos de trazas.

Que unos análisis señalen la presencia de pesticidas y herbicidas no quiere decir necesariamente que se utilizara un arma de microondas para cometer un crimen. Albert asegura que se lo explicó a Patty Mullet, pero ella ya había tomado una decisión antes de hablar con él. Le traía sin cuidado lo que dijera, solo quería ver reflejado lo que ella pensaba.

—Me preguntó si había visto las fotos o los vídeos que muestran los daños sufridos por la flora y la fauna en la entrada de la propiedad de la jueza Chilton y también detrás de la casa —nos dice Albert—. Y le aseguré que obviamente he estudiado con atención muchas imágenes así desde que se pusieron en contacto conmigo.

El FBI quiere que presente una declaración firmada. Se supone que debe decir que en su opinión experta los insectos, los animales y la vegetación probablemente quedaron destruidos de resultas de la exposición al carbofurano o algo similar. Benton adopta un semblante en el que se trasluce la rabia mientras escucha, mirando los retrovisores, las hipnotizantes luces de los coches patrulla.

—Dios —exclama después de que Albert acabe de contarnos las maniobras de coacción y manipulación de Patty Mullet—. No sé cómo se le ocurre hacer algo así. Espero que no tengas intención de hacer caso de semejantes chorradas. Porque no son más que eso, Albert. ¿Qué contestaste?

—La verdad —asegura—. Que lo que veo concuerda con ataques de microondas.

Dependiendo de dónde se produzcan, hay insectos, pájaros, ratones y otros animales muertos. La línea de fuego resulta apreciable a través del follaje sea cual sea el momento del año. Los objetos metálicos quedan magnetizados. Las instalaciones eléctricas se funden debido a lo que es en esencia una enorme subida de tensión. Hay muchos indicios si se sabe interpretarlos. Albert recita algunos de los mismos detalles que abordamos durante nuestra última reunión en el Pentágono de la Comisión del Juicio Final.

En uno de los casos que investigó, el periquito dentro de una jaula de metal salió ileso. Pero las plantas de interior se marchitaron y hubo un apagón general. El ataque dejó un rastro de follaje reseco e insectos muertos delante de la ventana que atravesaron las microondas. El funcionario del gobierno que permaneció en el interior de la casa en esos momentos sufrió trastornos cognitivos y pérdida auditiva, y ya no puede trabajar.

—Los rusos están involucrados en muchos de estos chanchullos, como bien sabéis —continúa Albert—. Muy recientemente, Arabia Saudí se ha implicado en el desarrollo de esta clase de armas, y los chinos llevan décadas perfeccionándolas. Pero podría ser cualquiera, y cada vez se les da mejor, qué duda cabe.

—Si alguien quiere poner en tela de juicio la jurisdicción, me ocuparé de dejar las cosas claras —repone Benton—. Me las veré directamente con el FBI, no hace falta que te preocupes por ellos.

Albert no debe contestar si Patty Mullet vuelve a llamarlo, ni debe franquearle el paso al laboratorio si se presenta en el Smithsonian.

—La verdad es que no me sorprende —le digo a Benton cuando terminamos la llamada—. Detesto que la gente actúe a nuestras espaldas, y eso es lo que acaba de hacer Mullet. Nos la ha jugado.

—Es su especialidad. —Mantiene la distancia exacta entre su vehículo y el coche patrulla con las luces encendidas que va delante.

—Al menos ya sabes a lo que te enfrentas.

—Albert detectará alguna clase de insecticida o sustancia química que no tiene nada que ver —predice Benton—. Es inevitable. Esto no es más que una jugarreta, y a Patty se le dan de maravilla desde siempre.

—Tú representas todo lo que ha querido y eso no lo ha aceptado —señalo.

Mullet es su equivalente a Elvin Reddy, y es igual de descarada y evidente. Tenía la ambición de ser inspectora del Servicio Secreto, pero rechazaron su solicitud. Inteligencia tampoco la contrató. Al final, Patty Mullet fue a parar al FBI, donde quedó excluida de la Unidad de Análisis del Comportamiento cuando Benton la dirigía durante nuestros primeros tiempos.

—No daba la talla, seguiría sin darla, y es por esto mismo por lo que puedo afirmarlo de manera tan categórica —dice mientras los conductores se hacen a un lado y nuestro resplandeciente convoy dobla hacia West Braddock Road.

Cuando nos acercamos a mi cuartel general, el paisaje no es precisamente cautivador: hay una gran cantidad de centros de distribución y logística, aparcamientos de coches incautados y cementerios. Mis vecinos más cercanos son los Servicios Funerarios y Crematorio Shady Acres, que deben de tener el número de móvil de Maggie. En el interminable mensaje de texto que me acaba de enviar asegura que la están llamando una y otra vez.

Están molestos por los manifestantes alrededor de mi aparcamiento vallado, según tiene la jeta de informarme mi

secretaria exiliada. Me piden que haga algo con el ruido, escribe en su mensaje. Debe de estar encantada de informarme de un problema mientras acata la orden de mantenerse alejada de mi edificio. Me la imagino al teléfono con Elvin, así como lo que estarán diciendo y tramando.

—Está a punto de empezar una ceremonia en el cementerio de enfrente. —Le digo a Benton lo que Maggie me ha contado y tal vez ha instigado—. Quizá los que se manifiestan alrededor de mis oficinas podrían tener el detalle de dejarlo durante una hora. ¿Qué se supone que debo hacer yo? ¿Salir ahí y pedírselo por favor?

—Te echa en cara que la han dejado tirada —responde—. Te hace saber que, en consecuencia, tú también te quedas tirada. Tienes que ingeniárteles tú sola sin su ayuda.

—Como si alguna vez me hubiera ayudado en algo —respondo.

Estamos quizá a un minuto de mis oficinas, pasando por delante de una empresa petrolera, almacenes y un centro de reciclaje. Alcanzo a oír a los alborotadores antes de que esté a la vista el centro gubernamental de Virginia del Norte. Compartimos las instalaciones con los departamentos de Salud, Seguridad Pública y Servicios Médicos de Emergencia, así como el Registro Civil, entre otras entidades estatales que giran en torno a la vida y la muerte.

Todos están a escasas hectáreas de mi edificio, y no es por casualidad. En este caso, no solo las buenas vallas hacen buenos vecinos, sino también la distancia. Cuanta más, mejor. Estoy acostumbrada a que nadie quiera encontrarse cerca de nosotros. Yo tampoco lo querría, tanto si hay manifestantes como si no.

—¡Justicia para April…!

—¡Tongo…!

—¡Noticias falsas…!

Son los gritos de los manifestantes que se alzan al son de las cucharas de madera y de las baquetas contra cacerolas y bidones de plástico. Están apiñados delante de la línea que forma la policía, y se trata de la misma multitud con aspecto amenazante de anteriores ocasiones. Solo que estos últimos días eran quizá una docena de personas que se manifestaban e increpaban a los que entraban y salían en coche, incluidos Marino y yo.

Ahora son más del triple, y hay sobre todo hombres. No me hace gracia que unos cuantos lleven armas al cinto y rifles de asalto al hombro. Una mujer entrada en años tiene la larga melena gris recogida con un pañuelo y blande una escopeta de corredera. La acompaña un joven, igualmente armado, que instiga al odio.

La policía no deja que se acerque nadie cuando nos aproximamos a la entrada, y es evidente que los manifestantes no reconocen el coche eléctrico ni a quien lo conduce. Pero eso no les impide abroncarnos. Nuestros escoltas se hacen a los lados, y nos franquean el paso en la verja de seguridad, poco más que un brazo de madera que sube y baja. Cuando se cierra a nuestra espalda, los alborotadores siguen lanzando insultos y calumnias.

La sede del instituto y los laboratorios forenses del distrito norte está en el edificio de cuatro plantas de ladrillo color canela que tenemos delante. Una alta chimenea descuella de la azotea plana, lo que siempre permite ver de lejos cuándo está en funcionamiento el horno de nuestra división anatómica. Ahora no lo está, gracias a Dios. Sería un mal día para incinerar cadáveres, la mayoría enviados

desde escuelas de medicina. No necesitamos más estímulos visuales mórbidos o sensacionalistas.

Las banderas de Virginia y de Estados Unidos aletean y golpetean los mástiles de metal, y hay árboles plantados en islotes y a lo largo de la acera de hormigón lavado. La puerta principal de vidrio con el sello de Virginia pintado lleva años cerrada, y es más que nada para el acceso de empleados.

—Esperemos que no dure mucho —le digo a Benton. El ruido de los manifestantes nos sigue como el bramido de una gran ola a punto de estrellarse.

—¡JUSTICIA PARA APRIL!

—¡JUSTICIA PARA APRIL!

—¡JUSTICIA PARA APRIL…! —Una y otra vez.

El aparcamiento está lleno, solo quedan vacías algunas plazas para las visitas, y veo que Marino ya ha llegado. La furgoneta está en su sitio habitual, cerca de donde aparca Maggie, pero no veo su viejo Volvo plateado. Benton frena delante de la inmensa puerta de acero de carga y descarga, de la que no tiene mando a distancia porque no trabaja aquí. Como es natural, el mío está en casa en mi coche.

—Yo me ocupo. —Se quita el cinturón de seguridad.

—No, mejor lo hago yo. —Abro la puerta y me apeo antes de que tenga ocasión de adelantarse.

Dependiendo de quién supervise las cámaras de seguridad, quizá no reconozca a mi esposo, el agente del Servicio Secreto. Desde que nos mudamos aquí, no ha venido a mis oficinas más que un puñado de veces. Su vehículo no le resulta familiar a la mayoría de los

trabajadores de este centro. Cuando voy hacia el interior, los alborotadores me reconocen.

—¡TONGO! ¡TONGO! ¡TONGO…! —Suben el volumen, entonando consignas con megáfonos al tiempo que golpean cacerolas y garrafas con frenesí.

No me acostumbro a que me insulten y me acusen de atrocidades que nunca se me ocurriría cometer. No soporto que la gente me grite que tendría que estar en la cárcel o algo peor. Pulso el botón del interfono y al instante se pone en funcionamiento un estrepitoso motor eléctrico. La pesada puerta de metal manchada de óxido empieza a rechinar a medida que cadenas y poleas la hacen ascender lentamente.

—¡TONGO! ¡TONGO! ¡TONGO…!

Regreso a toda prisa al coche de Benton mientras se va abriendo la puerta para vehículos; la tecnología es antigua, y acceder al interior, un proceso lento. De vez en cuando se sale de la guía y se queda obstruida a medio abrir o cerrar. Sería mal momento para que ocurriera algo así.

—Tienes que esperar a que acabe o el mecanismo de seguridad la bloquea —le recuerdo a mi marido. El alboroto del gentío hostil va en aumento.

—Menos mal que no nos está disparando nadie —comenta mientras la puerta chirría y vibra, tardando una eternidad.

Mi edificio data de la década de los ochenta y se ha quedado anticuado. Se rompen cosas que no se arreglan, y encontrar lo que necesitamos es un reto constante. Las quejas de Fabian están justificadas. No tengo reparos en pedir a hospitales, centros médicos y funerarias de la zona material que les sobre. Voy con cuidado a la

hora de comprar, pero no puedo hacer milagros con un presupuesto esquelético.

Con lo exigente que es el trabajo en circunstancias normales, después de veinte años con Elvin Reddy apenas nos las apañamos. Él nunca luchó por nada importante, y menos aún por su gente. Vamos escasos de científicos, personal administrativo y patólogos forenses. El material es viejo y habría que reemplazarlo o incrementarlo.

Cuando me convertí en la primera jefa de Medicina forense en Virginia antes de marcharme, hace muchos años, Elvin era una figura en la sombra, un incordio. Sin poder alguno. No había estropeado nada todavía, y no lo haría durante un tiempo. Nuestro sistema médico forense estatal es uno de los más antiguos y consolidados de Estados Unidos. Antes era el referente máximo, y tengo intención de restablecer lo que él ha intentado demoler.

La puerta de la entrada de carga y descarga se ha parado. Benton accede, por fin, al cavernoso espacio sin ventanas más o menos del tamaño de un hangar para aviones. Las paredes y el suelo de hormigón están sellados con resina epoxi beis, que se puede desinfectar y lavar con manguera fácilmente. Hay zonas de almacenamiento con palés de suministros de equipos de protección personal y bolsas para restos humanos, así como bidones de desinfectante y sustancias químicas peligrosas como formaldehído y lejía.

Aparcada donde no molesta hay una zódiac y nuestra unidad forense móvil, que está vieja y necesita mejoras considerables. Al fondo del todo queda el área de carga forense, donde podemos colocar objetos grandes como vehículos dentro de carpas para el

revelado de huellas con cianocrilato y otras técnicas de recogida de pruebas. Benton aparca a un lado junto a El Camino de la década de los setenta de Fabian. Un carro guapo, según lo describe, negro con llantas y franjas rojas.

En lo alto de la rampa abro con llave la puerta de peatones que da al interior. Accedemos al área de recepción, intensamente iluminada, por donde ingresan los muertos a nuestra clínica médica sin esperanza para ellos. Enfrente de la báscula de plataforma hay inmensas cámaras y frigoríficos de acero inoxidable. Junto a ellos está la oficina de seguridad, y Wyatt Earle se encuentra sentado a su mesa detrás de un cristal a prueba de balas con cajón y rejilla para hablar.

Con más de sesenta años y vestido de uniforme caqui con las solapas de los bolsillos marrones, no es agente de policía, sino eso que Marino llama de forma tan grosera un «poli de alquiler». Wyatt, que no lleva arma, no está autorizado a detener a nadie, y no podría hacer gran cosa si nos viéramos asediados. No le gusta el depósito de cadáveres y, cuando entré a trabajar aquí, a mí me dio la impresión de que yo le gustaba aún menos. Pero nos vamos apreciando. Tenemos un acuerdo.

—Buenos días, Wyatt —lo saludo.

Está comiendo un filete empanado y croquetas de patata de la cadena Bojangles, atento a los monitores de seguridad, instalados en la pared de bloques de cemento encima de su mesa.

—No me parecen muy buenos, jefa. —Se limpia la boca con una servilleta—. ¿Con todos esos manifestantes ahí fuera? —Coge el café —. Si no contáramos con un montón de policías, tendríamos graves problemas.

Se lo presento a Benton porque no se conocen, y entonces se abre la puerta de la cámara con una sonora efusión de aire refrigerado. Fabian sale rodeado de una niebla de fétida condensación, empujando una camilla con un cadáver dentro de una bolsa. Tiene un aspecto típicamente dramático con pijama sanitario negro, la melena recogida en un gorro de quirófano negro con calaveras azules.

—Gracias por quedarte anoche —le digo—. Espero que hayas descansado algo.

—No mucho, pero estoy más que listo —responde de buen ánimo, vibrante de emoción—. ¿No es increíble lo que está pasando ahí fuera? —Cierra la puerta de la cámara.

—No es nada bueno —señala Wyatt; Fabian y él no son compatibles—. Ya sé que te gusta salir en las noticias, pero los demás preferimos la tranquilidad.

—¡Tengo el móvil a punto de reventar! —Fabian está casi sin aliento—. ¡Es increíble! Me están llamando productores de televisión. ¡Hasta de un reality show! El título provisional es *Misión mortal*, y quieren seguirme mientras trabajo. Pero he dicho que seguro que no lo autorizabas.

—Ni pensarlo —respondo—. ¿A quién llevas ahí? —Miro el cadáver embolsado que traslada.

—Vienen a recogerlo —dice—. Es el corredor al que atropelló un coche el otro día.

Fabian nos informa a Benton y a mí de que Marino está arriba en el laboratorio de huellas dactilares con Andy Patient, el perito. Intentan descubrir la mejor manera de vérselas con la cinta

americana, y tampoco es que aquello sea ingeniería espacial, comenta Fabian.

—Doug se pone muy nervioso. Y, claro, ¿con todo lo que está pasando? Dios mío, ¿no es increíble cuánta gente armada hay ahí fuera? —pregunta Fabian con entusiasmo mientras Wyatt sigue desayunando detrás de la partición de cristal—. No sé cómo voy a volver a casa cuando toque con todos esos matones violentos manifestándose.

Hace quince minutos escasos sobrevolaban nuestro edificio unos helicópteros. Sigue describiendo una escena que, si por él fuera, sería rutinaria.

—Al parecer ha estallado una pelea delante de los juzgados. Lo acabo de ver en Instagram —continúa Fabian—. Lo que explica que se hayan largado los helicópteros, pero apuesto a que volverán.

—No esperéis que la situación se tranquilice o mejore —informa Benton—. Sobre todo cuando el caso de Hooke quede en manos del jurado: entonces es de esperar que los problemas se multipliquen.

—¿Ha habido visitas inesperadas o ha intentado acceder alguien aquí? —le pregunto a Wyatt, que continúa atento a los monitores de seguridad.

—Hasta el momento no —dice—. No hay nadie aquí a quien no conozcamos, jefa.

—Una agente del FBI ha llamado a investigaciones y ha dejado un mensaje —nos informa Fabian.

—¿Qué decía? —se interesa Benton.

—Que volvería a llamar.

—¿Cómo se llamaba? —pregunta, y tengo la impresión de que lo sé.

—Tendría que consultarlo en el ordenador —contesta Fabian—. Patti… no sé qué. Me suena Patti LuPone, pero no es eso. ¿Sabes esas veces que se te queda algo metido en la cabeza…?

—La agente especial del FBI Patty Mullet —dice Benton.

—Eso es. Es engreída de cuidado. Mandona, me trataba como si fuera del servicio. No me ha hecho ni puta gracia.

30

Delante de la ventana de seguridad del depósito de cadáveres, el enorme registro negro está sujeto a la repisa de formica desportillada por medio de una fina cadenita metálica. Hay un bolígrafo atado a un cordel. Cerca hay también un dispensador de desinfectante de manos, y cajas de mascarillas y guantes.

Desde los comienzos del sistema médico forense en Virginia, siempre hemos llevado un registro manuscrito de entregas y recogidas, y yo tengo la costumbre de revisar las entradas. Lo hago en cuanto llego, así que abro el voluminoso registro por la última página anotada y miro los casos que han llegado o salido, mientras Benton continúa explicando quién tiene la sartén por el mango.

—Yo me ocupo de Pat Mullet. —Se lo dice a Wyatt, y también a Fabian—. Ningún visitante sin mi aprobación. Me da igual quién sea. Nadie que no esté autorizado puede entrar en el edificio sin que yo dé el visto bueno.

—¿Qué se ha hecho con mi caso? —pregunto por Rachael Stanwyck.

—Está en el escáner —dice Fabian.

—Sigue dentro de la bolsa, ¿verdad?

—He dicho que no podía abrirla nadie más que tú.

—Bien. El cadáver puede quedarse en la sala de escáner mientras Benton y yo nos cambiamos —respondo—. La llevaré a mi zona de

trabajo cuando estemos listos.

—Ya lo he preparado todo, y el doctor Schlaefer está en la sala de descomposición —señala Fabian—. ¿Os ayudo? ¿A uno o a los dos?

—Nada de pasar de uno a otro, porque hay que tener un cuidado exquisito con la contaminación cruzada —le recuerdo—. Solo puedes ayudar a uno de los dos, así que mejor quédate con el doctor Schlaefer. Yo me las apaño sola, aunque voy a necesitar que Jane Slipper me haga un favor.

Es mi históloga. Me vendría bien contar con tres como ella, pero Elvin suprimió los otros puestos. Solo tengo a Jane, y no le hará gracia tener que visitar el depósito. Quizá trabaje con tejidos de cadáveres a diario, pero eso no quiere decir que le gusten las autopsias, ni siquiera como mera noción. No quiere ponerle cara al caso, y cuanto menos necesite saber, mejor.

—El tiempo es esencial; hay que preparar las muestras lo antes posible. Las tendrá que recoger ella misma y ponerse manos a la obra mientras yo sigo con la autopsia —le explico a Fabian—. Le avisaré cuando esté realizando la craneotomía, y puede bajar entonces.

—Oh-oh, no le va a gustar nada —dice—. Se las apaña bien con los trocitos, pero no quiere ver de dónde proceden. Es como yo, que no quiero ver la langosta antes de que la echen a la olla de…

—Sé que a Jane no le va a gustar nada, y lo siento. —Ahora mismo no estoy para sus analogías—. Hay que preparar todo para una videoconferencia con cifrado para que Doug y yo nos comuniquemos a distancia.

—Ya estoy en ello —dice Fabian cuando Benton y yo nos dirigimos al vestuario.

Seguimos el pasillo de baldosas blancas, e inevitablemente hay gotas de sangre y líquidos que rezuman de las bolsas para restos humanos. Siempre hay un par de camillas abandonadas o con bolsas dobladas encima. Las paredes son de un insípido verde pálido; la luz de los fluorescentes, chillona, y cuelgan del techo tiras de papel matamoscas. Nos acercamos a la sala de tomografía, y vemos por la ventana de observación al radiólogo Johnny Hahn sentado ante su consola, rodeado de un mosaico de pantallas de vídeo, hablando por teléfono.

Del otro lado del cristal plomado está el cadáver de Rachael Stanwyck dentro de una bolsa en el interior del amplio túnel del escáner. La sala de al lado es donde hacemos las radiografías de cuerpo entero; la puerta está cerrada; las luces, apagadas. Después está la sala de pruebas donde hay ropa con restos de sangre colgada en cámaras de secado. Encima de una mesa de exploración, cubiertos con papel de estraza blanco, hay astillas de vidrio, llaves, una cartera y un inhalador para el asma ensangrentados de un tiroteo reciente.

En el exterior de la sala de descomposición, la luz roja advierte de que no se puede entrar, y eso que la mayoría de la gente preferiría no hacerlo. Cuando los cadáveres se encuentran en un estado avanzado de descomposición, contaminados, con un aspecto espantoso, es aquí donde nos ocupamos de ellos. No hay ventana de observación por un buen motivo, y me hace falta mucho autocontrol para no asomarme a mirar cómo lo lleva Doug Schlaefer. Pero no lo hago.

A continuación está el pequeño laboratorio de antropología donde se disponen los restos óseos como un puzle, y no hay nada más

triste que morir solo y en el anonimato. Al fondo hay un área de almacenamiento con más de ochenta cajas de huesos de hace varias décadas. Durante su mandato como jefe, mi predecesor dejó que engordara considerablemente el armario de los esqueletos. Si el caso no era sencillo o no le reportaba ventajas políticas, carecía de interés para Elvin.

Benton y yo hemos llegado a las salas de autopsias, y al otro lado de las puertas cerradas se oye a gente trabajando. Sé por el registro del depósito que de momento tenemos seis casos esta mañana, incluidos Rachael y Wally. Además, hay un accidente de circulación y dos víctimas de un presunto asesinato seguido de suicidio con escopeta. Después está el vestuario, y ayudándome del codo pulso el botón de manos libres en la pared.

Nuestro vestuario es sencillo y funcional: tres lavabos de porcelana blanca, tres duchas con finas cortinas de plástico blanco y unos estantes con equipos de protección personal. El aire es denso por efecto del olor empalagoso a desinfectante. Toda una pared está ocupada por taquillas de acero numeradas y pintadas del verde institucional. La jefa tiene la «1», como cabría esperar. Dejo el maletín dentro, y el sonido metálico de la puerta al cerrarse me recuerda a la época escolar.

Un día normal cerraría bajo llave mis pertenencias y me cambiaría arriba en el cuarto de baño de mi despacho, pero no hay tiempo para eso. Benton y yo nos ataviamos con el mono de trabajo: el roce del Tyvek suave, el olor a desodorizador industrial intenso. Nos ponemos cubrezapatos, pero todavía no nos tomamos la molestia con los guantes, las gafas de seguridad y las capuchas.

Johnny Hahn está sentado ante la consola rodeado de imágenes del cerebro de Rachael. De treinta y tantos años, es atractivo a su manera, con los ojos muy juntos y la nariz afilada como la mira de un arma.

Se crio en Colorado, es un esquiador consumado y entusiasta de los videojuegos. De no ser por su insaciable curiosidad y por su adicción a la adrenalina, yo no habría podido captarlo en un hospital de la zona con la promesa de una beca en radiología forense. Está sobrecualificado, y no puedo pagarle ni remotamente lo que merece.

—Vengo de visita. —Esa es mi forma de darle los buenos días a Johnny. Le presento a Benton—. Hemos venido a recoger nosotros mismos el cadáver de Rachael Stanwyck.

Le explico que el Servicio Secreto está a cargo de la investigación, y también de la de Wally Potter.

—Vaya, eso suena importante y feo —comenta Johnny.

A su espalda, una pantalla plana fijada a la pared emite las últimas noticias de la CNN sin sonido. Bose Flagler está haciendo su alegato final, y luego lo hará Sal Gallo. Entonces el caso quedará en manos del jurado. Las protestas son cada vez mayores y más furiosas. Están llamando a más agentes de policía de condados vecinos, y en las imágenes tomadas desde un helicóptero se ve a la muchedumbre hostil y a los antidisturbios.

—Quería ver qué has observado antes de que nos la llevemos —le digo a Johnny, preguntándole por sus descubrimientos antes de apropiarme de la camilla.

—Seguro que esto te interesa. —Nos llama la atención sobre unas imágenes de escáner en las que se ve una fractura lineal de cráneo del hueso parieto-occipital.

Rachael Stanwyck sufrió una grave lesión craneal justo antes de morir. Johnny señala las imágenes en las que se aprecia la contusión en el lóbulo frontal derecho del cerebro.

—Una clásica herida de contragolpe. El impacto debió de dejarla inconsciente si no lo estaba ya —respondo—. Pero no es lo que la mató.

La sangre aparece en el escáner como una densa mancha oscura, y no hay mucha. Seguro que Rachael se cayó, golpeándose el lateral izquierdo de la cabeza contra el suelo de mármol de la cocina. Lo más probable es que ocurriera mientras la estaban bombardeando con radiación de microondas. La hemorragia reducida indica que solo siguió viva brevemente al ascender su temperatura por encima de niveles viables.

—Cuando la examiné en el lugar de los hechos —explico—, no encontré indicios de lesión en el cuero cabelludo. No hay laceración, pero ya he visto casos así cuando alguien se cae. Tendré más información tras inspeccionarla a fondo.

Benton y yo nos ponemos guantes, gafas de seguridad y capuchas. Abro la puerta que conecta la sala de escáner con la de control y trasladamos el cadáver embolsado a la camilla. Luego lo llevamos por el pasillo, y él abre la puerta de doble hoja de acceso a las salas de autopsias. El agua repiquetea con fuerza en los profundos fregaderos de metal y se oye el roce del acero contra la piedra de amolar mientras un técnico afila un cuchillo.

Los médicos forenses y sus ayudantes están ocupados en sus puestos de trabajo, donde visionan imágenes de escáner en pantallas de vídeo. El suelo es de baldosa beis, las paredes de bloques de hormigón del mismo verde antiestético que los pasillos.

Todo es de metal o vidrio, el techo alto desnudo salvo por los cables eléctricos y los paneles de iluminación. No hay nada que amortigüe el sonido, así que la zona de trabajo diáfana es una pesadilla acústica.

Fabian tiene puesto rock and roll que apenas se oye con el estruendo que a alguien poco acostumbrado le resultaría ensordecedor. El depósito de cadáveres no tiene nada de sosegado. A menudo suena más parecido a un taller mecánico que a unas médicas o un laboratorio. Se comunican a gritos pesos, medidas y demás información, dando lugar a un estrépito que se mezcla con un monótono ruido estático que pone de los nervios.

Aquí siempre hace frío, incluso cuando no lo hace, y hay malas vibraciones a pesar de las mejores intenciones y del esfuerzo. La gente rara vez ríe. O ríe demasiado. No lloramos si alguien lo puede ver. Existe el código tácito de que debemos guardarnos nuestros sentimientos para nosotros. Procuramos no perder la compostura, pero a veces ocurre; y nada huele bien.

Mi espacio de trabajo es el primero. Fabian lo ha rodeado de biombos portátiles de los que se utilizan entre las camas de los hospitales. Lo tenemos por costumbre cuando hay casos especialmente delicados: famosos y muertes que se convierten en noticias sensacionalistas, por ejemplo, y sobre todo si se trata de alguien conocido. Los biombos no eliminan el ruido de fondo, pero ayudan mucho.

Es una medida importante, porque estaremos conectados mediante un enlace de vídeo seguro a una cámara dentro de la sala de descomposición. Tenemos que poder comunicarnos con claridad. Doug y yo debemos comunicarnos aunque yo no esté presente.

Tenemos que asegurarnos de lo que hacemos; no hay margen de error. Benton aparta un biombo.

Sitúo la camilla al lado de la mesa de autopsias donde siempre trabajo, una de las seis que hay. Son de las antiguas, en forma de L y fijadas a los pedestales del suelo. Acerco el monitor que hay en un carrito de quirófano.

—Antes de que hagamos nada más, tengo que ver lo que ocurre en la sala de descomposición —le indico a Benton—. Hay que conectarse ya.

Acercando más el carrito del vídeo, enciende la cámara y activa el sonido de los altavoces. La pantalla parpadea al tiempo que se oye crujir con fuerza el papel. Ocupan toda la pantalla las grandes manos enguantadas de Marino, que retiran la bolsa que le cubre la cabeza a Wally Potter.

—¿Hola?, ¿hola? —Hago saber a todos que estamos conectados—. ¿Marino? Me parece que eres tú y tus tatuajes lo que veo.

—Estoy aquí con Doug y Andy. —Marino ladea la pantalla para que vea a mi subdirector y al analista de huellas dactilares.

—Yo también estoy. —Fabian se asoma y mueve los dedos envueltos en un guante negro.

Sostiene una tablilla con sujetapapeles y una cámara; todos llevan equipo de protección personal. Están reunidos en torno al cadáver de Wally Potter en la mesa. Una luz de quirófano ilumina su cuello abierto de lado a lado, de un rojo más seco y oscuro que anoche. Todavía no lo han desvestido, y no lo harán hasta que puedan ocuparse de la cinta americana.

La única tira que le cubre la boca es de aproximadamente veinte centímetros de largo. No llega a superponerse y no le rodea la

cabeza por completo, como a menudo se ve. Hay que retirar la cinta sin estropear las posibles pruebas en el anverso y el reverso adhesivo.

—Por lo general, la cara interna de la cinta está húmeda de saliva y fluido de purga, lo que hace que resulte más fácil desprenderla —explico—. También ayuda que haya pasado en la cámara toda la noche. Cuanto más frío está el adhesivo, menos pega.

—Eso espero —dice Andy Patient, medio calvo y encorvado, los ojos de un azul desvaído cuando me mira en el monitor—. El objetivo es someter la cinta americana al revelado de huellas con cianocrilato.

—Eso, tomar muestras en busca de ADN y comprobar si hay microrrestos —dice Doug—. Y la cuestión es en qué orden hacerlo para no joder nada.

—Por eso estamos hablándolo —convengo—. De momento vamos a centrarnos en quitarle la cinta de la boca. Vamos a retirarla con mucho cuidado.

—Nos vendría bien usar nitrógeno líquido antes para que esté bien fría —sugiere Andy.

—Espero que no sea necesario —respondo, y si estuviera en la sala con ellos ahora mismo, lo que estamos discutiendo ya estaría hecho.

No es tan difícil si lo has puesto en práctica unas cuantas veces y no te pasas de cauteloso, dejando de lado el sentido común. Pero tengo que contenerme. Y Doug tiene que aprender. Quizá yo también cuando se trata de volver a confiar en la gente, dejarles hacer su trabajo y creer que pueden.

—Eso lo haremos con la cinta alrededor de las muñecas y los tobillos —explica Andy—. La cortamos y la congelamos, luego la podremos retirar.

—Cada cosa a su tiempo. Vamos a buscar agarre en un ángulo de la cinta sobre la boca y a ver qué pasa —le sugiero a Doug.

—Es más difícil con guantes. —Tiene el rostro tenso.

—Pellizca la cinta entre las yemas del pulgar y del índice, y sí, igual se te pega al guante, pero no pasa nada siempre y cuando no empieces a tocar otras partes de la cinta. Comienza a tirar muy suave y despacio —le indico.

—Bien, ¿quieres que sea totalmente sincero? Es mi primer caso con cinta americana —confiesa Doug.

—Ahora me siento mejor —comenta Marino.

Observo el monitor mientras Doug va quitando la cinta y deja a la vista parte de los labios de Wally.

—Vas bien —lo animo.

—Ya sale… —asegura Doug, como si estuviéramos en la misma sala—. No está desgarrando la piel, causando abrasión ni nada por el estilo… —Continúa despegando la cinta—. De momentooo, va bieeen… ¡Ya estamos…! La tengo, gracias a Dios.

Alza la tira para que todos la veamos.

—Bien hecho. Ya puedo dejar de contener la respiración —dice Marino.

—Creo que ya te las puedes apañar sin mí a partir de ahora —hago saber a Doug, y Benton apaga el monitor.

31

Abro la cremallera de la bolsa negra en la que está Rachael, su cadáver momificado bajo varias capas de láminas de papel blanco. El *rigor mortis* se ha asentado por completo; como se suele decir, está rígida como una tabla, y fría de la cámara. Emite sordos topetazos cuando la pongo encima de la mesa. Corto el papel con tijeras, voy abriendo las láminas y las retiro de debajo de su cuerpo.

—Si no te importa, dóblalas y mételas en una bolsa de plástico —le indico a Benton—. Las enviaremos para analizar las pruebas junto con las bolsas de las manos y los pies, la ropa y cualquier cosa que haya que analizar.

Al palpar el lateral dañado de la cabeza, no atino a notar nada de importancia. No sobrevivió el tiempo suficiente para que hubiera mucha respuesta tisular. Enciendo la lámpara de quirófano y cojo un escalpelo. Pongo un filo nuevo y le afeito a Rachael parte de la hermosa melena, negra como vidrio volcánico.

—Apenas se ve la contusión. —Enfoco la luz sobre una zona rojo oscuro del cuero cabelludo más o menos del tamaño de un dólar de plata.

Benton mira cómo voy haciendo minúsculos cortes a fin de verificar que la decoloración se debe a que la sangre se filtró en el tejido después de fracturarse el cráneo.

—Tiene una magulladura, sin duda —le digo—. Y no sobrevivió mucho, seguramente unos minutos.

—No hay muchas cosas que te derriben como un disparo. —Se acerca más para tener una visión clara de la parte rasurada que me alegro de que Rachael no esté en situación de observar.

—La radiación de microondas a la fue expuesta debía de ser muy intensa —respondo—. Sospecho que la afectó de manera tan rápida que no tuvo tiempo de plantearse buscar una silla, o sentarse en el suelo siquiera. Seguro que sintió un dolor intensísimo mientras se arrancaba las joyas, confusa y aterrada hasta perder la conciencia.

—No me gustaría acabar así. —Benton empieza a seleccionar los formularios y los diagramas corporales apropiados del casillero que ocupa una pared.

Ha estado en muchas salas de autopsias a lo largo de su carrera, no todas mías ni remotamente tan bien acondicionadas, lo que no es decir mucho. Pero no es aprensivo. Entiende a la perfección de qué va esto, y sabe muy bien lo que implica mi trabajo. Formamos equipo desde que empezamos a trabajar juntos, y tenemos un ritmo cómodo que no es deliberado ni consciente. Nos entendemos mutuamente, y me trae sin cuidado cuál de los dos tenga razón, siempre y cuando alguno la tenga.

Coloca el papeleo necesario en una de las tablillas Masonite. Todas llevan la leyenda DEPÓSITO DE CADÁVERES escrita en letra gigante con rotulador. Fabian tiene cuidado de que así sea para que a nadie se le ocurra llevarse nada. Sujeto al orificio del sujetapapeles de metal hay un lápiz graso que escribe sin problemas en papel húmedo o manchado de sangre.

Centrándome en las bolsas de papel y las gomas elásticas, le desenvuelvo las manos a Rachael. Luego los pies, y me fijo en todo lo que hay adherido a la suela de sus deportivas caras.

—Me pregunto cuándo salió —le digo a Benton, que toma fotografías—. Y si fue ayer en algún momento, porque eso es lo que sospecho.

—Basándonos en las señales de microondas que detectaron Lucy y Tron, suponemos que Rachael sufrió el ataque entre las 15.40 y las 16.00 —dice—. Evidentemente, si salió, lo hizo antes. Y no fue a una ubicación que introdujera en el GPS, suponiendo que condujera a algún sitio.

—Dijo que ayer pensaba trabajar desde casa, o esa es la información que nos han facilitado —repongo—. Por su vestimenta, que no llevara maquillaje ni perfume, concuerda con que estuviera sola, relajada.

Señalo que Rachael no llevaba un reloj caro ni muchas joyas, nada que hiciera pensar que iba a verse con alguien. Pero eso no significa que no saliera de la casa.

—No significa que no saliera de Chilton Farms, y me parece que lo hizo. —Cojo unas pinzas de punta fina.

Rasco la sustancia de color púrpura oscuro en la suela de una de las zapatillas de modo que caiga sobre un trozo de papel secante esterilizado. Bajo la lupa iluminada, los restos de vegetación aplastada están pegajosos de savia. Benton y yo nos limpiamos con agua los cordones de los zapatos para no llevarnos a rastras desechos similares de plantas a su vehículo. Pero eso no fue en Chilton Farms, sino en Belle Haven Market.

Los jacarandás son nativos de Virginia. Benton y yo tenemos muchos en nuestra propiedad, y este año la temporada se ha retrasado y los árboles siguen en flor. Crecen silvestres en los prados y a la orilla de las carreteras, y gozan de popularidad en la arquitectura paisajística. Pero tiran muchas flores, conque no es de extrañar que Wally tuviera su preciada furgoneta antigua Chevy protegida en la cochera. Si no, la pintura habría acabado por estropearse.

—En Chilton Farms no hay ni un solo jacarandá —le digo a Benton mientras miramos juntos a través de la lupa—. Hace décadas que no los hay. Lo sé con seguridad.

—¿Y estás igualmente segura de que esto que vemos no son lilas, quizá alguna otra cosa? —Es posible que mi marido tenga muchas virtudes, pero en cuestiones de jardinería no sobresale.

—Lo que vemos es más tirando a lavanda púrpura —explico mientras guardo los restos vegetales en un sobre de papel en el que pongo mis iniciales y etiqueto—. En la finca de Annie hay muchos árboles en flor, pero no jacarandás, que es lo que creo que es esto. Lo confirmaremos, pero no tengo muchas dudas.

La primera vez que fui a Chilton Farms cuando estudiaba Derecho, se había propagado una plaga entre los jacarandás. Recuerdo lo mucho que se disgustó Annie cuando hubo que talar y quemar los gloriosos árboles de la familia.

—He ido a Chilton Farms lo suficiente para estar segura —añado —. Y te garantizo que allí no hay ni un solo jacarandá por ninguna parte.

Pienso en las densas arboledas de esta variedad en Belle Haven Market. Le pregunto a Benton si el Servicio Secreto ha tenido suerte

con el móvil de Rachael u otros dispositivos electrónicos.

—Quizá haya mensajes de texto que nos indiquen cómo pasó el día. Si fue a alguna parte, y con quién pudo estar en contacto antes de que la asesinaran —sugiero.

—La respuesta corta es que no, no tenemos sus dispositivos electrónicos —dice Benton—. Podría decirse que estamos siendo buenos compañeros y esperando nuestro turno.

La CIA recogió el ordenador, el móvil, el busca, la tableta, el rúter y cualquier otro dispositivo de Rachael. Trabajaba para ellos. Sin duda se presentaron en el lugar de los hechos y se los llevaron todos, lo que explica por qué no los vi cuando nos presentamos Marino y yo. No es eso lo que dice Benton, pero sí lo que me está dando a entender.

—En resumidas cuentas, no vamos a tener ni idea de lo que hay en ninguno de esos dispositivos durante un tiempo, si es que llegamos a averiguarlo alguna vez —supongo.

—Así es. No llegarás a conocer la mayoría de los detalles —responde Benton mientras comienzo a desvestir el cadáver—. Pero algo queda claro por el historial telefónico: ayer intentó llamar a Flagler varias veces, lo que no es una gran sorpresa. Le deseó suerte en el juicio, dijo que lo quería, y él no le devolvió las llamadas. Si Rachael fue a alguna parte, no hizo ninguna referencia.

Mientras me cuenta todo eso es como si Rachael estuviera escuchando y forcejeando como loca. Me obliga tercamente a quebrar el *rigor mortis* de los brazos para poder manipularlos. No cede cuando le voy quitando el chándal y la ropa interior. Entonces queda desnuda sobre la mesa, y doblo su ropa para meterla junto

con los zapatos en bolsas de papel mientras Benton continúa tomando notas y haciendo fotos.

Rachael, de largas piernas y pecho abundante, murió en perfecta forma física, según parece, salvo por el vientre curiosamente hinchado. No aprecio tatuajes ni piercings, ninguna cicatriz de heridas u operaciones quirúrgicas.

No veo indicios de procedimientos estéticos como rellenos dérmicos inyectables. Poseía una belleza sensual de esas que detenían el tráfico, como reza el cliché, y la alcanzó de manera natural. Quizá se retocaba el pelo y se permitía un poco de bótox, pero tengo la impresión de que eso era todo. Aparte de los laxantes y otras compulsiones, parecía tener todo lo que quería sin ningún esfuerzo.

La lámpara de quirófano encima de nuestras cabezas arroja una luz intensa sobre su rostro inerte, los ojos y los labios apenas entreabiertos, resecos y oscurecidos. Irónicamente, pienso en todas las veces que oí en referencia a ella la expresión «guapa a morir». Annie llevaba diciéndolo desde que alcanzo a recordar. Examino hasta el último centímetro del cadáver para cerciorarme de que no hay nada fuera de lo normal. No veo más lesiones, salvo por las quemaduras.

Le enseño a Benton las que tiene en torno al cuello, en los lóbulos de las orejas y en un dedo, por efecto de las joyas al calentarse. Le examino los pechos y aprecio otras heridas causadas por el alambre de sujeción del sujetador de deporte. Mido la distancia entre las

diminutas quemaduras rojas, que es de aproximadamente doce centímetros.

—Dos coma tres cero cinco gigahercios, o un poco más de doce centímetros —le señalo a Benton mientras hace fotografías—. Esa es la distancia aproximada entre los picos de onda repetidos.

—Lo que vemos aquí no lo causó un pesticida —repone—. Fue, sin duda, algo conductivo que calentó cualquier cosa metálica que llevara.

Me quito los guantes. En la pared de bloques de hormigón entre las particiones que delimitan mi área de trabajo hay un teléfono fijo de botones, de los de antes. El enfático letrero que ha dejado Fabian al lado dice ¡¡SOLO MANOS LIMPIAS!!

Marco la extensión del laboratorio de histología, y Jane Slipper no suena muy animada cuando contesta. Le digo que la tomografía indica que Rachael Stanwyck sufrió una lesión cerebral traumática.

—Naturalmente, resultará evidente a simple vista cuando abramos el cráneo —explico—. Pero estoy más interesada en cualquier cambio en las células neurales, cualquier indicio de degeneración y necrosis que pueda estar relacionado con el calor.

—¿Crees que murió de hipertermia? —pregunta Jane por el teléfono en modo altavoz con su franco acento del Medio Oeste—. ¿Quizá un infarto o algo por el estilo? ¿Y que se golpeó la cabeza al desmayarse?

—No exactamente, no creo. Buscamos indicios de daños como lesiones por exposición radiante —respondo—. Quizá cauterización térmica de vasos sanguíneos superficiales.

—Qué horror. Es como lo que se ve en las muertes debidas al fuego.

—La verdad, Jane, es que no sé qué podemos esperar —explico—. Nos enfrentamos a algo que no entendemos muy bien.

No menciono las microondas, y ella sabe que no debe hacer preguntas indiscretas. No tiene interés a menos que exista una relación con aquello que esté buscando en un caso determinado, y con las huellas histológicas que más sentido tengan. Decidimos de qué área del cerebro hay que extraer porciones de tejido, lo que incluirá una sección de la médula espinal.

—Supongo que Fabian mencionó que tienes que pasar por la sala de autopsias para recoger las muestras. —Le doy a la históloga la mala noticia que esperaba—. Las tendré preparadas en unos quince minutos.

—Preferiría no hacerlo. —Jane Slipper lo dice sin ambages.

—No voy a poder llevarte nada en un buen rato. Es posible que no pueda pasar por tu laboratorio hasta dentro de unas horas, y tenemos que empezar lo antes posible —contesto por el teléfono fijo solo para «manos limpias» en mi área de trabajo—. Ponte un equipo de protección personal, y no quiero que te acerques siquiera a la mesa.

—Preferiría no entrar, la verdad, sobre todo en una mañana tan ajetreada como esta —dice, aunque cualquier otra mañana también hay demasiado ajetreo.

No hay ocasión en que Jane quiera poner un pie en el depósito de cadáveres. Se mantiene alejada de la zona de carga y descarga. No tiene ni idea de cómo es la división anatómica del sótano. Si lo supiera, no volvería nunca a su laboratorio lleno de virutas de parafina y tintes diversos de nombre exótico como rojo Congo, azul de Prusia y tinción argéntica de Bodian.

—Cuando estemos listos, Benton Wesley saldrá a la puerta con las muestras —le sugiero como arreglo—. Entonces podéis intercambiar el papeleo adecuado.

Le explico quién es y añado que casualmente está casado conmigo. Luego cuelgo y vuelvo a la mesa. Benton se ha quitado los guantes; detrás de las gafas de seguridad aprecio un destello de furia callada. Ha cubierto la pantalla del móvil con plástico protector antimicrobiano y está mirando los mensajes.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

—No es ninguna sorpresa, solo era cuestión de tiempo —dice—. Pero no hacía falta que el puto FBI lo hiciera ahora.

Explica que el FBI acaba de emitir un comunicado de prensa anunciando que han reabierto oficialmente la investigación de los asesinatos de Colonial Parkway de hace veintidós años. El papel del médico forense, en particular, está en tela de juicio debido a las acusaciones planteadas durante el juicio de Gilbert Hooke sobre la competencia de Bailey Carter.

—Qué coincidencia. —Me acerco a los armarios de pared con puertas de cristal.

—Detrás de esto anda Patty Mullet; es obra suya, su *modus operandi* —señala Benton—. Es su manera de hacerme saber quién tiene el poder. De paso, también está dando ideas a indeseables, ya sea sobre demandas que interponer o gente a la que castigar. La publicidad es siempre un arma de doble filo. Yo no habría hecho lo que acaba de hacer ella.

No menciono que a Benton no le importan los comunicados de prensa siempre y cuando los hagan los suyos. De todos modos, la noticia supone un revés. No permite augurar nada bueno cuando un

caso tras otro se examina con lupa, como sin duda ocurrirá. Me preocupa que esto no tenga fin.

—Bailey la cagó a más no poder en la autopsia de April Tupelo, porque para entonces le ocurría algo grave —respondo—. Pero es ridículo pensar que hizo lo mismo en la investigación de Parkway; si lo sabré yo. Era la jefa. Acudí y supervisé en persona todo el caso.

—Lo sé perfectamente, y puedo dar testimonio de ello —asegura Benton, porque estuvo trabajando conmigo en aquellos asesinatos en serie.

Abro un armario y saco una caja blanca, un kit de recuperación de pruebas físicas. Dentro hay una serie de artículos preempaquetados que se usan para examinar a los pacientes en busca de indicios de agresión sexual. No tengo razón alguna para pensar que a Rachael la violaron o intentaron violarla. Es poco probable que tuviera contacto sexual con su asesino, pero sería una negligencia no comprobarlo.

Abro el kit de recuperación de pruebas y saco dos peines de plástico negro, de esos baratos que se repartían en el momento de hacer las fotografías para el anuario escolar. Dispongo las probetas, los bastoncitos de algodón, los portaobjetos y el resto del material sobre una lámina de papel limpia mientras Benton sigue informándome de las últimas noticias. Dice que el Canal 5 va a emitir un especial sobre Annie Chilton esta noche; corren anuncios del programa por internet. El sensacional reportaje promete ser justo la publicidad que preferiría evitar como la peste.

—No dejes que te afecte, Kay —dice Benton.

—Haré oídos sordos como siempre —respondo mientras tomo muestras de vello púbico—. Espero que Annie lo lleve bien.

Tomo también muestras de pelo de la cabeza, así como de todos los orificios, con bastoncitos de algodón. Por si Rachael no se vio sometida a humillaciones suficientes, le raspo las uñas perfectamente cuidadas. Se las corto a ras de piel y las guardo en un sobre, aunque no espero encontrar nada significativo. Dudo que arañara a nadie. No hay razón para creer que forcejeara con el asesino o que llegara a tocarlo siquiera.

Cojo el escalpelo y le cubro la cara a Rachael con una toalla, una vieja costumbre que se remonta a mis primeros años de adiestramiento. Cuando el paciente es alguien conocido, supone como mínimo una señal de respeto. Es mi modo de disculparme cuando cometo toda suerte de agravios en nombre de la justicia y la ciencia médica.

32

Comienzo la incisión en forma de Y, cortando en sentido descendente desde la clavícula y desviándome alrededor del ombligo. Retiro la piel y cojo unas cizallas de acero inoxidable del carrito de quirófano. Benton hace fotografías mientras corto las costillas y desgajo la parte anterior de la caja torácica.

Deposito este bloque en una tabla de cortar y aíslo el estómago distendido. Es la primera pregunta molesta que tengo intención de contestar. Luego cojo unas tijeras quirúrgicas.

—Creo que igual sabemos lo que hizo ayer Rachael. —Vierto el contenido gástrico en un recipiente desechable—. Lo confirmaré, pero estoy casi segura de que no estaba embarazada.

La comida apenas empezó a digerirse, y hay mucha, unos ochocientos gramos. Rachael condujo hasta Belle Haven Market ayer e ingirió el almuerzo especial del día. Es posible que comiera más de un sándwich de rosbif con salsa picante y tomara más de una taza de gazpacho. Recuerdo que Benton me habló del recibo de la caja registradora debajo de la bandera de clasificación del dinero.

—¿Sacaste una foto? —le pregunto, y deja la tablilla—. Quiero ver si podemos precisar cuándo fue al mercado y se compró al menos un menú especial, probablemente más. Y quién sabe qué otras cosas; aunque no mucho más antes de morir, diría yo. La mayor parte de la comida está sin digerir.

Imagino las suelas de sus deportivas y me vienen a la memoria las flores de jacarandá detrás del establecimiento cerca de las mesas de pícnic. Pienso en las migas en el interior de su deportivo Mercedes rojo. Benton tira los guantes al cubo para desechos biológicos. Hurga bajo el mono de Tyvek y vuelve a sacar el móvil. Revisando las fotos que ha hecho, encuentra lo que buscaba. El vale regalo de cincuenta dólares se usó en el surtidor de gasolina de Belle Haven Market a las 14.37 de ayer, dice.

Dejo el bisturí y me limpio la sangre de los guantes con una toalla mientras Benton me acerca el móvil. Me enseña las fotografías que hizo del recibo de la caja registradora, y localizo justo la transacción que buscaba. A las 14.29, ocho minutos antes de que el asesino pagara la gasolina con un vale regalo robado, había alguien dentro de la tienda. Esa persona compró dos especiales del día y una caja de cuatro bombillas.

El total ascendía a 29,45 dólares. Se abonó en metálico, y tuvo que ser Rachael Stanwyck quien estaba en el mercado en el momento en que el asesino llenaba el depósito. Seguramente pasó por delante de él mientras lo hacía para aparcar en la parte de atrás, donde no la vieran.

—Apuesto a que quería quedarse en el coche y comer sin que nadie la molestara —explico—. Era su placer secreto, su compulsión.

—Esperaba que el encargado pasara por Chilton Farms para cambiar la bombilla a las cinco —dice Benton—. Quizá hizo el recado como excusa para comprar comida, lo típico que hace la gente cuando va a la tienda a por leche y de paso compra alcohol o tabaco.

—Si la policía no lo ha hecho ya, tienen que revisar los cubos de basura que hay delante del mercado —respondo—. En especial los de la parte de atrás. No encontramos nada en la cocina de Annie que haga pensar que alguien hubiera ido recientemente a Belle Haven Market. Sin duda Rachael tenía cuidado de no llevarse restos a casa. Se deshacía de las pruebas.

—Su placer secreto, como tú dices —coincide Benton conmigo mientras hago cortecitos a lo largo del tejido conjuntivo—. O un ritual que la avergonzaba, y no quería que Annie se encontrara nada de eso en la basura de casa.

—Me pregunto si Annie lo sabría de todos modos. —Pongo el corazón de su hermana en la balanza colgante—. Doscientos ochenta gramos —le digo a Benton, que lo anota en el formulario sujeto a la tablilla—. ¿Por qué Rachael? ¿Estaba en el peor lugar en el momento menos indicado?

—Seguro que eso se acerca más a la verdad de lo que crees. El malnacido viene del atentado fallido cerca del cementerio de Ivi Hill. —Benton continúa contándome lo que cree que sucedió la víspera—. Tiene la adrenalina disparada. Está nervioso, furioso porque el gran golpe se ha ido al traste. Iba a ser el próximo Lee Harvey Oswald, el próximo Sirhan Sirhan. Y no lo ha conseguido.

Corto transversalmente las arterias coronarias, luego rebano el corazón como una hogaza de pan, sin encontrar cicatrices ni otras anomalías. Desenrosco la tapa de un tarro de vidrio con formalina y deposito muestras de músculo cardiaco. Empiezo con los pulmones mientras Benton explica que el asesino se detuvo en el mercado con la intención de robar allí. Iba a atracarlo a punta de pistola después de provocar un apagón con el arma de microondas.

—Quería dar ejemplo con el anciano al que tenía intención de asesinar salvajemente y no pensaba dejar testigos. —Benton lo dice como si fuera algo más que una mera hipótesis—. Pero antes decidió poner gasolina.

Tras cargarse el suministro eléctrico ya no tendría ocasión de hacerlo, y no pudo resistir la tentación de llenar el depósito. Quizá iba muy escaso de gasolina. Es posible que nunca lo sepamos, pero lo que hizo era arriesgado. Se la jugó, y Rachael apareció de forma inesperada. El asesino no lo había previsto, y eso le planteó un dilema.

—Lo más probable es que ella lo viera donde el surtidor, pero no le diese mayor importancia. Quizá iba tan centrada en su compulsión que no le hizo el menor caso —dice Benton—. Aparcó en la parte de atrás, fue a la puerta principal y entró en el establecimiento para hacer el recado.

—Lo que explica que haya flores de jacarandá en las suelas de las zapatillas. —Tiro del cable de alimentación de la bobina que hay por encima de nuestras cabezas—. El aparcamiento trasero está sembrado de esas flores en especial.

—Compra los dos almuerzos —continúa Benton—. Compra las bombillas.

—Seguramente pagó en efectivo con dinero que quizá sacó del cajero dentro del establecimiento. —Recuerdo los billetes nuevecitos de veinte dólares que llevaba en la cartera.

—Come en el coche, tira los restos y vuelve a casa. Entonces el asesino activa el arma de microondas. Inutiliza las cámaras, entra en la tienda y se encara con Wally Potter —relata Benton mientras

introduzco el resto de los órganos internos de Rachael en un cubo de plástico.

El asaltante supuso que cuando bombardeara con microondas la tienda destruiría todo indicio de su presencia allí. Y, de momento, parece que así fue. No se ha recuperado nada de las cámaras, y Benton duda que vaya a haber cambio alguno. Pero el asesino pasó por alto el recibo en papel de las transacciones del día que guardó Wally bajo la bandeja del cajón del dinero, a la antigua usanza.

—Probablemente estaba sentado detrás de la caja registradora mientras el canalla ponía gasolina —observa Benton—. En cuanto pagó con el vale regalo, Wally cerró la caja. Vio al que estaba en el surtidor, y Rachael también. Apuesto a que era alguien a quien ya habían visto o con el que podían tener alguna relación.

—Igual tienes razón. —Retiro la toalla que le cubre la cara al cadáver—. A fin de cuentas, tenía que matarlos. Sabían demasiado, aunque no fueran conscientes de ello.

—Esa no es la única razón ni la más importante —dice Benton—. Lo hizo porque le apetecía. Necesitaba recuperar el control.

Fue un descuido que lo vieran en el surtidor de gasolina; fue un descuido repostar allí para empezar, sobre todo con un vale regalo robado que se podía rastrear.

—A estas alturas está más furioso aún —asegura Benton—. Y cuanto más pierde el control, más impetuoso y violento se vuelve.

Sujetando el escalpelo como un lápiz, lo deslizo por el nacimiento del pelo, alrededor de las orejas y por la nuca. Desprendo en sentido descendente la cara y el cuero cabelludo, como si fuera una máscara

de Halloween de goma; el cráneo expuesto es blanco como un huevo. Enciendo la sierra quirúrgica y ejerzo presión contra el hueso con la hoja oscilante, que lo atraviesa con un estrepitoso chirrido.

Instantes después, Benton lleva los recipientes de plástico hasta la puerta de la sala de autopsias para entregárselos a Jane Slipper. Sale a su encuentro en el pasillo para que ella no tenga que entrar. A fin de aligerar el proceso, usará formaldehído puro como fijador e incrustará las muestras en parafina antes de obtener finas láminas con ayuda de un micrótomo.

Pero el proceso solo puede avanzar a cierto ritmo. Hoy no examinaré ninguna muestra en el portaobjetos bajo el microscopio. Benton vuelve a la mesa cuando estoy metiendo lo que queda de los órganos seccionados en una bolsa de plástico grueso, que luego deposito en la cavidad pectoral; todo vuelve al cadáver salvo los trozos y las muestras que necesito.

Suena el teléfono solo para «manos limpias», y Benton se quita los guantes para contestar.

—Depósito de cadáveres —dice, pulsando el botón de manos libres.

—¿Quién demonios es? —pregunta el analista de pruebas Lee Fishburne con su acento arrastrado de Texas.

Benton se identifica y explica por qué contesta él en la sala de autopsias. Sube el volumen al máximo.

—Kay está aquí mismo.

—Sé lo que tienes entre manos y no te molestaría si no fuera importante —responde Lee—. Clark Givens y yo estamos analizando esa pelusa. Hemos dividido las pruebas, y ha puesto en marcha un análisis rápido de ADN de células epiteliales y otros restos biológicos.

Esa pelusa de polvo era muy grande para el microscopio electrónico de barrido (SEM). El portamuestras mide poco más de un centímetro de diámetro y se introduce en la pequeña cámara de vacío del SEM. Lee ha tenido que dividir las pruebas en pequeñas porciones antes de analizarlas por medio de la espectroscopia de rayos X de dispersión de energía y aumento extremo.

—He pensado que te interesaría que lo que aprecio no es originario de Belle Haven Market. —Nos explica el motivo de la llamada.

—¿Qué te ha hecho decidirlo con tanta rapidez? —Enhebro cordel de algodón en una aguja quirúrgica.

—Hay oro y plata. —La voz de Lee sale del pequeño altavoz del viejo teléfono fijo en la pared.

Se refiere a metales preciosos, dice. También hay fragmentos de cobre y aluminio con algún tipo de tinte dorado, añade. Benton escucha mientras envía mensajes de texto.

—Los trocitos brillantes que observaste en la bola de polvo son eso, Kay: minúsculos pedacitos de distintos metales —explica Lee—. Los fragmentos, curiosamente, están laminados en finas capas que quizá fueron recubiertas de metales por el método de pulverización catódica.

—¿Con qué fin? —Suturo con largas pasadas de aguja e hilo de algodón la incisión en forma de Y para cerrarla.

—No lo sé, pero encontrar algo así no es normal, sea lo que sea —dice Lee—. ¿Quizá algún tipo de experimento de investigación? ¿O de algo que estaban fabricando?

Ha contado treinta y tres partículas metálicas hasta el momento. Dice que el siguiente paso será analizarlas con espectrometría de

masas y cromatografía de gases en busca de su composición química. Ha hablado con Rex Bonetta, el toxicólogo, que se ha puesto a trabajar en ello en su laboratorio.

—Eso nos dará una idea más aproximada de qué es este material brillante y para qué se empleó —señala Lee—. Hay muchas otras sustancias en el polvo, como sílice, papel y fibras de algodón, óxido, pólvora, serrín, cristal, y fragmentos de minerales y conchas marinas.

Promete volver a ponerse en contacto con nosotros cuando sepa algo más, y Benton cuelga el teléfono fijo.

—Tengo que irme. —Se quita el equipo de protección mientras explica que lo han convocado a una reunión de emergencia en el Pentágono.

Lucy ha estado ocupada con su software forense, analizando los registros de ayer de los analizadores de señales. Ha triangulado las ubicaciones donde se detectó la frecuencia de 2,305 GHz.

—Está teniendo en cuenta no solo las señales que detectaron ella y Tron con los analizadores portátiles que llevan en la mochila —dice Benton al tiempo que tira el equipo de protección a la basura—, sino también otras en ubicaciones fijas, y disponemos de información adicional.

Me explica que el software de Lucy ha cribado el ruido de fondo y detectado otras ráfagas rápidas de energía que podrían conducir hasta la base de operaciones de los terroristas. Es posible que esté a unos cincuenta kilómetros al sur de aquí, en un área rural de Virginia, cerca de la base de los marines en Quantico. Quizá el Servicio Secreto y el FBI descubran dónde han estado viviendo y entrenando los terroristas estos últimos años.

Después de que Benton se vaya, vuelvo a mi solitaria labor. Dejar presentable al paciente no es tarea del médico forense. No nos dedicamos a la peluquería y al maquillaje como una funeraria. Así pues, sigo cerrando el cadáver de Rachael Stanwyck. Alineo la muesca que he hecho al retirar la bóveda craneal y la vuelvo a encajar en su sitio con un leve chasquido para luego suturar la incisión en torno a la cabeza.

Sitúo la camilla en paralelo a la mesa de autopsias y despliego la bolsa de par en par antes de revestirla con una lámina limpia. Deslizo el cadáver dentro y cierro la cremallera. Pongo soportes de probetas y recipientes de muestras de tejidos y órganos en el pequeño montacargas y, pulsando el botón de la tercera planta, los envío al laboratorio de toxicología. Poco después empujo la camilla por el pasillo y vuelvo a dejarla dentro de la cámara.

Paso por la sala de pruebas y dejo las zapatillas y la ropa de Rachael en la cámara de secado. Regreso al vestuario para quitarme el equipo de protección personal, lavarme la cara y las manos y recoger mis pertenencias. Luego abro la puerta de la salida de incendios y bajo a la segunda planta, donde el pasillo de Administración está vacío y en silencio.

Es casi mediodía, y todo el mundo se encuentra en el depósito de cadáveres o fuera en alguna parte. Percibo una suerte de ausencia en el ambiente que no se apreciaba antes. Paso por delante de la sala de descanso vacía, la sala de reuniones, y más adelante queda la puerta cerrada de Maggie Cutbush. La dejo atrás y voy hacia mi despacho. Oigo la televisión encendida dentro. Reconozco las voces y se me llevan los demonios.

Abro la puerta, furiosa por que no esté cerrada con llave, ya que yo no la había dejado así. Tampoco había dejado las luces ni la televisión encendidas, y me encuentro a Elvin Reddy hablando con Dana Diletti en las noticias de mediodía del Canal 5. Lo está entrevistando en su sede de Richmond, y me crispa oír sus sandeces interesadas.

«… Sí, Dana, ha sido muy triste, sin duda. Otra oscura mancha más en nuestro magnífico sistema médico forense». Elvin está sentado en su gran escritorio ante un tabique de cristal, con el horizonte de la ciudad inmenso a su alrededor. «Cuando el FBI se puso en contacto conmigo, dije que haría lo que fuera necesario para acatar la legalidad. Prometí que me encargaría en persona de que la doctora Scarpetta cooperara plenamente…».

Lleva uno de sus trajes a medida, la cabeza calva lustrosa cual piedra pulida. Ofrece un aspecto adecuadamente decepcionado y adusto mientras justifica la reapertura de los asesinatos de Colonial Parkway. Asqueada, apago la tele, y primero no estoy segura de lo que veo al lado de mi mesa; luego no me lo puedo creer.

—¡No, no, no…!

Me recorre una sacudida de incredulidad consternada.

—¡No habrás sido capaz…!

El corazón me martillea cuando dejo caer el maletín al suelo. Mi higuera de hoja de violín y mis orquídeas no están muertas, pero lo estarán si no acudo en su ayuda de inmediato.

—¡NO! ¡NO…!

Sabía que mi secretaria era una mala persona, pero no la creía capaz de caer tan bajo. Las plantas fueron regalos de bienvenida de Benton y Lucy. Soy muy meticulosa con su cuidado, y Maggie las ha

arrancado de las macetas y las ha tirado a la papelera junto a mi mesa. Ha sido su salva de despedida. No puedo demostrar que ha sido ella, pero ¿quién si no?

No me doy cuenta de que me resbalan las lágrimas por la cara hasta que me caen sobre las manos mientras recojo la tierra fertilizada del suelo y vuelvo a meterla en las macetas de cerámica, pintadas a mano, que han dejado boca abajo cerca de mi silla. Llevo las plantas y el arbolito al cuarto de baño para remojarles las raíces apelmazadas.

Vuelvo a ponerlos en las macetas, dejo las orquídeas encima de la mesa de reuniones y la higuera al lado. Están mustias, como pájaros a los que les faltaran plumas, pero creo que sobrevivirán. Temiendo encontrarme más desperfectos, abro la puerta que conecta el despacho de Maggie con el mío. Noto su ausencia antes de encender la luz.

33

Se ha llevado todos los cuadros y las fotografías de las paredes y del escritorio. Tampoco están sus diplomas, incluido el de la Universidad de Oxford, donde estudió Filología y literatura inglesas; nunca deja que lo olvide.

Maggie tenía más distinciones y diplomas expuestos que yo, y no quedan más que los ganchos. Abro los cajones de la mesa, que están vacíos. Ha dimitido. O eso o la ha despedido alguien que no soy yo. Mientras paseo la mirada por su despacho, caigo en la cuenta de que hay alguien en el mío.

—¡Estoy aquí! —grito, y entonces Pete Marino cruza la puerta que une los dos despachos.

Escudriña las paredes y las estanterías vacías de Maggie, la papelera llena a rebosar, el escritorio donde no queda más que el ordenador desenchufado.

—Joder —dice.

—¿Sabes qué ha pasado? —pregunto.

—Qué va. Pero si es verdad que está fuera de juego, me alegro. Que le den.

—Está de verdad fuera. Y, de no estarlo, te juro que me aseguraré de que se quede fuera de juego permanentemente —afirmo con fría serenidad mientras visualizo lo que le hizo a la higuera y las orquídeas.

—Din-don, la bruja ha muerto —canturrea Marino, que luego le dirige otros insultos que más vale no repetir—. Ya verás cómo, ahora que no está ella, el garito funciona mucho mejor.

—¿Qué tal va lo de Wally Potter?

—No aspiró sangre —asegura Marino—. Tenías razón en lo de que ya estaba muerto. Y la cinta americana tiene un montón de porquería pegada.

Me sigue cuando regreso a mi despacho.

—Hay mucho material microscópico, incluida purpurina de esa que Lee Fishburne dice que pueden ser trocitos de metal —explica Marino—. Quizá lo mismo que ha observado en el polvo. La buena noticia es que la bolsa del dinero en metálico seguía en la cámara, en el escondrijo donde la guardaba Wally. El asesino no se hizo con los cinco mil dólares guardados allí bajo llave…

Mientras me lo cuenta, está fijándose en la tierra de las macetas que hay en el suelo cerca de la mesa. Ve los pétalos de las flores y las hojas en la papelera. Mira las orquídeas y la higuera convalecientes.

—La hostia. ¿Qué es esto? *¿Atracción fatal?* —Comprende lo que ha hecho mi secretaria como vileza final.

Es una pena que Maggie haya tenido oportunidad de causar daños, de decir la última y mezquina palabra. Sé quién cometió la tontería de permitírselo. La única culpable soy yo misma. Tendría que haberme librado de ella hace mucho tiempo, pero ya no cometeré el mismo error.

—Hay que cerciorarse de que Wyatt, Fabian y todos los demás sepan que ya no trabaja aquí —le digo a Marino—. No se ha ido de buenas maneras y tiene prohibido el acceso a las instalaciones. Si

intenta volver al aparcamiento o al edificio, hay que informar a seguridad de inmediato. Como tiente a la suerte, haré que la detengan.

—Le envío un mensaje a Wyatt ahora mismo —dice Marino en tono casi jubiloso—. Que sea él quien difunda la noticia, ya que le tenía tanto cariño.

Abro con llave el cajón del aparador y saco los gruesos dosieres que guardé cuando comenzó el juicio de Hooke en primavera. Se plantearon dudas enseguida acerca de la credibilidad de Bailey Carter. Se puso en tela de juicio su legado entero, y en especial los asesinatos en Colonial Parkway de cuatro parejas jóvenes hace veintidós años. Quería tener el material aquí en mi despacho, bajo llave y al alcance de la mano.

Hice que Marino trajera las actas originales aquí a Alexandria para poder refrescarme la memoria, y cuando empiezo a revisar los documentos me temo lo peor. Hojeo los ocho casos de homicidio, y al parecer las fotocopias se hicieron a toda prisa, de cualquier manera. Faltan los documentos y las fotografías originales.

Tampoco están las notitas adhesivas y demás papeles adjuntados a los informes, lo que es una auténtica desgracia. No se pasa a formato electrónico o se fotocopia hasta el último retazo de información y, teniendo en cuenta que cualquier nota puede ser importante, y sin las copias originales en papel no puedo saber qué falta, quizá para siempre.

—No sé cuándo ocurrió, porque hace semanas que no miraba estas actas —le explico a Marino—. Pero creo que es evidente lo que ha hecho Maggie.

—Otro puñetero sabotaje —dice—. Al hacer desaparecer los expedientes originales, no te ha dejado más que un montón de mierda. Es de lo más sospechoso. Quizá ahora la gente crea que te los llevaste tú porque tienes algo que esconder.

—Mientras dicto el informe de la autopsia de Rachael Stanwyck, podrías intentar localizar a Piper Carter, la viuda de Bailey Carter —respondo.

—Sí, lo recuerdo como si fuera ayer. Siempre se mostró amable y simpática conmigo —comenta Marino.

—Quiero hablar con ella. Es posible que tengamos que hacerle una visita.

—Hacerle una visita, ¿cuándo?

—Depende de lo que averigüe. Y haz el favor de buscar el expediente digital del suicidio de su marido y enviármelo para que pueda tenerlo delante —respondo, y Marino desaparece por la puerta que comunica mi despacho con el de Maggie.

No encargué de que trajeran aquí el caso original de Bailey porque hasta ahora no me inquietaba que le ocurriera alguna desgracia. A pesar de lo mucho que me preocupaba que Maggie tuviera acceso a todo y planes propios, salta a la vista que no me preocupaba lo suficiente. Las actas de Bailey deberían estar en mi sede del distrito de Tidewater en Norfolk, donde se llevó a cabo su autopsia.

Pero no me fío de nada, así que llamo a la doctora Rena Peace, la subjefa de Tidewater que acudió al lugar donde se produjo del suicidio y llevó a cabo la autopsia. Bailey se jubiló poco después de la muerte de April Tupelo, a mediados de octubre de 2020. Elvin Reddy contrató a Rena como sustituta de Bailey Carter después de

que este quedara incapacitado. Ella no conocía a Bailey. No coincidieron hasta que él se ahorcó en su cobertizo para botes.

—¿Tienes dudas sobre su muerte? He estado siguiendo el juicio allí en Alexandria. De buena nos libramos —dice Rena—. En un principio se suponía que iba ser aquí en Norfolk.

—Tienes suerte de que no lo sea —convengo—. La vida es de todo menos normal en Old Town. En estos momentos, tampoco diría que es muy segura.

—No soportaría que hubiera una muchedumbre de manifestantes enfurecidos —comenta.

Mientras hablamos, estoy viendo marchar en torno a mis oficinas a esos mismos manifestantes a través de los monitores de seguridad fijados a la pared.

—Pero ya sé que no me has llamado para charlar —añade Rena—. ¿En qué puedo ayudarte, Kay?

—Supongo que tienes los expedientes originales del caso de Bailey Carter —respondo—. Eso quería preguntarte. Solo quiero confirmar que están donde deberían…

—Pues no. Ahora mismo no están.

—¿Qué quieres decir?

—Se los llevó Elvin Reddy —contesta—. No los ha devuelto todavía.

Rena me informa de que Elvin hizo una visita imprevista a las oficinas de Norfolk la semana pasada y se marchó con los expedientes originales de Bailey. Explicó que el FBI tenía dudas sobre su suicidio y los asesinatos de Colonial Parkway. Seguramente se reabrirían muchos otros casos debido a alegaciones sobre su incompetencia que ahora abarcan décadas, según dice Rena.

Se lo dijo Elvin en persona. Aseguró que el gobernador quería respuestas, y le preocupa verse abochornado políticamente. Fue entonces cuando Rena le contó que Marino recogió los informes originales de los casos de asesinato de Parkway y los llevó a mis oficinas de Virginia del Norte.

—A Elvin no le hizo ninguna gracia —me dice Rena por el móvil en modo altavoz—. Quería echar mano a esos informes. Quería los originales. Insistió en ello, y se llevó un buen chasco cuando le dije que no podía hacer nada al respecto. Los expedientes originales los tienes tú.

No le hago saber que ya no es así.

—¿Y no te pareció un poco raro su comportamiento? —repongo, y me voy haciendo una buena idea de la cronología de los hechos.

Elvin se presentó en las oficinas de Norfolk la semana pasada para recoger los expedientes originales de los asesinatos de Parkway que quería revisar y, sin duda, manipular. No sabía que esos expedientes estaban en Alexandria, guardados bajo llave en mi aparador. Debió de alertar a Maggie para que se ocupara ella del problema, y lo hizo. Es imposible saber dónde están los originales ahora, o si existen siquiera.

—De ahora en adelante, no se puede hacer nada parecido sin mi permiso —le advierto a Rena en un tono mucho más diplomático de lo que me apetecería—. Elvin no debería haberse llevado originales de ninguna clase. Para empezar, no tendría que haber estado indagando en el caso de Bailey. Como mínimo, no sin que yo lo supiera.

—Pero es el comisionado de Salud, Kay…

—Y yo soy la jefa de Medicina forense, Rena. Soy la custodia legal de nuestros archivos, y la responsable última de todo, para bien o para mal. Si Elvin creía de veras que no había nada de malo en lo que hacía, ¿por qué no se puso en contacto directamente conmigo? ¿Por qué me puenteó?

—No me lo planteé. Supuse que lo había hablado contigo. —A Rena le sabe fatal, y no me extraña.

Oigo a Marino hablar por teléfono en el despacho de Maggie, y me produce una sensación extraña. Es como si estuviera ella, aunque Marino no hace el mismo ruido y tiene una energía grande y directa, en lugar de taimada y esquiva.

Entro en el software de protocolo de autopsias en el ordenador y empiezo a revisar el informe de Rachael Stanwyck. No tiene sentido dictar mis hallazgos cuando ya no dispongo de una secretaria que los transcriba. Supongo que tendré que apañármelas por mi cuenta durante un tiempo, como hacía al principio; entonces me llama Marino por la línea uno.

—He localizado a Piper Carter —dice—, pero no te acostumbres a que te haga de puñetero secretario.

—Pásamela, haz el favor.

No conocía bien a la esposa de Bailey cuando trabajamos juntos hace tiempo. Recuerdo que era alegre y positiva, tierna y alentadora, mientras que él era el polo opuesto. Bailey no quería reconocer que tenía problemas de ansiedad y depresión. Pero me daba cuenta de cuándo andaba profundamente disgustado. Le daba espacio cuando

la última atrocidad o crueldad de la naturaleza lo ofendía o entristecía.

Asesinatos. Muertes por negligencia. Saltos suicidas desde lo alto de un edificio. Ahogamientos. Ataques de tiburones. Tornados. Picaduras de insectos y alergias alimentarias. Es como si viera a Bailey levantando la vista a los cielos, meneando la cabeza con furia, acusando al Todopoderoso de bajar la guardia. Acostumbraba a decir que cuando llegara «al otro lado», planeaba tener «una conversación muy seria sobre todo este desastre» con el Creador.

«¿Qué pecado original? —decía Bailey—. Lo que hacen los malvados no tiene nada de original».

Yo había oído historias acerca de que se aislaba en el trabajo con la puerta del despacho cerrada. Podía ser maleducado y crítico, eso que Benton llama un cascarrabias. Mi subdirector en Tidewater era propenso al resentimiento y a tener un humor de perros, y durante la investigación de los asesinatos de Parkway estaba como un animal herido. Sus hijos eran más o menos de la misma edad que las víctimas. Su coraza se resquebrajó como nunca.

No era capaz de lidiar con asesinos en serie, desde luego no sin ayuda, y si lo hubiera conocido cuando estaba en la facultad de Medicina, habría procurado disuadirlo de dedicarse a la profesión que acabaría eligiendo. La patología forense te lleva a lugares en los que crees que te las puedes apañar, pero de los que luego es imposible regresar. Bailey no estaba emocionalmente preparado para someterse a esa exposición: su psique resultó afectada y dañada para siempre.

—Hola, Piper. —Pongo la llamada en modo altavoz y escribo la fecha y la hora en los cuadernos que siempre llevo—. Me apenó

mucho enterarme de lo de Bailey, espero que recibieras mi carta.

—La recibí, y las preciosas flores que Benton y tú tuvisteis el detalle de enviar. Perdona que no escribiera, pero no fui yo misma durante bastante tiempo. —Alarga las oes con su acento de la costa este de Virginia, su tono es más sombrío que en otros tiempos.

—¿Cómo lo llevas?

—Todo lo bien que cabría esperar, según está la vida —dice—. Me alegro de que Bailey ya no se encuentre entre nosotros; se ha ahorrado ver lo que está ocurriendo en el mundo, la verdad. Tiene parientes por parte de madre que viven en Ucrania. O vivían.

—Espero que estén bien.

—Gracias a la amabilidad de unos desconocidos en Polonia. Me alegra que él no esté para ver las noticias todas las noches. Qué ironía que vuelvas a ser jefa, Kay. —Piper se esfuerza por no llorar—. Si las cosas hubieran ido de otra manera, quizá Bailey estaría trabajando otra vez a tus órdenes. Sé lo mucho que le habría gustado.

—A mí también me habría gustado. Le tenía mucho respeto a tu marido, todavía se lo tengo —respondo—. Debo hacerte unas preguntas sobre él, Piper. Quiero hablar contigo sobre su muerte. Sé que no es fácil, y lamento tener que hurgar en la herida, pero es importante.

Le explico que los casos de Bailey están bajo sospecha. Como seguramente habrá oído en las noticias, el FBI ha reabierto la investigación de Parkway. Soy la primera en decir que no hay razones de peso y es una terrible pérdida de recursos por infinidad de razones.

—Se trata de política, de abogados y demás que quieren sacar partido de una vulnerabilidad —explico—. Pero tenemos que tomarnos la situación en serio. Tengo que prepararme para lo que se avecina, y tú debes hacer lo mismo.

—Lo que están diciendo sobre Bailey es muy grave —repone Piper mientras estoy sentada a mi mesa tomando notas—. Y supongo que siempre se le juzgará por lo último que hizo en lugar de por todo lo que ocurrió antes. Vi tu testimonio en la tele ayer.

—Lamento que fuera necesario.

—Me hago cargo de que tuviste que decir lo que dijiste sobre los errores que cometió en el caso de April Tupelo.

—Lo que hizo fue un desastre, un desastre terrible, Piper. —No voy a dorarle la píldora—. Pero fue porque ya no estaba en sus cabales. Pero en su trabajo anterior no cometió errores. Lo sé de primera mano porque yo era jefa por entonces.

—Solo tenía sesenta y cuatro años, sesenta y cuatro años muy bien llevados cuando le hicieron aquella canallada. —Le tiembla mucho la voz—. Tenía la mente de acero hasta que, de la noche a la mañana, dejó de tenerla.

—¿A qué canallada te refieres?

—Se encontraba bien cuando fue al cobertizo de los botes hacia la puesta de sol. Al volver a casa unas horas después estaba alterado por completo —dice Piper—. Nadie me hizo caso. Creían que era una histérica. Siempre he pensado que alguien le hizo algo, quizá le tendió alguna clase de trampa, seguramente algo de tipo eléctrico, y Bailey cayó en ella.

Se refiere a lo que sucedió hace casi dos años, el domingo 20 de septiembre, según dice. Eran casi las seis de la tarde cuando Bailey

fue al cobertizo de los botes mientras ella preparaba la cena.

—¿Qué iba a hacer? —Supongo que quería dar un paseo en bote por el río detrás de su casa mientras se ponía el sol.

Quizá estaba revisando las nasas para cangrejos: recuerdo que me contó que pescar peces y cangrejos era una de sus maneras de relajarse. A veces salía solo en el bote al anochecer cuando había poca gente por el río. Pero Piper asegura que el cobertizo era su despacho en casa, un espacio privado. Ese domingo había ido para estar a solas y trabajar un rato como tenía por costumbre.

La residencia a la orilla del río a la que se refiere era su refugio en Little Creek, cerca de Bay Point Marina. Me cuenta que, al comienzo de la pandemia, Bailey transformó el cobertizo en su despacho. Trabajaba allí siempre que tenía ocasión, y acabaron vendiendo su casa cerca de su sede del distrito de Tidewater.

Solo iba en coche a trabajar cuando era necesaria su presencia física, por lo general para ocuparse de las autopsias. Aquel anochecer del que me habla Piper, Bailey estaba en el cobertizo cuando oyó algo así como el estallido de un transformador.

34

—Fuera lo que fuese, provocó un apagón —explica Piper—. Se despertó en el suelo en medio de una oscuridad total con un dolor terrible, tanto es así que al principio no sabía dónde estaba. O eso era lo que recordaba, lo que me contó en un primer momento.

—¿Llamasteis a la policía? ¿Buscasteis algún tipo de trampa? —indago al tiempo que subrayo dos veces «apagón» en las notas—. ¿Pedisteis una ambulancia?

—No llamamos a la policía ni a nadie —dice—. Lo llevé al hospital esa noche, y le hicieron toda clase de pruebas. Supusieron que debía de haber sufrido un ictus, y no mucho después decidieron que tenía demencia precoz.

Voy leyendo en la pantalla el informe de la autopsia que Marino me acaba de enviar por email mientras Piper sigue explicándome por teléfono que su difunto marido estaba confuso y se mostraba difícil después de aquello.

—Luego empezó a mostrarse más irritable y depresivo —dice en el momento en que encuentro la sección de histología del informe digitalizado—. Se volvió muy terco y tendría que haberse jubilado antes de lo que lo hizo. Tendría que haberse jubilado al instante, pero se negaba a reconocer que ya no se encontraba en plenas facultades. No escuchaba, y la gente de su entorno se daba cuenta y hacía comentarios.

En el examen microscópico del tejido cerebral de Bailey se aprecia leucoencefalopatía difusa y necrosis celular. Es probablemente similar al aspecto que tendrán las imágenes del de Rachael Stanwyck cuando estén listas y por fin las veamos. De haber sobrevivido, habría quedado con graves secuelas.

No hay duda de que Bailey las sufrió, de que tenía demencia. Pero ahora es posible que yo sepa las causas. No puedo evitar preguntarme si su suicidio la semana de Acción de Gracias de 2020 se debió a aquella agresión anterior que le provocó los daños cerebrales que aprecio. Además, ¿quién le habría hecho algo así? ¿Y por qué a él?

—Si alguien conocía a tu marido, supongo que debía de ser evidente que trabajaba en un despacho en vuestra propiedad —le digo a Piper por teléfono.

—Sí —afirma mientras yo pienso en las implicaciones—. Sin duda, todos los que trabajaban con él sabían lo que hacía y dónde. No era difícil dar con Bailey. Estaba en sus oficinas del centro, aquí en Norfolk, o en el despacho de casa. Aparte de la familia y el bote, no salía mucho, como suele decirse.

Piper me cuenta que su difunto esposo tenía como terapia y ritual al final de la jornada pasar unas horas a solas en el despacho que había hecho en la caseta para los botes. Contemplaba el agua mientras escribía sobre sus casos o cualquier otra cosa que aconteciera en su vida.

—Era así como se aclaraba las ideas —explica—. Tenía que exorcizar los demonios debido a todas las cosas incalificables que veía. Justo cuando pensaba que no podía ocurrir nada más horrible… Pues entonces volvía a casa y se iba directo al cobertizo sin hablar

con nadie. En la iglesia te decían que Dios no te dará más de lo que puedas soportar. Pues no es cierto. Pero no se lo reprocho a Dios, sino a la gente.

Continúa describiendo la noche que su marido sufrió el presunto ictus. Eran en torno a las siete y media de la tarde cuando Bailey regresó a casa dando tumbos. Arrastraba las palabras y hablaba de que lo habían abducido los extraterrestres. Esa era la sensación que tenía, según le dijo a Piper. Se encendió la tele, parpadearon las luces y empezaron a saltar chispas. Luego todo quedó a oscuras en el más absoluto silencio.

—No recordaba más detalles aparte de los que he descrito. —La voz de su viuda me sigue por el despacho mientras voy de ventana en ventana cerrando las cortinas—. Me dijo que quizá perdió el conocimiento brevemente. Después mejoró un poco con el paso de los días, lo que no quiere decir gran cosa. No era el Bailey que yo conocía, ni el que conocía nadie. Nunca volvería a serlo.

—Cuando se fue la luz en el cobertizo, ¿también se fue en el resto de la casa? ¿Qué pasó allí? —Echo un vistazo a las orquídeas y la higuera maltratadas; espero que se recuperen.

—No pasó nada. Yo estaba en la cocina hablando por teléfono, y ni me enteré del problema. Las luces de la casa ni siquiera parpadearon. Por eso me gustaría saber qué le ocurrió en realidad. Descubrieron que no estalló ningún transformador. Solo se vio afectado el cobertizo de Bailey. La casa principal no sufrió daños porque depende de una caja de distribución eléctrica distinta.

—¿Y qué fue de las notas que tomaba? Me pregunto qué tenía en casa: cualquier expediente, los cuadernos, sobre todo.

—No eres la única que se ha interesado —dice—. Cuando vino el FBI a meter las narices, sabían exactamente lo que buscaban, y tuve buen cuidado de que no se lo llevaran.

—¿Cuándo fue eso? —Es la primera noticia que tengo de que el FBI fuera a verla.

—Este miércoles pasado —responde—. Anteayer. Se presentó una agente en mi puerta sin aviso previo, lo que me pareció grosero y agresivo, debo añadir. Le pedí que me enseñara la acreditación para verificar que en efecto era del FBI.

Si no lo verificaba, Piper no pensaba dejar entrar en casa a Patty Mullet. Pero lo hizo, y estuvieron varias horas hablando. Quería saber dónde trabajaba y murió Bailey, y su viuda le enseñó el cobertizo de los botes.

—Me preguntó qué recordaba sobre él y los asesinatos de Parkway —me cuenta Piper—. Quería saber si alguna vez dijo algo acerca de que el ADN supusiera un problema en aquellos casos, y que eso se ocultó.

—El ADN era muy poco común, como seguramente recordarás de las noticias de aquel entonces —respondo.

El presunto asesino se había sometido a un trasplante de médula ósea que cambió el ADN de su sangre, pero no el de sus otros fluidos y tejidos corporales. Que el sospechoso muriera tiroteado antes de que pudieran interrogarlo complica aún más la reapertura de los casos.

—La agente del FBI dio a entender que lo que sucedió en realidad fue que mi esposo confundió las probetas por falta de atención y por su incompetencia —dice Piper—. Quería que yo lo reconociera en una declaración jurada.

—Tú no eras el médico forense, Piper. —Me cuesta contener la ira —. Estabas casada con él. No hay nada que reconocer porque no se ocultó nada. Tampoco hace falta que le digas a Patty Mullet ni a nadie más nada en absoluto sobre lo que hablasteis Bailey y tú. Desde el punto de vista legal, es información privilegiada. Está protegida porque estabais casados.

—Seguimos estándolo. —Le tiembla la voz.

—Legalmente es verdad.

—Exigió que le entregara todas sus notas originales —dice Piper con la voz preñada de furia—. No solo las de los asesinatos de Parkway, sino también las del de April Tupelo y cualquier otro caso que hubiera investigado Bailey. Y yo reaccioné como si no supiera de qué estaba hablando.

El FBI va detrás de los cuadernos privados de Bailey, de sus diarios terapéuticos. Patty Mullet aseguró estar al tanto de su existencia, porque se mencionaron en un artículo de prensa sobre él de sus primeros tiempos. Cuando se encaró con Piper al respecto, esta se hizo la tonta.

La viuda de Bailey mintió, en otras palabras, y gracias a Dios, o no habría la menor esperanza de demostrar la verdad. Es posible que lo que dejó por escrito sea el único registro que no se ha manipulado. Podría suponer una referencia esencial para mí en más casos de los que se puede imaginar ahora, décadas de casos. Apago el ordenador.

—¿Qué ha sido de sus diarios? —pregunto.

—Están exactamente donde los dejó.

—Qué gran alivio oírlo. —Me quito la bata de laboratorio.

—Seguramente hay en torno a un centenar que se remontan hasta sus primeros tiempos como médico forense.

Piper dice que no los ha leído. No lo hizo cuando seguía vivo, y ahora le resulta imposible. Le pregunto si puedo echarles un vistazo. Le digo que ciertos documentos originales parecen haberse desvanecido.

—No me sorprende —responde—. Ahora te las tienes que ver con el mismo sinvergüenza que mi marido. Bailey creía que Elvin Reddy era el jefe más inútil en la historia de la humanidad. Y ahora es comisionado de Salud. Hay que ver, ¿eh?

Bailey estaría encantado de que yo lea lo que tenía que decir, me asegura Piper. Querría que estuviera al tanto de sus pensamientos más profundos, y ella no tiene inconveniente siempre y cuando los diarios no salgan del cobertizo para botes. Acordamos vernos de inmediato.

Dentro del cuarto de baño, abro el armario de madera donde tengo una bolsa de tela grande con varias mudas de ropa, un neceser, equipo de protección personal y otros artículos esenciales. Oigo pasos y voces al entrar Clark Givens, analista de ADN, y Marino en mi despacho, los dos sonriendo de oreja a oreja.

—Tenemos una coincidencia. —Clark no se emociona a menudo—. ¡De hecho, tenemos dos coincidencias!

Las pruebas rápidas de ADN han arrojado cinco perfiles anónimos de individuos cuyas células epiteliales y demás pruebas biológicas se habían adherido a la cinta americana y la pelusa del caso de Wally Potter. Los perfiles se han introducido en la base de datos de los

Sistemas de Índice Combinado de ADN del FBI, también conocidos como CODIS, y de momento se han verificado dos coincidencias.

—No nos han dicho quiénes son —explica Marino—, pero creo que los integrantes de esa cuadrilla de gilipollas que se autodenominan La República están a punto de acabar enchironados donde no les dé el sol.

—Tengo que realizar muchas otras pruebas, pero quería que fueras la primera en saberlo —remata Clark, que ya se va hacia el ascensor.

—Imagina que toda una banda terrorista cayera por una puta mota de polvo. —Marino está encantado. Le cuento lo que me ha dicho Piper Carter.

—No sé qué se trae entre manos Patty Mullet —explico—, pero no pienso dejar que se lleve los diarios originales de Bailey.

—Nadie va a echarles mano salvo nosotros. —Marino lo dice categóricamente.

Es casi la una y media de la tarde, así que, si salimos enseguida, podemos estar en Norfolk al atardecer, dice. Tendremos que alojarnos en un hotel, y esta noche más vale evitar Old Town. Benton no estará en casa. Supongo que Lucy tampoco. No me apetece nada dormir en casa yo sola con la policía aparcada delante.

Dorothy estará bien en su apartamento de la urbanización cerrada. Los manifestantes no van detrás de ella, y cuanto más me convenzo de que está a salvo, más culpable me siento. Como la diligente hermana mayor que soy, le envío un mensaje de texto explicándole que Marino y yo tenemos trabajo en la costa este. No le doy la menor pista acerca de qué o dónde.

No volveremos esta noche, y dudo que Lucy esté en casa, con todo lo que está pasando. Si a Dorothy no le apetece quedarse sola, puede ir a un hotel de la ciudad de Washington; lamento la molestia. Siento que no podamos hacerle compañía. Ella contesta con emojis de un pulgar en alto, una botella de vino y una pistola.

Marino y yo vamos a su camioneta. Los coches patrulla tienen que volver a escoltarnos con las luces de emergencia encendidas. El número de manifestantes ha seguido aumentando, y han llamado a la policía estatal. No miro sus caras enfurecidas y hago caso omiso de sus increpaciones cuando pasamos. Tomamos la I-95 hacia el sur, escuchando un rato el seguimiento del caso de Hooke y otras noticias.

Luego Marino pone su emisora preferida de clásicos. Escuchamos Grass Roots, Three Dog Night y Elton John de los primeros tiempos. Estamos colgados de Fleetwood Mac cuando llegamos a Richmond; el perfil urbano me trae recuerdos de una ciudad que ahora no se parece en nada a la que era cuando estábamos empezando. La estación de ladrillo rojo de Main Street es en la actualidad un centro comercial. La torre del reloj marca la hora correcta, pero no hay trenes por ninguna parte.

En las proximidades se encuentra el garaje de varias plantas donde antes estaba mi antigua sede, en una zona baja con dique para evitar las inundaciones. Mi viejo edificio en las calles Catorce con East Franklin fue demolido al poco de que yo me fuera de la ciudad, hará unos veinte años. Ahora las oficinas forenses del distrito central están en mitad de un parque de biotecnología, rodeadas de laboratorios privados.

El edificio James Monroe, dominando el horizonte, se alza veintinueve plantas; en sus primeros años el edificio de oficinas estatales era el más alto de Virginia. Imagino a Elvin Reddy en su suite de la última planta con vistas al río James. Pienso en las veces que me ha convocado aquí para fastidiarme el día. Mi anillo vibra, y no pongo a Benton en modo altavoz. Prefiero aprovechar la poca intimidad que tengo a mi alcance.

—Estoy en el coche, casi he llegado a mi destino. —Oigo su voz por el auricular, pero no me dice dónde está ni adónde va—. Luego tendré que dejar el móvil en una taquilla hasta Dios sabe cuándo.

No puede informarme de los detalles, pero da a entender que las detenciones son inminentes. El Servicio Secreto y el FBI han descubierto dónde están escondidos los terroristas, y es posible que hayan evitado una catástrofe que ya me explicará más adelante. Mientras me lo dice, un texto de Lucy me alerta de que ya han alcanzado un veredicto en el juicio de Hooke.

—Tengo que colgar, no sé cuándo volveremos a hablar —se despide Benton—. No olvides que te quiero.

Encuentro cobertura en directo en la radio y subo el volumen. Gilbert Hooke ha sido declarado inocente de todos los cargos. Mientras la portavoz lee la decisión del jurado, caigo en la cuenta de que es la misma mujer que me interrumpió cuando yo prestaba testimonio para preguntar sobre las diatomeas.

—No es que me sorprenda, aunque se va a liar pero bien. —Marino hurga de nuevo en el cenicero en busca de un chicle—. Al comienzo del fin de semana festivo, ¿te lo imaginas? Esos de «Justicia para April» tienen que estar hechos unas fieras. Me alegra que tú y yo nos hayamos largado de allí.

Mientras lo dice, me viene a la cabeza la periodista judicial Shannon Park, que dejó el juicio de Hooke antes de tiempo para marcharse de Old Town por esa misma razón. Abro el maletín y busco el sobre rosa que me dio la víspera. No me había acordado de él desde que lo metí en el bolsillo lateral, y decido mirar qué era tan importante.

Saco una tarjeta de felicitación con arcoíris y dragones. Dentro hay un lápiz de memoria sujeto con cinta adhesiva. Shanon me escribió en tinta rosa una nota que leo en voz alta:

«Kay, estás rodeada de traidores, por si no lo sabías ya. Es hora de que tengas una ayudante administrativa que reparta estopa. A Marino y a ti os vendría bien un poco de ayuda de una amiga, y yo estoy lista para un nuevo reto. Adjunto mi currículum».

—Los dedos más rápidos del Este. —Eso es lo que siempre dice Marino de ella—. Seguramente sería capaz de pasar a máquina un informe de autopsia antes de que hubieras acabado de dictárselo, con lo veloz que es. Y conoce a todo el mundo en los organismos policiales y el sistema judicial. Además, es leal y sabe cuándo callarse la boca.

—Hablaré con ella, pierde cuidado —respondo en el momento en que descubro por las noticias que han detenido a dos terroristas en Virginia del Norte.

Uno de los sospechosos es el tipo que me puso la zancadilla, Clark Babbitt, un instalador de tejados de cincuenta y tres años con antecedentes delictivos por violencia doméstica, entre otras cosas. Ahora está en manos de los federales, igual que un exmecánico del Ejército llamado Joel Ramekin, de cuarenta años, cuya imagen

tomando al asalto el Capitolio el 6 de enero de 2021 resulta vagamente familiar. Se esperan más detenciones en breve.

Benton seguramente está encerrado en una sala de crisis con pantallas de datos en las paredes. Lo imagino rodeado de imágenes por satélite del campamento de los terroristas, sus instalaciones, sus vehículos, quién sabe qué más. Mientras le transmito los detalles a Marino, llama mi jefe de toxicología, Rex Bonetta, con novedades, según dice, así que lo sincronizo con los altavoces de la furgoneta.

—Tereftalato de polietileno. —Nos informa de los resultados de los análisis de espectrometría de masas y cromatografía de gases.

—Igual puedes hablar en cristiano para variar —replica Marino, que conduce con las gafas de espejo puestas mientras masca chicle Teaberry.

—Mylar —aclara Rex—. Esa película de plástico con revestimiento metálico que se usa para hacer globos, mantas térmicas, el aislamiento de satélites.

Los trocitos relucientes de purpurina de aspecto metálico en la pelusa y también en la cinta americana son restos de Mylar, asegura. Según explica, se han planchado en capas y sellado al calor. Como se sospechaba, en algunos casos el material está recubierto por pulverización catódica con cobre, incluso plata y oro, añade.

—¿Tenemos alguna idea de para qué podía utilizarse? —pregunto.

—No, pero salta a la vista que alguien está experimentando, fabricando algo, haciendo cosas que utiliza Mylar, lo que se asocia casi en exclusiva con la industria aeroespacial —replica Rex—. Me parece preocupante a más no poder ahora que se están efectuando detenciones de presuntos terroristas y por todo lo demás que estoy oyendo.

Tengo que poner al tanto a Benton, pero seguro que no contesta. Sin duda su móvil está guardado en una taquilla en el Pentágono, en la Casa Blanca o dondequiera que sea. Mira los mensajes en los descansos entre reuniones, y es posible que no lo haga durante horas.

35

Pruebo a llamar a Benton y salta el buzón de voz como sabía que ocurriría. Le dejo un sencillo mensaje: «La materia brillante recogida es Mylar». Eso es todo lo que digo, y les dejo el mismo mensaje de voz a Lucy y Tron.

Lo entenderán. No hace falta que les aclare que la razón para recubrir plástico con metales como el aluminio es conseguir que el material sea altamente reflectante. Cualquier cosa de esa factura tiene las propiedades de una jaula de Faraday, continúo explicándole a Marino lo que averigüé trabajando en la Comisión del Juicio Final.

—Si te pones un traje de Mylar como lo hacemos de Tyvek, te protege de la radiación de microondas siempre y cuando estés cubierto de la cabeza a los pies. Pero más te vale no ir por ahí con ropa hecha a partir de manta térmica plateada reluciente; no si quieres pasar inadvertido. Imagino que además debe de dar un calor de mucho cuidado en esta época del año.

—Es como lo que hacen con los coches hoy en día —observa Marino—. Los recubren de vinilo en vez de pintarlos, y puedes escoger lo que quieras: un color brillante, camuflaje, negro mate, incluso un acabado de espejo. Vi un Ferrari no hace mucho que parecía que lo hubieran bañado en oro de veinticuatro quilates.

—Eso explicaría la variedad de colores de los fragmentos de material de aspecto metálico —respondo cuando empezamos a

cruzar la bahía de Chesapeake—. Marrón, gris, verde, negro. Todo eso además de hallar curiosos restos de metales como plata, oro y cobre.

La inmensa expansión de agua azul marino pasa a ser el océano Atlántico hacia el este, y nos vemos rodeados de instalaciones militares. A nuestra espalda a lo lejos queda la Estación Naval de Norfolk, la más grande del mundo, sus acorazados grises silueteados contra el sol poniente. Mi sede del distrito de Tidewater da a la bahía de Willoughby varios kilómetros hacia el oeste; paso por allí cada varios meses.

Durante las visitas, cuando nos juntamos en la sala de reuniones, tengo un asiento de primera fila desde el que veo entrar y salir acorazados y aviones. Ha habido mucha más actividad desde que Rusia inició la monstruosa invasión de Ucrania. Agradezco que haya buenas personas combatiendo el mal.

—Camuflaje —le digo a Marino, pensando en lo que me comentó Benton.

El mes pasado atracaron una farmacia familiar en Arlington. El autor provocó un corte de electricidad. Luego esa persona entró en el establecimiento vestida de camuflaje, con una capucha holgada que tenía gafas de protección de espejo incorporadas.

—No podemos descartar que esos tipos estén fabricando ropa de protección de Mylar. Pero desde luego han desarrollado algo que es más discreto y, además de sencillo, práctico —le sugiero a Marino—. Monos ligeros y fáciles de poner y quitar, algo que se puede doblar o meter en la mochila como una manta térmica.

Pero el Mylar no tiene por qué ser brillante o llamativo. Las viejas pajareras de metal deslustrado y las mosquiteras de aluminio mate

desvían la radiación igual que los acabados de espejo. Basta con metalizar el material, y al final esas prendas de protección acabarán teniendo el mismo aspecto que la ropa de calle.

—No es muy distinto de las camisas de pesca que llevan incorporada protección contra rayos uva y bichos —explico, mirando por la ventanilla.

El océano Atlántico está sembrado de olas de color verde azulado con cresta blanca, y en el horizonte un crucero parece del tamaño de un hospital. El sol está suspendido a baja altura sobre el agua, el cielo del azul desvaído de la tela vaquera vieja al inicio del fin de semana del Cuatro de Julio. El tráfico es denso por la carretera de la costa de Norfolk, las playas y los parques que pasamos ya están atestados de gente de pícnic y barbacoa.

De las parrillas llameantes ascienden columnas de humo y resuena música en directo. Hay gente haciendo paravelismo y paseando en motos acuáticas. Vuelan cometas y lanzan discos voladores. Después del motel Surf, nos desviamos hacia el interior en dirección a Little Creek, donde hay extensas propiedades privadas de bosque. No he estado nunca en el refugio a la orilla del río de los Carter, pero he oído hablar mucho de él porque era allí donde más feliz se sentía Bailey.

La mayoría de las casas son pequeñas y rústicas. Se construyeron en las décadas de los cincuenta y los sesenta, las parcelas son generosas, con muelles que se adentran en el agua cual largos dedos. Hay cobertizos para botes o amarraderos, y veo vecinos que comprueban las trampas para cangrejos. Otros están por ahí paseando a sus perros y saludan con la mano cuando pasamos. Es

lógico que Bailey quisiera pasar tiempo aquí. Entiendo que Piper no se haya marchado a pesar de los recuerdos tan dolorosos.

El sendero de acceso no está pavimentado; salen disparados guijarros y se levanta una polvareda. Aparcamos delante de la casita de campo con fachada de madera. Piper aparece en el porche, se limpia las manos con un trapo de cocina y se las frota con nerviosismo, pero se la ve sonriente y emocionada. A primera vista, cualquiera diría que somos viejos amigos que venimos de visita social sin ninguna preocupación.

—Dichosos los ojos —me dice, y es probable que hayan pasado veinte años.

—No sabes cuánto agradezco que hayas accedido a esto, y avisándote con tan poca antelación, Piper. —Le doy un abrazo y la noto temblorosa.

Más delgada y con más arrugas que la última vez que la vi, va vestida con pantalones de pintor, camiseta de la Universidad de Virginia y náuticos desgastados. Antes llevaba el pelo largo y rubio. Ahora lo tiene corto y blanco como la nieve; sus brillantes ojos azules y su sonrisa fácil no bastan para disimular su profunda tristeza.

—En aquellos tiempos estaba al mando de la brigada de homicidios en Richmond. —Le presento a Marino porque es posible que no se acuerde de él—. Vino por aquí a menudo durante la investigación de los asesinatos de Parkway.

—Claro, cómo me iba a olvidar de ti —le dice Piper—. Pero no recuerdo que tuvieras este aspecto: debes de vivir en el gimnasio. —Le da un repaso de arriba abajo—. Bailey te tenía mucho aprecio, lo que ya es decir; no soportaba a los tontos. «A ese inspector no se le

pasa una», solía decirme; esas eran sus palabras exactas —le asegura a Marino.

—No me conocía mucho —bromea él, sumamente halagado.

—Mi marido era un perfeccionista, por si no lo habías deducido.

—Sí, ya sé lo que es trabajar para uno de esos —responde Marino.

—Bueno, espero que estéis preparados para cenar un poco. —Nos lleva al interior de la casa, una vivienda encantadora con alfombras en el suelo de madera—. He metido unos panecillos en el horno y he preparado mantequilla con miel.

—No hace falta que insistas. —Marino se habría invitado de todos modos, y ya se llevan de maravilla.

Desde la sala de estar hay una vista impresionante de Little Creek y del muelle grisáceo que se adentra en la ensenada, con el cobertizo para botes pintado de verde oscuro al final.

—Si de mí dependiera, viviría en un sitio así —comenta Marino mirando todo aquello.

Se acerca a la ventana panorámica, y una enorme garza real azul remonta el vuelo desde la orilla y sobrevuela el agua. Unos patos se alejan dejando una estela de ondas en el agua. Las gaviotas graznan como si las importunara la presencia que mira pensativa desde detrás de los cristales.

—Es agradable donde estamos Dorothy y yo a orillas del Potomac, con un embarcadero y demás —comenta él—. Pero hay demasiados apartamentos, y todo es tan nuevo que me repatea, incluida la gente. Esto es de lo más tranquilo, y apuesto a que la pesca es buena.

—Ojalá pudierais quedaros a pasar la noche, pero como veis no hay mucho sitio —dice Piper—. Compramos esto hace mucho tiempo y era sobre todo para cuando hacía buen tiempo y Bailey estaba de ánimo. No planeábamos vivir aquí. Luego llego la COVID, y él creyó que las cosas no podían ir a peor. Pues bien, se equivocaba.

—Hace tiempo que no cojo unos cuantos cangrejos. —Marino no puede quitarle ojo al paisaje—. Y hay marea muerta.

Cuando el nivel del agua está en el punto más bajo o más alto, el movimiento de la marea es mínimo. Es el momento ideal para pescar cangrejos azules y camarones. Marino le dice a Piper que estaría encantado de revisar las trampas.

—Esperaba que te ofrecieras —responde ella—. Tengo cinco. Es el límite, ya sabes. Puse cuellos de pollo como cebo hace poco, y me da la sensación de que habrá una buena captura. Y además tengo cerveza.

—Así me gusta —le dice Marino.

Piper nos deja en la sala de estar, y me quedo mirando el muelle, la ensenada de la anchura de un lago o un puerto. Los barcos de vela se recortan contra un cielo cada vez más oscuro, y las aves de costa graznan y se arremolinan. Cuando regresa con tres cervezas de Molson Golden Ale húmedas por la condensación, brindamos por Bailey. Entrechocamos los botellines y luego nos lleva afuera por la puerta de atrás.

Va a enseñarnos el despacho casero que Bailey habilitó. Hizo la mayor parte del trabajo él mismo, fabricando armarios especiales de madera de cedro para guardar sus diarios y documentos privados. Bailey tenía una licenciatura en Ingeniería del MIT, por lo que no me sorprende que se le diera bien arreglar y construir cosas.

Nuestros pasos resuenan huecos sobre el viejo muelle de tablones combados y cabezas de clavo oxidadas. Alcanzo a oler el agua salobre, que se riza allí donde los peces tocan la superficie. La garza azul ha vuelto, o quizá es otra distinta que se posa en la orilla sobre sus patas zancudas. En la ribera atestada de cipreses y arbustos se ha reunido una bandada de gansos canadienses.

Las sombras motean la hierba y las flores silvestres, y no me cuesta imaginar a Bailey esperando regresar aquí al final de la jornada. Sin duda lo debía calmar seguir el largo muelle. Calculo que debe de medir algo menos de veinte metros desde el inicio hasta donde acaba en el cobertizo. Subimos a un porche con soportes para cañas de pescar en la barandilla. Piper tiene que buscar la llave adecuada del llavero que le tintinea en las manos temblorosas.

Abre la puerta de madera erosionada, y el aire en el interior se nota estancado y húmedo. Es evidente cuando entramos que el lugar llevaba mucho tiempo cerrado. Enciende los ventiladores de techo y alguna que otra luz. La ayudo a descorrer las cortinas; la planta baja es pequeña, con muebles voluminosos y paneles de castaño carcomidos.

En el techo hay vigas de roble a la vista, e identifico la que usó Bailey para pasar la soga con la que se ahorcó. Los detalles y las fotografías que he revisado indican que tomó una sobredosis de benzodiacepina, se envolvió el cuello en una toalla y se puso el nudo corredizo. Se sentó en el suelo, inclinado hacia adelante a fin de comprimir las arterias carótidas. Al cortar el suministro de oxígeno al cerebro, murió de hipoxia.

A la hora de abandonar este mundo, Bailey sabía lo que se hacía. Es posible que para entonces ya padeciera demencia, pero seguía

siendo lógico y preciso, y decidió que no quería seguir adelante. Lo hizo de una manera rápida y relativamente compasiva, sin obligar a su esposa a que se enfrentara a un escenario cubierto de sangre.

—Hace tiempo que no entro aquí. —Piper pasea la mirada por la habitación con gesto temeroso, evitando la zona donde aconteció la tragedia—. Sencillamente, no entro. Nunca lo hacía, en realidad. Era su sitio especial, como una casita en un árbol. No podían entrar chicas ni nadie más.

Encima del antiguo escritorio de madera de nudo de Bailey hay un ordenador, y en una mesa, su microscopio cubierto con plástico traslúcido. Al lado hay un montón de carpetas de cartón para portaobjetos y una grabadora de casete de las de antes para dictar informes. Hay filas dobles y triples de libros en las estanterías, así como una serie de ilustraciones y modelos anatómicos antiguos.

Frente a una butaca reclinable hay una televisión sobre un soporte, el control a distancia encima. Hay una antigua gramola, una vitrina con instrumentos médicos antiguos y un polvoriento acuario de plástico. El esqueleto anatómico mira con ojos vacíos mientras Piper explica que, después de que se fuera la luz la noche del 20 de septiembre de 2020, rehicieron la instalación eléctrica del cobertizo.

—Bailey seguía viniendo aquí a diario —asegura Piper—, pero ya no era el mismo. Lo veía por la ventana, aquí sentado sin más, mirando el agua.

—¿Dónde guardaba los diarios, Piper? —pregunto, porque no veo ningún sitio donde puedan estar.

—Siguen aquí, ¿verdad? —indaga Marino, preocupado.

—Nadie lo habría dicho, pero Bailey tenía su lado travieso —recuerda Piper—. Tenía su propio sentido del absurdo, que se

sumaba al hecho de que no confiaba en absoluto en la mayoría de las personas, y con razón. Me imagino a Alicia atravesando el espejo, y todavía me hace sonreír. —Eso hace con lágrimas en los ojos, antes de enjugárselas con furia.

Sujeto a la pared en la otra punta de la sala de estar hay un espejo de cuerpo entero con marco ornamentado. Piper pasa la mano por la parte inferior. Se oye el chasquido de un cierre, y el espejo se abre como si de una puerta se tratara. Detrás hay una escalera estrecha por la que Marino entra a duras penas.

El espacio está mal ventilado, caliente y cargado cuando la seguimos hasta la guarida secreta de Bailey. Los cuatro armarios de cedro están pulcramente etiquetados con los años comprendidos entre 1991 y el día que se suicidó, hará dos años el 24 de noviembre, el martes antes de Acción de Gracias. Piper abre unos cajones no muy profundos para enseñarnos los cuadernos Moleskine negros, los mismos que llevo usando yo desde la facultad.

—El único que he mirado es el último que escribió. Intenté leer las páginas finales para ver si decía por qué… —Saca el cuaderno del armario y me lo entrega—. Bueno, me preguntaba si habría dejado alguna explicación… O si sencillamente se despedía… —Se lleva un pañuelo de papel a la nariz—. Siento que haga tanto calor y haya tanto polvo aquí.

—No dejó nota —supone Marino, y ella niega con la cabeza, enjugándose los ojos.

—Es raro que la gente las deje, mucho más de lo que se cree —señalo.

—Nada. Ni una palabra sobre lo que planeaba —dice—. Y para entonces resultaba difícil entender los desvaríos de Bailey, como tú

misma verás. Después del incidente era incapaz de escribir o hablar de manera coherente. Sufría dolores de cabeza insoportables y confundía y enredaba las cosas muchísimo.

—¿Enseñaste sus diarios a la policía? —pregunta Marino.

—Lo que les interesaba era una nota. Me preguntaron por ella, como era de esperar, y les dije que no encontré ninguna —responde —. No vi necesidad de dejar que se pusieran a hurgar en los diarios privados de Bailey ni en nada más como si hubiera cometido algún delito.

—Bien hecho —opina Marino.

—¿Te importa si voy llevando unos cuantos cuadernos abajo? —pregunto, porque aquí no hay donde sentarse, y tiene razón en lo del polvo y el calor.

—Siempre y cuando no salgas de la propiedad. —Abre otro armario, este con cuadernos de hace más de veinte años—. Los que llevaba durante los asesinatos de Parkway están aquí; supongo que es lo que quieres ver.

—Ya los leeré —respondo—. Pero lo que me interesa ahora mismo son las entradas más recientes. No solo este cuaderno —indico el que me ha entregado—, sino otros que llevó durante los últimos años de su vida.

Quiero ver qué tenía en la cabeza hacia el final, así que cojo una docena de diarios que van desde 2017 hasta su muerte. Los meto en el maletín y los llevo abajo, y Marino y Piper se van del cobertizo y se centran en sus tareas y aventuras marítimas mientras yo me acomodo en el sofá de la sala de estar bajo los ventiladores de techo en marcha.

Rodeada de ventanas, los veo izando las trampas para cangrejos hasta el muelle. Las vacían en la nevera portátil de poliestireno; por lo visto, el truco de la marea muerta ha dado resultado. Habrá de sobra para cenar. Una vez vacías las trampas, Piper y Marino regresan a la casa. Los oigo reír y hablar sin cesar cuando cierro las cortinas, porque está oscureciendo.

Vuelvo al sofá y ahueco los almohadones detrás de mí, lo que me hace estornudar unas cuantas veces. Hojeo los diarios de Bailey: salta a la vista que eran su terapia, como daba a entender el artículo de prensa de hace tiempo que sacó a relucir Patty Mullet. Los pequeños cuadernos negros eran su única caja de resonancia segura en un mundo aterrador que llevaba constantemente la muerte hasta su puerta.

Se traía los casos a casa desde el punto de vista emocional. Eran los pequeños detalles los que lo obsesionaban; la bolsa de la compra dentro del coche accidentado, los animales de peluche dispersos entre los restos del avión, el amuleto de patita de conejo en el bolsillo de alguien a quien había arrollado un tren. Bailey tenía ojo para las imágenes conmovedoras, y detestaba su trabajo.

No le caía bien la gente de la oficina, y tenía la sensación de que los buenos tiempos habían quedado atrás. Los patólogos forenses no eran los puristas de antaño, muchos ya ni siquiera se conducían con discreción y respeto.

«Están muy ocupados aspirando a ser portavoces en la tele —decía—. Todo el mundo quiere ser famoso. Pues bien, yo no…».

36

Llegó a la conclusión de que el mundo estaba en manos de egoístas obcecados que carecían de empatía, y me llaman la atención sus repetidas referencias a «BFD». La primera mención que he visto es del 17 de agosto de 2020. La pandemia estaba en pleno apogeo, y Bailey trabajaba desde su despacho siempre que le era posible.

Pero esa mañana había nueve autopsias, y andaba más escaso de personal que nunca. Elvin Reddy era el jefe por entonces y dispensaba a las oficinas del distrito de Tidewater el mismo trato penoso que a las demás. Bailey tenía problemas de presupuesto y personal que agravaban aún más sus circunstancias.

Fue a su sede, y a las siete menos cuarto de la tarde estaba de nuevo en el cobertizo para botes escribiendo la entrada en el diario de ese día:

> ¡Qué horror, qué horror! ¡Ya no queda honor ni decencia! ¿Adónde vamos a ir a parar? ¡No queda ningún sitio bueno! Esta mañana han dejado la puerta de la zona de carga y descarga abierta de par en par, como invitando a cualquier malnacido a entrar. BFD. La puerta de la escalera también estaba abierta otra vez. BFD…

Podría ser la abreviatura de Bonito Follón Descomunal, una expresión por la que Bailey tenía preferencia para referirse a los desastres relacionados con el trabajo, porque no decía palabrotas

más allá de algún «puñetero» o «maldita sea». Lo que sí hacía era salpicar las conversaciones de eufemismos y acrónimos. Se quejaba del Jd tal o cual, por «jodido», y se refería a los criminales como HdPs y Cbs que podían irse «a tomar viento».

Escribe:

> No me gustan las confrontaciones, pero no me ha quedado otro remedio, lo que no ha hecho sino empeorar las cosas. ¡Me resisto a venir a la oficina siquiera! Cuanto más se ausenta el gato, más se descontrola la situación. Como si la pandemia no fuera desgracia suficiente, ahora me las tengo que ver con esta estupidez. Nadie escucha ni se preocupa…

Echo un trago de cerveza y compruebo que ya no está fría: llevo un buen rato leyendo. Me levanto del sofá y miro el móvil. Son casi las ocho y media. El cielo es de un naranja candente con el sol ardiendo sin llama en el horizonte. Quiero ver qué tal lo lleva Marino.

—Me preguntaba cómo va eso —digo, y oigo música de fondo.

—Estamos limpiando la pesca. —Se encuentra de buen ánimo—. Piper va a preparar sus famosas croquetas de cangrejo. Qué maravilla de sitio. No me importaría quedarme aquí un par de semanas, quizá todo el verano. ¿Te apetece tomar un descanso?

—Voy a seguir leyendo un poco más —respondo, y eso que tengo la vista cansada—. No es fácil leer la letra de Bailey. De momento no he encontrado nada que pueda sernos útil, a menos que sepas a quién o a qué se refería cuando habla de BFD.

—No me viene a la cabeza nada evidente —dice Marino, que le pregunta a Piper si lo sabe.

Ella es de la misma opinión, y le sugiero a Marino que compruebe nuestras reservas de hotel. Si Piper no tiene inconveniente, voy a

tener que volver aquí por la mañana. Quiero hacerme una idea de todo el contenido de los diarios antes de regresar a Alexandria. Sobre todo, quiero tener ocasión de ver qué le rondaba por la cabeza a su marido durante los asesinatos de Parkway.

—Recomiendo buscar el modo de poner a salvo sus diarios y documentos —le resumo a Marino—. Creo que es sumamente arriesgado dejarlo todo aquí. Quizá puedas engatusar a Piper para que nos deje llevárnoslos.

—Lo intentaré. No te quedes ahí mucho más rato —me dice.

Vuelvo al sofá y al diario que estaba leyendo hace unos minutos, el último que llevó Bailey. Busco la última entrada antes de que sufriera el supuesto ictus la noche del 20 de septiembre, hace casi dos años. Una vez más, hace referencia a BFD.

> Por si el trabajo no fuera lo bastante funesto de por sí, la maldad te sigue hasta tu propia puerta. BFD. En secreto, he estado echando un ojo al inventario, y ya van cuatro veces en los últimos seis meses. No es una coincidencia, así que esta mañana por fin he dicho algo al respecto. «¿Por qué desaparece el Niroflex?».

Bailey sospechaba que el robo de material en las oficinas del distrito de Tidewater llevaba produciéndose desde hacía tiempo, seguramente casi dos años. Productos de limpieza, los EPI y otros suministros se agotaban antes de lo habitual. Se desvanecían sin explicación instrumentos quirúrgicos caros. Lo más llamativo era la desaparición repetida de guantes de malla metálica Niroflex que ayudan a prevenir cortes y pinchazos de aguja durante las autopsias.

Los guantes con textura de cota de malla ofrecen la protección de una jaula de Faraday, al menos en las manos, lo que sería

conveniente a la hora de experimentar con armas de microondas. Los guantes sustraídos a los que hace referencia Bailey en el diario no son baratos. Adquisiciones al por mayor en internet podrían llamar la atención por motivos equivocados de gente como Lucy y Tron.

Ese tipo de pedidos y envíos son rastreables, pero el robo de guantes de malla metálica del depósito de cadáveres no tenía por qué serlo necesariamente. A menos que identificaran al responsable, y es posible que así fuera.

Bailey, a las 20.35 de aquella noche de septiembre de hace dos años, escribe lo siguiente:

> Dejé claro que no volveríamos a encargarlos. La grosería con la que me respondieron fue: «Te crees muy listo». El mismo insulto que había recibido en el pasado, y dije: «Bueno, soy más listo que tú; eso seguro, Jd». Esto no puede seguir así. Volveré a planteárselo a Elvin, pero es evidente que no voy a sacar nada de…

La entrada termina literalmente a mitad de frase. No vuelve a haber nada durante varios días, y luego la caligrafía de Bailey apenas es reconocible. Es como si estuviera borracho o padeciera un temblor incontrolable, y no es fácil seguir buena parte de lo que dice. Pero era muy consciente de que algo iba terriblemente mal. Escribe una y otra vez:

> No puedo hacerlo. No puedo hacerlo. ¿Qué le pasó a Midas? ¿Qué le pasó a mi pobre pez…? ¿Qué me pasó a mí? ¡Tengo mucho miedo…!

Me viene a la cabeza el acuario de plástico en la otra punta de la sala de estar, todavía con piedras y follaje de plástico. No me cabe duda de a qué se refería Bailey, y el escenario se torna más triste todavía. Pero no hay un mustio cadáver que recoger esta vez. Aun así, necesito confirmación, así que vuelvo a llamar a Marino.

—Pregúntale a Piper por un pez llamado Midas —le digo.

—Un momento. —Pone el móvil en modo altavoz, y repito la pregunta.

—El pez de colores de Bailey. Murió cuando se fue al cuerno la instalación eléctrica —dice Piper, tal como yo esperaba—. Se llevó un gran disgusto, se quedó destrozado. Hablaba con Midas de la misma manera que lo hacía con los diarios.

El pez de colores no contaba con protección en el interior de la pecera no metálica, del mismo modo que Bailey no contaba con ella en el cobertizo de madera de estilo rústico sin mosquiteras en puertas y ventanas. Les digo a Piper y Marino que voy a dejarlo y que no tardaré en llegar. Prometo volver a dejar los diarios en su sitio, y los guardo en el maletín. Subo la escalera a la guarida, donde huele a madera de cedro, y me siento fatal por Bailey, por su pez y por todo el mundo.

Abro un cajón del archivador, y al parpadear las luces no me alarmo. Cuando ocurre por segunda vez, de vuelta a la sala de estar, la luz se va con una potente detonación, dejándome en la más absoluta oscuridad. Noto un calor crepitante y un intenso dolor, al tiempo que oigo fuertes chasquidos y estallidos. La electricidad chispea y describe arcos a mi alrededor como si fueran fuegos artificiales. Mientras, tanteo torpemente el maletín que Lucy insiste en que lleve.

Lo despliego abriéndolo de par en par y me protejo con él a la vez que me agazapo detrás del espejo puerta. Huelo a metal caliente; la televisión y la gramola antigua resuenan a todo volumen. La música suena a rachas, igual que las ráfagas de diálogos…

Desde la grabadora encima del escritorio llega la voz monótona de Bailey…

«Dentro de los límites normales…».

«El hígado pesa quinientos sesenta gramos…».

«El caso queda pendiente de nuevas investigaciones…».

El aire crepita como si estuviera ardiendo mientras sigo parapetada detrás del maletín desplegado y la puerta de espejo. No puedo hacer otra cosa que esconderme, esperando lo que se avecine. El corazón me martillea contra el pecho, me late en el cuello, tengo la boca áspera como papel de lija…

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

Entonces, silencio absoluto. Apenas respiro. Aguzo el oído, pensando en la pistola en el cajón en mi casa. Me sobresalto cuando la puerta principal se abre de repente, dando un fuerte golpe contra la pared. Oigo resonar unas pisadas en el suelo de madera dentro del cobertizo que luego se detienen.

—¿Doc? —Es la voz de Marino, y nunca lo había oído tan asustado —. ¿Doc? ¿Estás ahí?

—¿Dónde iba a estar? —Al salir de detrás de la puerta en plena oscuridad sueno como otra persona.

—¿Estás bien?

—No lo sé. Creo que sí, pero no lo sé. —Me falla el equilibrio y noto los oídos taponados, como si hubiera estado nadando.

Bajo el maletín abierto, y una linterna barre la sala de estar. Veo la silueta de Marino, que alumbra cerca de mí sin deslumbrarme. El olor metálico y caliente es más intenso.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cuando se acerca—. He oído disparos. O eso me ha parecido. Es difícil saberlo, había tanto ruido…

—Venga, Doc. Vámonos de aquí cagando leches.

Me rodea con uno de sus grandes brazos y me ayuda a salir por la puerta al aire cálido de olor salobre, donde la marea lame en silencio la orilla. Tiemblo como si fuera invierno mientras él alumbra el camino. Mareada, levanto la vista hacia el cielo sembrado de estrellas, la luna que brilla por entre las nubes como una calavera. A lo lejos, la casa principal está alegremente iluminada; por lo visto no ha sufrido ningún daño.

No estaba en la línea de fuego, y recuerdo que Piper ha comentado que tenía su propia caja de alimentación eléctrica. Marino me lleva por el muelle hasta una zona de hierba en la orilla donde antes he visto gansos. El asaltante estaba agazapado al abrigo de los arbustos y los cipreses. Desde aquí no era fácil verlo, y el cobertizo debía de quedarle a tiro sin ningún obstáculo.

Conocía el lugar idóneo porque ya lo había localizado en septiembre de 2020, cuando Bailey sufrió el presunto ictus, se produjo el apagón y murió el pez de colores. Ahora el monstruo había regresado para causar más destrozos y muerte. Marino ilumina el rostro barbudo ensangrentado, los ojos abiertos que miran ciegos, el brillo blanco de los dientes tras los labios entreabiertos.

Reconozco vagamente a aquel vigilante de seguridad de Raven Landing llamado Dogg.

Se nos pegó al parachoques trasero en plan agresivo cuando nos dirigíamos a Chilton Farms; recuerdo sus gafas de sol descaradamente fijas en nosotros. Fue Dogg el que informó a la policía de Alexandria de que había visto el coche de Flagler en la entrada de la casa de Annie. Seguro que el vigilante privado se fijó en toda suerte de detalles mientras acechaba y planeaba sus actividades terroristas, aprovechando que la gente lo consideraba un buen tipo.

Tiene la tupida barba medio gris, empapada en sangre por la herida de bala en la sien izquierda. Me agacho, y a la luz de la linterna, el orificio es tangencial, en ángulo levemente descendente. Ese disparo ha sido el decisivo, y si tuviera que hacer una suposición, diría que es el primero que ha efectuado Marino. Dos balas más han alcanzado a Dogg en la parte superior del cuerpo, seguramente desgarrando órganos y vasos sanguíneos vitales. Sospecho que cualquiera de las heridas habría resultado fatal.

Me resisto al impulso de elogiar a Marino por el trabajo bien hecho, de decirle lo aliviada e impresionada que estoy. Le doy las gracias por salvarme la vida, y no es la primera vez que lo hago. Es probable que tampoco sea la última. Alumbra con la linterna el mono de camuflaje de Dogg. Al lado, en el suelo, está la capucha que no se ha tomado la molestia de ponerse; Marino la coge. Lleva unas gafas de protección de espejo incorporadas.

—No puedo jurarlo —dice—, pero creo que es Mylar.

Lo mismo se puede decir del mono, y le da la vuelta al cadáver. Las costuras parecen selladas al calor salvo por una cremallera de

plástico de dientes pequeños en la espalda, protegida por una tira de velcro que Marino abre de un tirón. Dogg no ha creído necesario ponerse capucha, protección ocular, guantes ni cubrezapatos para descargar ráfagas de alta energía contra el cobertizo dentro del que estaba yo.

No sé cuánto ha durado el ataque. He tenido la sensación de que era una eternidad, pero Marino dice que no ha superado el minuto. Quizá dos, matiza mientras abre la cremallera del mono, cachea el cadáver y se asegura de que no quede aquí nada que no deba estar ahí.

—¿Cómo lo has desactivado? —No entiendo qué ha hecho Marino; tampoco puedo dejar de temblar.

—Cuando le he disparado la primera vez, ha dejado de apretar el gatillo —es su sencilla respuesta—. Luego he comprobado que estuviera muerto. He pulsado el interruptor de alimentación del motor antes de ir corriendo al cobertizo para asegurarme de que estabas bien.

Los arbustos a través de los que ha abierto fuego Dogg se han quedado sin hojas ni follaje. La antena direccional con la que apuntaba, como si del cañón de un rifle se tratara, está conectada a un cable eléctrico que desaparece en el interior de la mochila de gran tamaño. El arma tiene un aspecto raro, es una combinación de *La guerra de las galaxias* y una herramienta de la edad de piedra. La antena mide en torno a un metro veinte y está encerrada en un tosco cono metálico que dirige la energía letal hacia el objetivo.

El mono crepita de modo inesperado cuando Marino comprueba qué lleva Dogg debajo. Pantalones cargo de camuflaje. Una camiseta café con leche sin distintivos. En los bolsillos tiene un rollo de billetes

de cien dólares, el mando a distancia de arranque de un vehículo Ford y otras llaves. Dentro de una riñonera hay una pistola del calibre 40, un silenciador y munición extra. Marino quita el cargador ampliado del arma y saca la bala de la recámara.

No le preocupa preservar la escena del crimen ni contaminar las pruebas. No es ningún secreto quién le ha disparado a Dogg y por qué. Suponiendo que él abriera fuego con un arma de microondas contra el cobertizo de botes aquella noche de septiembre de 2020, cabría pensar que él y Bailey se conocían. Quizá Dogg era vigilante de seguridad en las oficinas del médico forense por entonces. Eso diría yo.

O quizá trabajaba en alguna otra cosa que lo llevaba a tener contacto habitual con él. Yo todavía vivía en Massachusetts entonces, y ya no estaba al tanto de los pormenores del sistema médico forense de Virginia, más allá de que prácticamente se lo había cargado Elvin Reddy, lo que agravaba de manera considerable la desesperación y la desilusión de Bailey.

—He venido por el lateral de la casa. —Marino sigue contándome lo que ha hecho, aunque me resulta difícil prestar atención, como si me chisporrotearan los pensamientos—. Estaba de espaldas a mí, ocupado disparando su puta arma de destrucción masiva. Sonaba como un microondas en funcionamiento. Oía el motor, pero no veía salir nada de la antena…

—Tenemos que llamar a Benton y Lucy antes de hacer nada más. —Llevo encima un susto de muerte.

Las luciérnagas se encienden y se apagan, y las ranas croan con fuerza mientras deambulamos en torno al cadáver, registrándolo todo. No tenemos analizador de señales. No sabemos si Dogg

actuaba solo. Algún otro terrorista podría estar apuntándonos ahora mismo con un arma de alta energía, y noto la cabeza a punto de estallar. Tengo la boca seca y me sabe a polvo. Me está costando mucho evitar que me castañeteen los dientes.

—Pruebo a llamar a Lucy. —El móvil de Marino se ilumina en la oscuridad cuando efectúa la llamada.

Salta el buzón de voz, y deja una advertencia urgente. Si nos ponemos en contacto con la policía local, dice, hurgarán en todas partes antes de que el Servicio Secreto tenga ocasión de hacerlo. Es evidente que Lucy, Tron y Benton no quieren que los polis ni nadie más se incaute del arma microondas o sepa de su existencia siquiera.

—No podemos quedarnos aquí —le advierto a Marino cuando cuelga—. Nos las estamos viendo con una célula terrorista, y no podemos dar por sentado que no haya nadie más en las inmediaciones…

Está sudando a mares, con la atención puesta en todas partes cuando regresamos a la casa. En la cocina, Piper está sentada como una estatua ante la mesa cubierta de papel de periódico sobre el que hay herramientas para limpiar cangrejos y cáscaras en abundancia, así como un cuenco con pulpa de cangrejo. Los bollos de queso enfriándose en una bandeja para hornear huelen de maravilla.

—Ay, Dios mío —exclama con los ojos abiertos de par en par.

—No llames a Emergencias —advierte Marino—. No has llamado, ¿verdad?

Niega con la cabeza, no ha llamado. Marino deja la pistola y la munición de Dogg encima de los periódicos de la mesa. Piper las

mira como aturdida. Yo bajo la persiana que hay por encima del fregadero para dejar la noche del otro lado. Me mira sin acabar de entender mientras vuelvo a plegar el maletín abierto.

—Es lo mismo que le ocurrió a Bailey, ¿no? —dice.

—Es muy posible —respondo—. Solo que él no estaba detrás de una puerta de espejo; no se le habría ocurrido algo así. Y no tenía esto. —Muestro mi maletín de apariencia anodina.

—Ah. —No tiene idea de qué hablo—. He oído disparos.

—Así es. —Marino está orgulloso de sí mismo, y no me extraña.

—¿Quién era? —pregunta ella.

—¿Te suena de algo el apellido Dogg, con dos ges?

Vuelve a negar con la cabeza; no ha oído hablar de él. Pero Bailey no traía su trabajo a la casa, repite una y otra vez.

—Era un canalla, un vigilante de seguridad privado que trabajaba en ese club náutico pijo de Alexandria —dice Marino—. No llevaba documento de identidad en los bolsillos, pero ya lo habíamos visto. Ha venido aquí de alguna manera, debe de haber un vehículo aparcado por alguna parte. Pero eso no nos corresponde a nosotros investigarlo. No sería seguro, para empezar.

—¿Y ha venido aquí esta noche porque sabía que estarías aquí? —Piper está perpleja y cada vez más enfadada—. ¿Es la misma persona que dejó a Bailey tan mal? ¿Y ahora quiere hacerle lo mismo a Kay?

—Supongo que tenía intención de acabar con todos nosotros —señala Marino, y Piper empieza a sollozar—. Quizá nos ha seguido —decide Marino, que aún tiene la pistola en la mano, apuntando hacia el suelo—. No lo sé, pero tenemos que marcharnos, y te vienes con nosotros, Piper. Vamos a llevarnos los puñeteros diarios y todo lo

demás, ya que estamos, a no ser que no quieras volver a verlos. Si los polis de Norfolk o los del FBI se hacen con ellos, ya puedes olvidarte.

—Tiene razón. —Doy un respingo evidente cuando vibra mi anillo; el móvil funciona bien.

Abro el compartimento del maletín donde lo había dejado antes, casi esperando otra queja automatizada acerca de lo poco que me cuido, pero es Benton quien llama.

—¿Estás herida? —Su voz es firme y queda, tal como suena cuando está loco de inquietud.

—Me parece que no.

—No hay tiempo para hablar. Los agentes están a un par de manzanas, ellos se ocuparán de todo —dice—. En cuanto lleguen, tú, Marino y Piper os montáis en la furgoneta. Os escoltarán de regreso a Old Town. Vamos a asegurarnos de que estéis a salvo. Todo irá bien, te lo prometo, Kay. No olvides que te quiero.

Una semana después

Las iniciales BFD que mencionaba Bailey Carter en los diarios correspondían a Benjamin Franklin Dogg. El vigilante de seguridad privada de cincuenta y cuatro años tenía el desafortunado apodo de Benji, y había provocado más de un «bonito follón descomunal».

Pero lo que quería desesperadamente era dar la nota a cualquier precio. Ese era su mayor defecto, compartido quizá con buena parte de la gente hoy en día. Según lo que se ha descubierto hasta el momento, Dogg se vendió al diablo del mismo modo que lo hace la mayoría: poquito a poco, remontándose hasta el primer día.

Tomó malas decisiones. Al final murió tal como había vivido. Solo que él no sufrió ni remotamente tanto como sus víctimas, y ya sé que los médicos forenses no debemos dejarnos influir por nuestras consideraciones personales. No tiene que importarnos el quién o el porqué, solo el qué y el cómo son tangibles, demostrables, válidos ante un tribunal. Se espera de mí que no muestre interés alguno en la motivación que tuvo la persona para hacerlo o no hacerlo.

Mi trabajo no es el de juez o jurado, pero a cualquiera que lo pregunte le diré que ojalá ese Benji Dogg no hubiera nacido. Me alegro de que haya tenido una muerte bien perra, como dice Lucy. De no ser así, habría destrozado más vidas. Todo indica que no había hecho más que empezar. En los años y meses recientes se

había vuelto cada vez más impulsivo a la hora de tramar asesinatos y golpes en nombre de las causas radicales de La República.

Su especialización y su interés obsesivo giraban en torno a la fabricación de armas de microondas y todo lo relacionado con ellas. Trabajaba en ese tipo de armas constantemente en el campo de adiestramiento cerca de Quantico, pues llevaba asociado a la organización terrorista desde sus inicios. Descrito como reservado y tímido, Dogg podía ser amable y servicial hasta que tenía accesos de ira cuando le llevaban la contraria o lo despreciaban.

Era en buena medida como Benton conjeturó, de esos que te ayudan a quitar la nieve del camino de acceso o a cambiar una rueda pinchada. Un tipo en el que apenas te fijarías a menos que decidiera plantarte cara. Como la mayoría de los matones, atacaba cuando la víctima no tenía la menor oportunidad de defenderse. No tenía presencia en las redes sociales y se servía de alias para vigilar a objetivos futuros.

—Aparcamientos de centros comerciales, espectáculos en directo, graduaciones universitarias y mítines políticos al aire libre… —enumera Marino, y menos mal que tiene una voz potente que se hace oír a pesar de la música y del ruido.

Mollie's Underground está tan abarrotado que no queda ni un centímetro desocupado. Un joven con tatuajes y el pelo al rape canta en el karaoke una versión de *Country Roads* de John Denver que no está nada mal. Nuestra mesa se encuentra en un rincón alejado, donde siempre nos sienta la propietaria, y tengo a Lucy a mi lado. Junto a ella está Annie Chilton, y enfrente, Marino y Dorothy.

—Según todo parece indicar, el tipo tenía una lista cada vez más larga —continúa Marino—. Porque si le faltabas al respeto, eras el

siguiente. Exactamente como lo hizo con el pobre Bailey Carter…

Invité a Piper a que se uniera a nosotros esta noche, pero este fin de semana está en Norfolk con unos familiares. Los diarios y documentos de su esposo están a buen recaudo en una caja fuerte para armas donde nadie se hará con ellos.

—Lo que sigue reconcomiéndome es si había una novia, un colega, quizá algún otro terrorista —dice Dorothy—. Debía de estar unido a alguien.

—No —responde Lucy—. Era solitario hasta la médula. En realidad, no lo conocían ni sus camaradas. Pregúntale a Benton.

La silla a mi izquierda está vacía mientras lo esperamos, y la vista se me va una y otra vez hacia la puerta. Benton se ha rezagado en el Pentágono con el marido de Mollie, el general Jake Gunner, comandante de las Fuerzas Espaciales de Estados Unidos. Tendrían que llegar en cualquier momento.

—¿Cualquier cosa sagrada y valiosa? Pues ahí estaba el sheriff Dogg y su alegre pandilla de capullos para destruirla y que nadie quisiera salir más de su puta casa —afirma Marino en tono bullicioso y desafiante.

—Cuando despersonalizas a esos individuos, es algo parecido a cuando ellos nos cosifican —observa Annie. Marino y ella no son necesariamente del mismo parecer.

Podría decirse que no votarían por los mismos candidatos políticos, ni verían los mismos programas de televisión ni las mismas películas. No se llevarían bien por mucho que quedaran varados ellos solos en una isla desierta.

—Estoy firmemente convencido de que, si les hacemos a otros lo mismo que ellos nos hacen, solo empeoramos las cosas. Eso no es

justicia. —Cuanto más bebe Annie, más parece que estuviera dando instrucciones al jurado—. Eso es caer en prejuicios e intolerancia. Benji Dogg no es un simple imbécil, un gilipollas…

—¡Ya no, eso seguro! ¡Pero joder que si lo era! —replica Marino.

—La gente deja que los hechos se expresen por ellos —conviene Dorothy—. Los actos hablan con más fuerza.

—Cuidado con categorizar. —Annie está de pronto más sombría.

—Ambos bandos tienen que poner de su parte —coincido.

—Eso es fácil decirlo. —Dorothy nos va señalando a los presentes con un dedo extendido—. Pero luego hay problemas de cableado defectuoso…

Los trastornos de personalidad no son tan evidentes como cuando hay un cortocircuito eléctrico o salta el automático, y no hay explicación fácil de qué es lo que crea una personalidad psicopática violenta. Dogg tenía un coeficiente intelectual superior. Asistió a la Universidad Old Dominion de Norfolk; le interesaba la ingeniería y la astrofísica. Su padre había abandonado a la familia, y los problemas de dinero eran constantes.

Mientras cursaba los estudios, Dogg vivía en casa con su madre, una maquilladora que trabajaba en una cadena de televisión local. Después de que su esposo dejara a la familia, ella estuvo con una sucesión de hombres que la visitaban en su casa. La policía supuso que fue uno de ellos el que la asesinó la primavera que Dogg iba por su segundo año de carrera. Su madre paseaba a escasas manzanas de su casa como tenía por costumbre después de cenar.

Cuando la acuchillaron hasta matarla lo hicieron delante de una iglesia mientras el coro estaba en pleno ensayo, preparándose para el concierto de Pascua que se avecinaba. La música sonaba tan fuerte en la calle que es poco probable que alguien pudiera haberla oído gritar. Vieron a un joven esbelto, con ropa oscura y capucha, que huía corriendo y que se fue escondiendo detrás de árboles y edificios hasta que se perdió entre las sombras.

—Como decía —continúa Dorothy—, estaba podrido hasta los tuétanos.

—Y que lo digas —coincide Marino—. Ese cabrón de mierda se cargó a su propia madre…

Recientemente, Dogg se había instalado en Quantico cerca de Fort Belvoir, en una casa de alquiler de dos dormitorios. El todoterreno Durango de la seguridad privada de Raven Landing estaba a la vista en el sendero de acceso cuando llegaron los agentes federales. Tenía la furgoneta personal en el garaje, pero la noche que murió estaba aparcada en un lugar discreto cerca de la propiedad a orillas del río de los Carter en Norfolk.

Dentro de la furgoneta había una mochila con un cuchillo táctico en el que quedaban restos de ADN de Wally Potter. También había un rollo de cinta americana, y los cortes de las tiras recuperadas de su cadáver coincidían con el mismo. Los microrrestos pegados al adhesivo concordaban con lo que hallamos en la pelusa de polvo.

El ADN transferido por contacto a la camisa de Wally coincidía con el de Benjamin Franklin Dogg, igual que el ADN en el interior de la caja fuerte y en la silla de oficina de Belle Haven Market. Dogg estaba fuera de control, se había vuelto arrogante y quizá se había abandonado al delirio de que era invencible. No estaba en la base de

datos CODIS del FBI porque nunca lo habían detenido, lo que reafirmaba su falsa sensación de seguridad.

Encargué a mi subjefa en Norfolk, Rena Peace, que analizara la escena del crimen y llevara a cabo el examen *post mortem*. No me correspondía a mí hacerlo. Me pareció lo más indicado, teniendo en cuenta que ella se había ocupado de Bailey Carter.

Jugueteo con la copa de Margarita Marciana, una de las especialidades de la casa: tequila, un chorrito de agua y jugo de granada con hielo.

—Bueno, no es agradable imaginarlo. —Dorothy vuelve a perorar sobre los asesinatos de Colonial Parkway, lleva un rato haciéndolo sin parar, y ojalá lo dejara de una vez—. Pero ¿cómo sabéis que ese no estuvo implicado de algún modo en las horribles muertes de aquellas pobres parejas de jóvenes?

—He de reconocer que a mí también me ronda ese pensamiento de continuo —dice Annie—. Quizá entonces estaba empezando, aprendiendo a dar caza a seres humanos. Se estaba entrenando.

—Eso es. —Dorothy asiente—. Y muy bien podría haber actuado como cómplice de como se llame, el tipo al que acusaron de los asesinatos, ¿no? El que tenía ese ADN tan raro y acabó tiroteado. Igual estaban implicados ambos. ¿Quién sabe? Cómplices en los peores crímenes imaginables. Habría sido más fácil que dos personas sometieran a una pareja…

—Hay muchas cosas que ignoramos. —Intento cambiar de tema —. Basta con decir que, si Dogg tuvo algo que ver en los casos de Parkway, me da la sensación de que acabaremos por averiguarlo.

—Es posible que no llevara notas ni hiciera fotos, pero apuesto a que guardaba recuerdos —dice Lucy mientras coge unos bocaditos de jalapeño que sirven con el nombre de Flash-Bangs.

Le pasa la cesta a Annie, que va vestida con su pantalón caqui habitual y su sahariana de talla grande. Parece que le sienta bien vivir en el edificio Watergate. No tiene planes de mudarse a otra parte, y sigue dando trabajo a Holt Willard, a quien Lucy se refiere como la única familia que tiene la jueza, su viejo y fiel criado. Él es quien se encarga de hacer recados y ayudar con tareas menores.

Cuando ella no está en los juzgados o tiene algún otro compromiso, Annie y él toman café y hablan de los viejos tiempos. El reportaje de investigación de Dana Diletti no ha causado ningún daño. Si acaso, parece haber favorecido la reputación de Annie, por los editoriales y artículos de prensa que he estado siguiendo. Según tengo entendido, Raven Landing va a comprar Chilton Farms, y mi vieja amiga ya no volverá a ser más pobre que las ratas.

—Bueno, cuanto más lo pienso —dice Dorothy arrastrando un poco las palabras—, más preocupante me parece que el auténtico asesino de las parejas siga por ahí libre, Dios no lo quiera. ¿Y si nunca lo atraparon para empezar…?

Aparece Elizabeth, despampanante, con otra ronda que nadie ha pedido ni rehusará. Jack, su novio camarero con el que vive, no se corta a la hora de escanciar alcohol, y Annie no es muy bebedora que digamos. Va por el segundo Bloody Mary Jack el Destripador, que lleva vodka no ruso. Es una suerte que Lucy no beba, porque va a llevar en coche a su señoría, y también a su madre y a Marino.

—¿Y si la reapertura del caso lo incita a pasar a la acción y comienza a dar caza a parejas o quién sabe qué? —Dorothy ha

cogido carrerilla—. ¿Y si vuelve a hacer algo horrendo?

—Hablas de algo que pasó hace veintidós años. Sea quien sea, seguramente es muy viejo ya —opina Annie.

—Bobadas —objeta Dorothy—. El que cometió aquellos asesinatos es posible que no tenga más de cincuenta y tantos a estas alturas, la misma edad que el chiflado al que tuvo que cargarse Marino…

—Sí, la edad es algo muy relativo. Hay tipos de setenta y tantos años y más con los que no me gustaría vérmelas. —Marino juguetea con el vasito de bourbon, los musculosos bíceps a la vista—. Me jode que Bailey se topara con el puto Dogg con dos ges. No hago más que pensar que si la doctora y yo hubiéramos estado en Virginia por aquel entonces, eso no habría ocurrido.

—No habría ocurrido. Amén. —Dorothy asiente con firmeza como si estuviera en misa.

—Si hubiéramos estado aquí en Virginia, lo podríamos haber evitado, ¿no crees, Doc? —Me mira—. Las cosas no habrían llegado a ese extremo, ni de coña.

—Espero que no —respondo—. Desde luego, si Bailey me hubiera hecho llegar sus quejas como se las hizo llegar a Elvin, yo habría hecho algo al respecto.

Dogg empezó a trabajar como vigilante de seguridad en el Instituto de Medicina Forense de Norfolk en otoño de 2019. Para entonces, ya estaba involucrado en la célula terrorista incipiente que ahora se autodenomina La República, de la que Gilbert Hooke fue miembro fundador. Se conocían, y es probable que Dogg se cruzara con April Tupelo en algún momento.

Ella estaba perfectamente al tanto de las convicciones anarquistas de Hooke y de sus aspiraciones, compartía sus ideas, y visitaban con

frecuencia el campo de adiestramiento de Virginia del Norte. Ahora está muerta, y Hooke está entre rejas, esta vez por cargos de terrorismo, después de que se interrogara a sus camaradas y se recabasen más pruebas. Si April siguiera con vida, también estaría en la cárcel. Los dos habrían sido acusados de múltiples crímenes.

—Robo de propiedades del gobierno y atracos a mano armada que se produjeron en la zona de Hampton Roads no mucho antes de morir ella… —Dorothy continúa recitando lo que han dicho las noticias sobre April Tupelo.

—¿Y sabéis lo que creo de que se cayera por la borda? —Marino alza otro trago de bourbon al tiempo que mira a todos los presentes —. ¡Fue la vida tomándose la revancha!

—Ya te dije que Gilbert y ella eran tal para cual —dice mi hermana bien alto y con dramatismo mientras me mira—. Y no me sorprendería que alguien la hubiera ayudado a tropezar e ir a parar al agua.

—Hooke bien pudo empujarla si se peleaban, ¿verdad, Doc? —comenta Marino—. ¿Con lo borracho que estaba? No habría sido muy difícil.

—No la estranguló hasta morir. —Me echo a la boca otro Flash-Bang y tomo un sorbo de combinado—. Pero pudo empujarla al agua y dejar que se ahogara. No habría tardado mucho. Es posible que no hubiera sido capaz de ayudarla aunque lo hubiese intentado.

Nunca lo sabremos, porque nada acerca del último día de April Tupelo se sabe con certeza. Cuando Hooke y ella salieron en su barco a recoger el globo meteorológico que se había estrellado el 14 de octubre de 2020, no solo se trataba de ayudar a la NASA en

Wallops a recuperar el experimento fallido. El globo estaba hecho con Mylar suficiente como para recubrir todo un campo de fútbol.

Por lo general, el material dañado se habría vendido como excedente, pero no llegó a salir a la venta. Después de que April y Hooke recogieran los restos del globo, estos se desvanecieron. Como muchas veces ocurre en instalaciones del gobierno con múltiples almacenes sobresaturados, nadie se dio cuenta. Cuando hicieron una redada en el campamento y los terrenos de entrenamiento de los terroristas, descubrieron que La República tenía una industria artesanal considerable, que incluía reservas de Mylar, hornos y trituradoras industriales.

Los terroristas habían estado fabricando baldosas de obra que llevaban incrustada purpurina de Mylar, parte de ella recubierta por pulverización catódica de cantidades microscópicas de metales preciosos. Las baldosas se habían utilizado en sus propios edificios, dando lugar a hábitats con la capacidad de protección de jaulas de Faraday. Habían confeccionado también prendas protectoras de camuflaje, y modificado los móviles con ayuda de tecnología de espectro disperso.

Eso explica que nadie detectara a los terroristas en su intento fallido de atentado contra el presidente. Las señales de sus móviles se perdieron entre el ruido de fondo y no fueron localizadas, sus comunicaciones pasaron inadvertidas. Los canallas se anduvieron con cuidado, a diferencia de Dogg cuando decidió asesinar y desatar el caos en Belle Haven Market y Chilton Farms. Fue más temerario incluso al presentarse en Norfolk sin tomarse la molestia de ponerse guantes, capucha ni demás protección.

No le preocupaba que lo descubrieran antes de acabar lo que había empezado. Quizá se había vuelto demasiado engreído o su furia desmedida le impedía atenerse a la lógica y al buen juicio. Probablemente ya no pensaba con claridad, quizá debido a la exposición crónica a la radiación. No debió de pasársele por la cabeza que alguien como Marino pudiera estar mirando por la ventana cuando las luces parpadearon antes de que el cobertizo quedara a oscuras del todo.

—Me di cuenta al instante de lo que ocurría. —La narración de Marino se vuelve más dramática a medida que va pasando la *happy hour*—. Salí por la puerta delantera y rodeé la casa con sigilo. Distinguí la silueta de ese cabrón en la orilla, entre unos arbustos. Debió de percibir mi llegada, porque giró la cabeza justo lo suficiente para que lo alcanzara en la sien izquierda. Luego dos veces más en el torso…

Elizabeth interrumpe su último relato reciclado. Trae Guacamole Guardián con Bocaditos Crujientes, además de cestitas de Patatas Calenturientas, por gentileza de la casa. Se inclina lo suficiente con su blusa escotada para que Marino disfrute del espectáculo. A mí se me va la vista hacia Bose Flagler en la otra punta de la sala, ahora mismo solo en su reservado, y por un instante nos sostenemos la mirada.

Ha pasado por nuestra mesa cuando hemos llegado, comportándose como siempre, amigable, encantador e ingenioso mientras mi hermana lo miraba con semblante carnívoro y Marino empezaba a mosquearse. El fiscal está cenando con Patty Mullet, que ahora regresa del servicio de señoras o dondequiera que haya estado. Se acomoda en su asiento y retoman la conversación.

La agente especial del FBI es bastante mayor, y a juzgar por la actitud de Flagler, dudo que eso sea una cita. Evita mirar en nuestra dirección, y lo más seguro es que no salude a Benton cuando llegue. Su intento de volver a hacerse cargo de la investigación se fue al traste del todo cuando los análisis de los restos de insectos, animales y plantas recogidos en Chilton Farms dieron negativo en carbofurano. No había rastro de este ni de ningún otro veneno.

—Me están entrando unas ganas de… —anuncia mi hermana cuando abandona el escenario el último participante en el karaoke, entre aplausos y aclamaciones—. Más vale que salga alguien, porque si no voy a ir yo… —amenaza en tono seductor.

El bote de premio asciende a trescientos dólares y mi hermana está cada vez más interesada a medida que va bebiendo más y más Cosmic Cosmos. El ron añejo haitiano lleva suficiente Polvo Lunar Goldschläger para darle un poco de chispa. Me trae el desagradable recuerdo de la purpurina de Mylar y el recubrimiento por pulverización catódica. Ella se abraza a Marino embutido en su camiseta ceñida.

—No lo digo en broma. —Dorothy mira el escenario vacío.

Los segundos transcurren lentamente y nadie se ofrece voluntario. Alargo la mano hacia la copa: ya sé lo que se avecina.

—Vaya, qué aburrido. Alguien tiene que hacerlo. —Dorothy retira la silla y los focos la iluminan.

Va vestida con un mono plateado reluciente en plan muy NASA o muy terrorista, dependiendo de a quién se lo preguntes. Sus grandes pendientes parecen cometas, y se toma su tiempo para ponerse unas varitas luminosas a modo de pulseras y encenderlas.

—Ay, Dios —dice Lucy.

—No será capaz. —Annie alarga la mano hacia el guacamole—. Yo no subiría por nada del mundo.

—Oh, ella sin duda. —Marino mira orgulloso cómo su esposa se dirige al escenario mientras la gente empieza a ovacionarla.

Les dirige un saludo de estrella de rock que ha perfeccionado a fuerza de repetidas interpretaciones vocales que rara vez recuerda. La gente empieza a aplaudir y dar taconazos. No camina recta precisamente, y en ese momento aparece Mollie en nuestra mesa. Siempre en movimiento, planea como una mariposa radiante, y el general Gunner retira la silla junto a ella.

Va vestido de calle y se conduce con discreción, pero es imposible no fijarse en ese rostro que parece tallado en granito como una versión mayor de Bruce Willis en *Armageddon*. Benton está aquí, y al instante se despliega todo un escuadrón de camareros que nos rodean y dejan en la mesa cuencos humeantes de Chili Carnoso y Pasmoso Humus Glotón, extrapicante.

Echo mano al pollo frito meloso y las tortitas de puré de patata ¡A cubierto! Sirvo la comida en platos para Benton y para mí, y él me acerca su móvil. Veo el correo que le ha enviado la gobernadora Roxane Dare:

Haz el favor de informar a Kay de que no se anunciará hasta dentro de un tiempo y debe mantenerse en secreto hasta nuevo aviso. Pero quiero que sepa que, por el bien de todos los implicados, es aconsejable que las partes interesadas sean reubicadas. Me ocuparé de ello en breve, permitiéndoles que hagan las disposiciones necesarias de cara a su futuro profesional…

Elvin Reddy y Maggie Cutbush dimitirán de sus puestos actuales, y no me agradan las palabras que ha elegido la gobernadora. Leyendo

entre líneas detecto que lo que quiere es que Elvin y Maggie se reacomoden, lo que es lo mismo que no perderlos de vista. Seguro que acaban en algún sitio que no me hace ninguna gracia. Ese tipo de cosas suelen ir de mal en peor.

Pero, por ahora, habrá que conformarse. Me digo que es mejor que nada, y en ese momento Dorothy agarra el micrófono y le da unos golpecitos con el dedo. Todas las miradas están fijas en ella mientras lo golpetea cada vez más fuerte, provocando que el micrófono se acople estrepitosamente y la sala entera le preste atención cuando se inclina hacia delante, oscilando de manera peligrosa, con su atuendo chillón lanzando destellos como una estación espacial o una bola de espejos.

Le dice al DJ del karaoke la canción que tiene que poner, y este asiente mientras el gentío muestra su ensordecedora aprobación, aunque no sabemos qué ha escogido. Seguro que lo mismo de siempre.

—¿Todo el mundo listo? —Su voz resuena por todas partes.

Escudriña al público como si estuviéramos en un inmenso estadio, y la gente se pone como loca. Se acerca el micrófono a los labios pintados de color intenso.

—¡Vamos!

Entonces mi hermana empieza a cantar a pleno pulmón *If I Could Turn Back Time* de Cher. La gente grita, aúlla, taconea y lanza silbidos. Hay quien se levanta a bailar mientras ella desafina ante su inmenso mar de seguidores.

Cuando se trata de forenses, nadie está a la altura de Cornwell.



Kay Scarpetta es la testigo clave en un juicio por asesinato de gran resonancia mediática presidido por la jueza Annie Chilton, vieja amiga suya. La causa despierta protestas que siembran el caos en la ciudad y el testimonio de Scarpetta echa más leña al fuego. Durante el proceso ocurre un hecho terrible e inquietante: la hermana de la jueza es encontrada muerta. A primera vista todo apunta a que se trata de un asalto domiciliario que salió mal, pero sorprendentemente en la casa no falta nada. Por otra parte, el jardín presenta un aspecto perturbador, lleno de plantas e insectos muertos.

Mientras la tensión crece en las calles y su propia reputación se ve amenazada, Scarpetta detecta señales imposibles de ignorar. Hay

algo nuevo, invisible y letal en juego. Y esta vez, el asesino parece conocer demasiado bien su pasado.

«Cornwell está en plena forma, y este absorbente thriller te mantendrá enganchado».
The Sun

Patricia Cornwell publicó su primera novela, Post mortem, en 1990, mientras trabajaba en la oficina del jefe médico forense en Richmond, Virginia, convirtiéndose en la única novela que ha recibido en el mismo año los premios Edgar, Creasey, Anthony y Macavity, así como el francés Prix du Roman d'Aventure. La serie de la doctora Scarpetta se ha convertido en un fenómeno internacional que ha obtenido múltiples galardones.

Patricia Cornwell nació en Miami, se crio en Montreal y en Carolina del Norte, y vive y trabaja en Boston.



Título original: *Livid*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2022, Cornwell Entertainment, Inc.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Eduardo Iriarte Goñi, por la traducción

Diseño de portada: VIRGILI Comunicación Gráfica
Fotografía de portada: VIRGILI Comunicación Gráfica a partir de imágenes de Magnific

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-6922-1

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Furia
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Una semana después
Sobre este libro
Sobre Patricia Cornwell
Créditos